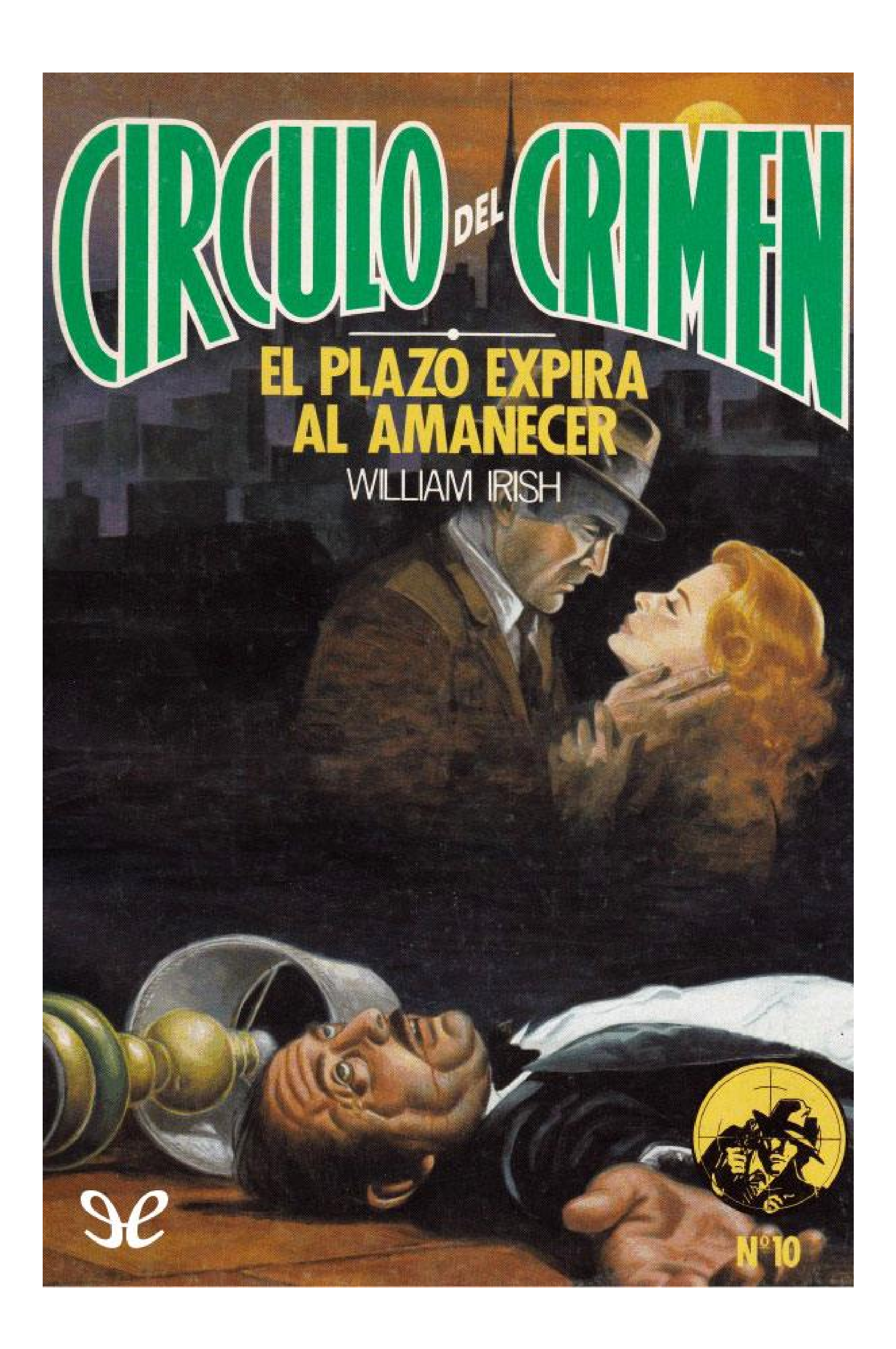

CIRCULO DEL CRIMEN
EL PLAZO EXPIRA AL AMANECER
WILLIAM IRISH
Nº 10

Ruth Coleman llegó a Nueva York, como tantas otras jóvenes, dispuesta a conquistar la fama y la riqueza. Pero la ciudad es una enemiga implacable que tritura entre sus garras a aquellos que son demasiado débiles y no saben imponerse y dominarla.

Ruth sólo siente una presencia amiga en toda la ciudad: la esfera de un reloj que marca benévolo el final de sus días desesperanzados. ¿Será este reloj suficiente ayuda para resolver un crimen en unas pocas horas y evitar que la más mortal de las trampas se cierre inexorable sobre Ruth y su amigo Quinn?



William Irish

El plazo expira al amanecer

Círculo del Crimen - 10

ePub r1.0

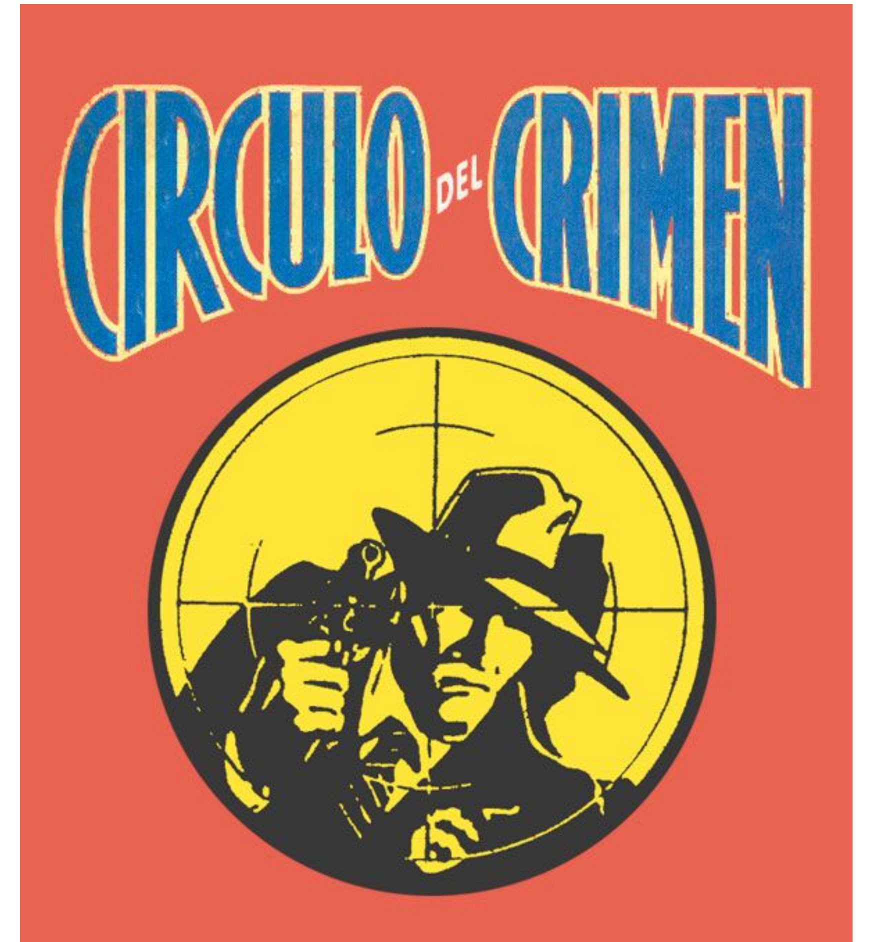
Titivillus 02.02.17

Título original: *Deadline at Dawn*
William Irish, 1944
Traducción: José Frekas

Colección dirigida por Antonio Picazo y Ángeles Aledo
Asesor: Cesar E. Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




CIRCULO DEL CRIMEN

… cada hora, cada minuto, pueden contener todo el Infierno o todo el Cielo…

PAULINE HAVARD

12:50

PARA ELLA, ÉL SOLO ERA un billete de baile de color rosa, un billete usado, cortado por la mitad. Válido por dos centavos y medio de comisión sobre los diez de su importe. Un par de pies que perseguían a los suyos, durante toda la noche, a lo largo del salón. Una cifra, un número que podía balancearla de un lado a otro, a voluntad, durante los cinco minutos que le correspondían. Cinco minutos de compañía al compás de aquellas notas de dos tiempos, idénticas a un chirriante golpeteo contra una pila de vacíos cubos de metal. Después, un silencio brusco, como la interrupción de la corriente por un conmutador eléctrico y una especie de sordera momentánea. Un par de inspiraciones a gusto, sin sentirse ceñida por el brazo de un extraño. Luego, vuelta a empezar: nuevo martilleo de latas, otro billete rosado, otro par de pies que nuevamente la acosaban por todo el salón, otra cifra que la lleva a su antojo de aquí para allá.

Eso era lo que todos significaban para ella. Le gustaba el trabajo; bailar le encantaba, especialmente a sueldo. Sin embargo, a veces deseaba haber nacido coja, y no saber mover los pies a compás. O sorda, para nunca volver a oír al del trombón, que manejaba su instrumento con la nariz hacia el techo. Así se habría hallado a cubierto de todo eso. En ese caso, probablemente habría tenido que lavar las camisas sucias de alguien en un lavadero lóbrego o limpiar para alguien filas de platos sucios en el fregadero de un bar. A fin de cuentas, ¿para qué forjarse ilusiones? No se conseguía nada. Así

y todo, soñaba. Nada se pierde con eso.

Sólo tenía un amigo en toda la ciudad. Permanecía inmóvil, no bailaba, eso era algo en su favor. Siempre lo tenía a mano, noche tras noche, como diciéndole: «¡Animo, muchacha! Sólo tienes una hora por delante. Puedes hacerlo, ya lo has hecho antes». Y luego: «¡Duro, en la brecha, pequeña! ¡Treinta minutos tan sólo, y basta! Yo velo por ti»; y finalmente: «Sólo una vuelta más alrededor del salón, y tu hora habrá llegado. Otro giro completo, y la sentencia te ha sido conmutada por esta noche. Una vez más tan solo; puedes hacerlo, no vas a flaquear ahora. Mira: mi aguja del minutero está alcanzando a la de la hora. Lo hice otra vez por ti, para verte libre. Cuando vuelvas a este sitio será ya la una».

Todas las noches parecía decirle tales cosas. Nunca dejó que la venciera el desánimo. Era el único en toda la ciudad que le procuraba algún alivio. La única cosa en todo Nueva York que estaba de su parte, aun cuando sólo fuera pasivamente; lo único que en el mundo interminable parecía tener un corazón.

Sólo podía verlo desde las dos últimas ventanas de la izquierda, abiertas sobre la callejuela lateral, cada vez que llegaba allí después de dar la vuelta. Las ventanas de la fachada, que daban sobre el pozo de aire, no se lo mostraban. Había una larga hilera de ventanas hacia la izquierda, pero de éstas sólo las dos últimas eran de alguna utilidad, pues las otras estaban bloqueadas por las altas casas inmediatas. Estaban siempre abiertas de par en par, para dar ventilación a la sala y publicidad a la banda estrepitosa entre la gente de abajo; se podía atraer así a algún despistado. Desde aquel lugar ella lo veía. Él la atisbaba, bonachón, desde su alto sitial, rodeado a veces por un puñado de estrellas que centelleaban a su espalda. ¿De qué servían las estrellas? ¿Había algo que valiera nada? ¿De qué valía ser mujer? Por lo menos, los hombres no tenían que negociar con sus pies. Podían ser bajos y vulgares en sus acciones, pero nunca de aquella manera.

Se encontraba a gran distancia, pero ella tenía buena vista. Brillaba suavemente bajo el dosel oscuro de la noche. Un círculo luminoso, como un halo, con doce broches fulgurantes en su interior y un par de manos luminosas que nunca descansaban, que jamás se detenían, ni le harían nunca una mala pasada, siempre infatigables por ella, adelante siempre hasta verla por fin fuera de

allí. Era el reloj de la torre Paramount, en la Séptima Avenida y la calle Cuarenta y Tres, al otro lado de la ciudad.

Se le divisaba diagonalmente, a través de un espacio que dejaban libres las cúspides de los altos edificios. Semejaba una cara, como todo reloj. La cara de un amigo. Curioso amigo para una muchacha grácil, de cabellos rojizos, cercana a los veintidós años; pero él establecía el contraste entre la paciencia y la despreocupación.

Otro hecho curioso es que también alcanzaba a verlo desde la ventana de la habitación en que vivía, a mayor distancia aún, si se ponía de puntillas y estiraba el cuello. Pero en su habitación, durante sus noches de insomnio, era tan sólo un observador indiferente, que ni la favorecía ni la perjudicaba. Era allí, en aquel salón circular, de ocho a una, donde realmente la ayudaba.

Lo miró ansiosamente ahora por encima de aquellos hombros anónimos, y él dijo: «La una menos diez; lo peor ya pasó. Valor, muchacha, y antes que…».

—¡Cuánta gente esta noche!

Por unos instantes no atinó a precisar de dónde provenía aquella voz: tan honda era su abstracción. Fijóse entonces en la cifra incorpórea que la llevaba consigo por el salón.

¡Ah! Conque iba a hablar, ¿eh? Ya vería con quién tenía que habérselas. Le había llevado más tiempo intentarlo que el que solía necesitar la mayoría de los hombres. Era la tercera, o quizá la cuarta vez consecutiva que la había sacado a bailar.

Ya antes del último descanso le pareció haber tenido varias veces, ante sus ojos fatigados, un traje de color parecido, aun cuando no estaba muy segura, pues no se había preocupado de diferenciar a unos de otros. Aquel pertenecía al tipo tímido de palabra tarda; quizá ese era el motivo del retraso.

—Sí.

No podía haber hecho más corto el monosílabo sin tragarlo del todo.

Él insistió:

—¿Está siempre esto tan concurrido como esta noche?

—No; cuando cierran queda vacío.

Y bien, que la mirara de aquella manera. No tenía por qué serle agradable; todo lo que debía hacer era bailar con él. Sus diez

centavos, pagaban el movimiento de sus pies; no le daban derecho a su conversación.

HABÍAN OSCURECIDO LA SALA para este último número. Habitualmente lo hacían así hacia el final de la sesión. Se suprimían las luces directas y las parejas se deslizaban como fantasmas sobre el piso del salón. Así se pensaba enternecer a la concurrencia y lanzarla a la calle con la sensación de que había tenido arriba un coloquio privado con alguien. Y todo aquello por diez centavos, más una naranjada coloreada artificialmente en un vaso de papel.

A ella le pareció notar que él dirigía la cabeza hacia atrás y la observaba fijamente, como tratando de descubrir la causa de su esquivez. Los ojos de la joven volviéronse indiferentes hacia arriba, quedando fijos en el espejo del techo que centelleaba con los reflejos de las luces.

¿Por qué escrutarle el rostro para indagar la razón de su conducta? No era allí donde encontraría la respuesta. ¿Por qué no mirar en las oficinas despiadadas de toda la ciudad, donde su sombra perduraba aún sentada en la silla más próxima a la puerta? O que debía perdurar: tanto las había frecuentado. ¿Por qué no mirar el camarín de aquella sala de fiestas, Jamaica Road, el único empleo realmente bueno que consiguió y que hubo de abandonar, aun antes de que comenzaran los ensayos, por ser tonta al extremo de no apresurarse a aceptar las sugerencias del propietario?

¿Por qué no mirar en la hendidura del Automático de la calle Cuarenta y Siete, aquel que engulló su último níquel en un día imposible de olvidar, a cambio de los panecillos esponjosos, y que no volvió a abrirse más, por mucho que lo contemplara, pues no tenía ya moneda que introducir? Sobre todo, ¿por qué no mirar en la maleta desvencijada, metida bajo la cama de su habitación en aquel momento? No pesaba mucho, aunque estaba llena. Llena de ilusiones marchitas, despojadas ya de todo valor.

La respuesta estaba en todos esos sitios, pero no en su cara. ¿Por qué entonces esa insistencia en mirarla de aquel modo? Las caras nada dicen; son máscaras.

Él hizo otra tentativa:

—Esta es la primera vez que vengo aquí.

Ella no desvió los ojos del plateado resplandor de los espejos.

—Le echamos de menos.

—Me imagino que estará cansada de bailar. Supongo que debe de ocurrir así al fin de una noche como ésta —trataba de encontrar una disculpa por su acritud, para poderse decir, en su amor propio, que no era por su culpa, sino por cualquier otra razón. Ella los conocía; sabía bien cómo eran todos.

Esta vez no desvió los ojos; miróle fijamente, agresiva.

—¡Oh, no! Nunca me canso; bailo apenas la mitad de lo que quisiera. Por las noches, cuando me retiro a mi cuarto, hago práctica de cabriolas y contorsiones.

Él bajó los ojos momentáneamente, herido por lo irónico de la respuesta, mas volvió a alzarlos luego.

—Está usted apenada por alguna cosa, no hay duda —dijo, formulando la observación no como una pregunta, sino como un descubrimiento.

—Justo. Por mí misma.

Él volvió a insistir, sin embargo. ¿Acaso no entendería las indirectas ni aunque se las clavaran con una maza?

—¿No le gusta este lugar?

Aquélla era la más irritante de las observaciones que había hecho en su afán por conversar. Un poco de furia se removió en el pecho de la mujer. Una respuesta explosiva se habría producido. Por suerte, la necesidad de contestar desapareció. El diabólico golpeteo de latas terminó con una estridencia de clarines, y el centelleo de los muros se extinguió, a la vez que se apagaba la iluminación central. Una trompeta ejecutó el toque habitual de despedida.

Su forzada intimidad había terminado. Los diez centavos no daban para más.

La mano de ella dejó de apoyarse en el brazo del hombre y cayó inerte, como algo que estuviera inanimado desde hacía rato; simultáneamente, con escasa ceremonia, apartó de su talle el brazo que le ceñía.

Su garganta exhaló un suspiro de inexpresable alivio, que no se preocupó de ocultar.

—¡Buenas noches! —murmuró, con indiferencia—. Llegó la hora de cerrar.

Se volvió para dejarlo y se dispuso a alejarse.

Antes de que llegara a hacerlo, la detuvo un instante la expresión de sorpresa que se pintó en su rostro. Más que eso, quizá la retuvo la forma en que él registraba los bolsillos y extraía de cada uno de ellos gran cantidad de billetes de baile, sueltos o arrollados, hasta hacer un montón que le llenaba ambas manos.

Después los contempló, perplejo.

—¡Vaya! —murmuró, despechado, más consigo mismo que con ella—. Creo que no debí haber comprado tantos.

—¿Qué pensaba hacer? ¿Acampar aquí toda la semana? En fin, veamos…, ¿cuántos compró?

—No recuerdo bien. Creo que por valor de diez dólares —dijo, mirándola—. Deseaba pasar aquí la noche, y no supuse… —se detuvo de pronto.

Ella pareció comprender.

—¿Quería pasar aquí la noche? —repitió, alzando la voz—. Tiene para cien bailes, por lo menos. Nunca bailamos tanto en una noche.

Luego, mirando hacia el vestíbulo, prosiguió:

—Y no sé qué puede hacer con ellos ahora. El cajero ya se retiró, y ahora no podrá conseguir que le devuelvan el dinero.

Él permaneció con los billetes entre las manos, desalentado, aunque no precisamente por aquella pérdida.

—No quiero que me devuelvan el dinero.

—Entonces tendrá que volver mañana y seguir bailando hasta agotarlos. Siguen siendo válidos.

—No creo que… me sea posible —repuso él, tranquilamente. De súbito, se los entregó a su compañera—. ¿Los quiere? Son suyos. Creo que tiene comisión por cada uno que devuelven, ¿verdad?

Por un instante sus manos pugnaron por alcanzar los billetes, mas logró dominarse y retirarlas prestamente, y le contempló con fijeza.

—¡No! —dijo, desafiante—. Agradecida…, pero guárdelos.

—A mí no me servirán de nada. No volveré a este sitio. ¿Por qué no los toma?

Era una comisión valiosa y fácil. Pero se había impuesto una

norma desde mucho tiempo atrás, que era el fruto de una amarga experiencia: nunca aceptar nada en parte alguna, por nada ni por nadie, aun cuando ignorara el móvil de la oferta. Si se cede algo, por pequeño que sea, se debe ceder luego en alguna parte otra cosa importante, y nunca se sabe a dónde se puede llegar.

—¡No! —agregó, con firmeza—. Quizá sea una tonta, pero no quiero comisión alguna que no haya ganado. Ni de usted, ni de ningún otro.

Y esta vez le dejó por completo, giró sobre sus talones y cruzó el salón desierto, en el cual sólo quedaban ellos dos.

Sólo una vez se volvió para mirar hacia el sitio en que le había dejado, desde la puerta del camerino, situado en la parte opuesta de la sala. Fue más bien un gesto reflejo del acto de atraer la puerta para pasar, que el móvil deliberado de contemplarlo disimuladamente.

Pudo ver que estrujaba los billetes entre sus manos, hasta formar una masa más o menos compacta. Luego, mientras ella le observaba, arrojó con indiferencia la bola informe a un lado de la pista y se volvió lentamente hacia la puerta.

La había sacado a bailar seis veces en total; había desperdiciado más de nueve dólares en billetes. Su gesto no había tenido la finalidad de impresionarla; bien advirtió ella que él no se daba cuenta de que era observado en aquel momento.

Bonita manera de derrochar el dinero, como si no supiera qué hacer con él o quisiera gastarlo lo antes posible. Aquello, si algo significaba, era que no estaba acostumbrado a tenerlo. La experiencia le había demostrado que quienes están acostumbrados a poseerlo, rara vez encuentran dificultades en el modo de emplearlo.

Se encogió de hombros, entró en el camarín y cerró la puerta tras sí. Aquello significaba huir de una mano de hierro que la ahogaba, aunque había aprendido a encararlo con valor y ya no ofrecía para ella terror alguno. Era como pasar por encima de una ciénaga pestilente que se encuentra al paso. Inconveniente, pero en un momento se llega al otro lado y la molestia cesa.

CUANDO SALIÓ

DEL CAMERINO las luces se habían apagado. Sólo quedaba una al fondo, a fin de que la asistenta pudiera hacer la limpieza. A alguien invisible que estaba tras ella, en el momento de cerrar la puerta, le dijo:

—Bien; no me vuelva a pedir que salga con usted, y así no se llevará un chasco.

Se puso en marcha por un lado del lugar, lóbrego y desierto, amortiguados sus pasos por la alfombra que se extendía a lo largo del salón, excepto en un lugar, cortado en ángulo, donde sus pisadas resonaron por un momento.

El contraste de iluminación se hizo aquí más marcado. Había más luz detrás de las ventanas abiertas que en el interior del salón. Pasó por delante de las dos ventanas últimas y su amigo, su aliado y cómplice, estaba allí, delineado contra el cielo. Inclinó levemente la cabeza hacia un lado para mirarlo, hasta que las moles de los edificios se interpusieron, ocultándolo a su vista. Si algún mensaje, si alguna mirada de gratitud cambiaron fugazmente entre sí, es cosa que sólo a ellos pertenece.

Empujó las hojas de las puertas y llegó al vestíbulo, débilmente iluminado, que comenzaba en el rellano de la escalera. Había allí dos pequeñas salitas, una para la taquilla y la otra destinada a servir de guardarropa; junto a ellas había dos decrépitos asientos de bambú.

Dos curiosos, rezagados quizá, se encontraban en el vestíbulo. Siempre había alguien allí, deambulando de un lado para otro. Aunque se esperase hasta el alba para salir, no se dejaría de encontrarlos, como al acecho de alguien. Uno de ellos, sentado en el canapé, parecía esperar a alguien que aún se hallaba en el interior y le prestó poca atención. El otro, de pie al borde del primer escalón, era el mismo que había sido su compañero de baile media docena de veces o algo así; le halló diferente al pasar.

Parecía más absorto en observar la calle que la puerta que ella acababa de cruzar. Nada en él denotaba la impaciencia del que aguarda a un amigo o amiga que se encuentra en el salón. Denotaba más bien la incertidumbre del que no sabe adónde ir, que el desasosiego de quien espera algo. Así lo reveló su sorpresa al verla pasar, reconociendo sin duda a la adusta compañera que le

demostró tanta esquivez.

Ella había pasado sin dirigirle la palabra; pero él, con la mano en el sombrero (iba tocado con esta prenda), le dijo:

—¿Se vuelve a casa?

Si en el interior se había mostrado reticente, en el vestíbulo se volvió agresiva. Aquel era terreno estrictamente enemigo; no había nadie que la protegiera de atropellos, y cada cual debía defenderse por sus propios medios.

—No; acabo de llegar. He subido la escalera por la parte posterior para que nadie me vea, ni sepa quién soy.

Y continuó andando, escalera abajo, en dirección a la calle. Él se quedó atrás, sin saber aún qué hacer ni adónde ir. Evidentemente, no esperaba a nadie, pues sólo quedaba allí una muchacha y ésta tenía una cita previa. Ella se encogió nuevamente de hombros, aunque esta vez sólo in mente, y prosiguió su camino. ¿Preocuparse por eso? ¿Qué era aquél para ella, aquél o cualquier otro?

El aire libre le hizo bien. Cualquier cosa le hubiera parecido buena después de haber estado allí arriba. Siempre respiraba profundamente apenas se veía libre, un poco en señal de alivio y otro poco por cansancio. Esta vez también lo hizo.

Ahí, en la calle, estaba la zona de verdadero peligro. Había en aquel momento, estacionadas o paseando junto a la puerta, un par de figuras parecidas, de cuyos labios colgaba un cigarrillo, y a quienes la joven se abstuvo de mirar demasiado detenidamente; luego dio media vuelta y siguió caminando por la acera. Siempre estaban allí, esos u otros, cual gatos frente a una ratonera. Por lo general, los que paseaban arriba esperaban a una muchacha en particular; los estacionados junto al portal esperaban a cualquiera en general y a nadie en particular.

Conocía todo eso de memoria y habría podido escribir un libro sobre el tema, mas no deseaba malgastar papel, eso era todo. Generalmente, transcurría un espacio de tiempo antes que ocurriera nada; jamás sucedía mientras se encontraban cerca de la puerta de salida, sino cuando se alejaba de ella. Pensó alguna vez que aquello tenía algo que ver con el coraje. Los gatos valerosos preferían atacar al ratón por la espalda antes que hacerlo de frente. A veces pensaba que quizá su escaso entendimiento les hacía necesario aquel lapso para llegar a una decisión en cuanto a la elección de la presa. Otras

se limitó a decir «¡Oh, demonios!», para sí. Pero las más de las veces, no pensaba ni poco ni mucho. Se trataba simplemente de un charco de agua sucia que debía sortear en el camino de su casa.

EL DESAFÍO VINO AQUELLA NOCHE en forma de un silbido. Frecuentemente ocurría así. No era uno de esos silbidos claros y francos. Era insidioso, sutil. Presintió que estaba dirigido a ella.

—¿A dónde va tan de prisa?

No se preocupó en apresurar el paso por no denotar una inquietud que no sentía. Cuando creen que han inspirado miedo, todos ellos se envalentonan.

Una mano atrevida la retuvo por la curva del brazo. No hizo ningún esfuerzo para tratar de liberarse. Se detuvo repentinamente, mirando hacia la mano, antes que al rostro de su dueño.

—¡Quíteme eso de ahí! —ordenó, fríamente.

—¿Qué te ocurre? ¿No me conoces? Tienes frágil la memoria, ¿eh?

Los ojos de la joven relampaguearon de ira.

—Mire: no estoy para bromas ahora, y es muy desagradable tener que hablar con sujetos como usted.

—Hasta hace dos noches, cuando estábamos arriba, no te parecía tan malo.

Y extendió el brazo frente a ella para cortarle el camino.

Ella se mantuvo firme, sin hacerle siquiera el honor de dar un paso para eludirlo y escapar.

—¡Qué gran derrochador! —dijo, impasible—. Gasta sesenta centavos en bailes y ahora quiere una bonificación aquí abajo, en la acera.

Un taxi, atraído disimuladamente por una señal que ella no alcanzó a advertir, se había detenido junto a la acera, y su puerta se abrió como invitándola a entrar.

—Bueno; eres dura de entender. Has desempeñado tu papel. Te creo. ¡Vamos, el taxi está esperando!

—Ni en un tranvía querría ir con usted, mucho menos sola en un

taxi.

Trató de llevarla hacia el automóvil, en parte por persuasión, pero también por la fuerza.

Ella consiguió cerrar la puerta que tenía tras sí, y se apoyó en ella, sirviéndole a modo de parapeto contra el coche hacia el cual él la empujaba.

Un hombre se detuvo junto a la pareja. Era el que estaba frente a la escalera del vestíbulo cuando ella salía. Le vio por encima del hombro del otro. No le pidió que intercediera, ni requirió su auxilio en forma alguna. Nunca había pedido ayuda a nadie en circunstancias como aquella. De esa manera podía tener la seguridad de no llevarse un desengaño. Aquello no era nada, de todas maneras: en un minuto habría terminado.

Aproximándose indeciso, el recién llegado preguntó:

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Pues sí, no se quede ahí parado. ¿Se imagina que estamos cantando salmos? Si no tiene músculos, llame a la Policía.

—¡Oh, no creo que sea necesario! —replicó él en un tono modesto, totalmente inadecuado para las circunstancias.

Con gesto rápido atrajo al otro a un lado, y ella oyó el golpe, aunque no lo vio. Fue un impacto seco contra la mandíbula. El golpeado trastabilló lastimosamente y fue a caer contra la parte posterior del coche, y de allí al suelo, donde quedó semipostrado y haciendo esfuerzos por levantarse.

Ninguno de los tres se movió por unos instantes.

Finalmente, el caído logró incorporarse, con un extraño movimiento de retroceso, hasta ponerse a salvo de probables nuevos golpes. Ya del todo incorporado, se volvió sin dar señales de amenaza ni animosidad, antes bien como un hombre práctico a quien no le gusta perder tiempo en tales heroicidades, y se alejó sacudiéndose el polvo.

El taxi se retiró a su vez, por entender el chófer que sus servicios no eran requeridos, después de lanzar una breve mirada interrogadora para asegurarse de que la mujer no quería utilizarlo con su nuevo compañero.

No se prodigó ella en agradecimientos.

—¿Siempre le lleva tanto tiempo intervenir?

—No me di cuenta al principio —murmuró él, excusándose—.

Creí que se trataba de algún amigo suyo.

—Según eso, los amigos tienen derecho al asalto cuando una se retira a su casa. ¿Es eso lo que acostumbra usted hacer?

Él sonrió levemente.

—Yo no tengo ninguna amiga especial.

—Ni yo tampoco —contestó ella acremente—. Y tenga entendido que tampoco deseo tenerlo —y le lanzó una mirada dura que hacía más personal la observación.

Advirtió el intercesor que ella estaba por volverse y proseguir su camino sin mayores explicaciones.

—Me llamo Quinn Williams —dijo, aturdidamente, como si quisiera por ese medio retenerla unos momentos.

—Tanto gusto en conocerlo —repuso ella, menos agradablemente de lo que él habría deseado. Fue como el choque seco de dos objetos metálicos.

La joven reanudó la marcha; mejor dicho, la prosiguió, pues no la había interrumpido del todo.

Él se volvió y miró hacia atrás, en la dirección que había tomado el vencido en su fuga.

—Creo que debería acompañarla dos o tres manzanas —sugirió.

Sin aceptar ni rechazar abiertamente la compañía, ella se limitó a decir:

—Esté tranquilo; no hay temor de que vuelva.

Traduciendo su respuesta indecisa por un asentimiento, el hombre se puso a su lado, aunque manteniendo cierta distancia.

Caminaron toda una manzana desde el salón de baile en silencio: ella, porque estaba decidida a no hacer el más leve esfuerzo por decir algo; él —a juzgar por varias tentativas que no pasaron de tales—, porque se sentía cohibido, incapaz de la menor conversación, una vez que vio cumplido su deseo de acompañarla.

Cruzaron una esquina, y ella vio que él se volvía para mirar atrás, mas no hizo ningún comentario.

La segunda manzana fue recorrida en el mismo silencio glacial. Ella miraba adelante, como si estuviera sola. No le debía nada, no le había pedido que la acompañara.

Llegaron a la segunda y última esquina.

—De aquí voy hacia el oeste —dijo ella brevemente, haciéndose a un lado y como disponiéndose a separarse sin más ceremonias.

Él no se dio por aludido. Marchó en su seguimiento y acortó distancia, murmurando algo indistintamente:

—¿Podría continuar a su lado, ya que hemos llegado hasta aquí?

Le vio volverse y mirar hacia atrás nuevamente, aunque poco antes había hecho lo mismo.

—No se inquiete —observó ella cáusticamente—. Desapareció para no volver.

—¿Quién? —preguntó él con indiferencia.

Y después, como recordando a quien se refería, dijo:

—¡Oh, no pensaba en él!

Ella se detuvo, en actitud de lanzarle un ultimátum.

—Mire —dijo—: yo no le pedí que viniera conmigo. Si se obstina en hacerlo, es cosa suya. Pero entiéndalo bien: no se forje quimeras, ni crea que le soy deudora de nada.

Él aceptó en silencio. No hizo protestas de que la juzgaba mal. Fue aquélla casi la primera cosa que le gustó de él, el primer comentario favorable que le mereció desde que había entrado en su órbita, una o dos horas antes. Tenía prejuicios hondamente arraigados contra cuantos se le aproximaban en la forma como él lo había hecho, y esta amarga enseñanza: cuanto menos molestos parecen al principio, más dañinos resultan después, ya que con tretas y simulaciones la dejan a una parcialmente desarmada.

Siguieron así andando a respetable distancia uno de otro, silenciosos siempre y unidos sólo por el hecho de avanzar en la misma dirección. Era la escolta más extraña que jamás había tenido, y si había de tener otras, prefería que todas fueran así.

Llegaron a una calleja lóbrega por la que antaño atravesaba una rama lateral del Elevado de la Novena Avenida. Actualmente había sido liberada de la vieja armazón, pero aún conservaba las huellas de los sesenta años de torturas soportadas. Característicos de esta calle eran los muros lisos de los enormes almacenes, desprovistos de ventanas; el curvo lomo de un conocido salón de patinaje, que semejaba un gran tanque de hormigón; los solares de las demoliciones causadas aquí y allá por la crisis, particularmente en las esquinas, en los que nunca se volvió a edificar, y usados ahora como estacionamientos.

Las lámparas del alumbrado público, poco numerosas y separadas entre sí, los iluminaban unos momentos; luego, sus

figuras volvían a oscurecerse y se diluían en las sombras.

Finalmente, él dijo algo. Sin que pudiera recordarlo con precisión, la joven pensó que era la primera observación que hacía desde el incidente del taxi.

—¿Pasa usted por aquí todas las noches?

—¿Por qué no? Esto no es peor que allá abajo. Aquí, si le asaltan a uno, sólo debe temer por su dinero —y sintió ganas de añadir: «Qué, ¿tiene usted miedo?», pero se contuvo.

Tuvo en cuenta que no había dicho ni hecho nada que mereciera el sarcasmo, aparte de que se sentía cansada de tener las zarpas prontas a arañar. Causábale alivio dejarlas en reposo para mejor ocasión.

Nuevo movimiento de cabeza hacia atrás. Era ya la segunda o tercera vez que lo había hecho. Aun cuando hubiese querido ver lo que había en la penumbra que dejaban atrás, si es que realmente había algo, no le hubiera sido posible hacerlo.

Esta vez la joven no pudo menos de observar:

—¿Por qué le preocupa tanto ese sujeto? ¿Teme que se le eche encima con un cuchillo? No se alarme, no volverá.

—¡Oh!… ése. ¿Se refiere al imbécil del auto? —y la miró con un poco de sorpresa, como extrañado de que ella abrigara tales pensamientos. Sonrió algo tímidamente y se llevó una mano a la nuca, cual si la falta residiera allí y no en su albedrío. Un instante después lo tradujo en palabras, casi para sí mismo—: Ni yo mismo me daba cuenta. Será un hábito en que he incurrido sin pensar.

«Algo se le ha cruzado por la mente —pensó ella—. La gente no suele mirar hacia atrás de ese modo, a cada paso». Y, aunque extraño en ella, le creyó, convencida de que aquello nada tenía que ver con el sujeto vapuleado. La forma en que él había reaccionado cada vez que ella advirtió su gesto afirmó en ella esa convicción. La inquietud que denotaba no provenía de la oscuridad que dejaba a su espalda, ni del temor de que alguien lo agrediera; era más general, más amplia. Diríase que era toda la noche en acecho lo que le inquietaba. En dos dimensiones: cada una de sus horas y el amplio espacio de la ciudad.

Para reforzar tal convicción acudió a su mente el recuerdo de aquella monstruosa compra de billetes que había hecho en el salón de baile y el gesto extravagante con que se libró de ellos, cual si

hubieran perdido su valor, como si nunca hubiese ya de tener oportunidad de usarlos.

Recordó también algo más, de lo cual requirió una explicación.

—Cuando yo salía y usted se encontraba en el vestíbulo, junto al último peldaño de la escalera, ¿estaba esperando a alguien?

—No —repuso—, no esperaba a nadie.

—Entonces, ¿por qué se encontraba allí si el salón estaba cerrado?

Bien sabía ella que él no esperaba a nadie, pues miraba hacia el comienzo de la escalera, y no hacia el final, donde estaban las puertas interiores.

—No lo sé —contestó—. Supongo…, será que no sabía adónde ir ni qué hacer, una vez que el baile hubo terminado. Supongo que…, que estaba tratando de decidir hacia dónde me encaminaría.

En ese caso, ¿por qué no bajar a la calle y colocarse junto a la puerta exterior? Ese era el sitio indicado para cualquier espera o para entregarse a cavilaciones. Lo pensó, pero no lo dijo. La respuesta era clara: puesto que arriba, en el vestíbulo, no podía ser visto, estaba a salvo allí; abajo, en la puerta de la calle, podía ser visto, si alguien andaba en su busca o creía que lo andaban buscando.

Pero se abstuvo de preguntárselo por otra causa, distinta de la simple explicación que se le había ocurrido. No hacía la pregunta porque su espíritu se había cerrado a sentimientos ajenos y, como rastrillo que lo expurga todo, no toleraba en él a nadie, arrasaba con todos sin piedad: «¿Qué te importa? ¿Quién es éste, al fin y al cabo? ¿Qué te interesa saber? ¡Déjale que se arregle! ¿Alguien se preocupó jamás por ti? ¡Siempre de nodriza!».

Y, en amargo silencio, se reprendía: «¿Cuándo acabarás de aprender las cosas? Te han golpeado en todas partes, y todavía tiendes la mano al primero que pasa. ¿Será preciso darte en la cabeza con un tubo de plomo para que entiendas?».

Él se volvió de nuevo; ella no dijo nada.

Habían llegado a la Novena Avenida, amplia y triste en su melancólica penumbra, y ni siquiera las mil luces blancas y rojas que parpadeaba a lo largo de ella podían darle un aspecto distinto.

Se detuvieron por un momento al llegar al borde de la acera. Las luces se hicieron más escasas, formando ahora dos endebles

diademas, frente a frente, en cada una de las esquinas, a lo largo de la ancha arteria.

La joven ya cruzaba la calle. Él vaciló levemente. Una vacilación minúscula, imperceptible casi.

—¡Vamos! Aquí hay bastante luz —díjole ella.

Él la siguió inmediatamente, pero el detalle minúsculo fue toda una revelación. El efecto quedó a la vista, y la causa, lejana o próxima, sería fácil de identificar. No era la luz, según comprobó ella, lo que le había turbado, sino la figura solitaria del policía que en el lado opuesto de la calle hacía su servicio de patrulla.

Así lo evidenció la actitud del hombre, vuelto a la calma cuando el agente se hubo alejado. Sólo entonces miró a la luz, atraído por sus palabras.

CRUZARON A LA ACERA OPUESTA, y caminaron una manzana más hacia el oeste. Tres lámparas anémicas ampliamente espaciadas en la calle, que parecía de una longitud interminable, trataban de combatir la oscuridad, y sólo la acentuaban por contraste, como diciendo: «Vean; así es la luz… cuando la hay».

Ahora había cierta pesadez en el aire, un ambiente húmedo, como de agua cercana. La sirena de un remolcador se oyó en la noche, a distancia cierta. Luego contestó otra por el lado de Jersey.

—Ya me falta poco —observó ella.

—Nunca había llegado a estos sitios —admitió él.

—No se puede tener una habitación más cerca del río por cinco dólares a la semana.

Después no pudo resistirse a decir, aunque comprendiendo que él no había hecho ninguna objeción:

—Si le causa disgusto, no tenga reparo en retirarse.

—No me disgusta en absoluto —murmuró él diplomáticamente.

La bailarina abrió el bolso en busca de la llave, para ganar tiempo; simple verificación de que no la había extraviado.

Se detuvo al llegar bajo una farola, cuya luz les hizo visibles el uno al otro.

—Bueno; ya llegué —dijo ella.

Él levantó los ojos. Era casi estúpida, a juicio de ella, la forma en que la miraba, como si tratase de encararse con la realidad de que iban a separarse y de que se quedaría solo. Algo parecido a eso. Por lo menos, nada de insinuaciones sentimentales; ninguna pretensión amorosa.

Veíase una puerta casi frente a ellos. Estaba abierta a la calle, pero la oscuridad de la entrada se veía disminuida por un débil resplandor amarillento proveniente del interior, que no alcanzaba a llegar a la calle y dejaba en la penumbra la zona más cercana a la puerta.

Hubo un tiempo en que se dejaba a oscuras, y ella temía aventuras por el pasillo. Hasta que una noche alguien fue acuchillado en la escalera, y desde entonces se dejó encendida una luz.

«Ahora, por lo menos —pensó ella, sarcástica—, uno puede ver quién lo apuñala, si tal cosa ha de ocurrir».

El avance quedó interrumpido repentinamente; ella maniobró para tenerlo alejado con un poco de conversación. Simple táctica para conservar distancias, estar fuera del alcance de su brazo. Por experiencia había aprendido a hacerlo así y a no quedarse a escuchar el susurro de reproches y objeciones. Cautela necesaria.

—¡Que le vaya bien! —dijo por toda despedida; y precipitadamente se encaminó a la acera opuesta—: Ya nos veremos alguna vez —añadió desde allí.

Significando todo lo contrario: ella no lo vería más, él no volvería a verla; aquello había terminado.

Antes de que traspusiera la puerta, pudo ver que él volvía de nuevo la cabeza hacia la oscuridad de donde habían salido. Evidentemente, el miedo había hecho presa en él.

¿Qué era él para ella? Apenas un billete de baile, cortado por la mitad. Dos centavos y medio de comisión sobre diez. Un par de pies, una señal, una cifra.

13:15

ATRAVESÓ EL LARGO PASILLO de la casa. Sola, por fin. Estaba sola por primera vez desde las ocho de la noche, sin un hombre, sin que la ciñeran los brazos de un hombre. Sola, sin sentir el aliento de alguien en el rostro. Era dueña de sí. Sabía poco de cómo debía ser el cielo; pero se imaginaba que al morir y subir al cielo, el paraíso debía ser así…, estar sola, sin un hombre.

Algo pálida, con gesto cansado, pasó bajo la solitaria luz del fondo y comenzó a subir la desvencijada escalera. Erguida y firme los primeros peldaños, balanceándose sobre sus rodillas y oscilando de un lado a otro, los últimos, después de haber subido dos pisos, apoyándose unas veces contra la pared, otras en el pasamanos.

Subió sin detenerse, y al llegar jadeante, se apoyó contra la puerta de una habitación, al pie del último rellano, y bajó el rostro como si buscara algo en el suelo.

Nada de eso. Estaba rendida, simplemente. Se dispuso a entrar en su cuchitril. Otro poco más y todo habría pasado. Habría pasado hasta mañana por la noche, a la misma hora, y luego otra vez a empezar, indefinidamente. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura, apática, con la vista fija en el suelo. Empujó la puerta, retiró la llave y cerró la puerta tras sí. No con las manos ni con el picaporte, sino con el hombro, apoyándose en ella para estar segura de que quedaba bien cerrada.

Permaneció un instante en aquella postura, inclinada, extendido el brazo para dar vuelta a la llave de la luz. Al hacerlo, entornó los

párpados, como si no quisiera ver inmediatamente lo que la rodeaba.

Esto era su hogar. Esto, este lugar. Por esto había hecho las maletas y había dejado su pueblo. Aquí habían venido a parar sus sueños de los diecisiete años. Para eso nació bonita y creció graciosa. Resultaba difícil moverse entre tantos cachivaches. Sueños malogrados, ilusiones marchitas, esperanzas rotas.

Aquí algunas veces, en medio de la noche, lloraba para sí con gemidos apagados. Otras noches, peores aún, permanecía inmóvil, secos los ojos, indiferente a todo. Pensando si quizá le faltaría mucho para llegar a vieja, si tardaría mucho en… Esperaba que no.

Se alejó, por fin, de la puerta y, después de librarse del abrigo y del sombrero, se acercó a la luz y se miró al espejo. Al verse tan pálida y cansada, obtuvo la respuesta. ¡Oh, tardaría poco…!

Dejóse caer en una silla, desató los cordones de sus zapatos y los arrojó lejos. Era lo primero que hacía siempre nada más llegar. Los pies no se habían hecho para lo que hacían los suyos. Si tenían que bailar, debía ser por propia voluntad, alegremente, un rato tan solo. Nunca como una obligación, horas y horas, más allá de toda resistencia.

Se puso un par de pantuflas de fieltro, cuyas vueltas le ceñían débilmente los tobillos, y permaneció en la silla, soñolienta, apoyada la cabeza en el respaldo, los brazos caídos a los costados, antes de empezar los pequeños quehaceres de la habitación.

Adosado a la pared había un camastro, que se hundía en el centro aun estando desocupado, como si los muchos años que en él habían dormido lo hubieran deformado. A veces pensaba si habrían llorado tanto como ella los que antes durmieran en aquella cama. También pensaba dónde estarían ahora. Vendiendo baratijas bajo la lluvia, barriendo oficinas y vestíbulos al amanecer, o quizá tendidos en otra clase de lecho, para siempre —uno más firme, tapado con tierra— a cubierto de perplejidades.

En medio de la habitación, bajo la luz, había una mesa y una silla. Sobre la mesa, un sobre con sello y una dirección escrita en él, lista para el correo, pero con la epístola sólo comenzada. Estaba dirigida a la señora Anna Goleman, Glen Falls, Iowa. A su lado, la carta que debía ir en él tenía estas tres palabras: «Martes. Querida mamita». Nada más.

Podría haberla escrito con los ojos cerrados… ¡Llevaba ya escritas tantas como aquélla!

«Me va perfectamente. La obra en que ahora trabajo es todo un éxito; todas las noches hay que rechazar público. Se titula… (Aquí elegía un nombre de los anuncios teatrales y lo incorporaba). El papel que desempeño no es una gran cosa, apenas bailo un poco, pero ya se ha hablado de darme un papel con frase en la próxima temporada. Ya ves, pues, mamita, que no tienes por qué preocuparte»… Otras cosas como éstas, y después:

«Por favor, no me preguntes si necesito dinero. ¿Cómo se te ocurre semejante cosa? En cambio, yo te envío algo. En realidad, debiera enviarte un poco más; pero, aunque tengo un sueldo elevado, he de incurrir en ciertos gastos, superfluos debiera decir, para conservar las apariencias de la profesión; y el piso en que vivo, un varadero amor, más la sirvienta negra, me sale muy caro. Pero trataré de moderarme en la semana próxima…». Y luego incluiría en la carta dos billetes de un dólar, obtenidos de economías que rayaban en lo sobrehumano.

Todas por el mismo estilo. La terminaría mañana, tal vez cuando se levantara. Debía apresurarse a terminarla. Hacía tres o cuatro días que la había comenzado. Pero aquella noche, no. A veces uno se siente tan cansado y abatido, que ni fuerzas le quedan para mentir. Y no quería dejar que se trasluciera entre líneas su desánimo.

SE ACERCO A UNA ESPECIE DE APARADOR sin puerta colocado contra la pared del fondo. En un anaquel había un pequeño calentador, con un tubo de caucho que enchufaba en la cañería del contador. Encendió una cerilla, dio vuelta a la llave, y apareció un breve círculo de luz azulada. Colocó encima un recipiente, preparado para el café desde la mañana, cuando no le era tan penoso ocuparse de los quehaceres domésticos.

Llevóse las manos a los hombros para desabrocharse el vestido. Prevenida, miró a la ventana de la casa de enfrente, cuyas cortinas habían sido levantadas. Sujetos despreciables atisbaban desde allí, y

cierta vez en que se hallaba descuidada, un silbido injurioso le había denunciado su presencia. Nunca pudo olvidarlo.

Sin desabrocharse aún el vestido se encaminó a bajar la cortina. Se detuvo un instante con el cordón en la mano, olvidándose de lo que iba a hacer.

Él seguía en el mismo sitio. De pie en la calle, en la acera de enfrente. El mismo que le hizo compañía desde el baile. La luz de la farola le iluminaba tan nítidamente que hacía imposible toda equivocación respecto a su identidad.

Permanecía inmóvil en el borde de la acera, como si no supiera adónde dirigir: se después de haber llegado hasta allí.

De su postura se deducía implícitamente que no estaba allí por ella. Le daba la espalda, parcialmente por lo menos. Se le veía de semiperfil, en posición paralela a la de la calle. No miraba hacia arriba, buscándola en alguna de las ventanas, ni tampoco hacia el pasillo por el que ella había desaparecido; hacía lo mismo que había hecho mientras estuvo con ella: escrutar a lo lejos, con sólo momentáneas interrupciones, la extensión de la calle y más allá. Ansioso, inquieto, preocupado.

Aun visto desde una altura de tres pisos, percibíase la emoción que traicionaba su actitud expectante: sensación de miedo.

Aun cuando era evidente que aquello no la afectaba, no pudo menos de irritarla.

¿Qué estaba haciendo allí abajo? ¿Por qué no iba a otro lado a practicar boxeo con las sombras? ¿A qué andar tanto en torno suyo? Quería estar alejada de todos ellos, no ver a uno solo de los de la sala de baile. Y él era uno de ellos. ¿Por qué no volvía a su punto de reunión?

Crispada hasta lo más recóndito de su ser, sintió deseos de expresarle su ira con gritos de reconvención: «¡Largo de aquí, pronto! ¡Vaya a ocuparse de sus cosas!

¿Qué está esperando ahí abajo? ¡Retírese de ahí o llamo a un policía!». Y otras lindezas por el estilo que sabía decir muy bien, a las cuales él habría debido ceder, so pena de ver abiertas las ventanas del contorno para conocer la causa de las voces.

Pero antes de que pudiera hacerlo, sucedió algo anormal.

Él volvió la cabeza y miró hacia el lado opuesto. Siempre a nivel de la calle, pero hacia el oeste, no hacia la Décima Avenida y más

allá. Era una interrupción, un respiro en la dirección que mantuvo primeramente. Le vio iniciar un conato de fuga repentina, aunque no alcanzaba a divisar la causa que la motivaba.

Un instante después, él esperó para confirmar sus temores y en seguida se hizo a un lado, ocultándose en algún punto directamente bajo la ventana de ella.

Por un momento no se vieron indicios de lo que había causado aquella retirada súbita. La calle se extendía silenciosa a sus pies, oscura, salvo donde la farola iluminaba con resplandor amarillento.

Apretadas las mejillas contra la ventana, continuó allí su observación. Luego, bruscamente, sin aviso previo, algo blanco, semejante a un bote invertido, se deslizó lentamente en la oscura marea de la noche. Le llevó un breve rato comprender el motivo de aquella marcha fantasmal. Era el pequeño coche de la Policía en su ronda nocturna, acercándose sin luces y sin ruido para coger por sorpresa a los maleantes.

No tenía objetivo alguno, no buscaba a nadie, mucho menos a él; prueba de ello era su avance lento. Pasaba por allí al azar, en patrulla de vigilancia.

Ya se había perdido de vista. Por un instante sintió el impulso de abrir la ventana y llamarles la atención, gritando: «¡Hay un hombre oculto en la puerta de abajo! ¡Pregúntenle qué anda buscando!». Dominó el impulso. «¿Por qué hacer eso?», se dijo a sí misma. No le había causado ningún daño, ni había hecho ningún mal, que ella supiera por lo menos. Nada tenía que reprocharle. No era su hermano, ni ella su cuidadora.

De todos modos, ya estaba demasiado lejos. Sus ocupantes no habían mirado siquiera hacia la puerta de la casa.

Aguardó un breve instante para ver si volvía a salir. No reapareció. La calle en aquel sitio seguía tan desierta como si él nunca hubiera estado allí.

Permanecía oculto en algún lugar, sin fuerzas siquiera para huir.

Por fin bajó la cortina, como había sido su primera intención. Dio algunos pasos, desistiendo de quitarse el vestido. Se acercó a la puerta y aplicó el oído ansiosamente. Luego, con toda precaución, la abrió, viéndose nuevamente en el breve rellano de la escalera. Avanzó cautelosamente, acallados sus pasos por la blanda suela de las pantuflas.

Ningún ruido revelaba que hubiera en la casa, arriba o abajo, alguien que no perteneciera a ella. Aproximóse al hueco de la escalera, delineado por la barandilla, y se asomó con cautela, escudriñando cada uno de los descansillos de los tres pisos, hasta la parte inferior, débilmente iluminada.

No logró divisar nada en su primer examen. Se inclinó un poco más hacia adelante y tuvo así una vista diagonal del hueco hasta el fondo de la planta baja.

ALLÍ ESTABA. SENTADO en los escalones del primer piso, apoyado contra la barandilla en actitud de desconsuelo. Tenía las piernas recogidas, apoyadas en un escalón más abajo del cuerpo. Se había quitado el sombrero, que habría dejado a su lado, aunque no alcanzó a divisarlo desde allí. Todo en él era quietud, salvo las manos, que movía lentamente. Alcanzó a ver cómo se alisaba persistentemente los cabellos con la derecha, a impulso de las inquietudes que debían de embargarlo.

No era posible que permaneciera de aquel modo; no podía estar allí toda la noche.

Sin embargo, cuando un momento después ella misma le reveló su presencia inesperada, no la movió a ello la hostilidad ni el deseo de gritar que antes la había animado. Algo había ocurrido que la había hecho cambiar de propósitos. Quizá fuera la aflicción en que él parecía sumido. ¿Quién sabe? Ni ella misma podía decirlo. Le reveló su presencia, pero procurando al mismo tiempo que nada oyeran los vecinos. Le concedió esa merced, por lo menos. Hacía mucho tiempo que no hacía concesiones de esa clase; casi tanto como el transcurrido desde que no se las hacían a ella misma.

Le dirigió un siseo agudo, pero discreto, para atraer su atención. La señal sibilante fue repetida.

Alarmado, él se volvió y miró hacia arriba, pronto a escapar, hasta que alcanzó a ver el rostro de la muchacha a través de la abertura que los separaba.

Ella movió repetidamente la cabeza, sin despegar los labios, indicándole que subiera y fuera a reunírsele. Él se incorporó en

actitud de aquiescencia, y por un instante dejó de verle, aun cuando le oía subir precipitadamente de dos en dos los escalones. A poco apareció en el último piso, dio la vuelta final al pasamanos. Él la interrogó con una mirada en la que había algo de esperanza, pensando que, en sus circunstancias, cualquier recibimiento sería bueno.

Le pareció más joven que antes, sin que ella supiera por qué. Más joven que lo que le había parecido en el baile. Las luces del salón y todo lo que en él había hacían que todo el mundo pareciera en él más siniestro, más viejo aún de lo que en realidad era. Tenía conciencia de que él no había cambiado; que, en consecuencia, lo que había cambiado era la impresión que tenía de él. Quizá la forma en que ahora le veía, humilde y azarado, había alterado su imagen mortal. Al fin y al cabo, uno ve a los demás según su cristal propio, no como verdaderamente son.

—¿Qué le preocupa, joven? ¿Tiene algún problema? —preguntó, con intencionada y forzada rudeza, para ocultar el interés implícito en su pregunta.

También porque infringía una de las reglas que se había impuesto mucho tiempo antes.

Él contestó, sin lograr disimular su turbación:

—Nada…, yo… No la comprendo.

Después, reaccionando penosamente, agregó:

—Yo… estaba descansando un momento en la escalera.

—¡Hum! —refunfuñó ella—. ¿Descansando en la escalera de una casa ajena, a las dos de la madrugada, sin ninguna razón especial? Comprendo. ¡Oiga! Esto completa lo demás. No necesito usar los dedos para contar cuántas van. ¿Cree que no noté la forma en que se volvía cuando veníamos aquí? ¿El modo de ocultarse cuando vio venir el coche de la Policía?…

Con la cabeza baja, él contemplaba la barandilla de la escalera, fijamente, como si no la hubiese visto antes, como si por arte de magia hubiera aparecido súbitamente allí donde antes no estaba, pasando la mano por ella una y otra vez cual si tratara de pulirla en un sitio, en un lugar especial imposible de limpiar.

Cada vez le parecía más joven. Tendría unos veintitrés años, menos tal vez. En cambio, cuando le vio en el salón de baila, le pareció… ¡Bueno! Las ratas no tienen edad. Por lo menos, no

interesa averiguarlo.

—¿Cómo me dijo que se llamaba? Recuerdo que me lo dijo en la calle, pero se me ha olvidado.

—Quinn Williams.

—¡Quinn! Nunca oí un nombre así.

—Era el de mi madre antes de casarse.

La joven frunció el ceño, no por el nombre, sino porque recordó la discusión precedente.

—En fin, eso es cuenta suya —dijo, cerrando el debate—; usted sabrá lo que hace.

Se interrumpió, atraída su atención por un ruido proveniente del interior de su habitación: un leve estremecimiento de la tapa de la marmita, que al instante identificó por larga experiencia. Volvióse presurosa y entró, dejando a su acompañante sin decir palabra. Cerró el calentador y la diadema azulada se extinguió. El estremecimiento de la marmita cesó.

Levantó la pequeña cafetera y la puso sobre la mesa. La puerta había quedado abierta. Se levantó para cerrarla. El joven, que continuaba en el mismo sitio, seguía acariciando la barandilla de la escalera e inclinaba la cabeza con aire pensativo. Había en su persona una especie de fatalismo que su abstracción hacía más aparente.

Ella permaneció con la mano apoyada en la puerta. «Realmente —se dijo— no tienes cura. ¿Cuándo vas a aprender? ¿No se te ocurre nada mejor que lo que piensas hacer?». Y, como a pesar de estas reprensiones, lo hizo, prosiguió diciéndose:

«Sólo quedaba en mí este impulso amistoso. El único que la ciudad no me ha arrancado. ¡Séame arrebatado también, y nada quedará entonces de mí!».

Una vez más movió la cabeza, perentoriamente, en dirección al joven.

—He hecho un poco de café. Entre un momento y lo tomaremos juntos.

Él se adelantó nuevamente, tan de prisa como había subido la escalera. Ella comprendió que necesitaba a alguien que le animara; en parte era eso lo que le ocurría: que deseaba conversar con alguien.

Pero el brazo de la joven permaneció inmóvil, apoyado en la

puerta, cerrándole el paso.

—Tenga bien en cuenta una cosa —previno fríamente—: esto es sólo una invitación a compartir un taza de café, y nada más. Nada de azúcar. ¡Cuidado con…!

—No estoy pensando en nada de eso —dijo él, con un aire ingenuo que hasta entonces nunca creyera posible encontrar en un hombre—. Uno puede adivinar con una sola mirada lo que piensan los demás.

—Le sorprendería saber cuántos debieran consultar con un oculista —replicó ella, amargamente.

Bajó el brazo y el visitante entró en la habitación.

Cerrada la puerta, ella advirtió:

—No hable en voz alta. En la pieza vecina hay un viejo lechuzón… Siéntese en esa silla; yo me sentaré en esa otra, si al sacarla no se rompe en pedazos.

Él se sentó con rígida urbanidad.

—Arroje el sombrero sobre la cama —condescendió ella, hospitalaria—, si puede alcanzarla.

Un tanto inseguro, el muchacho probó desde donde estaba, lanzando el sombrero por encima de la mesa y la cafetera.

Ambos siguieron el vuelo y después se miraron, esbozando una sonrisa. Reaccionando luego, ella reprimió la suya. La de él murió en la soledad.

—Rara vez consigo hacer bastante cantidad para uno con esta cafetera —explicó, la joven, como disculpándose por su blandura en invitarlo a tomar café—. No se extrañe si sucede así.

Extrajo del aparador otra taza y un platillo.

—El motivo de tener una segunda taza —agregó— es que en el Woolworth daban dos por cinco dólares. Había que tomar las dos o perder el cambio —la puso boca abajo y la sacudió para que se desprendieran las pajuelas que contenía—. Es la primera vez que la uso. Será mejor que la enjuague un poco… ¡Sírvase, entre tanto! —invitó, mientras se volvía—. No espere por mí.

El contenido de la cafetera hervía y el vapor hacía que la tapa danzara sonoramente cuando él la tomó de la mesa para servirse; mas debió de dejarla un tanto bruscamente, porque ella oyó el ruido que produjo al golpear contra la tabla de la mesa y, al volverse, vio cómo la taza se bamboleaba aún a causa del golpe. Al mismo

tiempo, oyó crujir la silla.

La joven interrumpió su tarea y se volvió rápidamente.

—¿Qué es eso? ¿Se ha quemado?

Creyó notar que había palidecido. Él movió la cabeza, pero estaba demasiado absorto para contemplarla. Tenía aún la mano sobre la cafetera; con la otra sostenía el sobre dirigido a la madre de la joven, y lo contemplaba con estupor.

Ella comprendió inmediatamente lo que debía de haber ocurrido: debió de dejar inadvertidamente la cafetera encima del sobre y el calor había hecho que éste se adhiriera a ella; él había visto el sobre al levantarla, lo había separado de la cafetera y algo en él le había llamado poderosamente la atención.

Se acercó a la mesa y preguntó:

—Pero ¿qué ocurre?

Él levantó los ojos y la miró, sosteniendo aún el sobre. Estaba boquiabierto: aun después de hablar permaneció así.

—¿Conoce a alguien allá? ¡Glen Falls, Iowa! ¿Es allí donde destina esta carta?

—Sí, ¿por qué? —contestó, ásperamente—. Es lo que dice el sobre, ¿verdad? Escribo a mi madre, que está allá.

Algo desafiante en su actitud, preguntó:

—¿Por que se extraña?

Él movió la cabeza y, asombrado, hizo un ademán de incorporarse; mas no llegó a erguirse del todo y cayó nuevamente en la silla. La miraba de pies a cabeza.

—No salgo de mi asombro —murmuró, pasándose la mano por la frente—. Yo soy de allí. Ese es mi pueblo… De allí vine hará un año, poco más o menos.

En tono de incredulidad, prosiguió:

—¿Pretende usted que también es de allí? ¿Quiere decir que los dos, de entre los centenares de pueblos que hay en el país…?

—Yo soy de Glen Falls —asintió ella, circunspecta.

Prescindió del «también». Se sentó frente a él, con fría deliberación. La sospecha surgió en ella como una corriente eléctrica generada por la primera palabra que salió de los labios del desconocido, dispuesta a no creer a nadie, en ningún momento, en ningún lugar. Era la única forma de no caer en una trampa. ¿Qué era esto de ahora? ¿Qué fin se proponía? Había visto el nombre del

pueblo en el sobre. ¿Qué se proponía con ello? ¿A dónde iría a parar? ¿Pensaba crear algún vínculo? ¿Buscaba un acercamiento? Una cosa pudo deducir: era una nueva argucia… ¡y ella creía conocerlas todas!

—Conque ¿es usted… de Glen Falls? —preguntó, escrutadora—. ¿En qué calle vivía? —le observó con atención mientras golpeaba con las uñas sobre la mesa.

La respuesta fue inesperadamente pronta:

—En Anderson Avenue, cerca de Pine Street. La segunda casa entre Pine y Oat, después de la esquina.

Ella le escrutó atentamente: no había tenido que pensar; sus palabras brotaron espontáneamente, como si se hubiera tratado de decir su nombre.

—¿Fue alguna vez al cine Bijou, cerca de la plaza de los Tribunales, mientras es: tuvo allí?

Esta vez hubo una pausa.

—No había ningún cine Bijou cuando yo vivía allí —contestó, con voz inexpresiva—. Solamente había dos: el State y el Standard.

—Lo sé —asintió ella, quedamente—; no hay ningún cine de ese nombre.

Luego, ocultando la mano algo trémula bajo la mesa, prosiguió:

—¿En qué calle hay un puente para peatones sobre las vías del tren?

Sólo los del mismo pueblo o los que hubieran pasado media vida allí habrían sabido contestar.

—No cruza ninguna calle —repuso él, simplemente—; está en un lugar bastante desagradable, a mitad de camino entre las calles Maple y Simpson, y para cruzarlo hay que tomar un caminito estrecho que conduce hacia él. La gente ha estado protestando durante años, y usted lo sabe muy bien…

Sí, ella lo sabía. Pero el caso es que él no lo ignoraba.

—Debiera verse la cara; está muy pálida —murmuró él—; así me sentí yo hace unos instantes.

Luego era cierto; los dos eran del mismo pueblo.

Ella se sentó, con los brazos rígidos; cuando pudo hablar inquirió:

—¿Sabe dónde vivía yo? ¡En Emmet Road!… Sabe dónde está, ¿verdad? En la manzana siguiente, después de Anderson Avenue.

¿Comprende? Nuestras casas de ben de estar lindando… ¿Nunca ha oído nada parecido?

Luego, interrumpiéndose, preguntó:

—¿Cómo es que no nos vimos nunca allí?

—Yo hace un año que marché —dijo él.

—Yo llevo cinco años aquí.

—Nosotros no nos mudamos a Anderson Avenue hasta después de la muerte de papá, hace dos años, poco más o menos. Antes vivíamos en una granja que teníamos cerca de Marbury.

Ella asintió presurosa, feliz de que el encanto no hubiera sido quebrado por la cartografía.

—Sí, así debió de suceder. Yo ya estaba aquí cuando ustedes se mudaron a la ciudad. Pero quizá ahora, en este mismo instante, mi gente y la suya ya hayan entablado relación. Son vecinos, tal vez más que los otros. Los vecinos separados por la calle pueden pasar años sin tratarse; los que viven en casas contiguas… casi una familia.

—¡Oh, sí, sí! Ya deben de conocerse; puedo verlos; quizá estén conversando ahora. Y lo poco que le gusta a mamá el… —se detuvo para inquirir cosas más inmediatas—. No me ha dicho usted todavía cómo se llama. Yo ya le dije mi nombre.

—¿No se lo dije aún? Parece que volviera al pasado, ¿no es cierto? Me llamo Bricky Coleman. Mi verdadero nombre es Ruth, pero todos me llaman Bricky, incluso los de la casa. ¡Oh, cómo lo odiaba de niña!…; pero ahora…, casi lo echo de menos. Me lo pusieron…

—Ya sé, por su cabello —completó él.

SU MANO SE INSINUÓ sobre la mesa, hacia ella, con la palma hacia arriba, algo indecisa, como pronta a retirarse si era ignorada. También ella extendió la suya, vacilante. Las dos manos se encontraron, se estrecharon, desprendiéndose luego como con pesar. Cumplida la formalidad, se sonrieron el uno al otro, cohibidos, a través de la mesa.

—¿Amigos? —susurró él, medroso aún.

—Amigos —admitió ella, quedamente.

Desvanecido el breve barniz de la formalidad, ambos se sintieron nuevamente unidos por el común interés del vínculo surgido entre ellos.

—Apostaría a que ahora deben de estar reunidos, ¿no le parece? —sugirió él.

—Aguarde un poco… Williams es un apellido común, pero ¿no tiene usted un hermano?

—Sí, menor que yo. Johnny. Es muy joven; sólo tiene dieciocho años.

—Sospecho que es el mismo que le anda rondando a mi sobrina Millie. Tampoco ella tiene más de dieciséis o diecisiete años. Me ha estado escribiendo últimamente acerca de un nueva conquista suya, un muchacho Williams, perfecto en todo, salvo que tiene pecas. Ella espera que desaparecerán.

—¿Juega al hockey?

—En el equipo del Jefferson High —repuso ella.

—Es Johnny. No me cabe duda.

Sólo atinaron a mover la cabeza de un lado a otro, mudos de asombro.

—¡Qué pequeño es el mundo!

—¡Oh, sí, muy pequeño!

Ahora era ella quien le miraba a él. ¡Dios, qué modo de mirarlo! Lo estudiaba, se lo aprendía de memoria, como si lo viera por primera vez. Un muchacho sencillo como hay muchos, perfectamente natural, despojado de fantasías. Nada más que uno de los muchachos «de al lado». El muchacho «de al lado». Hay sólo uno en la vida de toda joven pueblerina. Y este era él. Aquí estaba el suyo ahora. El muchacho que debió haber sido suyo, que lo habría sido si ella se hubiera quedado, si lo hubiese esperado un poco más.

No había en él nada extraordinario. Nunca lo hay en el muchacho de al lado. Está demasiado cerca para verlo claramente. Nada brillante, nada romántico. Estas cosas sólo pueden apreciarse a distancia. Pero tenía una cosa: era perfectamente definido. ¿Cómo no se dio cuenta en el baile cuando entró allí por primera vez? Bueno: cuando todos son un billete apenas y un par de pies, ¿cómo

observar la menor cosa?

Estuvieron hablando del pueblo, de su pueblo, baja la voz, los ojos entornados. Lo acercaron, lo trajeron a la misma habitación, a través de la ventana. Nueva York quedó aparte, en la noche lóbrega, alejado de sus pensamientos. El reloj Paramount, erguido en la soledad nocturna, dejó de existir para ellos y en su lugar pudieron oír la campana de la pequeña iglesia blanca dando las horas suavemente, diciéndoles: «Dormid, yo velo por vosotros. Estáis en vuestros hogares. Dormid tranquilos, yo estoy alerta».

Conversaron largamente, en voz queda, al principio algo cohibidos; después con más facilidad, más expansivos a medida que conversaban, perdida la noción de lo que eran y de lo que hacían, más para desahogarse que para referir sucesos, hasta establecerse entre ellos una corriente de sentimientos, un flujo de reminiscencias en el cual se fundieron sus recuerdos con alternativas rítmicas.

—Aquella plancha frente a los almacenes Marcus, que cedía al peso del cuerpo si se pisaba en el borde. ¡Apuesto a que sigue lo mismo!

—Y la pastelería de Pop Gregory, ¿recuerdas? ¡Los nombres que ponía a sus especialidades!… «Oriental de Lujo, Helado Delicia»…

—¡Y aquella farmacia Elite, al extremo de Main Street!

—Hermosas mañanas en los pórticos sombreados…

—Y, al atardecer, hamacas que se balancean suavemente por doquier, y un vaso de limonada sobre la hierba. ¿Tomaba limonada? Yo lo hacía siempre…

—Y nada de música por las noches. Nada más que silencio. Podía oírse el ruido de una aguja al caer.

—Y aquel inmenso caserón del Jefferson High, rígido y severo, todo de granito. Yo lo creía el mayor edificio del mundo. ¿Estuvo en el Jefferson High?

—Por supuesto. ¿Quién no ha estado allí? Yo solía deslizarme por aquellas balaustradas lustrosas de la fachada, y mi orgullo era caer de pie.

—Yo también. ¿Estudió literatura inglesa en la clase de miss Elliott?

—Naturalmente. Todo el mundo estudia literatura con miss Elliott.

Por un instante ella sintió una punzada. «El muchacho de al

lado» y ella se habían encontrado a cuatro mil kilómetros de su pueblo, con un retraso de cinco años, demasiado tarde. El chico de al lado, el que debió ser un amigo de la infancia y nunca lo fue.

—Uno salía de casa, y todos te daban los buenos días, a uno y otro lado de la calle, aunque nunca te hubieran visto.

—Y nada de música al anochecer, ningún ruido de latas ni cornetines estrangulados. Solamente el canto de los grillos. Nada de música, nunca.

—Y la nieve que en el invierno lo cubría todo con una alfombra blanca.

—Pero ¡en la primavera! Podía pasarlo bien en el invierno y el otoño, y aún en el verano, pero ¡en la primavera…, cuando los manzanos florecían, me parecía tener alas en los pies!

—Personas que lo conocían a uno desde la niñez, que le demostraban verdadero afecto, que se detenían a la puerta a preguntar por la salud de uno si lo sabían enfermo, que le hubieran prestado dinero gustosamente en caso de necesidad, que, si…

—¡Y ahora, qué diferencia!

La joven apoyó la cabeza en los brazos doblados sobre la mesa, tan rápidamente como si se le hubiera quebrado el cuello.

Dos o tres veces su mano golpeó ligeramente la mesa con impaciencia infantil.

—Mi pueblo, mi hogar —oyó él que decía con voz ahogada—. Tierra de donde salí… Quiero ver a mi madre…

CUANDO LEVANTÓ LA CABEZA él estaba a su lado. Aun cuando no la había tocado, ella advirtió que se disponía a hacerlo, pero se contuvo, medroso. Se lo decía la postura de su mano.

Le sonrió procurando ocultar las lágrimas, que humedecían sus ojos.

—¡Un cigarrillo, por favor! —dijo ásperamente—. No puedo estar sin fumar después de haber llorado. ¿Qué me pasa? Hace tiempo que no me afligía tanto por falta de compañía.

No tenía cigarrillos. Ni se los habría dado, de tenerlos, por no someterse a su pretendida rudeza.

—¿Por qué no vuelve a su casa? —inquirió.

Nuevamente le pareció él un poco más viejo, quizá porque ella se sentía algo más joven. La ciudad hace que uno envejezca. En el hogar de uno, en su propia casa, se es siempre joven, y el sólo pensar en él alegra, rejuvenece, aunque sólo sea por un instante.

Se abstuvo de contestar; mas él, obstinado, volvió a la carga.

—¿Por qué no vuelve a su pueblo? ¿Qué la retiene…?

—¿Cree que no lo he intentado? —repuso ella, sombría—. He reunido el importe del billete, he ido tantas veces a preguntar las salidas del autocar, que me las sé de memoria. Sólo hay uno por día, que parte a las seis de la mañana. Hay otro que sale por la tarde, pero éste se detiene toda la noche en Chicago. Y pasar la noche en Chicago…, o en cualquier otro lugar, me pone nerviosa. Creo que me volvería. Lo sé. No me pregunte por qué. Sólo yo lo sé. Una vez llegué hasta la estación, con la maleta preparada, esperando el momento de partir. No sé qué me pasó. En el último momento desistí. Devolví el billete… y a Nueva York de nuevo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no se vuelve, si tanto lo desea? ¿Qué la retiene aquí?

—Porque… no me abrí camino. Porque he fracasado. Allá creen que soy una estrella de Broadway. En cambio, no soy más que una bailarina alquilada, una bolsa de trapo que se empuja por el salón. ¿Ve ahí ese trozo de papel, en el cual no hay nada escrito más que «Querida mamita»? Una parte de la razón son las historias que he estado escribiendo a casa. Ahora no tengo valor para volver, confesar la verdad y admitir que soy una fracasada. Se requiere mucho valor para eso; yo no tengo el suficiente.

—Pero tenga en cuenta que ellos son su gente, que la comprenderán. Sin duda serán los primeros en ayudarla, en tratar de animarla.

—Sí, comprendo; yo podría decírselo a mi madre. Pero no es eso. Están los amigos, los vecinos. Probablemente les habrá hablado de mí desde hace años, les habrá leído mis cartas. Ya sabe cómo son las madres. Sí, mamá y las amigas saldrían en mi defensa, no dirían palabra, pero no por eso dejarían de sufrir. No quiero que eso ocurra. Siempre he deseado volver y hacer que se sintieran orgullosas de mí. En cambio, con lo que soy, se sentirán mortificadas. La diferencia, como ve, es mucha.

Moviendo la cabeza, afligida, agregó:

—Pero eso es sólo una parte de la razón; no es la razón principal.

—¿Qué otra razón?

—No puedo decírselo. Se reiría de mí.

—¿Reírme de usted? ¿Por qué no iba a comprenderla? ¿No soy yo también del mismo pueblo? Yo también estoy aquí en la ciudad, lo mismo que usted…

—Bien; se lo voy a explicar —dijo ella—. Es la ciudad misma. Usted sólo la ve como un lugar en el mapa, ¿cierto? Yo la veo como un enemigo personal, y sé que tengo razón. La ciudad es mala, lo derriba a uno. A mí me tiene ya presa por el cuello, y ella es la que me retiene, la que no me deja partir.

—Pero las casas, los edificios de cemento y piedra, no tienen brazos, no pueden extenderlos y sujetarla, si usted quiere partir.

—Ya le dije que no me comprendería: no es necesario que tengan brazos. Cuando hay tantos juntos parece que desprenden como una especie de emanaciones. No sé emplear retóricas; lo único que sé es que este lugar tiene un espíritu propio. Es bajo, vil, abyecto, y cuando se le aspira por mucho tiempo, se introduce por los poros, llega al fondo de uno mismo… y no hay nada que hacer, nada que implorar: la ciudad lo ha hecho suyo. Entonces sólo cabe sentarse y esperar. Mientras tanto, la ciudad completa su obra, lo convierte a uno en algo que nunca habría deseado ni pensado ser. Entonces ya es tarde. Vaya a donde vaya, al pueblo o a cualquier lugar, no será otra cosa que lo que la ciudad ha hecho de usted.

Él se limitó a mirarla sin hablar.

—Ya sé que esto le parecerá infantil, ya sé que ni siquiera me cree. Pero no me engaño. Lo he sentido, créalo. Sobre nosotros se cierne un cerebro, algo que piensa por sí mismo. Nos observa, juega con nosotros, como el gato con el ratón. Deja que nos alejemos un poco, como hizo conmigo, y cuando creemos estar a salvo, que podremos escapar, nos echa la zarpa y nos vuelve atrás. Nos imaginamos entonces que es puro capricho nuestro, pero no es así; que hemos cambiado de plan, pero tampoco es eso. Es el vapor, los gases (hay una palabra exacta…, ¿a ver si la puedo recordar?…). Son los miasmas que se desprenden de la ciudad, adentrados en nosotros, que nos han vencido. Es también como un remolino. Si

nos quedamos tranquilos en medio de él y no tratamos de huir, no nos pasará nada. Pero si llegamos cerca de la orilla y queremos escapar, nos retiene con violencia y nos vuelve atrás. Hubo veces en que creí sentir su fuerza. Como cuando nadamos y sentimos que nos arrastra la corriente. Uno no puede ver nada; sólo siente que no puede librarse. No es posible defenderse por sí sola. ¿Comprende lo que quiero decir?

Hizo un gesto con la mano, como negando lo que él no había dicho, lo que creyó que había pensado.

—¡Oh, sé muy bien que millares de seres como nosotros vienen aquí todos los años! Todos aspiran a encumbrarse. Todo Nueva York vino de otra parte, dicen. Pero esto no me quita la razón; antes bien, prueba lo que afirmo. La ciudad es dañina. Si entre mil es usted más débil que los demás, tardo de comprensión o necesitado de una mano amiga, entonces es cuando la ciudad se aferra a usted, cuando se le muestra tal cual es. La ciudad es cobarde. Ataca únicamente a los caídos, sólo a los caídos. Repito que la ciudad es mala, y si para alguien es buena, no soy yo, es mala para mí. La odio, es mi enemiga. No quiere dejarme ir… Es lo único que sé.

—Pero ¿por qué no se vuelve? —insisto él—. ¿Por qué seguir así?

—Porque ya no soy bastante fuerte como para desasirme de sus garras. Creí habérselo explicado ya. Me convencí de ello la mañana que estuve esperando en la terminal del autocar. Comprendí entonces lo que era. Cuanto más libre parece dejarnos, más fuerte es el tirón que nos vuelve atrás. Ya infiltrada en mí, pretendió llamarse «sentido común», me saboteó. Cuando el sol comenzó a asomar sobre los edificios y la multitud de los que trabajan comenzaba a apiñarse en las aceras de South Street, trató de mostrárseme familiar, de parecer algo a lo que estaba acostumbrada, que no me haría ningún daño, del que nada debía temer. Me susurraba al oído: «Siempre puedes irte mañana. ¿Por qué no dejarlo por esta noche? ¿Por qué no te quedas otra semana?». Y cuando el conductor gritaba: «¡Al coche todos!», yo, como una sonámbula, con la maleta en la mano, caminaba hacia el lado opuesto con lentitud de vencida. No es broma: cuando regresaba, creía oír los trombones y los saxofones que me gritaban: «¡Te tenemos; ya sabíamos que no lo harías! ¡Estás atrapada!».

Descansó la cabeza en la palma de la mano, mirando pensativa al vacío.

—Tal vez la causa de que no haya logrado romper las cadenas que me retenían es que estaba sola. Sola, carecía de voluntad. Quizá si alguien hubiera venido conmigo al pueblo, alguien que me hubiese sujetado por el brazo cuando trataba de desistir, no me habría dejado vencer, habría sido más resuelta.

La expresión de Quinn se hizo sombría. Ella lo percibió claramente. Vio la línea imaginaria que él trazó sobre la mesa con el puño. Como si dividiera dos cosas fatídicas: el pasado, quizá, del presente.

—¡Ojalá la hubiera encontrado ayer! —oyó que decía, más para sí mismo que para ella—. ¿Por qué no la encontré ayer en vez de esta noche?

Ella sabía que no debía y ahora no podía volverse atrás. Él no le había dicho nada; pero ella sabía que algo le había ocurrido.

—Bien, supongo que será mejor que me vaya —murmuró él—; sí, es mejor que me vaya.

Se acercó para coger su sombrero, que estaba sobre la cama. Lo vio levantar un poco la almohada y buscar algo en sus bolsillos que deseaba que ella no viera.

—Vuelva eso a su sitio —ordenó.

—De ninguna manera —luego, suavizada la voz— ya tengo para el viaje; lo he reunido en ocho meses, y aún tengo para un bocadillo en Chicago…

Él se volvió con el sombrero ya puesto. No volvió a inclinarse sobre la mesa; fue directamente a la puerta, como con pena. Al pasar junto a ella deslizó la mano sobre su hombro, como una despedida que expresaba, silenciosa pero perfectamente, su propósito: angustia mutua, simpatía sin medios de ayudarse uno a otro; dos personas que estaban en el mismo bote.

Ella le dejó llegar hasta la puerta y poner la mano sobre el picaporte.

—Le están buscando por algo, ¿no es cierto? —preguntó quedamente.

Se volvió y la miró fijamente, pero sin sorpresa, sin asombrarse por su penetración.

—Me estarán buscando a las ocho o las nueve de la mañana, a

más tardar —contestó fríamente.

13:40

APARTÓ LA MANO DEL PICAPORTE y se volvió. No dijo nada. Volvió el forro de la chaqueta hacia afuera y buscó por el borde. Desprendió una rotura sujeta con alfileres, que parecía intencionadamente hecha con un cuchillo o una hoja de afeitar. Revolvió en su interior con dedos ágiles. Súbitamente sacó un fajo de billetes y lo puso sobre la mesa. El primer billete de la parte superior era de cincuenta dólares. Buscó luego en la parte opuesta, y abrió otra hendidura. Un segundo fajo se unió al primero. Esta vez, el primer billete era de cien dólares. La tarea le llevó algún tiempo. Había diseminado los fajos de billetes en torno al borde de la chaqueta, a fin de que en ningún lado hubiera un bulto excesivo. Tenía otros en diversos bolsillos, y hasta llevaba uno en la pierna debajo de la liga. Cuando hubo terminado, había sobre la mesa seis paquetes enteros, y los restos de un séptimo que había sido deshecho y gastado en parte.

Ella le miraba con rostro inexpresivo.

—¿Cuánto hay ahí? —preguntó, serena.

—No lo sé bien, ahora. Debe de haber dos mil cuatrocientos. Al principio había cien más.

Nada expresaba aún el rostro de la joven.

—¿Dónde lo consiguió?

—En un lugar que no me pertenecía.

Permanecieron silenciosos unos minutos. Se habría dicho que aquel dinero no estaba allí, sobre la mesa, entre los dos.

Por fin, sin que ella se lo pidiera, él rompió a hablar. Tal vez porque era de su pueblo y además tenía que contárselo a alguien. Ella era para él la chica de al lado, aquella a la cual habría revelado sus cuitas, si aún estuvieran allí. Seguramente, en el pueblo no le habría sucedido nada de esto; pero le había ocurrido aquí, y tenía que contárselo.

—Yo tenía hasta hace poco un trabajo de ayudante de electricista. Aprendiz o auxiliar, poca cosa, pero era algo. Hacíamos un poco de todo: reparábamos aparatos de radio, los convertíamos de una corriente a otra, arreglábamos planchas eléctricas, hacíamos cambios de instalaciones, arreglos de timbres; en fin, diversidad de cosas. Desde luego, no fue para eso para lo que yo vine aquí, pero era mejor que cuando, recién llegado, tuve que dormir en los bancos de las plazas públicas; por eso no me quejaba. Hace un mes perdí el empleo. No porque fuera despedido, sino porque mi patrón sufrió un ataque cardíaco y hubo de cerrar el negocio. Me quedé sin nada, como el primer día de mi llegada. Anduve deambulando de un lado a otro y no pude conseguir ocupación. Ni siquiera como lavaplatos. Las cosas andan mal en la ciudad, y en ningún lado hay la menor perspectiva. El año 1939 es un mal año, usted lo sabe. Cuando vi que no había nada que hacer, debí haberme vuelto al pueblo, mientras me quedaba aún el importe del billete, o escribir a casa, pidiendo que me enviaran dinero, cosa que seguramente habrían hecho. Pero debió de pasarme lo que a usted. Me horrorizaba admitir que estaba vencido. Había venido por propia voluntad y quería demostrar que había hecho bien. Gran muchacho, como ve.

Caminaba lentamente de un lado a otro mientras hablaba; las manos en los bolsillos, con desaliento, humillada la cabeza y mirándose los pies conforme los movía.

Sentada frente a él, ella le escuchaba con atención.

—Debo mencionar ahora un incidente que ocurrió en el invierno pasado, meses antes de que perdiera mi empleo. Esta es la parte que parece oscura, que tal vez no quiera creer, pero ocurrió tal como se la voy a contar. Se nos había encargado uno de esos trabajos domésticos que se nos pedían de cuando en cuando. La casa estaba en el lado este, a la altura de la calle Setenta, donde abundan las mansiones lujosas. Mi patrón había ido allí varias veces, ganando

una buena reputación por su trabajo metódico y era de ver la frecuencia con que le llamaban para hacer diversas reparaciones. Conocíamos así los interiores de muchas de las casas más opulentas de la ciudad. Bien; esta llamada concreta nos fue hecha desde una famosa casa de la calle Setenta. El dueño había comprado una lámpara de rayos ultravioleta para resistir el invierno y no tener que ir a Miami, y necesitaba una instalación especial en el cuarto de baño para poner la lámpara en funcionamiento. Su nombre es Graves. ¿Lo oyó mencionar alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

—Yo tampoco lo había oído nombrar antes. Ni aún ahora sé quien es. Mi patrón decía que tenía una gran posición social, por ser de una familia ilustre. El trabajo era bastante fácil. Nos llevó tres días, pero era porque sólo trabajábamos una hora diaria, a fin de no causar excesivas molestias a la familia. La obra consistía en abrir un boquete del tamaño de un puño en la pared del cuarto de baño; luego, conectar un alambre con otro ya tendido en la pared que daba con la habitación contigua. Hecho esto, la lámpara podía funcionar. Se trataba de una casa vieja, de muros sólidos y gruesos como he visto pocas. Cierta vez, mientras trabajaba abriendo el boquete (el patrón tuvo que ir al taller por algo urgente), el escoplo / dio contra madera al otro lado. Ignorante de lo que aquello podía ser, desvié el escoplo para evitarlo. Después de esto, ya no hallé más dificultades. Luego, al otro 11 día (creo que así fue) alguien entró en la 274 habitación contigua; era una especie de biblioteca o estudio al fondo. Tan sólo estuvo un minuto o dos y luego se retiró. Noté, próximo a mí, un ligero ruido en la pared. La puerta intermedia estaba abierta, y asomé apenas la cabeza para mirar. En la pared opuesta había un espejo y por él pude ver lo que ocurría. Un hombre estaba de pie al otro lado de la misma pared sobre la que yo trabajaba, algo desviado hacia un costado quizá. Había abierto una especie de panel de madera, y daba vueltas al pequeño disco de una caja fuerte embutida en la pared. Era una caja de escasas dimensiones, de las que suele haber en algunos aposentos. Hizo girar la tapa y extrajo un cajón pequeño. Vi perfectamente que sacaba algunos billetes, después de lo cual volvió a colocar el cajón en su sitio. No quise ver más y reanudé mi trabajo. Aquello no me interesaba. Lo único que había querido averiguar era la causa de las

vibraciones en la parte opuesta de la pared. Después recordé que el día anterior había encontrado madera con mi escoplo, lo que me llevó a suponer que debía de ser la armazón de madera donde estaba empotrada la caja. Pero no me preocupé más por el asunto, ni volví a pensar en él. No le pido que me crea; no le reprocho que no pueda hacerlo.

Ella se limitó a comentar:

—No le creía a usted cuando me dijo que éramos del mismo pueblo. Si aquello resultó cierto, ¿por qué no ha de serlo esto también?

—Lo que tengo que decirle ahora es todavía más difícil de creer. Ni yo mismo sé cómo ocurrió. Lo único que sé es que ocurrió y que yo nada tuve que ver en ello. En el piso bajo, junto a la puerta de entrada, había una mesa pequeña. Varias veces, sin intención alguna, dejé abierto mi maletín de trabajar sobre ella, mientras trabajábamos arriba. Pienso que fue por descuido más que por otra cosa. Luego, ya terminado el trabajo y de regreso al taller, vacié la valija y encontré algo, que debió de mezclarse por error con las herramientas y los alambres. Tal vez alguien lo había puesto equivocadamente allí o yo lo barrí de la mesa con la mano sin advertirlo, al colocar las herramientas en su sitio. Se me ocurrió también que pudo haber sido culpa de una criada medio tonta, que solía abrirnos la puerta, quien tal vez, al limpiar la mesa, supuso que formaba parte de mis herramientas. Insisto en que no fue intención mía, y juro que la vi por primera vez cuando estaba en el taller. Ni aún ahora comprendo cómo llegó allí.

—¿Qué era? —preguntó la joven.

—La llave, o, por lo menos, una de las llaves de la puerta de la calle, eso era lo que había dentro de mi maletín.

Bricky lo escrutó con mirada penetrante.

Él renovó sus afirmaciones.

—Comprendo que el hecho parece inverosímil, que nadie me creerá, pero sucedió tal como lo digo: no sé cómo vino a parar allí la llave —sus brazos cayeron inertes—, pero no espero que nadie me crea.

—Una hora antes no le habría creído —admitió ella—. Ahora ya no estoy tan segura. Siga y concluya.

—Lo demás, fácil de adivinar, no requiere muchas explicaciones.

Yo debiera habérselo dicho al patrón, haberle entregado la llave. Lo habría hecho, pero él ya no estaba allí; se había retirado encargándome que cerrara el taller. Lo que debía haber hecho entonces era volver a la casa y devolver yo mismo la llave. Pero era tarde y estaba cansado y hambriento. Ante todo tenía que comer y descansar un rato. Había trabajado todo el día. Lo dejé, pues, por aquella noche, proponiéndome arreglar el asunto el otro día, sin mayores demoras. Tampoco lo hice. Estuve trabajando desde las ocho de la mañana hasta entrada la noche, y no hallé ninguna oportunidad para hacerlo. Al día siguiente, me olvidé por completo de la llave y en los siguientes no volví a recordarla. Después, como ya le dije, perdí el empleo y empezaron mis apuros. Mi poco dinero desapareció y… bien, para abreviar, ayer salí con mis herramientas para tratar de conseguir algo en la casa de empeño, pues todo lo que tenía de algún valor ya lo había empeñado. Revisé las herramientas, y entonces encontré la llave. En cuanto la vi recordé de dónde había venido. Reprochándome algo a mí mismo, me la metí en un bolsillo y volví a la casa con ella. Me animaba la esperanza de que al hacer la devolución me encargaran algún trabajito, aunque sólo fuera el arreglo de una lámpara. Al llegar allí toqué el timbre. Nadie vino a abrir. Volví a llamar sin obtener resultado. Ocurría esto al comenzar la tarde. Me disponía a retirarme, pero algo incomprensible me retuvo, Estuve yendo y viniendo, rumiando no sé qué cosas. En eso, un chico de los recados salió de una de las casas próximas, y, viéndome mirar a la casa en espera todavía de una respuesta, y sin que yo se lo preguntara, me dijo que en la casa no había nadie, que todos se habían marchado una semana antes para las vacaciones de verano. Le pregunté por qué no habían asegurado la puerta y bajado las persianas, como generalmente se hace en estos casos. Repuso que, según tenía entendido, uno de los miembros de la familia se había quedado allí para arreglar algunos asuntos; probablemente la casa quedaría definitivamente cerrada cuando hubiera terminado y fuera a reunirse con los demás. Le pregunté si sabía cuál era el momento más propicio para encontrar a esa persona. Me contestó que no estaba más informado que yo, pero me sugirió algo de sentido común: que probara por la noche. En consecuencia, volví a mi habitación y esperé la noche. Entonces fue cuando la malvada idea

empezó a germinar. Ya me comprende. Creo innecesario contarle cómo fue.

—Comprendo —asintió la joven.

—Fue creciendo sin que yo la advirtiera, y estas situaciones son peligrosas. Son como la mala hierba que es difícil de extirpar cuando se desarrolla. Y todo contribuía a… fertilizarla, podríamos decir. Tenía apenas unos diez centavos y no podía cenar aquella noche. Cuando sólo se tienen diez centavos, no se pueden gastar, ni siquiera en una taza de café y un panecillo; uno tiene miedo de que al día siguiente resulten aún más necesarios. Desde hacía dos semanas temía que me echaran de la habitación, lo cual iba a producirse en cualquier momento. Bien; la idea creció como una hierba maligna mientras permanecí sentado en el borde de la cama aquella tarde, tentado por aquella llave que tenía siempre ante los ojos. Hacia las siete, poco después de oscurecer, salí y me encaminé de nuevo al lugar —sonrió amargamente—. Ahora las excusas sobran. Llegué a la esquina cercana a la casa, me detuve allí un instante, y esto es lo que presencié desde allí: adentro había luces encendidas que iluminaban las ventanas de la planta baja; luego había llegado a tiempo, si es que realmente iba en busca de aquella persona. Frente a la puerta había un taxi en espera de alguien. Mientras miraba hacia la casa, las luces se apagaron y un minuto después un hombre y una mujer salieron hacia el auto. Pude haberlos alcanzado antes de que llegaran al coche, pues no parecían darse prisa. No lo hice. Mis pies, como arraigados allí, no me dejaban mover. Permanecí allí quieto, viéndolos partir, deseando que se fueran. Ignoraba quién de los dos pertenecía a la casa, quién esperaba a quién, pero adiviné que iban a estar fuera muchas horas. Ella vestía un traje de noche y él iba de esmoquin; pude verlo desde donde estaba, y cuando las personas se visten de ese modo no es para volver al cabo de una o dos horas. Entraron en el coche, y yo me alejé también. Estuve dando vueltas a la manzana, palpando en el bolsillo la llave, luchando con la idea. Puedo asegurar que la lucha fue dura, aunque supongo que no lo bastante. Estaba con el estómago vacío, y así es difícil luchar. No había traído el maletín conmigo, pero sí tenía un par de herramientas ligeras, que era todo lo que necesitaba. Esta vez no tiene que esforzar la imaginación; no se separaron de las demás y fueron a meterse en mi bolsillo por

casualidad; yo las había elegido para lo que pensaba hacer. Cierta vez, a fin de eliminar la tentación, llegué a arrojar la llave en un cubo de basura. Pero de nada sirvió; antes de dos minutos había regresado, recuperando la llave nuevamente. Desde aquel momento, deseché toda vacilación y me encaminé directamente a la puerta. Estaba vencido; al principio me sentí contento de que así fuera. ¿Por qué no decirlo francamente?

Se rió en voz baja, sin alegría.

—Lo demás podría reconstruirlo por sí misma. Toqué la campanilla, por pura formalidad. Me constaba que en la casa no había nadie. Entonces pasé al vestíbulo y anduve manipulando con la llave. La puerta se abrió dócilmente, pues los incautos dueños no se preocuparon siquiera de cambiar la cerradura. Tal vez ni siquiera advirtieron la pérdida de la llave. Prescindí de luz para orientarme. Subí la escalera, como el patrón y yo habíamos hecho tantas veces, y me dirigí al estudio, o lo que fuere, situado al fondo del segundo piso. Encendí la lámpara del cuarto de baño, pues no tenía ventanas y no había peligro de que la luz se viera desde fuera. Tomé las dos herramientas que había llevado y fui hacia la caja por la parte trasera. Reabrí el agujero que había practicado antes, pero esta vez hacia la caja, no a un lado. Lo hice más ancho que al principio, para desembarazar la caja de los listones de madera con que estaba retenida. Era el cofre más raro que había visto; sólo la tapa y la armazón eran de acero. Lo demás, de madera. Una vez que hube retirado la parte posterior del armazón, la caja quedó abierta. Entonces tiré del pequeño cajón que había dentro de ella y comencé a revisarlo. Supongo que por delante la operación habría sido más difícil, pero por detrás los refuerzos eran débiles. Había allí una gran cantidad de papeles de todas clases, pero yo sólo busqué dinero. Me llevé todo el que había, dejando las joyas y títulos en la misma forma en que estaban. En seguida volví la caja a su sitio y la cerré. Después recogí los trozos de argamasa caídos, y corrí la cortina de la ducha a fin de que ocultara el boquete que había abierto. Si él (supongo que es un hombre quien vive allí) entra ahí cuando regrese esta noche, probablemente no notará nada extraño. No lo advertirá hasta mañana, cuando vaya a darse un baño y descorra la cortina de la ducha. Esto es todo. Apagué la luz y me encaminé de nuevo a la puerta. Antes de salir, atisbé por unos

momentos para cerciorarme de que nadie me observaba. Salí a la calle, cerré la puerta y me alejé rápidamente de la casa. Casi inmediatamente comencé a pagar por lo que había hecho… ¡Dios, y de qué manera! Antes de que hubiera caminado una manzana o gastado un solo centavo, veía las consecuencias de mi acción. Hasta ahora, yo me sentía dueño de las calles. Era lo único que tenía, pero por lo menos era algo. Estaba hambriento, sin trabajo, sin dinero, pero miraba a la gente cara a cara, iba a donde me daba la gana, las calles eran mías. Ahora, de repente, me han quitado todas las calles, estar demasiado en ellas se me hace peligroso. Las caras que vienen hacia mí, si me miran con demasiada atención, me dan la impresión de que me buscan. Los que vienen caminando detrás de mí, peor aún; mis hombros tiemblan esperando que una mano se pose sobre ellos. Lo peor de todo, ahora que lo tengo, es que no sé qué hacer con el dinero. Media hora antes de tenerlo habría podido mencionar un centenar de cosas tan intensamente deseadas que habría dado mi brazo derecho por poseerlas. Ahora no puedo recordar ni una sola. Creía también sentir hambre, pues desde hacía una semana no había comido gran cosa, pero ahora me encuentro con que ni eso siento. Entré en el restaurante más lujoso que encontré, y pedí los mejores manjares del menú, como siempre soñé hacerlo algún día. Mientras iba pidiendo, todo marchaba perfectamente; pero cuando los platos comenzaron a llegar, experimenté un cambio. Se me hacía imposible tragar nada. Cada vez que traían algo y lo colocaban ante mí, yo trataba de engullirlo, pero me ponía a pensar: «Estás comiendo tu futuro, años y años de tu vida», y todas las ganas de comer desaparecían. Al cabo de un rato, no pude tolerarlo más; saqué un billete de cinco dólares, lo dejé sobre la mesa y abandoné el local sin esperar el cambio. Al encontrarme fuera no pude menos de recordar que cuando sólo tenía diez centavos para gastar, diez centavos que eran realmente míos, no tenía empacho en tragar el café y el panecillo que con él adquiría. No acierto a expresarme; será tal vez que somos honrados o picaros por naturaleza, y que súbitamente no podemos cambiar de una cosa a otra sin sufrir las consecuencias. Un cambio debe hacerse lentamente, tal vez en años. Poco después eché a andar por las calles en mi nueva condición, temeroso de las caras que me miraban, de los pasos que me seguían, hasta que oí una música que venía de una hilera de ventanas frente

a la calle. Había visto un sujeto que no me agradó mucho, dos o tres manzanas atrás, que parecía seguirme con demasiada persistencia; y cuando creí que no me miraba, desvié los pasos y entré al salón. Parecía un buen sitio para permanecer allí un rato y no ser visto por la gente de la calle. Hice una buena provisión de billetes para estar seguro de que podría quedarme allí hasta el final, y miré en torno. La primera muchacha que vi —movió la cabeza con gesto suplicante — fue usted.

—Fui yo —repitió ella pensativa, pasando una y otra vez su mano por el borde de la mesa.

Se produjo un silencio. En los últimos momentos él había hablado sin interrumpirse, por lo que el silencio pareció más largo de lo que realmente fue.

—¿Y qué va a hacer ahora? —preguntó la joven por fin, mirándole fijamente.

—¿Qué puedo hacer? Esperar, supongo. Esperar a que ellos lo descubran. Eso es inevitable. Él descubrirá la cosa a las nueve, a las diez quizá, cuando vaya a darse un baño. Y, probablemente, aquel chico de los recados recordará haber visto a alguien llamando a la puerta de la calle en la tarde anterior. Además, mi patrón les dirá quién soy yo y dónde vivo. Todo esto les llevará poco tiempo. Sabrán quién soy, me atraparán, no hay duda. Mañana, o pasado mañana, el fin de semana. ¿Qué más da? Siempre lo consiguen, nunca fallan. Nunca se nos ocurre pensar en eso antes; lo vemos después. Ese después es ahora para mí y lo sé.

Hizo un gesto de desaliento.

—De nada serviría escapar de la ciudad, esconderme en algún lado. El recurso no sirve, sobre todo para novatos como yo. Si se lanzan en persecución de uno, lo atrapan dondequiera que sea, aquí o en otro lugar. Tienen brazos largos y es inútil alejarse de ellos. Así, pues, me limitaré a dar vueltas y esperar.

PERMANECÍA SENTADO, FIJA LA VISTA en el suelo con una sonrisa de perplejidad e inquietud, como si no pudiera aún convencerse de cómo había sucedido aquello. Algo en aquella sonrisa hizo efecto en la joven.

Había en ella una especie de desconsuelo, de resignada decepción, que conmovía. El chico de al lado, pensó ella con amargura. A eso ha venido a parar, no es un bribón, ni un chulo de salas de baile, ni un camorrista. Es sólo el vecino de la casa contigua, a quien se saluda amistosamente con la mano cuando se asoma a la puerta. El que a veces apoya la bicicleta contra el portal y se queda a charlar un rato, con una amplia sonrisa en el rostro. Había venido aquí en busca de algo grande, con ansias de derrotar a la ciudad y, en cambio, la ciudad le había derrotado a él. Había besado a su madre y a su hermano al despedirse, junto al tren o al autocar, y apostaría a que sintió ganas de llorar cuando se encontró solo, aunque no lo demostrara. Lo mismo le había ocurrido a ella. Luego, las perspectivas doradas lo borraron todo; la promesa de las grandes cosas, las ilusiones que dan ímpetu a la juventud. Probablemente, antes de una hora, habría planeado todo, todos sus castillos estarían construidos: fama, fortuna, felicidad, todo lo que habría de tomar forma y ser suyo. Le habría sido fácil adivinar cuáles fueron sus pensamientos en aquel día de la partida, porque los suyos fueron también más o menos los mismos.

Allá en el pueblo, las cartas de él, en las que contaba lo bien que le iba, probablemente serían leídas a los vecinos, a través de la cerca. Las de ella también.

Y mírenlo ahora, véanlo ahora aquí, con ella, en esa habitación. Ella ignoraba lo mismo que él, la causa del fracaso, el motivo de tanta desdicha. Lo único que le parecía evidente era que él no podía terminar así, fugitivo, siempre en busca de un escondite, por las calles, temiendo siempre la mano que le caería sobre el hombro para detenerlo. El muchacho de al lado, el buen vecino, sonriente y amigable, de la casa de al lado.

Bricky levantó la cabeza de la mano en la que la había tenido apoyada. Empujó la silla adelante, como si al hacerlo cruzara alguna invisible línea divisoria que señalara el límite entre un oyente pasivo y un participante activo, por leve que fuera el movimiento. Le observó fijamente un instante, menos para tener una percepción de él que para meditar en las palabras que iba a decirle.

—Escuche —murmuró finalmente—. Voy a hacerle una propuesta. ¿Qué le parece si regresamos al pueblo, si volvemos al

lugar de donde vinimos? ¿Si buscamos otra oportunidad de ponernos a salvo? Marchemos juntos en el «microbús» de las seis, que nunca pude tomar sola.

No obtuvo respuesta. Inclinándose sobre la mesa para dar mayor persuasión a sus palabras, agregó:

—¿No ve que tiene que ser ahora o nunca? ¿No ve el daño que este lugar nos causa? ¿Qué seremos de aquí a un año o menos aún? Entonces será demasiado tarde; ya no quedará en nosotros nada bueno que salvar. Sólo seremos dos personas diferentes con los mismos nombres, pero que no serán ni usted ni yo…

El joven volvió los ojos al montón de dinero y los fijó nuevamente en ella.

—Para mí ya es tarde. Unas cuantas horas, una noche demasiado tarde, pero una noche que equivale a una vida —y repitió ahora lo que había dicho poco antes—: ¡Ojalá la hubiera encontrado ayer, no hoy! ¿Por qué no la encontré antes, en lugar de después? Ahora es inútil. Escaparía de aquí y me echarían mano al bajar del autocar. Ya sabrán entonces quién soy yo, y de dónde soy. Si no me encontraran aquí, me buscarían allá. No haría más que comprometerla, si escapara con usted. Mi gente, aquellos a quienes más quisiera mantener ignorantes de la verdad, lo verían ocurrir bajo sus mismos ojos —negando con la cabeza, prosiguió—. Vaya usted, para usted aún es tiempo; para mí, no. Váyase sola, esta misma noche. Tiene razón: esto es muy malo. Parta ahora mismo, antes de que se arrepienta. La acompañaré hasta el autocar, por si me necesita, para estar seguro de que no se vuelve atrás.

—No puedo. ¿No se lo he dicho ya? No puedo ir sola. La ciudad puede más que yo. Llegaría a la primera parada de Jersey y renunciaría a continuar. No puedo partir sin usted, como probablemente usted no podrá hacerlo sin alguien como yo. Juntando voluntades seremos fuertes. Usted es mi última probabilidad y yo soy la suya. No desperdiciemos la oportunidad. Es como estar muriendo cuando se desea vivir.

En su rostro se leía una desesperada expresión de ruego.

—Estarán allí esperando para prenderme, sé bien lo que me digo. Me echarán el guante antes de poner pie en tierra.

—No lo harán si nada falta, si no hubiera habido sustracción. ¿Por qué le arrestarían, entonces?

—Pero ha habido sustracción. Está aquí, frente a nosotros.

—Lo sé, pero aún hay tiempo para reparar el mal. Esto es lo que pensaba proponerle. No partir con eso, no llevar eso con usted. ¿Qué motivo tendría entonces para escapar? Sería llevar a nuestras casas el maleficio de la ciudad.

—¿Piensa usted que yo podría…?

Una chispa medrosa brillaba en sus ojos; la esperanza que presentía podía desvanecerse.

—Me dijo usted que sólo había un hombre en la casa, que había salido de esmoquin y que volvería tarde. Dijo usted que probablemente no notaría nada hasta que se levantase por la mañana —hablaba rápidamente, sin pausa—. ¿Tiene todavía la llave, la llave de la entrada?

Sus manos hurgaron en los bolsillos, yendo del uno al otro tan rápidamente como lo hacía ella al hablar.

—No recuerdo haberla tirado… A menos que la haya dejado en la puerta —se incorporó para tener más libertad de movimientos.

Súbitamente exhaló un suspiro de alivio, revelador de que había encontrado la llave.

—¡La tengo!… ¡Aquí está!

Durante breves instantes se quedaron como maravillados a la vista del reluciente trozo de metal.

—Es asombroso que una cosa así me cause tanta emoción. Es… Parece un…

—Sí, lo es —asintió ella, consciente de lo que él quería decir, aunque no pudiera expresarlo.

Después que él guardó la llave, ella observó:

—Ahora sólo falta entrar allí antes de que él vuelva. El tiempo justo para colocar el dinero donde estaba. Nada más. Nadie va a tratar de perseguirle por haber hecho un boquete en la pared, si nada llega a faltar.

Presurosa, la muchacha fue recogiendo los billetes dispersos y entregándoselos a él, ordenados. El mismo pensamiento los sobresaltó a ambos de pronto, haciendo que se miraran con desaliento.

—¿A cuánto asciende lo gastado? ¿Cuánto es lo que retiró?

Indeciso, el joven se pasó la mano por la frente.

—No lo sé. Espere un momento a ver si… Cinco dólares por

aquella comida que no probé; luego, los quince dólares de billetes que compré para bailar… Veinte dólares en total. No puede ser más que eso.

—Espere, aquí los tengo —dijo ella, nerviosamente—. Yo los pondré por usted.

De un salto se colocó junto al lecho, levantó el colchón por un extremo, introdujo la mano por una cortadura casi invisible y extrajo un fajo de papel moneda, sepultado allí.

—¡Oh, no! —comenzó a decir él—. No quiere…, no puedo dejar que haga eso. Es culpa mía. ¿Por qué va a tener usted que cubrir la diferencia?

Ella hizo un gesto severo.

—¡Oiga! Esto que hago es necesario, y no quiero oírle replicar. Todo esto tiene que ser devuelto; si falta un solo dólar, prácticamente habrá robo, y usted podría ser arrestado. Además, ¿qué importa? Llámelo un préstamo, si eso le hace más feliz. Puede devolvérmelo cuando lleguemos allá y empiece a trabajar de nuevo. Todavía tengo aquí bastante para el viaje de los dos; también puede devolvérmelo después si lo desea —puso los billetes en la mano del hombre—. Ahí está, guárdelo para los dos. Es nuestra cuenta del banco, suya y mía.

Quinn le dirigió una mirada que era como una pausa en el apremio de sus preparativos de partida.

—Pero… yo no sé qué decir.

—No me diga nada. Lo principal es asegurarnos de que esta noche podremos huir de aquí. Aguarde un poco, hasta que me calce y ponga algunas cosas en la maleta…; no son muchas, como verá.

Luego, como viera que él se dirigía a la puerta con mirada interrogadora, agregó:

—No, quédese aquí conmigo, no aguarde afuera. Tengo miedo de perderle, y usted es mi única oportunidad de partir esta noche.

—No me perderá usted —prometió, con voz casi imperceptible.

Bricky, calzada ya, exclamó:

—¡Curioso! No siento ya cansancio alguno.

Mientras ella arrojaba algunas prendas en una maleta desvencijada que sacó de debajo de la cama, el joven observó:

—Suponga que él ha vuelto cuando yo vuelva a entrar en la casa.

—No habrá vuelto. Lo hemos estado diciendo y esperando así. Es el único medio. No fue sorprendido cuando fue allí a hurtar, ¿por qué va a serlo cuando va a reparar su falta? Debe de encontrarse ahora en algún sitio con la mujer que le acompañaba. Hay, pues, probabilidades de que no vuelva hasta las tres o las cuatro de la madrugada, hasta que él la haya acompañado a su casa, y…

Se encaminó a la ventana y levantó el cristal, inclinándose a mirar.

—¡Mire! Aún nos queda tiempo. Puede hacerlo aún, todavía tiene una oportunidad.

—¿Qué es lo que está mirando?

La joven retiró la cabeza.

—Esa es la única cosa decente de toda la ciudad —repuso—. Todas las noches me da ánimos cuando creo que no puedo aguantar más. Nunca me engañó, y me consta que no lo hará esta noche. Es el único amigo que he tenido, el único desde que he venido aquí. No ha de abandonarnos ahora. Es el reloj del edificio Paramount. ¡Vamos, Quinn! Él nos dice que aún hay tiempo; siempre me ha aconsejado bien.

Cerró la tapa de la maleta y la dejó en la mano que él tendía. Quinn mantuvo abierta la puerta un momento cuando ella ya estaba en el recibimiento.

—¿Lo tiene todo? ¿No le falta nada?

—Cierre la puerta —repuso ella, con voz cansada—. No quiero volver a verla. Deje la llave en la cerradura; no volveré a necesitarla.

Descendieron la crujiente escalera, uno detrás del otro, él delante con la maleta en la mano. No pesaba mucho; sólo contenía unas pocas cosas y muchas esperanzas marchitas. Descendían cautamente, no tanto por temor a los moradores de la casa como por el silencio instintivo inherente a las partidas de noche.

En cierto lugar él la vio pasar la mano por una estrella dibujada en el yeso de la pared, y dejarla posada allí durante un momento.

—¿Por qué hace eso?

—La considero un talismán —susurró la joven—. La he tocado cada vez que salía de casa, cuando iba en busca de empleo. Uno adquiere esos hábitos cuando no se tiene suerte. Hace tiempo que la toqué por última vez. Nunca sirvió de nada. Tal vez esta noche sea

distinto. Espero que sea distinto. Esta noche la necesitaremos.

Él, que había bajado algunos escalones mientras la joven hablaba, se detuvo un momento, vacilante. Luego se volvió, los subió de nuevo y puso también la mano sobre la estrella. Después prosiguió el descenso.

Se detuvo un momento tras la puerta de la calle antes de salir. Ella puso la mano sobre la falleba, casi al mismo tiempo que él extendía la suya, y la mano del hombre quedó sobre la de la joven. Permanecieron así unos instantes, mirándose sonrientes, sin artificio, con toda espontaneidad, como lo hacen los niños.

Quinn dijo:

—¡Me alegro de haberte conocido esta noche, Bricky!

Y Bricky contestó:

—Yo también me alegro, Quinn.

Entonces él levantó la mano y dejó que ella abriera la puerta. Al fin y al cabo, había sido su casa hasta aquel instante.

La calle se extendía solitaria y lóbrega.

14:00

PENETRARON EN LA PLÁCIDA desolación de la noche, pasaron veloces bajo el parche de luz de la farola próxima, y se abismaron de nuevo en la penumbra de la manzana inmediata. Los arcos del alumbrado, desplegados en perspectiva, antes que a desvanecer las sombras, contribuían a acentuar la impresión de soledad y vacío. En ninguna parte se veía una de esas luces domésticas, más cálidas y personales, que denotan presencia humana tras las ventanas o señales de vida y actividad junto a las puertas.

Era como recorrer un sepulcro macizo y monolítico. Nadie dentro, nada que se moviera. Ni siquiera un gato buscando en las latas de basura. La ciudad era una cosa muerta allí en los suburbios, fría y rígida como todo lo que carece de vida, y los amedrentó un poco. A cada paso que daban se iban encontrando uno más cerca del otro; súbitamente, sin darse cuenta, ella se encontró cogida del brazo de él y el muchacho la atrajo hacia sí con aquel sentimiento de protección que ya le mostrara anteriormente.

Quinn, en actitud de despedida burlona, se quitó el sombrero, diciendo:

—¡Adiós, Manhattan!

Ella, con una especie de supersticiosa intensidad, le selló unos instantes los labios.

—¡Chis! No tan fuerte. Evitemos las despedidas antes de tiempo. Estoy segura de que tratará de detenernos.

Algo incrédulo, el joven le preguntó:

—Realmente, ¿tomas en serio estas cosas?

—Más de lo que te figuras —replicó ella, sombría—; tengo tantos motivos…

En una esquina se detuvieron, dejando la maleta en el suelo un instante. Allí, a lo largo de la avenida, había movimiento, en contraste con la calle que acababan de recorrer, pero era fría, ornamental y desprovista del bullicio diurno.

—Será mejor que vayas a esperarme en la terminal del autocar. Yo iré solo a acabar con este asunto, y luego nos encontraremos allá.

Bricky se apretó convulsivamente contra él, como temerosa de perderlo.

—No, no; si nos separamos, seremos vencidos. La ciudad se entrometerá sin que nos demos cuenta. Yo me pondré a pensar: «¿Puedo fiarme de él?». Tú pensarás: «¿Puedo fiarme de ella?». Y antes que… No, no. Debemos permanecer juntos hasta el fin. Yo estaré allí contigo; esperaré fuera mientras devuelves el dinero.

—Pero, vuelvo a repetírtelo, ¡supón que él ya esté en la casa ahora!… Si te encuentran allí cerca… Probablemente te detendrán por complicidad.

—No tenemos más remedio que correr ese riesgo. Tú lo harías, aun sin mí; ahora nos expondremos juntos. Trata de ver si hay algún taxi por ahí. Cuanto más tardemos en llegar, mayores serán los peligros.

—¿Un taxi? ¿Con tu dinero?

—Sí, tu redención es cosa mía —repuso ella.

Finalmente consiguieron uno, después de caminar lentamente hacia el norte y lanzar los brazos en alto a un tiempo, cuando un par de puntitos luminosos surgía en una u otra dirección. Un par giró al entrar en Columbus Circus, y parecía como si fuera a seguir de largo, pero avistó las señales y se detuvo. Los jóvenes corrieron a su encuentro, sin esperar a que corrigiera su posición.

—¡Llévenos al East Side Setenta! —indicó el joven—. Ya le avisaré de lugar en que debe detenerse. ¡Rápido, por favor! Vaya por el Parque; así ganaremos tiempo.

El coche partió con ellos hacia la elegante Cincuenta y Siete y después por la Séptima Avenida, deteniéndose únicamente ante el aviso de los semáforos en rojo, que parecían multiplicarse

malignamente. Desde aquel momento no hubo más paradas, aunque el camino que siguiera reducía esta ventaja por ser más curvo e indirecto.

Ya en el coche no volvieron a hablar, hasta que en una de las paradas forzosas él preguntó:

—¿Por qué haces esos gestos extraños en las esquinas, como si conversaras con alguien?

—Nos están espiando, con un millar de ojos. Cada vez que pasamos una calle, detrás de algunas de las casas hay un ojo escondido que nos hace guiños y señales. No la hemos engañado en modo alguno. Sabe que tratamos de escapar. Si puede, nos tenderá una celada.

Él comentó con indulgencia:

—Parece algo supersticiosa, ¿no?

—Cuando tienes un enemigo y sabes que lo tienes, esto no te vuelve supersticioso, te hace prudente.

Después miró hacia atrás por la ventanilla posterior del auto. La línea de rascacielos, recortándose en el horizonte tras las arboledas de Central Park, semejaba una sierra rota, con dientes y pinchos amenazadores, tormento de los desamparados.

—¡Mírala! ¿No te parece cruel? ¿No parece un monstruo implacable, pronto a hacer uso de sus garras contra cualquiera, sea quien fuere?

Él sonrió levemente, con escasa convicción.

—Todas las ciudades son así de noche, sombrías, ásperas y poco hospitalarias.

—Yo la odio —afirmó la joven, con entonación vehemente—. Es mala y vive, tiene una voluntad propia. Nadie me demostrará lo contrario.

—A mí nunca me hizo bien alguno —admitió Quinn—, y, poco más o menos, pienso como tú. Excepto que yo nunca la consideré como una persona, como lo haces tú. Yo la juzgo más bien… por sus condiciones, sus quebrantos.

Frente a ellos un nuevo horizonte iba apareciendo en sustitución del que habían dejado atrás. El gran boquete que en medio de la ciudad abre el Central East Side. Nueva York, desde la calle Cincuenta y Nueve hasta la calle Ciento Diez, no es una ciudad, sino dos. «Todo el mundo sabe esto», pero pocos se detienen a

considerarlo. Dos ciudades totalmente separadas, más apartadas una de otra que Saint Paul lo está de Minneapolis, o Kansas City, Missouri, de Kansas City, Kansas.

El famoso East Side, la Costa de Oro, ese delgado barniz que la gente de la era victoriana solía llamar elegancia, y que el concepto moderno califica de «bien», no tenía más de tres manzanas de profundidad en cualquier lado de su longitud, desde el Parque hasta Park Avenue o cosa así, y más allá, hasta el río, la misma clase de conglomerados humanos comunes a la ciudad.

El chófer, que los había llevado hasta la calle Setenta y Dos, corrigió la inevitable desviación que imponían los caminos del Parque, y bajó por la Quinta Avenida un par de manzanas más allá del lugar de destino, a fin de que no pudiera luego localizarla con demasiada exactitud.

—Nos bajaremos aquí —dijo, con aire casual.

Abonaron el importe del viaje, colocaron la maleta entre ellos, como una especie de áncora terrestre, y quedaron esperando que el taxi se perdiera de vista. Tan pronto como se vieron a salvo de indiscreciones, rehicieron el camino hasta la Setenta, en cuya esquina se detuvieron. Allí, al amparo de las sombras proyectadas sobre la acera, se pusieron de acuerdo antes de separarse.

Era su primera separación desde que los unía el mismo propósito. Bricky hubiera preferido que no hubiera ninguna, ni siquiera aquélla, por breve que fuese. No insistió para que le permitiera acompañarlo, pues suponía que él se opondría terminantemente. Habría sido más que temerario aceptar su compañía. Apostada en la calle, ella podía hacer la veces de vigía. Pero aquello no le gustaba, a pesar de todo.

—Puedes ver la casa desde aquí; está en el lado de los números pares, exactamente después de aquella luz, pasada la otra esquina —previno él, cautamente, mirando en torno por si alguien los observaba—. Espera aquí con la maleta. Yo estaré pronto de regreso. No tengas miedo; cálmate.

Estaba asustada, aunque antes preferiría estar muerta que dejarlo traslucir. No lo estaba, sin embargo, en la forma en que él lo entendía. El pensamiento de él era: «No temas por ti misma». Ese temor no lo tenía. Ahora sentía algo que nunca había experimentado. Estaba asustada por otra persona: por él.

—No te arriesgues mucho. Si ves que hay luces, si notas que alguien ha regresado ya, no te adelantes mucho…, arroja el dinero por la puerta. Ellos lo recogerán por la mañana. No es necesario que lo coloques dentro de la misma caja. Y ten cuidado…, él puede estar acostado ya, con las luces apagadas, y tú no podrás saberlo.

El joven se bajó el ala del sombrero y se alejó a través de la calle silenciosa. Bricky lo siguió con la vista. Vio cómo su figura iba disminuyendo, achicándose hasta la mitad de su tamaño y aun menos. Ella permaneció inmóvil. Su corazón latía con mayor frecuencia que la requerida para mantenerla en aquella inmovilidad.

La segunda luz lo destacó con cruda violencia en uno de los costados, mas pronto se ensombreció. Entonces lo vio mirar receloso en derredor para la acción decisiva.

Dio medio vuelta y se dirigió a la entrada. Un par de batientes de cristal giraron brevemente, y en seguida volvieron a cerrarse.

Había entrado.

El acto de la restitución se estaba cumpliendo.

En cuanto hubo desaparecido, la joven recogió la maleta y emprendió el mismo camino que él, pese a las exhortaciones para que no se moviera. Quería estar lo más cerca posible.

Sus labios se movían silenciosamente, como los de un siciliano que conjura una maldición:

«Si ella se da cuenta, hará algo por entrometerse, por ponerle obstáculos; tratará de que siga siendo el ladrón en que estuvo a punto de convertirlo».

Siempre ella, el mismo enemigo: la ciudad.

Inclinó la cabeza para mirar los dedos de su mano libre, dos de los cuales, sin que ella lo advirtiera, se habían cruzado rígidamente, oprimidos contra su flanco.

Con labios que apenas se entreabrían, le dirigió a ella una amenazadora advertencia para espantarla, como solía hacer en el salón de baile para alejar a los clientes demasiado molestos:

—¡Déjalo en paz! ¿Me oyes? ¡Mantente alejada! ¡Deja que termine su labor!

Volvió la cabeza para mirar al enemigo, a través del prolongado túnel de gris sombrío, azul oscuro y esfumados tétricos, tonos habituales en la paleta pictórica de la noche.

Ella también llegó a la casa, aunque siguió caminando para no atraer la atención. La entrada —el vestíbulo de la puerta de cristal externa y la interior, verdadero baluarte de la casa— estaba vacía, según pudo comprobar por el reflejo de la luz de la calle. Quinn había llegado al fondo y había cerrado la puerta tras él.

Ocurriósele pensar qué sucedería si aquel miembro rezagado de la familia estuviera durmiendo arriba. ¿Y si Quinn no hubiera llegado a tiempo? Se habría cortado la retirada al dejar la puerta cerrada. Era posible, asimismo, que el morador se despertase, lo descubriese…

Trató de ahuyentar tan terroríficos pensamientos. Nada malo había ocurrido la primera vez que entró en la casa con fines delictivos. ¿Por qué había de ocurrir ahora que le impulsaba un propósito honesto?

Pero estaba la ciudad. Ella haría de las suyas.

—¡Déjalo en paz! ¡Te he dicho que lo dejes en paz! ¿Me oyes?

Ya había pasado la casa, en dirección contraria. Miró furtivamente atrás. Nada había ocurrido aún: ningún grito, ninguna luz en las ventanas superiores. Luego no había sido descubierto.

Le dolían los dedos de tenerlos tan fuertemente cruzados. Parecía una especie de centinela apostada allí para protegerle, como un guardián para ahuyentar a la ciudad. Firme, alerta, sin armas, sólo con una frágil maleta pendiente a un costado. Y, al fin y al cabo, a ella misma le estaba haciendo falta un poco de coraje.

Se esforzaba por estar tranquila, a pesar del tumulto de su corazón, en aquella ronda expectante, hecha sin rumbo fijo. Tardaba más de lo previsto, ¿no era así? Aun sin usar la luz, no debía llevarle tanto tiempo subir y bajar de un segundo piso. Ya debía haber salido, e incluso antes. Siempre sería un allanamiento de morada, aun cuando fuera para hacer una restitución. Y si era atrapado al devolverlo, ¿cómo podría probar que acababa de devolverlo, y no de robarlo? Debería salir de allí, encontrarse en la calle, para que la devolución tuviera algún valor. Quizá hubiera sido mejor que lo hubiese reintegrado por correo, en vez de hacerlo en persona. Ninguno de los dos pensó en ello, y deseaba que lo hubieran hecho.

Una figura se delineó en la esquina lejana, frente a la acera opuesta. Después de moverse lentamente, quedó inmóvil. Era

apenas visible, al fin de la línea de casas, de espaldas a ella. Era el vigilante de ronda. Precipitadamente, la joven se ocultó en uno de los refugios oscuros más próximos que le ofrecían las casas. Habría sido por demás sospechoso que la encontraran por allí, a aquella hora, con una maleta en la mano.

¿Y si se aproximaba por aquel lado?... ¿Y si Quinn acertaba a salir, mientras él se encontraba aún en la esquina?... Su corazón ya no latía; oscilaba de un lado a otro, saltando en círculos, como un péndulo enloquecido.

Se produjo un leve ruido metálico cuando el patrullero abrió un pequeño aparato de radio para pasar su informe a los superiores. Era eso lo que hacía allí, de espaldas a ella. Hasta el confuso timbre de su voz llegó a oídos de la joven en la quietud del ambiente:

—Larsen informa a las dos cincuenta y cinco.

Por unos instantes no oyó más. Luego la caja del aparato fue cerrada nuevamente. La joven se echó hacia atrás, buscando refugio en la sombra protectora, situada al fondo del pequeño espacio cuadrangular que le servía de momentáneo asilo.

Tenía miedo de mirar, miedo de ver hacia dónde había dirigido sus pasos, miedo de que viniera en aquella dirección, hacia donde ella estaba.

Oyó el leve ruido de sus pisadas al cruzar allá abajo la bocacalle, en la misma acera en que estaba su escondite. Después se desvanecieron, débiles como antes, y no se oyó nada más.

Atisbo con cuidado infinito, hasta cerciorarse de que había partido, esta vez hacia la Quinta. Con un suspiro de alivio, volvió a la acera. Sabía ahora lo que significaba aquello, lo que había experimentado Quinn cuando miraba hacia atrás, desde el baile hasta su casa: la inseguridad era terriblemente contagiosa.

Rehízo el camino, mirando con aprensión la casa inescrutable conforme se acercaba a ella. ¿Qué había ocurrido allí? ¿Qué habría encontrado en la casa para tardar tanto tiempo? Ya debía haber salido.

En el momento en que llegaba frente a uno de los extremos de la casa, las hojas de la puerta del vestíbulo se abrieron y él apareció entre ellas. Luego se cerraron, pero él apenas se movió. Permaneció allí, mirándola como si no la viera. O como si la viera sin conocerla.

Luego se acercó al borde de los escalones y comenzó a bajar.

Algo inesperado revelaba la forma de alejarse de allí sin la menor prisa. Además de lentitud, había algo más… Estupidez, eso era. Andaba en forma lenta y estúpida.

Como si no supiera dónde estaba. No, no era eso. Como si —sí, eso era—, como si no le importara salir de allí o permanecer dentro.

Dos veces, en aquel descenso indeciso, se detuvo para mirar a la puerta por la que acababa de salir.

En dos pasos presurosos, Bricky se puso a su lado cuando llegaba al final de la escalera.

Estaba a unos pocos centímetros de él.

A pesar de la oscuridad, creyó notarle pálido, abatido.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, bruscamente—. ¿Por qué pareces tan asustado?

Quinn la miró con aire atónito, con una especie de total incomprensión. La joven no logró sacarle de su atolondramiento.

Fuera lo que fuere, algo había penetrado profundamente en él. Dejó la maleta en el suelo y, poniéndole las manos sobre los hombros, lo sacudió levemente.

—Tienes que decírmelo. No te quedes mirándome de ese modo. ¿Qué ha ocurrido?

Aunque muy lenta, la respuesta brotó por fin:

—Está muerto. Lo han asesinado. Tendido en el suelo, arriba.

Ella tembló, helada.

—¿Quién?… ¿El hombre que vive ahí?

—Supongo que sí. El hombre que vi salir esta noche, aquel de quien te hablé —dijo, y se pasó la mano trémula por la frente.

Por unos instantes, ella fue la más afectada de los dos, la más desilusionada, al menos, porque ella sabía quién era su adversario y él lo ignoraba.

Consternada, Bricky se apoyó en la barandilla de la escalera.

—Ella lo hizo —murmuró, sombría, fijos los ojos en el vacío—. Ya lo presentía, estaba segura de sus asechanzas. No podía fallar. Nos envolvió en sus redes más que nunca. Nos llevó a donde se proponía.

Su apatía sólo duró un momento. Ella también enseña a luchar. Inculca un cúmulo de cosas malas, pero también enseña una buena: a luchar. Trata siempre de aplastarnos, y con ello nos enseña a defendernos, a batallar por la existencia.

Hizo un movimiento súbito, luego se volvió haciendo ademán de subir la escalera.

Él la cogió del brazo y la sujetó con fuerza, tratando de volverla al sitio donde estaba antes.

—No; ¡no subas ahí!, ¡sal de aquí! —dijo, tratando de volverla a la acera, de apartarla del escalón que había subido ya—. ¡Aprisa! ¡Sal de aquí! ¡Aléjate de esta casa! No debí dejar que vinieras conmigo, ahora lo veo. Ve a la estación de autobuses, compra tu billete, sube y olvídate de que me encontraste esta noche —ella forcejeó, pugnando por desasirse—. Bricky, ¿quieres escucharme? Vete de aquí, márchate antes que ellos…

Redobló sus esfuerzos para obligarla a desandar el camino; al descender un escalón, la joven se aproximó a él, más cerca que nunca.

—Sólo quiero saber una cosa —dijo—. Quiero que me digas una cosa, nada más. ¿No fuiste tú… la primera vez que estuviste ahí? ¿No fuiste tú, verdad?

—¡No! Yo sólo tomé el dinero, nada más. Él no estaba allí. No le vi en ningún momento. Debe de haber llegado después. ¡Bricky, tienes que creerme!

En la semioscuridad, ella sonrió amargamente.

—Te creo, Quinn. Estoy segura de que tú no has sido. Lo sé. Debiera saberlo sin preguntártelo.

El muchacho de al lado, él, nunca sería capaz de asesinar a nadie.

—No puedo volver al pueblo ahora —murmuró él—. Estoy perdido. Me acusarán a mí. Esto y lo que hice antes está demasiado relacionado. Me esperarán allí cuando llegue. Y si esto ha de ocurrir, prefiero que sea aquí, donde nadie me conoce. Me quedo; de nada vale escapar; deja que suceda lo inevitable. Yo esperaré. Pero tú… —y nuevamente la impelió, tratando de ponerla en camino—. ¡Vete, Bricky, por favor!

Reacia a todo razonamiento, la joven permaneció inmóvil.

—¿Seguro que tú no le mataste? Entonces me quedo, Quinn; no me empujes más. Me quedo contigo.

Irguióse desafiante junto a él. Pero no era a él a quien desafiaba, sino a ella, a la ciudad.

—La ciudad, la ciudad —susurró, vengativa—. Ahora nos toca a

nosotros; no estamos vencidos aún. La lucha tampoco está perdida. Tenemos tiempo hasta el amanecer. Nadie lo sabe todavía, no se ha encontrado aún el cadáver; si lo hubieran descubierto, la casa ya estaría llena de policías. Nadie lo sabe, salvo nosotros… y el autor, quienquiera que sea. En algún lugar de la ciudad hay un reloj que es amigo mío. Aunque no podamos verlo desde aquí, estoy segura de que nos dice que aún nos queda un poco de tiempo. No tanto como antes, pero alguno queda. No desistas, Quinn, no desistas. Nunca es demasiado tarde hasta el último segundo del último minuto de la última hora.

Implorante, lo sacudió de nuevo por los brazos. Pero esta vez para transmitirle algo, no para sacarlo de su abstracción.

—¡Animo! Vamos a entrar ahí y ver la forma de descubrir cómo fue cometido el crimen. Es necesario; es nuestra única esperanza. Tenemos que volver al pueblo, está en ello nuestra felicidad. Luchamos por nuestras vidas. Quin. Tenemos tiempo hasta las seis para salir triunfantes.

Lo que él dijo no lo oyó. Pero el hombre caminaba ya hacia adentro y subía los escalones.

—Vamos, pues —díjole suavemente—. ¡Vamos, camarada!

Bricky deslizó inconscientemente su brazo bajo el de él, tanto para pedir valor como para prestárselo ella misma; era un caso de apoyo mutuo.

Extraña y lóbrega excursión, lenta, solemne y muy temeraria, hacia el lugar donde estaba la muerte.

14:22

AL EXTREMO DEL VESTÍBULO la llave fatídica, causa de tanto trastorno, tintineó levemente al penetrar en la cerradura por tercera vez aquella noche. Temblaba la mano de Quinn, pero no de temor, sino de valor, y eso Bricky lo sabía bien. Afrontaba el peligro, no lo eludía. El hombre que afirma no haber sentido miedo, miente. Admiraba por eso el temblor de aquella mano; revelaba honestidad y valor.

HIZO GIRAR LA LLAVE y el mecanismo de la cerradura funcionó, dejando abierta la puerta. Entraron. Él se volvió apenas y el mecanismo de la cerradura volvió a funcionar. La puerta quedó cerrada tras ellos. A través de los cristales sólo era visible ahora un óvalo difuso, causado por el tenue resplandor de la calle, que extendía hasta ellos un débil fulgor. Conforme se fueron internando, el pálido reflejo disminuyó de volumen hasta quedar reducido al tamaño de un ojo de buey.

El vestíbulo en que se encontraban olía a pieza cerrada todo el día. Trató de formarse una impresión de la casa con la sola ayuda del olfato. No era muy entendida en cuestión de aromas, pero le pareció que el ambiente recargado del lugar olía a piel curtida y ebanistería costosa. Los barnices finos eran muy perceptibles. Nada

de objetos mohosos, corroídos, olores de cocina ni perfumes femeninos. Impersonal, austero quizá, pero de alto coste.

—Está al fondo, en el piso de arriba —susurró Quinn—. No encenderé luces aquí; podrían verlas desde fuera.

Un nuevo movimiento de su mano le transmitió la sensación de que buscaba en el bolsillo.

—No; cerillas tampoco —previno Bricky—. Tú guía, yo sabré seguirte, cogida de tu manga. Espera, deja que coloque esto en algún sitio.

Se acercó a la pared, depositó la maleta junto al zócalo, donde le sería fácil encontrarla luego, y volvió a agarrarse al brazo de su acompañante. Avanzaron de nuevo, sumergidos en las tinieblas casi acuosas: tanta era su densidad.

—Sube —indicó él con un susurro.

Bricky tanteó con el pie y ascendió un escalón detrás de él. Los restantes, seguidos en automática sucesión, no ofrecieron obstáculos. La escalera crujió una o dos veces, en el furtivo silencio, bajo el peso combinado de ambos cuerpos.

Se preguntaba si no habría alguien en la casa, alguien vivo todavía. ¡Cuántos crímenes nocturnos no son descubiertos hasta el día siguiente!

—Vuelve ahora —murmuró él.

La joven dobló a la izquierda siguiendo obediente la indicación. La escalera desembocó en un descansillo e hicieron una semipirueta, como una pareja de espectros ejecutando un cotillón a ciegas.

Arqueóse el brazo de él, hacia arriba, después de este breve paso. La nueva ascensión era en sentido contrario a la primera. Se encontraban ahora en el segundo piso.

—Dobla —indicó Quinn.

Esta vez el brazo de él se oprimió contra ella, llevándola hacia la derecha. Movíanse ahora por un pasillo en el que desembocaba la escalera.

El aroma de muebles viejos y tapicería se hizo ahora un poco más personal. El aroma de un cigarrillo vagaba por algún lugar, demasiado imperceptible para ser atrapado. Había también algo más dulce, algo que ni siquiera era un espíritu, que era un memoria; tan lejos estaba, tanto tiempo hacía que se había ausentado. Un solo

gramo de polvo, quizá, en quién sabe cuántos metros cúbicos de aire estéril. O la exhalación de una sola gota de perfume evaporada allí… un año atrás, la noche anterior. Ella pensó en perfumes, recordó sus sensaciones en otros lugares, en otros tiempos, mas no sintió realmente perfume alguno ahora.

Notó que cruzaba el umbral de una puerta. El aire cambió sutilmente.

Había alguien allí, aparte de ellos, y, sin embargo, no había nadie. Se dice que no se puede percibir la muerte por el olfato, al menos, si no es reciente. Sin embargo, flotaba en el lugar una quietud, una presencia que era algo más que el simple vacío.

Se alegró de que no siguieran adelante. El brazo de Quinn se detuvo, y ella se juntó a él. Dando media vuelta, el joven maniobró con el otro brazo, a lo que siguió una leve corriente de aire, como de una puerta que se cierra. Luego se oyó el ruido producido por la puerta al cerrarse.

—Prepara los ojos —previno Quinn—. Voy a encender la luz.

Bricky protegió la vista con la mano. Brilló la electricidad con un fulgor que la larga peregrinación en la oscuridad hacía intolerable. El muerto era el detalle más sobresaliente de la pieza, como si la luz formase un halo a su alrededor.

La estancia en sí misma era una amalgama, una mezcla, una especie de habitación destinada a diversidad de fines. Había unos cuantos libros, dispuestos en dos o tres estantes construidos en la pared, lo cual la hacía pasar por una pequeña biblioteca. Un escritorio permitía que se la clasificara como una especie de despacho. Diseminados por uno y otro lado veíanse varios sillones confortables, como en un club; un servicio de licores, ceniceros y revistas, que asignaba a la pieza el carácter, más que de otra cosa, de salón de fumar. Un lugar de tertulia, perteneciente a una persona determinada más que a la casa en general.

No tenía un carácter estrictamente masculino; nada en ella era chillón o desorbitado. Era, ante todo y sobre todo, una habitación acondicionada de acuerdo con los gustos de su morador.

Las paredes eran de un verde pálido, pero de un tinte tan tenue que a la luz de la electricidad parecían blancas. Solamente cuando se aproximada a ellas un trozo de papel blanco, por ejemplo, hacíase perceptible la débil coloración. Todo el zócalo era de nogal.

La alfombra y los respaldos de las sillas tenían un color castaño y terroso, y las pantallas, dos en total, eran de pergamino.

La habitación era oblonga y alargada. En las dos paredes laterales no había puerta alguna. En la pared que quedó a sus espaldas estaba, por supuesto, la puerta por la cual habían entrado. La pared opuesta tenía dos puertas: una que daba a un dormitorio, y la otra, al cuarto de baño. Quinn penetró en el dormitorio; ella pudo ver su borrosa figura corriendo las cortinas de las ventanas, para que la luz no fuera vista desde el exterior. La pieza en que se hallaba no tenía ventana alguna.

No se preocupó por el baño, pues tampoco tenía ventanas.

Bricky le seguía con la vista, aun cuando sólo notara confusamente sus movimientos, como si él fuera algo que estuviera más allá de su alcance y sólo en el perímetro de su conciencia.

Nunca había visto un muerto. Esta idea agitaba su mente, sugiriéndole las visiones más abrumadoras.

Lo estuvo contemplando intensamente, menos con interés febril, malsano, que con ensimismamiento de pavor. «Es esto, desde luego, lo que a todos espanta —pensaba—; es en esto en lo que habremos de terminar todos, yo misma, Quinn, tan joven y ágil, todos, todos sin excepción, algún día… En eso van a acabar todas mis vueltas de baile; todos mis pequeños ahorros, todos mis desdenes y regaños con los fastidiosos, todos mis anhelos de perfección personal y esos panecillos que a diario adquiero en el Automático, tampoco pueden evitar que sea así. Me estoy engañando a mí misma, nada puede evitar que terminemos en esto. Luego es esto, esto».

Hasta entonces creía que lo había visto todo, conocido todo, pero algo le faltaba por ver. Cierta noche una muchacha, en medio del salón del baile, a la mitad del *Begin the Beguine*, se contrajo repentinamente y luego cayó como fulminada por un rayo. Se dijo después que algo le había sentado mal, aunque nadie estaba seguro. Bricky supo que había venido de muy lejos, erguida y llena de esperanzas, y que se iba tendida en una camilla, inmóvil, con un leve temblor en los miembros. Todos habían corrido en tropel a las ventanas para mirar a la calle, pese a las advertencias y amenazas del jefe de la sala. La vieron en la acera mientras la introducían en la ambulancia terriblemente inmóvil, en la camilla blanca. No se la vio a la noche siguiente. Nunca más volvió por allí.

Pero aun aquello, aquello fue antes. Esto era después.

Nunca había visto un muerto.

LE EXAMINÓ LA CARA, trató de reconstruirla, de imaginar su expresión. Era como leer una página en la cual la escritura fuera borrosa, confusa, deformada. Era como un escrito con tinta sobre el cual hubiera llovido. Todo continuaba aún allí, pero cada palabra estaba fuera del foco. Las líneas que habían sido características faciales eran ahora arrugas muertas, flácidas. La boca, que había sido fuerte o débil, irónica o jovial, era ahora un hueco, un lugar que se abría en el rostro. Los ojos, que habían sido dulces o crueles, profundos o inexpresivos, como bolas de pez aplicadas sobre una masa de un gris amarillento.

El cabello, bien cuidado, estaba aún lleno de vida y brillo, pues es lo último que muere, o, mejor dicho, no muere cuando el cuerpo está sin vida, sino que sigue creciendo después. Continuaba bien peinado o apenas alborotado levemente por el choque mortal y la subsiguiente caída. Algunos mechones de cabello se había desviado de la onda a que el cepillar de muchos años los había acostumbrado.

Tenía bellas cejas negras, tupidas, bien delineadas. Incluso ahora su dibujo era perfecto, como si la muerte hubiera ahuyentado las perplejidades o la necesidad de contraerías en esta o aquella forma.

Aun con todo aquello, no logró forjarse una visión de lo que debió de haber sido. Parecía tener unos treinta y cinco años. Pero la edad de los hombres es más difícil de calcular que la de las mujeres. Podía haber tenido treinta, tal vez cuarenta. Sus facciones debieron de ser atrayentes hasta una hora antes, o cuando quiera que hubiera ocurrido el hecho. La máscara pálida que había quedado después se lo decía así, pero éste era el atributo menos importante del ser humano. Tanto los ángeles como los demonios son bien parecidos.

Debió de haber sido un buen gustador de la vida en sus aspectos más agradables. Mostrábalo así el hecho de que aun en la muerte estaba inmaculadamente vestido, pulcrísima la pechera de la camisa y la flor de gala fija todavía en el ojal de la solapa.

Las suelas del calzado estaban ligeramente abrillantadas por la cera del piso, señal de que había estado bailando poco tiempo antes, y los bordes sin manchas ni señales, indicio de que era un buen bailarín y que sabía evitar los tropezones entre una multitud danzante. ¿De qué le había servido todo eso? Ya no bailaría más. Quinn había regresado junto a ella. Advirtió que se hallaba a su lado sin mirarlo, y se alegró de que estuviera allí. Sus hombros se rozaron ligeramente, y eso le hizo bien.

—¿Te parece que le cerremos los…? Se diría que nos estuvieran observando cuando no los miramos, y si los miramos, no nos ven.

—No, no lo toques —murmuró Quinn—. Además, yo no sé hacerlo. ¿Sabes tú?

—Supongo que basta con juntar los párpados.

Pero ninguno de los dos se atrevió.

—¿No se te ocurre cómo… habrá sido? —preguntó Bricky, con voz entrecortada—. ¿Con qué lo habrán…? —se inclinó lentamente, como atraída por una fuerza irresistible.

Por un momento, él permaneció erguido; después se inclinó también.

—Lo tendrá en el cuerpo, en algún lado…

Vio cómo Bricky extendía tímidamente la mano hacia el botón que sujetaba el esmoquin en la mitad del busto. Los dedos, cautelosos, trataban de desprenderlo evitando el contacto excesivo con el cadáver.

—Espera; déjame a mí —intervino Quinn. Y sus dedos, operando diestramente, dejaron al descubierto toda la pechera.

—¡Ahí está! —dijo ella, jadeante.

Un pequeño disco rojizo, que empañaba una de las bandas del chaleco de piqué, quedó a la vista. Estaba un poco más abajo del sobaco, casi sobre el mismo corazón.

—Debe de haber sido un revólver —dijo él—; sí, es de bala. Redondo y profundo. Un cuchillo habría causado un corte.

Procedió después a desabrochar los botones del chaleco. Debajo se vio el mismo orificio, pero más amplio en sus resultados secundarios. La camisa había absorbido la sangre como un secante en la parte lateral y algo más arriba, en el pecho, cubierto de coágulos sanguinolentos. Quinn procuró evitar que la joven viera aquello interponiendo el chaleco a modo de pantalla. Luego juntó

las vueltas del chaleco, y se incorporó.

—Debe de haber sido con un arma muy pequeña. No soy perito en esto, pero me parece un orificio diminuto.

—Tal vez todas las armas sean así.

—Tal vez. No sabría decirlo, porque nunca he visto ninguna.

—De una cosa podemos estar seguros, y es de que en la casa no había nadie más que él; de lo contrario, lo habrían oído observó Bricky.

Quinn dijo, después de registrar la habitación:

—Parece que se la llevaron consigo. No se ve ningún arma por aquí.

—¿Cómo dijiste que se llamaba la familia que vive en esta casa?

—Graves.

—¿Es éste el padre, el jefe de la familia?

—No; el padre falleció hace unos quince años. La madre es muy conocida en la alta sociedad. Este era el hijo mayor; hay otro, estudiante, internado en un colegio particular. Hay también una hija, una de esas que llaman debutantes…, ¿sabes?…, que por primera vez figuran en la columna de «Ecos de sociedad» de los diarios.

—Si pudiéramos averiguar cuál fue el motivo…

—¿En un par de horas? A la Policía les lleva semanas y ellos son del oficio.

—Empecemos por las cosas más sencillas. Ante todo, no lo hizo él mismo, porque el arma se encontraría junto a él o en algún lugar de la habitación, y no está.

—Me parece bien razonado —contestó el joven, pero sin demostrar una convicción absoluta.

—El robo suele ser el motivo más común. ¿Falta algo de la caja, algo que es tuviera en ella la primera vez, y que ahora se eche de menos?

—No lo sé —advirtió Quinn—. Llegué aquí sin ninguna luz, y al tropezar con él rodé por el suelo.

Bricky respiró con ansiedad.

—Fue como pisar un cable eléctrico. Cuando encendí una cerilla y vi de qué se trataba, me encaminé, tambaleante, a la caja, la abrí por la parte posterior, arrojé el dinero allí y salí presuroso sin volver la vista atrás.

—Será bueno hacer la prueba. ¿Crees que podrías recordar si falta algo que vieras la primera vez?

—No —contestó francamente—; estaba también bastante nervioso la primera vez, no lo olvides. Pero podemos probar; a ver si recuerdo algo.

Se incorporaron y dieron la espalda al difunto, encaminándose al cuarto de baño; Quinn iba delante, pues sólo él sabía dónde estaba la llave de la luz.

AL GIRAR EL CONMUTADOR un torrente de luz iluminó la habitación. La superficie de espejos de una puerta, situada en el otro extremo, le dio la desconcertante impresión de personas que entraran por ella al mismo tiempo que ellos. ¿Quiénes eran esos asustados jóvenes, tan afligidos y desesperados?

Bricky, sin embargo, les prestó poca atención.

Lo que más destacaba por el momento era el boquete cuadrado que él había abierto en la pared a la derecha de la entrada e inmediatamente detrás de la caja de la otra habitación. Parecía increíble que los muros de una casa, especialmente los interiores, pudieran tener tal espesor.

Cuando él entró por primera vez, había corrido la cortina de la ducha a fin de que ocultara el orificio: así le había dicho a ella. Pero al efectuar la restitución, con las prisas y el pánico, había descorrido la cortina y quedó el boquete totalmente al descubierto.

Había realizado un trabajo preciso y pulcro, pero la joven no se enorgullecía por eso y sabía que tampoco él se vanagloriaba de su obra. Lo adivinaba por la expresión de su rostro. Creyérase, a juzgar por sus líneas rectas, que había sido practicado a escuadra. Apenas una delgada línea de yeso, fina como un trazo de lápiz, se había desprendido en los bordes del boquete. Tan mínima era la destrucción, que el revoco de la pared apenas aparecía alterado alrededor del boquete. Sólo uno o dos pequeños trozos de yeso medio desprendidos amenazaban caer. Sin duda el joven debió de apartar con el pie los pedacitos de yeso que habían caído, de manera que quedaron ocultos bajo la bañera. Bricky desistió de

preguntárselo, pero el piso estaba escrupulosamente limpio, y la bañera, de tipo antiguo, emergía del nivel del piso y se apoyaba en él por medio de cuatro pequeñas patas.

En el fondo de la abertura se entreveía la madera blanqueada de la caja. Levantó el brazo y la atrajo por los bordes con los dedos, con un gesto que le era familiar por haberlo hecho así anteriormente, y la depositó en el suelo. Era la madera que revestía la pequeña cámara, dentro de la cual se guardaba el arca. Después, sujetó los bordes de acero, y la fue atrayendo paulatinamente hasta sacarla por completo del boquete. El artefacto consistía en una caja común de madera, revestida de acero, desprovista de cerradura, empotrada en una cavidad practicada en la pared. Es verdad que en la parte opuesta, frente a la otra habitación, tenía una plancha de acero, provista de una cerradura de combinación que defendía la obra. Por la parte posterior, en cambio, carecía de toda protección. Era tan fácil llegar a ella como cortar manteca.

—Poca cosa, ¿no es cierto? —observó Bricky.

—Debieron de construirla hace años, cuando el delito no había alcanzado la perfección de ahora, cuando la gente era más confiada y no preveía que un malhechor pudiera penetrar en…

Se detuvo bruscamente, algo ruborizado. Estaba avergonzado, según ella dedujo, de lo que había hecho. Él mismo era ese malhechor, por lo menos en lo relacionado con aquella caja en particular. Le abochornaba el recuerdo de su acción, sus buenos instintos la reprobaban. Aquel era un buen síntoma: así debía sentirse «el muchacho de al lado», después de cometido un hecho de esa clase.

Atrajo con el pie un taburete de tres patas y depositó sobre él la pesada caja. Levantó la tapa y examinaron su contenido.

El dinero recientemente restituido estaba encima de todo lo demás. Lo pusieron de lado y comenzaron a buscar entre la multitud de papeles que llenaban la caja. Amarillentos, increíblemente viejos, más viejos de lo que ambos eran.

—Aquí hay un testamento. ¿Tendrá algo que ver con el crimen?

—Espero que no… Si así fuera, no tendríamos tiempo para averiguarlo.

Continuó removiendo papeles, leyendo párrafos aquí y allá.

—Es el testamento del padre. Él fue nombrado ejecutor.

Bricky ladeó la cabeza hacia la pieza contigua.

—¿Se llamaba Stephen? —preguntó; luego, profundizando en el documento, agregó—: No creo que tenga nada que ver con esto… Todo aparece legado a la esposa, Harriet; los hijos sólo heredarán a la muerte de la madre; y no ha sido la madre, sino el hijo, la víctima —dobló las hojas y volvió el documento a su sitio.

—De todos modos, el motivo que buscamos no es ese, sino el robo.

—Dijiste que había joyas. ¿Dónde están? No las veo.

Por un instante sus esperanzas renacieron.

—Hay un segundo compartimiento, detrás del primero. La tapa se levanta por secciones. Deja que te muestre. No son muy valiosas, en realidad. Es decir, en cierto modo; pero no esperes encontrar brillantes ni nada por el estilo.

El segundo compartimiento quedó a la vista. De él extrajo varios estuches anticuados y descoloridos: una sarta de perlas, un collar de topacios, un broche viejísimo de amatistas.

—Estas perlas bien valen un par de miles.

—Todo está como la primera vez —dijo Quinn—. Vi todas estas cosas. Nada falta desde que yo…

Nuevamente se detuvo, y aunque esta vez no se ruborizó, estuvo un rato con la mirada baja.

La joven hizo un gesto de disgusto al ver defraudadas sus esperanzas.

—A lo que parece, no se trata de robo —dijo escuetamente—. El asunto se nos presenta más difícil de lo que esperábamos.

Apresuradamente volvieron los estuches a su sitio y sobre ellos pusieron el dinero. Bricky, que observaba a Quinn, vio que éste lo miraba con odio, y lo comprendió.

CERRARON EL ARCA, que el joven pasó por el boquete y depositó cuidadosamente en la cámara de madera. No se preocupó esta vez de ocultar el orificio con la cortina de la ducha. Percibió ella también el sentimiento que inspiraba sus actos. Ante el cadáver que yacía a la vista, ¿de qué servía querer ocultar las huellas de otro

delito menor, reparado ya? Inútil intento pretender mantenerlos separados por más tiempo. El uno conduciría fatalmente al otro, tan pronto como fuera descubierto.

—Bien; todo terminó —murmuró él, desalentado.

Volvieron a la habitación donde yacía el cadáver, después de apagar las luces del cuarto de baño; se detuvieron y se miraron con decepción. ¿Qué podían hacer ahora?

—Hay otros motivos igualmente simples —observó Bricky—. Sólo que son algo más personales tal vez: odio y amor… Lo primero que deberíamos hacer ahora es…

Quinn comprendió: se dirigió directamente hacia el cadáver y se inclinó para observarlo.

—¿No lo examinaste aún?…

—No; me limité a encender una cerilla cuando caí sobre él, y luego le palpé la frente. Nada más.

Vencida su repulsión, la joven se le acercó y se inclinó a su lado.

—Entonces, tendremos que registrarle los bolsillos —dijo ella—; yo te ayudaré.

—No; tú limítate a revisar las cosas que yo te vaya entregando.

Se miraron con sonrisa forzada, como para fingir que no les disgustaba lo que iban a realizar.

—Empezaré por arriba —indicó el joven.

El bolsillo más alto en cualquier traje de varón es el del pecho. Sólo había en él un fino pañuelo de hilo, plegado en forma de abanico a fin de que sólo sobresalieran las puntas por el borde del bolsillo.

Después de abrirlo, Bricky observó:

—Mira: la bala lo ha perforado, causando un pequeño orificio en una de sus puntas. Al desdoblarlo se forma una especie de dibujo, con tres agujeros idénticos, separados. Como cuando se corta el papel y se hacen modelos para encajes.

No les alegró el símil, harto burdo para la tragedia.

—No hay más aquí. Veamos en el bolsillo exterior del lado izquierdo. El cuerpo se apoya un poco sobre ese lado.

Quinn tuvo que levantarlo levemente para poder revisar el bolsillo.

Cuando lo hubo hecho, dijo:

—Está vacío; no contiene nada, ni un solo papel.

Y volvió el forro del revés para que ella lo viera.

—Veamos en el de la derecha.

Puso también el forro al descubierto.

—Nada, tampoco.

Dejaron los dos bolsillos vueltos, a modo de globos desinflados, en los costados del muerto.

—Ahora, los del interior de la chaqueta.

Esta vez la mano tuvo que extenderse sobre el pecho para hacer el registro; sobreponiéndose a la emoción, la cara del joven sólo revelaba impasibilidad.

—Sácalo todo, sea lo que fuere —murmuró Bricky.

La joven iba haciendo una especie de inventario verbal de las cosas que él extraía, dejándolas luego en el suelo junto a ella. Aunque él nada decía, ella podía leer en su cara que no tenían ninguna posibilidad de descubrir el crimen, en el reducido lapso que les quedaba.

Tras ellos, en el estante de los libros, había un reloj. Ambos, por un esfuerzo de voluntad, resistían a la tentación de mirarlo. Pero lo oían distintamente en el silencio que los rodeaba. Implacable, sarcástico, daba su tic-tac con increíble rapidez. Sin detenerse, sin descansar, *Tic-tac, tic-tac, tic-tac*.

—Una pitillera de plata de Tiffany[1]. Regalada por alguien con la inicial B. «A S. de B.». Quedan tres cigarrillos Dunhills —cerró la pitillera y la dejó a un lado—. Cartera. Piel de Suecia, marca Cross. Dos billetes de cinco y uno de uno. Dos entradas rotas para la función de esta noche en el Winter Garden, calle Ciento Doce y Ciento Catorce. Deben de ser de tercera fila de patio. Bien. Sabemos, por lo menos, dónde estuvo esta noche, de las ocho cuarenta a las once.

—Dos horas y media en sus treinta y cinco años —comentó Quinn, tristemente.

—No tenemos que investigar toda su vida. Sólo nos interesa el lapso transcurrido desde que terminó la función. Porque, evidentemente, no lo mataron en el Winter. Estaba vivo cuando salió de allí. Esto acorta en gran parte la noche y puede ayudar a nuestra averiguación.

—¿Qué más hay?

—Tarjetas de negocios. Stafford, Holmes, Ingoldsby… ¿quiénes

serán? Creo que eso es todo. No, espera un poco; aquí hay algo más, en esta segunda división. Una foto. La foto de una joven en traje de montar y de él, ambos a caballo.

—Deja que la vea.

Él la examinó.

—Es la muchacha con quien le vi salir esta noche. Hay otra foto de ella en el dormitorio, con marco de plata. La vi al entrar. Está firmada con el nombre de Bárbara.

—Luego no fue ella. Si hubiera sido ella, no estaría ahí su retrato. Es cuestión de sentido común.

—Nada más en ese bolsillo. Registraré los cuatro de los pantalones, los dos de los costados y los dos de atrás. Atrás, izquierda, nada. Atrás, derecha, otro pañuelo y nada más. Lado izquierdo, nada; derecho, la llave de la puerta y monedas sueltas.

Bricky las contó, indiferente, como insensible a lo fútil de la operación.

—Ochenta y cinco centavos —dijo, y las puso en el suelo.

—Hemos terminado con los bolsillos de la ropa, y no sabemos ahora más que al principio.

—Sí, sabemos algo, Quinn, no digas eso. Sabemos mucho. Al fin y al cabo, no esperábamos encontrar un escrito que dijera: «A quien pueda interesar» o «Fulano de Tal fue quien me mató». ¿No es así? Hemos averiguado un nombre, Bárbara; sabemos cómo es y sabemos que estuvo con él gran parte de la noche. Sabemos también dónde estuvieron juntos. No es poco averiguar después de registrar unos cuantos bolsillos.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Después de mirar al suelo, la joven extendió la mano y oprimió la de él como para animarlo.

—Comprendo tu desaliento, Quinn; no desesperes. Podemos descubrirlo, créelo, podemos descubrirlo. Míralo con esperanza.

En seguida se incorporó.

—¿Debemos volver esto a los bolsillos? —preguntó el joven.

—Déjalo donde está. Tiene poca importancia.

Quinn se levantó a su vez.

—Veamos la habitación ahora —siguió la joven—. Le hemos registrado a él; registremos ahora su habitación, por si hay algo que pueda servirnos.

Se separaron algunos pasos, y añadió:

—Tú mira por allí; yo, por este lado.

—¿Y qué vamos a buscar? —preguntó él, desorientado, de espaldas a ella.

—Lo ignoro —se dijo a sí misma—. ¡Oh, Dios! ¿Lo sé yo acaso?

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

La joven bajó la vista para no mirar la esfera del reloj, ni aun al pasar delante de él, «como el avestruz que entierra la cabeza en la arena», se dijo. Era difícil no verlo teniéndolo de frente, en el estante, entre dos pilas de libros que habían sido separadas para hacerle lugar.

—Luz verde —leyó ella en voz alta, moviéndose lentamente frente al estante—, Petróleo para las lámparas de China, Historia personal… —y aquí volvió a bajar los ojos.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Otro momento perdido, un momento menos del plazo que se habían fijado.

Volvió a alzar los ojos cuando estuvo a la derecha del reloj:

—En el Norte, Hacia Oriente, La tragedia de X… No leía mucho, que digamos —comentó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, curioso, desde donde estaba.

—Una simple deducción mía. Cuando alguien lee mucho, sus libros suelen ser de una índole similar, tienen cierto parecido, que es como se profundiza algo. Aquí todo es distinto: un libro de una clase, otro de otra. Probablemente, sólo leía uno cada seis meses, cuando no tenía sueño, o cosa así.

Bricky, la primera en terminar, se detuvo. Después de breve reflexión, exclamó:

—¡Quinn!

—¿Ocurre algo?

—Un hombre que fuma cigarrillos…, y la pitillera nos demuestra que éste lo hacía…, acostumbra también a fumar puros, ¿no es así?

—Muchas personas fuman ambas cosas.

¿Por qué? ¿Has encontrado una colilla de puro?

—¿Te parece que un hombre fumaría dos puros? ¿Dos él solo? Porque aquí hay dos colillas de puro en el cenicero.

Quinn acudió presuroso a mirar.

—Parece que alguien estuvo con él esta noche —prosiguió

Bricky—. Una de las colillas está en una muesca del cenicero; la otra, en la muesca opuesta.

El hombre se inclinó para examinarlas más de cerca.

—Indudablemente, él no fumó los dos —dijo—. Son puros de diferente marca, y nadie fuma de esa manera. Alguien estuvo con él aquí. Hay esto, además: estuvieron disputando o discutiendo por algo.

O, por lo menos, uno de ellos estaba exasperado, aun cuando el otro no lo estuviera. Fíjate en la colilla que hay en este lado. Suave en la punta, algo húmeda aún, pero intacta. Ahora mira la otra. Mordisqueada como con furia; indudablemente, uno de los dos fumadores se encontraba muy nervioso. Así lo demuestra esta colilla —la miró, levemente esperanzado—. Es lo más importante de cuanto hemos descubierto hasta ahora —dijo.

—¿Quién estaba nervioso y quién tranquilo? —preguntó Bricky —. ¿Graves o su visitante? No lo sabemos.

—El hecho importa poco. Esto nos muestra que aquí estuvo otro hombre, y esto es lo que tiene algún valor. El simple hecho de que haya dos clases de cigarros indica que la entrevista tenía poco de amistosa. Uno de ellos rehusó el cigarro que le ofrecía el otro, o tal vez no hubo ofrecimiento, y quiso fumar el suyo. Los dos fumaron al mismo tiempo, pero sin cordialidad. Había tirantez, choque de razones, disputa violenta entre los dos.

—Es lógico —admitió ella—, pero no lo bastante. No nos dice quién era el otro.

Quinn se situó junto a uno de los lados de la silla, no de la que estaba contigua a la pared, sino de la otra próxima al escritorio.

—Aquí está el vaso de uno de ellos, puesto en el suelo, junto a la silla.

—¿Hay también un vaso para el otro? —inquirió en seguida la joven, celosamente sostenedora ya de la tesis de Quinn acerca de la supuesta enemistad existente entre los dos fumadores.

Él fue hasta la otra silla y se inclinó levemente para ver si había algún vaso debajo de ella.

Brick respiró con alivio.

—También esto confirma la suposición de que no estaban en términos amistosos. Esto me inquietó por un instante. Ahora se ve claramente que en este sitio donde está el vaso vacío tuvo que estar

sentado Graves. El dueño de la casa se sirvió de beber y no invitó al visitante. O, si lo hizo, el visitante, disgustado, rechazó el ofrecimiento.

—En efecto, no es una prueba concluyente, pero es bastante satisfactoria. Podría ser, aunque es poco verosímil, que hubiera ocurrido todo lo contrario. Un dueño disgustado con su visitante difícilmente lo invitará a beber para demostrar luego más claramente su disgusto no compartiendo la bebida. Lo más probable es que se abstenga de toda invitación. Admitamos, pues, que Graves ocupaba esta silla y sigamos examinando la situación.

—No se trata de dónde estaba sentado —sostuvo Brick, acalorada—, sino de quién estaba con él.

—¡Aguarda, aquí hay algo!

Quinn introdujo perpendicularmente la mano entre la hendidura del brazo y el asiento de la segunda silla, la que, a juicio de ellos, había estado ocupada por el visitante. Ambos se inclinaron al mismo tiempo para ver de qué se trataba.

—¡Un librillo de cerillas! —dijo ella, decepcionada.

—Supuse que sería otra cosa —admitió Quinn—; lo vi asomar por aquí. Graves tenía el suyo; lo saque cuando revisamos sus ropas. Ese debe ser el de su visitante. Quizá se le cayera sin que él, en su nerviosismo, lo notara.

Abrió el pequeño sobre, volvió a cerrarlo y lo dejó caer en el mismo sitio donde lo había encontrado. En seguida lo recogió prestamente y volvió a examinarlo. Frunció el ceño.

—¡Hum! No hay duda de que estaba excitado. ¡Fíjate cuántas cerillas arrancó sólo para encender este cigarro! Me parece estar viéndolo, encendiendo una cerilla tras otra durante toda la conversación, y aun olvidarse de chupar el puro, que, en consecuencia, debió de apagarse más de una vez: tanta era su impaciencia por hablar.

—El librillo pudo haber estado gastado a medias antes de que comenzaran a hablar —trató de sugerir la joven.

Pero, evidentemente, él había resuelto ya aquel punto también, pues nada replicó. Seguía contemplando el librillo, prestándole una atención mayor de la que le hubiera merecido en circunstancias ordinarias.

—¡Fíjate un instante! —dijo, sin apartar la vista del sobre de las

cerillas—. ¿Qué te dice esto? Quiero ver si llegas a la misma conclusión que yo.

—Dice. «Goma de mascar Doublemint», ¿no es verdad?

—No, no me refiero a la parte exterior del sobrecillo, sino a la interior, la que contiene las cerillas.

La joven inclinó la cabeza junto a la de él; ambos contemplaban el objeto como un precioso talismán.

—Espera un segundo; en cada uno de estos chismes suele haber veinte cerillas distribuidas en dos hileras de diez cada una. Aquí…, quita el dedo de encima…, han quedado cinco, dos delante, tres detrás. Eso significa que él usó quince cerillas para encender su cigarro… ¿Es a esto a lo que te referías?

—No; no comprendes aún lo que quiero decirte. ¡Atiende! Las cinco restantes son las últimas de la derecha en ambas hileras.

—¡Oh, sí! —replicó tardíamente la joven—. Lo noté desde el principio.

—¡Bien! Hagamos una prueba ahora. Aquí tienes un librillo mío, de mi bolsillo. Tímalo. Saca una cerilla, enciéndela y apágala. No te detengas a reflexionar en lo que haces. Enciende la cerilla como lo harías en cualquier otra ocasión. Imagina que vas a encender el hornillo para calentar la cafetera. ¡Adelante, enciende y apaga!

Bricky raspó una, la apagó y movió la cabeza con encantadora vacilación.

—Mira el sobre ahora. ¿Sabes qué cerilla has arrancado? La primera de la derecha. Todo hombre, mujer o niño que esa estos librillos comienza a arrancar cerillas por la derecha, y prosigue la operación en la misma línea, hasta llegar a la ultima de la izquierda. Las cerillas del librillo del visitante fueron arrancadas a la inversa. ¿Comprendes ahora lo que quiero decir? El hombre que estaba sentado aquí esta noche, frente a Graves, es zurdo.

Bricky se quedó boquiabierta al comprender súbitamente el significado de la observación.

—No sé quién era ni a quién se parecía, ni si lo mató él o no. Pero sé estas cosas: que estaba furioso por algo; que gastó quince cerillas en encender un cigarro; que lo mordisqueó hasta hacerlo papilla; que estaba enemistado con Graves, y que es zurdo.

Durante breves momentos, Bricky estuvo examinando el sobre, después de lo cual el joven notó en su rostro una extraña expresión.

—Lo siento mucho, Quinn —murmuró, con aire extrañamente apenado.

—Que lo sientes… ¿Por qué?

—Todo nuestro edificio se desploma en pedazos.

Esta vez fue él quien la miró con estupor.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Fue una mujer.

La joven le cogió una mano y se la retuvo, mientras con la otra le ofrecía el minúsculo sobre de las cerillas.

—Huélelo por un momento —dijo, lacónicamente.

Antes de obedecer, el joven trató de argüir:

—¿Que supones que una mujer trituró ese cigarro como si se tratase de una espinaca? ¿Que una mujer se sentó en esa silla?

—Nada sé del cigarro ni de la silla. Sólo te pido que te lleves esto a la nariz un momento.

—Huele a azufre, como todas las cerillas.

—Perfume… —dijo ella—. Un aroma muy tenue. Eso salió del bolso de una mujer, estuvo todo el día en él. La sola apertura de ese bolso, una o dos veces, mientras estuvo aquí, dejó el ambiente saturado de ese perfume. Ya lo percibí cuando entré en el vestíbulo, cuando subíamos la escalera. Esta noche hubo aquí una mujer.

Quinn apeló a múltiples argumentos para no dar su brazo a torcer.

—¿Y qué me dices del puro? ¿Quién fumó los dos cigarros distintos, tranquilamente uno, el otro nervioso? ¿Piensas que él se fumó los dos al mismo tiempo? No; imposible —arguyó él—. La colilla del cigarro prueba que ese hombre estuvo en esa silla, frente a Graves. Las cerillas dicen que una mujer estuvo aquí también. No es posible que los dos estuvieran en la misma silla al mismo tiempo.

—Si sus nervios estaban alterados y se hubiera quedado sin cerillas, es muy posible que pidiera las suyas a la mujer. Estaba en esa silla hablando con Graves, y ella estaría en algún punto de la habitación escuchando la conversación.

El joven desechó la idea negando con la cabeza.

—Poco verosímil. Graves se hallaba junto al visitante, mucho más cerca de él que de la mujer, cualquiera que fuere el sitio en que ella haya estado. No hay una tercera silla a mano. De haber necesitado una cerilla, él se la habría pedido a Graves.

—¿Estando ambos enemistados?

—Una cerilla no cuenta como favor. No es como una bebida o un cigarro. Le bastaba extender la mano para conseguirlo. Además, para pedir una cerilla habría sido preciso que las de su librillo se hubiesen terminado. Y aquí no se ve ninguno. Dudo que estuvieran aquí los tres juntos.

—Como te parezca; no estuvieron. Pero eso nada nos dice. ¿Quién vino primero? Porque, sea quien fuere, el último que llegó es el autor del crimen.

—Estamos ganando terreno hacia atrás —dijo Quinn, sombríamente.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

AMBOS APARTARON LA MIRADA para no ver el reloj y contemplaron el piso. Hallábanse junto a las dos sillas; entre ellas se había desarrollado todo el drama.

El afán de apartar los ojos del reloj fue, sin duda, lo que movió a mirar hacia abajo, a la alfombra. Era ésta de color castaño. Siguiendo la dirección de su mirada, Bricky se inclinó súbitamente hasta apoyarse en las rodillas y en las palmas de las manos. Extendió la derecha hasta llevarla debajo de la segunda silla, la que correspondía al cigarro mordisqueado y al librillo de cerillas, y la retiró luego, rápidamente. La joven se incorporó, llevando sujeto entre sus dedos un objeto diminuto.

—No vas a decirme que alguna otra cosa… —dijo, incrédulo, Quinn.

—Mira: juzga por ti mismo —fue la respuesta.

Era minúsculo, casi la mitad de una moneda de diez centavos, de color pardo. En forma de media luna, redondo en el exterior, recto en la mitad. Tenía dos pequeños agujeros intactos, y otros dos quebrados en la línea cortada. Una hilacha de color castaño pendía de los orificios intactos.

—Un botón roto —comentó él, casi reverente.

—¿Del chaleco?

—No, de la manga, uno de esos que no sirven para nada en la

abertura del puño. Demasiado pequeño para ser otra cosa.

—Debe de haber estado suelto durante algún tiempo, quizá desde la última vez que llevó el traje al tinte, y esa noche acabó por desprenderse y caer sobre la silla. Quizá movió demasiado el brazo, discutiendo, o para llevar el cigarro a los labios.

—Pero ¿cómo fue a parar ahí, debajo de la silla?

—Cayó a un lado de la silla, supongo; luego, al levantarse, enojado quizá, el visitante la hizo girar levemente hasta que vino, de ese modo, a quedar sobre el botón.

—¿Cómo podremos estar seguros de que no pertenece a Graves? Tal vez está en el suelo desde hace días.

—Ahora mismo lo vamos a comprobar, antes de hacer más suposiciones. La cosa, por fortuna, es muy fácil. Pertenece a un traje de color castaño o canela. No es preciso ser hombre para saber que los trajes azules o grises no llevan botones de color pardo. Y él yace vestido de esmoquin; luego no es de él.

La joven se encaminó al dormitorio y abrió la puerta del ropero.

—¿Están seguras las ventanas?

—Sí —contestó Quinn—; acabo de cubrirlas.

Atisbando por encima de los hombros de Bricky, el joven miraba con ojos ingenuamente asombrados.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo puede un hombre vivir lo bastante como para usar tantos…?

Los de color castaño estaban en minoría, como suele ocurrir en todo vestuario de hombre, ya sea amplio o reducido. Bricky observó:

—Aquí hay uno de color mostaza, al cual quizá pueda pertenecer —descolgó la percha y revisó prestamente mangas y chaleco—. No falta ninguno —dijo, y volvió a colgarlo—. Aquí hay otro de color pardo —efectuó la misma operación, con igual resultado.

—No dejes de mirar el bolsillo de atrás del pantalón —previno él —; el de la izquierda generalmente va abotonado. El mío, por lo menos, lo está.

—Nada —dijo la joven, colgándolo de nuevo—. Ya están todos. No, espera; aquí hay una chaqueta suelta, colgada de un gancho, vieja como una encina. Es de color castaño también —hizo el mismo examen practicado antes y la puso en el gancho—. Botones

viejos, sólidos, sujetos con broches en lugar de estar cosidos. Nada de lo que buscamos.

Cerró cuidadosamente el ropero, y agregó:

—No es de él. Es del hombre que le visitó, que mosdisqueó el cigarrillo, que le tenía ojeriza y que es zurdo, o tal vez no lo sea.

Ambos volvieron a la biblioteca caminando con rapidez.

—Ya sabemos dos cosas más de él, Quinn. ¿Te das cuenta? Sabemos que viste un traje de color castaño o canela, y que le falta un botón o medio botón de una de las mangas. ¡Dios mío, si fuéramos detectives profesionales! ¿Comprendes lo que podríamos hacer con todo eso, con sólo la mitad de eso?

—Pero ¡no lo somos! —comentó él.

—Esta noche tenemos que serlo.

—Esta ciudad es la más grande del mundo.

—Eso puede hacérnoslo más fácil, en lugar de más difícil. Si fuera un pequeño lugar, una aldea, como nuestro pueblo, habrían previsto que el riesgo de ser descubiertos era mucho mayor, y habrían tomado tales precauciones, que nunca… Esto es tan grande que se sienten seguros, creen contar con la impunidad, y no les preocupa ocultarse ni velar por su seguridad… —y añadió con temblor en la voz—: Esta es la forma en que debemos encararlo. La única forma posible.

—Es inútil, Bricky —gimió él—. ¿De qué sirve engañarnos a nosotros mismos? Es como esos cuentos de hadas que se cuentan a los niños, en los que un soplo mágico basta para convertir los sueños en realidades.

—¡No hables así, por el amor de Dios! —replicó ella con voz entrecortada—. No quieras que yo lo haga todo por los dos —añadió, con abatimiento, y dobló la cabeza.

—Soy débil —se disculpó él—; lo siento.

—No eres débil, porque si lo fueras no estarías en esta habitación conmigo.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

—Voy a mirar el reloj antes de un minuto, Quinn, y lo mismo harás tú, y vamos a necesitar verdadero valor entonces —dijo la joven—. Pero antes de hacerlo, trataremos de sacar algo en limpio de todo esto. Hay dos personas, dos sombras, pero no por eso menos tangibles. Una de ellas, no las dos, cometió el crimen. Tenemos que

saber, que descubrir quién fue; si no lo hacemos, te culparán a ti…

Quinn trató de interrumpirla.

—No, déjame terminar, Quinn. Lo que hago es tanto por mí misma como por ti. En otras palabras, tenemos que seguirles La pista, descubrir adónde fueron y arrancarles la verdad de una manera o de otra. Este es el trabajo, la tarea que nos espera. Y esto debe hacerse mientras aún es de noche en Nueva York. Con el día, a las seis, partirá el «microbús» para el pueblo. El último autobús, Quinn; el último. No me importa lo que diga el horario de salida. Para nosotros es el último, el último del mundo.

—Entiendo. Seguirán funcionando, pero no para nosotros. Tenemos que salir de esto antes del amanecer.

Bricky asintió con el gesto.

—Ahora, a la tarea que nos aguarda. No podemos los dos ocuparnos de ambos sospechosos al mismo tiempo.

El joven sintió un estremecimiento al comprender lo que ella se proponía.

—Si mal no recuerdo, dijiste que juntos haríamos todo. Que ésta era la única razón por la cual venías conmigo, en lugar de irte sola a la…

—No hay tiempo ahora para eso. Tenemos que dividir la tarea, queramos o no. Oye mi plan. Tenemos estas dos posibilidades: un hombre y una mujer vinieron aquí esta noche a horas distintas. Uno de ellos es inocente, el otro criminal. El enigma es ¿cuál? No tenemos tiempo para andarnos con vacilaciones; no podemos seguir juntos. Tenemos que investigar a los dos al mismo tiempo. Esa es nuestra única oportunidad. Sólo uno de nosotros puede equivocarse, pues si los dos nos equivocásemos al mismo tiempo, todo se habría perdido. Si nos separamos, y cada uno vamos tras uno de ellos, tendremos un ciento por ciento de probabilidades de no errar. Es ahí donde reside nuestra única esperanza. Tú sigue al hombre; yo buscaré a la mujer.

Quinn la escuchaba silencioso.

—Ahora, atiende bien —prosiguió ella—. Tú tienes que encontrar a un hombre con traje color castaño o algo parecido, con un botón partido en la bocamanga, que tal vez es zurdo, aunque quizá no lo sea. Esa es tu misión. Yo tengo que descubrir a una mujer que indudablemente es zurda, que usa un perfume fuerte. No

sé qué clase de perfume es, pero lo sabré cuando lo aspire de nuevo.

—Tú no tienes siquiera lo que tengo yo, en materia de indicios. No tienes nada.

—Lo sé; pero soy mujer, y esto compensa en algo. No necesito mucho más; nuestras mentes pueden hacer más con mucho menos.

—¿Pero qué puedes conseguir aun cuando des con ella? ¿Una muchacha desarmada, sin más defensa que sus manos? No sabes a lo que te expones.

—No tenemos siquiera tiempo para asustarnos. Sólo lo tenemos para ponernos a la obra, estemos en lo cierto o no. Y ahora escucha lo que debemos hacer: tenemos que encontrarnos aquí…, sí, aquí, en la casa del muerto…, no más tarde de las seis menos cuarto, con ellos o sin ellos, con las manos vacías o vencedores. Tenemos que hacerlo si queremos tomar el autobús de las seis —se acercó al cadáver, se inclinó un instante, y regresó con algo—. Yo usaré la llave que estaba en su bolsillo, para entrar. Tú ya tienes la tuya.

Respiró profundamente.

—Ahora, volvámonos y miremos el reloj.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

—¡Oh, Dios! —suspiró el joven, sintiendo que su valor vacilaba.

Pero la silueta de la joven ya se había esfumado en la oscuridad del vestíbulo.

Quinn corrió en su persecución.

La joven se hallaba ya a mitad de la escalera.

—¡Bricky…!

Desde abajo llegó su voz suave:

—Apaga las luces.

Él retrocedió y cortó la corriente. Presuroso, bajó la escalera.

—¡Bricky! —volvió a implorar el joven.

—¿Qué querías decirme?

—Solamente que… —detúvose un instante—. ¡Qué valiente eres! ¡Qué ánimo el tuyo!… Nada más. Lo haremos. Si hay en lo alto una estrella que vela por un chico y una chica, y no hay duda de que la hay, lo conseguiremos.

Descendió un peldaño para salir. Detúvose bruscamente y regresó.

—¿Qué te ocurre?

—Bricky, supongo… ¿Quieres besarme una vez tan sólo, por la

suerte de nuestro destino?

Sus labios se unieron fugazmente.

—Por nuestra suerte —murmuró ella.

Al despedirse en la oscuridad, para salir a la calle, uno detrás del otro, lo último que ella le dijo, en un susurro implorante, fue:

—Quinn, si tú volvieras primero, espérame. ¿Oyes? Espérame, no me dejes atrás. Quiero volver a casa esta noche, quiero volver a casa…

14:55

EN CUANTO SE SEPARÓ DE ELLA se perdió en la calle oscura, solitaria. Se decía: «No hay esperanza, todo es inútil. ¿Por qué no admitirlo? ¿Por qué no reconocerlo?».

Si él hubiera estado solo, se habría dirigido al parque, y allí, tendido en un banco, habría esperado la luz del día y que todo terminara como debía terminar. O tal vez habría aprovechado la luz del día para reaccionar de algún modo, y, después de meditar mientras se fumaba uno o dos cigarrillos, penetraría en la primera comisaría, donde lo confesaría todo.

Pero ahora estaba ella, y no lo haría. Estaba ella, y sólo eso le impulsaba a seguir adelante.

Aunque sólo fuera en esto, ella le ayudaba, le impulsaba, le obligaba a seguir adelante.

La había comprometido, se decía, apenado. No era justo, no era leal. Casi lamentaba haber ido a la sala de baile al comienzo de la noche. Pero no haber ido habría significado no conocerla. No podía estar pesaroso; su falta de egoísmo no llegaba a ese extremo.

«Bien —se dijo—, sigamos adelante. Ahora soy yo él. He salido de allí, donde acabo de matar a un hombre. Está tendido en la casa, y yo le he quitado la vida. ¿Adónde voy ahora? ¿Qué hago?».

Oprimiéndose la frente, se detuvo. «Yo nunca he matado a nadie. ¿Qué sé yo de esto? Ahí está el escollo: si nunca he matado a nadie, ¿qué sé yo lo que debo hacer? ¿Qué hacen ellos?».

Movió la cabeza; no para negar nada, sino para despejar la

mente, para alejar de ella todo prejuicio.

«Desandemos el camino, volvamos al punto de partida. Acabo de matar a alguien, está rígido allá arriba. ¿Qué debo hacer ahora?».

Había llegado a la esquina.

«¿Qué camino debo tomar? Allí hay un taxi. ¿Lo llamo? Por aquí pasa una línea de autobús. ¿Debo subirme a uno de ellos? Dos manzanas más allá, en Lexington, está la estación del Metro. ¿Debo bajar a ella? Tres manzanas más lejos, en la Tercera, está el Elevado. ¿Será conveniente que lo tome? ¿O debo seguir caminando, orientarme por mí mismo y seguir usando las piernas como medio mejor y más seguro? ¿O quizá exista otro recurso que no se me ha ocurrido? Tal vez tenga un automóvil de mi propiedad, esperando en la calle, a una distancia de dos o tres casas del lugar donde cometí el crimen. Podría usarlo y escapar. Seis soluciones. Dividiendo cada una de ellas en dos posibles direcciones a tomar, forman un total de doce. Un laberinto de escapatorias en medio de las cuales me veo perdido. Aun cuando eligiera la exacta, ¿de qué me iba a servir? Me quedaría sin saber adónde lleva o cuál es su destino. No te acobardes, usa de tu ingenio y valor. ¿No desearás que ella te juzgue mal? Comienza de nuevo, comienza firme otra vez. Ahora. Acabo de producir una muerte, y estoy en la esquina, he llegado hasta la esquina. Nada importa lo que haya hecho esta vez. Cómo me sentiría, eso es lo que debo saber. Tal vez una proximidad emotiva te llevaría allí más velozmente. Bien… ¿Cómo me sentiría? Quebrantado del todo, por dentro y por fuera…, a menos que sea un hueso duro. La reacción nerviosa se ha producido en mí al llegar a este sitio; la furia o lo que fuere que me arrebató se ha desvanecido, y ahora siento los efectos de mi acción. Estoy desconcertado, perdido sin remisión. Espera un momento. ¿Qué es aquello? El farol de una farmacia, encendido aún. Tiene en el escaparate un cartelito, que dice: 'Abierto toda la noche'. Si está abierta ahora, sin duda también lo estuvo antes. ¡Bueno! Si estoy tan abatido, por dentro y por fuera, será bueno que entre y pida algo para reanimarme. Pero… eso sería peligroso, después de haber matado a un hombre en las cercanías. El farmacéutico notaría mi condición, la recordaría y luego daría datos sobre mí. No iría a semejante lugar poco después de haber causado una muerte. Pero tal vez tendría que hacerlo, tal vez me sentiría tan tembloroso y

abatido que no pensaría en eso, y me decidiría a entrar. Él me recordaría y daría datos sobre mí. ¡Vamos, probemos! A ver si se acuerda…».

Entró en la farmacia.

Sólo había un hombre en el local. Detrás del mostrador, en el fondo. Quinn avanzó y se detuvo frente a él.

Permaneció tanto tiempo callado, que el farmacéutico dijo finalmente, con algo de aspereza impersonal:

—¿En qué puedo servirle, joven?

La respuesta fue lenta. Había estado ensayándola palabra por palabra, y quería exponerla con exactitud.

—Vea, señor: suponga que yo viniera aquí, y me sintiera… vamos…, trastornado, algo trémulo, con los nervios tensos… ¿Qué me recomendaría?

—Lo mejor en estos casos es un poco de amoníaco en medio vaso de agua.

Quinn prosiguió con la segunda parte de su plan:

—¿Es esto lo que suele recomendar?

El farmacéutico sonrió con una especie de agria jovialidad, que parecía característica suya:

—¿Quiere estar seguro de lo que es antes de tomarlo? Sí; esto es lo que suelo aconsejar.

Quinn retuvo el aliento.

Lo que esperaba llegó por fin.

—Precisamente, he suministrado eso mismo a un muchacho, hace un par de horas. Usted es el segundo esta noche.

El joven respiró, suave, lentamente. ¡Con qué facilidad, con qué sencillez! Le resultaba difícil creer que hubiera dado en el blanco con el primero y único tiro. «No te precipites —decíase a sí mismo —. Sé prudente. Trata de averiguar un poco más antes de formular conclusiones. Tal vez no sea eso. Demasiado bueno, sencillo y fácil para ser verdad».

—¿Alguien que se sentía lo mismo que yo? ¡Hum!

Un gesto afirmativo fue la respuesta.

El farmacéutico se colocó tras del grifo y llenó a medias un vaso. Luego arrojó en él unas gotas de líquido de un botellón y lo agitó unos momentos. Retiró la cuchara y se lo ofreció a Quinn.

—¡Pruébelo! —dijo—. Son diez centavos.

No olía mal, aunque parecía agua de jabón. Se preguntó qué gusto tendría.

No era miedo lo que tenía; deseaba tan sólo hacerlo durar lo más posible.

Malicioso, el farmacéutico observó:

—No parece usted muy resuelto. Quizá se halle algo trastornado.

Quinn introdujo la lengua en el vaso, pero la retiró precipitadamente. A modo de excusa, explicó:

—Quizá el otro no se sintiera tan mal como yo. Parecía estar nervioso, ¿eh?

Reincidiendo en su sonrisa acre, pero esta vez con tono de reminiscencia, el farmacéutico explicó:

—Parecía que tuviera hormigas en los pantalones. No podía estarse quieto. Estuvo yendo y viniendo de aquí a la puerta, mirando y remirando a la calle. Estaba preocupado.

Quinn pareció haber hecho un ingenuo descubrimiento.

—No me diga más —y se quedó mirando los frascos del estante para dar más verosimilitud a lo que diría—. Esto me recuerda a uno que conozco; exactamente como él —aquí volvió a mojar la lengua en el líquido, pero sin disminuirlo en absoluto—. ¿Qué aspecto tiene? —preguntó, distraídamente.

—¡Pchs!

Quinn aventuró gratuitamente un nombre, destinado a actuar como estímulo.

—Apostaría a que es Eddie… ¿Qué aspecto tenía?

La treta dio resultado. El farmacéutico, envuelto en la hábil trama de la conversación, se sintió expansivo.

—Era más bien delgado, pero un poco más alto que usted.

El joven asintió con vehemencia. Igualmente habría asentido si le hubiera dicho que era un esquimal.

—Un poco más alto que yo y… —hizo un además señalando el cabello, pero sin pronunciar el adjetivo del color que se hubiera esperado acompañaría al gesto.

La respuesta automática hizo lo demás. El farmacéutico la suministró sin percatarse de que llenaba un vacío. En la idea de que simplemente corroboraba, ignorando que hacía una afirmación unilateral, dijo:

—Y cabello castaño.

Quinn lo repitió.

—Y cabello castaño —asintió con la cabeza en una confirmación hipócrita. Después, rápidamente—: Llevaba traje también color castaño, ¿verdad?

Vacilación del interpelado.

—Creo que así era, sí. Llevaba traje castaño.

—Es Eddie, no me cabe duda —afirmó el joven, respirando con alivio. Estaba visiblemente en la buena pista—. Sí, es Eddie —repitió.

Y para sí mismo, sin ser oído: «¿Eddie?, ¡demonios! Es la muerte».

No había mucho más que preguntar. En apariencia, no se podía obtener más.

Sin embargo, algo más obtuvo inesperadamente. Como la última gota de agua que cae de un grifo ya cerrado.

—Me dio la impresión de que estaba resfriado —informó el farmacéutico.

—Tembloroso, ¿eh?

—No, pero mientras estuvo aquí anduvo con las solapas levantadas así —el empleado asió las de su chaqueta y las mantuvo levantadas bajo la barba—. Con este tiempo nunca se está seguro de no haber pescado una gripe.

—¿Y qué hizo después? ¿Se marchó?…

—No, me pidió que le cambiara una moneda de diez centavos en níqueles y se dirigió allá, al fondo —indicó un pasillo que conducía a las cabinas del teléfono—. Se llevó el vaso de amoníaco.

—¿Le vio usted salir nuevamente?

—A decir verdad, no le vi salir. Debía de encontrarme ocupado con alguien en aquel momento. Sin duda, salió sin que yo le viera.

Quinn devolvió el vaso. Era tal su excitación que bebió hasta la última gota sin advertirlo siquiera. Valía la pena. Aun cuando hubiera sido ácido prúsico le habría servido, en el estado de ánimo en que se encontraba.

El farmacéutico se hallaba ya muy lejos. Convencido de que había mantenido una conversación casual, inquirió:

—¿Supongo que necesita verlo con mucha urgencia?

—¡Claro que sí!… —respondió el joven—. ¿Dónde lo podré encontrar ahora?

Y se alejó internándose por el pasillo… que conducía a los teléfonos.

Al final del pasillo había dos cabinas, una al lado de la otra. Frente a ellas había un tablero con las guías telefónicas. Una, que había sido sacada de su casillero, estaba abierta; las otras seguían en su lugar.

El vaso vacío se hallaba allí, sobre una de las páginas del listín. Evidentemente, se había olvidado de llevarlo al mostrador cuando se retiró.

El listín de la muerte.

Quinn lo examinó al principio, como si fuera una súbita e inesperada aparición. Casi temeroso de que se desvaneciera al contacto de sus manos.

Por un momento le aguijoneó una idea: arrancar la hoja y llevarla a la Policía. Aún tendría las huellas dactilares del hombre que buscaba.

Pronto la desechó. De nada serviría. Tardaría mucho, la noche habría pasado y el autobús estaría en camino. Además, ¿quién iba a llevar esa página a la Policía? ¿Él, que era ya buscado o lo iba a ser pronto? La hoja no demostraría que el desconocido fuera el criminal. Aquella no era la escena del crimen. Estaba en la casa más allá de la esquina. Era allí donde debían encontrar huellas dactilares, no a pocos pasos, en una cabina de teléfono.

«De modo que le he seguido hasta aquí —se decía— y voy a perderlo de nuevo. Se me ha hecho humo aquí, en el fondo de la farmacia, dejando tras sí un vaso vacío que tuvo agua y amoníaco. ¡Si estas cabinas pudieran hablar!».

Se sentó en el borde del banquillo, apoyada la frente en la mano, pensativo.

«¿A quién llamaría uno después de haber dado muerte a alguien? Eso depende del carácter, del temperamento. Uno llama y dice: “Hice todo lo que mandó, patrón; todo quedó arreglado”. Este sería un tipo. O quizá uno llama y dice: “Estoy perdido, hermano; tienes que ayudarme”. Este sería el segundo tipo. O quizá llamaría a alguien y no diría nada, ni en un sentido ni en otro; simplemente diría: “Conseguí el dinero que le debo, no se preocupe cómo. Cuando le parezca venga a cobrar”. Este es el tercer tipo. Hay también otro más repulsivo y menos complicado. Llamaría y diría:

“Ya sé que es tarde, nena; pero ¿qué te parece si salimos y nos divertimos un rato?”. Pero él no pertenecía a esta clase. Si así fuera, no habría ido a una farmacia para tranquilizar los nervios».

Ladeó la cabeza y miró la guía por encima del vaso. Páginas de color amarillento. Era la sección profesional y mercantil.

Se incorporó para mirar más cerca, y leyó. La cabecera de la página decía: «Hospitales-Hoteles».

Concentró la vista a través del fondo del vaso, que ahora hacía las veces de lupa. Esto es lo que vio bajo el fondo transparente:

Lydenham Hospital York Hospital
Manhattan Ave. 119 East 74
HOSPITALES DE ANIMALES
(Véase Perros y gatos)

¡HOSPITALES! NO HABÍA PENSADO EN ESO. Esta es la clase de llamada que uno hace después de haber matado a alguien, si… Recordó entonces algo de lo que le había dicho el farmacéutico: «Iba con las solapas levantadas, así, como si estuviera resfriado». Eso no se debía a un resfriado, sino a algo muy distinto.

Salió del banquillo y se introdujo en la cabina donde estuvo primero. Encendió una cerilla y examinó cuidadosamente la superficie del piso. Nada más que los usuales residuos en las cabinas telefónicas. Envolturas de goma de mascar, bolillas masticadas de este producto, colillas de cigarrillos…

Terminada la inspección, entró en la segunda cabina y encendió una cerilla, repitiendo la operación.

Ahí estaba. Una magnífica pista en forma de pequeñas gotas. Allí mismo, frente a sus ojos. Cuatro grandes gotas negruzcas y brillantes, en el piso, muy juntas, formando casi el diseño de una hoja de trébol de cuatro hojas. A un paso, en el rincón, la materia usada para restañarlas: dos o tres tiras de esparadrapo tintas en sangre y arrojadas al suelo, apelotonadas. Solamente en los bordes

no estaban manchadas de sangre.

Probablemente, la habría reemplazado con otras nuevas mientras estaba allí, y durante este proceso la sangre habría manado de nuevo.

Luego era por esto por lo que mantenía el cuello de la chaqueta levantado. Y por la misma causa el vaso se hallaba colocado sobre la página de hospitales. Esa era la clase de llamada que había hecho después de cometido el crimen. Sí, había dado muerte a Graves, pero no sin que éste…

No debía de ser una herida demasiado grande, puesto que le permitía estar de pie. Pero tampoco lo parecía la que presentaba Graves, y quizá procediera de la misma arma. Tal vez una herida superficial, un rasguño.

Se irguió y prosiguió la inspección. Esta vez levantó el vaso y lo puso a un lado.

Su propósito estaba cumplido; lo había traicionado. En ese preciso momento, estaría en algún hospital de la ciudad, sometido a tratamiento. Ahí es obligatorio informar sobre heridas de bala. ¿Se habría atrevido a afrontar el riesgo? Probablemente, sí; de lo contrario, no habría telefoneado antes de dirigirse allí. Era verosímil que hubiese fraguado alguna historia para justificar su estado. Podría ser también que no fuera herida de arma de fuego; no tenía ninguna certidumbre. Había la posibilidad de que Graves le hubiera producido alguna lesión, le hubiera golpeado con algo, aun cuando no se notaran en la escena del crimen indicios de lucha. En tal caso, no ofrecía peligro presentarse en el hospital en demanda de una cura de urgencia.

Pero ¿a cuál? ¿A qué hospital había acudido? ¡Había tantos de la A a la Z! La posición del vaso no significaba nada; pudo haber determinado el número de su elección. Pero entonces, ¿para qué la llamada anticipada? ¿Por qué no ir directamente allí? Esta parte se le hacía incomprensible. Sin embargo, no había duda alguna de que las manchas de sangre estaban en una de las cabinas del teléfono, y era admisible que hubiera entrado allí para cambiar las tiras del esparadrapo y no para usar el aparato. En resumidas cuentas, pudiera ser que todo se redujera a esto: simplemente buscó en la guía la dirección que necesitaba, se abrió la chaqueta para restañar la sangre, y sin más volvió a salir del establecimiento.

¿Y el vaso? ¿Debía tomar en cuenta sólo las direcciones que estaban directamente debajo del vaso? Pero eso era infantil, era jugar a las adivinanzas. Tampoco había tiempo para hacer indagaciones en los establecimientos de toda la lista. Lo más práctico era abreviar, encaminarse a los hospitales de las cercanías, comenzando por el más próximo.

Optó por esto último. Arrancó la página del listín, la dobló y se la guardó en el bolsillo, para que le sirviera de referencia, y se dispuso a salir.

Desde la botica, donde preparaba una receta, el farmacéutico levantó la cabeza al oírlo pasar.

—¿Se siente mejor? —preguntó.

Quinn quedó confuso por un momento, casi olvidado del embuste que había puesto en práctica poco antes.

—Mucho mejor —repuso de forma evasiva.

Subió la escalinata del hospital con la ligereza del atleta que toma impulso para un salto. El corredor de la planta baja era frío y las baldosas relucientes. Se dirigió hacia la empleada de guardia sentada en una pequeña oficina iluminada.

—¿Vino aquí un hombre para una cura urgente, hace un par de horas?

—¿Un caso de ambulancia?

—No, caminando por su propio pie.

—Nadie vino de ese modo en toda la noche.

—Vestido con traje color castaño, en una actitud así —alzó las solapas de la chaqueta.

—No… —Empezó a decir la empleada.

Quinn, volviéndose, sacó la página arrancada de la guía en busca de otra dirección.

—¡Oh, espere un momento! —agregó la empleada con sonrisa de disculpa—. Lo encontrará en el cuarto piso; está esperando allí a que le reciban —después, completó su indicación—: Tome a la derecha, al salir del ascensor.

El joven entró en el ascensor.

Salió del cuarto piso y siguió la dirección indicada… Frente a él se extendía otro de esos corredores, fríos y lóbregos. Nadie a la vista. Pasó frente a varias puertas, sin detenerse. Siguió hasta el final y dobló a la izquierda, de acuerdo con lo indicado. El corredor

se ensanchaba formando una especie de sala de espera con varios bancos. Pero no tuvo que ir más lejos. Allí estaba.

Le vio desde lejos, y le reconoció en seguida, antes que hubiera llegado a su lado. Al parecer, no había sido atendido todavía, lo cual parecía indicar que no llevaba mucho tiempo de espera. Estaba como acurrucado en el banco, en actitud de desconsuelo. Mantenía cubierta todavía la parte del cuerpo en que había sido herido. O, por lo menos, oprimía convulsivamente la chaqueta contra ella. Debía de causarle gran dolor. Su cabeza, reclinada hacia atrás, se apoyaba contra la pared, en directa contemplación del techo. Con la mano libre se restregaba la frente, se ocultaba los ojos o algo parecido. Mantenía la boca ligeramente abierta.

Había espacio para dos en el banco, y Quinn se sentó junto a él. El silencio de la sala sólo era interrumpido por la fuerte respiración de Quinn, después de su veloz carrera por las dependencias del local.

El hombre que estaba junto a él no advirtió su presencia en el acto. Quizá porque lo dominaba el dolor, la congoja o algo semejante. No le preocupaba quién se sentaba junto a él, ni deseaba saberlo.

Quinn sacó un cigarrillo y lo encendió. Aspiró profundamente y arrojó el humo a la cara del otro para atraer su atención. Directamente a la oreja. No era una forma recta de proceder, bien lo sabía. Pero tenía prisa en que el otro advirtiera su presencia. «Aquello haría que se volviese —se dijo—. ¡Veamos!».

La mano se aparta de la cara, y después de observar en torno, el hombre miró a Quinn.

Quinn no creyó haber visto en su vida una expresión de mayor desconsuelo. Una extraña sensación hizo presa en él. Fue como un sentimiento de simpatía, de identificación entre ambos, que no supo explicarse. No parecía un criminal; parecía… un hombre cualquiera, que en nada se apartaba de lo común. Quinn pensó: «Pues se parece a mí o, por lo menos, parece sentirse como me siento yo. Inofensivo, desesperado, y no es mayor que yo. Yo mismo podría estar sentado en ese lugar, mirando como mira él, con una bala en el pecho».

Inclinó la cabeza y vio en el suelo una tira de esparadrapo, ensangrentada. Como las otras.

Habló él primero. Preguntó a Quinn:

—¿Puede invitarme a fumar?

Quinn, ofreciéndole un cigarrillo, dijo fríamente:

—Sí; supongo que un joven como usted, tiene gran necesidad de fumar.

El desconocido esbozó una débil sonrisa, suspirando.

—Muy cierto… Lo necesito mucho.

Quinn esperó que el otro encendiera una cerilla; pero en lugar de hacerlo, se volvió hacia Quinn y encendió su cigarrillo en el del joven. «Nunca me vi tan cerca de un criminal como en este momento», pensó Quinn.

Volvió a hablar el presunto herido:

—¿Está aquí por lo mismo que yo?

—No —contestó Quinn, sombrío—. Por lo contrario. Todo lo contrario —tras una pausa, agregó—: Supongo que se le terminaron los cigarrillos.

—Así es; sólo me quedaba uno y lo fumé hace horas. ¿Cómo lo sabe?

—Lo encontré en casa de Graves, mordisqueado en un extremo.

El hombre se limitó a mirarlo. Parecía a punto de desfallecer.

Nada dijo, sin embargo. Quinn volvió otra vez a la carga.

—¿Le hizo algún bien el amoníaco? ¿La dosis que tomó en la farmacia de Madison, cerca de la calle Setenta?

Las facciones del hombre tomaban un tinte extraño. Su garganta temblaba levemente.

—¿Cómo sabe todo eso? —gimió.

—Encontré eso también; sobre la guía telefónica, en la cabina del fondo.

El cigarrillo que Quinn le había dado cayó al suelo, no porque lo arrojara; los labios entreabiertos no fueron capaces de retenerlo.

Quinn lo miraba tenazmente; de pronto preguntó:

—¿Le duele mucho? ¡Ahí, en la parte oculta!

Y extendió la mano hacia las solapas de la chaqueta del otro.

—¿Perdió mucha sangre? —preguntó cogiendo con fuerza la mano del hombre, procurando evitar toda violencia innecesaria y apartándola no sin esfuerzo de las solapas a las que se aferraban.

La chaqueta quedó completamente abierta y apareció a la vista una blancura absoluta, el blanco de la desnudez, desde el cuello

hasta la cintura.

La sorpresa inmovilizó a Quinn.

—Ando así porque no llevo camisa. He salido solamente con la chaqueta puesta.

Quinn se inclinó de nuevo.

—Luego ¿no está herido? Creí que Graves le había alcanzado. ¿De qué es esa sangre, entonces?

—De la nariz. Cada vez que me excito, me ocurre eso; me ha estado sangrando toda la noche sin cesar…

—Esa es una mala situación —gruñó Quinn—. Un homicida con hemorragia nasal. Eso sirve para delatarlo.

—¿Cómo dice? —exclamó el desconocido, estupefacto, como si no hubiera oído bien.

—Usted sabe que lo mató, ¿no es cierto? Usted sabe que salió dejándolo tendido en la habitación. Usted sabe todo eso, ¿no es verdad?

El hombre intentó levantarse del banco. Quinn, poniéndole una mano sobre el hombro, le obligó a sentarse.

—No, quédese aquí —intimó levemente decepcionado—. No trate de escapar. Permanezca un rato donde está.

El rostro del desconocido temblaba.

—Estoy hablando de Graves —explicó Quinn—; allí donde convirtió un cigarro en hilachas, ¿recuerda? En la Setenta.

—Setenta y Nueve —rectificó el otro, demudado—. Y su nombre era… No lo recuerdo bien ahora. Pero no era Graves. Su piso está debajo del mío, y sólo estuve allí diez minutos para fumar un cigarro, porque me sentía demasiado nervioso para estar solo. Si alguien lo mató, habrá ocurrido después que yo salí.

La expresión del hombre reflejaba tanto asombro como indignación.

—No me gusta la forma en que me habla. Me voy de aquí.

—Está equivocado con respecto a una de las dos cosas —dijo Quinn con acritud—; estoy seguro de que le disgusta la forma en que le hablo; pero usted no va a alejarse de mí.

Esta vez el hombre se apartó del banco, sacudiéndose del hombro la mano de Quinn. Este se le aproximó de nuevo y volvió a sujetarlo, con ambas manos esta vez.

—¡Suélteme! —le gritó histéricamente el otro—. ¡Váyase de

aquí! ¡Suélteme!

En un instante se encontraron forcejeando violentamente en estrecho abrazo. Tropezaron con el banco, que fue a chocar ruidosamente contra la pared.

—Fue usted quien lo mató —masculló Quinn, con los dientes apretados—. Graves… Calle Setenta… Le arrancaré la confesión aunque tenga que…

—¿No he tenido bastante con lo de esta noche? Vea lo que ha hecho. La sangre vuelve a fluir, después de lo que me costó cortarla…

Una delgada línea roja partía de las fosas nasales. El enfermo accionó con el brazo libre, hurgó en el bolsillo y extrajo otra tira de tela plástica, que se aplicó violentamente en el rostro. En seguida la retiró para examinarla. La vista de la sangre pareció enfurecerlo y cesó de ofrecer una resistencia pasiva; dirigió a Quinn un puñetazo violentísimo, que erró, seguido de otro no más afortunado.

La puerta se abrió repentinamente y una enfermera, sorprendida, se quedó contemplándolos.

—¿Dónde se ha visto? —increpó, indignada—. Venir a pelear aquí… ¿Qué les ocurre a ustedes?

Ambos cesaron la lucha de mala gana, manteniéndose aferrados aún y lanzándose miradas furiosas.

Con dura mirada de reproche, la mujer amonestó:

—¡Pelear aquí! ¡Nunca he visto semejante cosa!… ¿Quién de ustedes se llama Cárter?

—Soy yo —exhaló el ensangrentado individuo a quien Quinn sujetaba aún.

La línea roja llegaba ahora a la mandíbula, y una segunda empezaba a descender paralela a la primera. Su chaqueta, completamente abierta por los forcejeos de Quinn, mostraba un busto desnudo, que se alzaba y bajaba con intensa agitación.

—Tengo una noticia para usted. ¿No quiere oírla? —preguntó la enfermera en tono de reprensión.

—¿De qué se trata? —murmuró el joven.

—Su mujer acaba de dar a luz un niño.

Se volvió rápidamente a Quinn, diciendo:

—Hará bien en sostener a ese hombre por unos instantes. Temo que vaya a desmayarse. Estos padres novatos dan más que hacer

que las madres y los bebés juntos.

15:00

—¿ADÓNDE LA LLEVO, SEÑORITA? —preguntó el chófer, abriendo la puerta.

La joven volvió a cerrarla, permaneciendo fuera.

—Quisiera saber si usted puede ayudarme. ¿Ha estado en esta esquina toda la noche?

—Desde las doce en adelante. Vengo aquí a las doce, todas las noches. Después voy de un lado para otro, pero mi puesto habitual de parada está aquí.

—¿Le alquiló el coche en esta esquina una mujer sola, después de las doce?

—Sí, hará un par de horas —luego preguntó—: ¿De qué se trata? ¿Está buscando a alguien?

—Así es, busco a alguien.

—Bien; si me da algunas señas, tal vez pueda ayudarla.

—No sabría decirle qué aspecto tiene.

El chófer se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a poder ayudarla entonces, señorita? —objetó con razón el hombre; después de un momento añadió—: Si es algo serio, ¿por qué no recurre a la Policía?

—Nada serio; un asunto puramente personal —la joven reflexionó un momento—. Cuando le pagan, ¿suele fijarse en los pasajeros?

—Cuando me pagan trato de cobrar lo mío —replicó él socarronamente—, y si es posible…

—No me refiero a eso. Quiero decir…, ¿recuerda adónde llevó a

esa dama?

—Recuerdo adónde la llevé.

—¿Y recuerda cuánto le pagó?

—Recuerdo lo que me pagó.

—Pero, cuando le pagó, ¿recuerda si...? Vea; imagínese que yo soy ella en este momento. Míreme exactamente como la miró a ella. ¿Le pagó en esta forma? —y le entregó una suma imaginaria con la mano derecha—. ¿O le pagó así? —y repitió el ademán con la mano izquierda.

—No comprendo bien —observó el chófer—. Repita la prueba.

Ella repitió la demostración. El hombre movió la cabeza.

—Lo único que vi fue su mano, con el dinero en ella; recogí el dinero y le entregué la vuelta que correspondía. Después retiró la mano.

—¿No recuerda hacia qué lado quedaba el pulgar?

—No —respondió él, displicente—; yo no me fijo en eso. ¿Qué me importa hacia qué lado pueda quedar el pulgar? Si de algo le sirve el dato, le diré que llevaba anillo.

—No, no me sirve... ¿Qué clase de anillo?

—Una de esas alianzas de matrimonio, como hay tantas.

Aproximándose al chófer, la joven inquirió:

—¿Lo llevaba en la mano con que le entregó el dinero?

—Seguro. ¿Cómo lo iba a ver si no fuera así?

—Entonces, le pagó con la mano izquierda.

El chófer pareció profundamente sorprendido.

—¿Era eso lo que trataba de averiguar? No me daba cuenta de lo que quería.

La joven abrió la portezuela y entró en el taxi.

—Lléveme a donde la llevó a ella.

El chófer la condujo por Madison hacia abajo, y cuando llegaron a Madison Square, dobló hacia el oeste y la llevó por la calle Veintitrés hasta la Séptima Avenida. Allí viró hacia el sur hasta cerca de Sheridan Square. De pronto, se detuvo en una de las calles próximas a la Catorce. Fue tan repentino que la joven lo atribuyó al cambio del semáforo, pero estaba en verde. El coche dio una vuelta.

—Aquí es.

—¿Aquí?... Pero ¿de qué lado? ¿En qué edificio?... ¿No le indicó ningún número?

—No me dio ningún número. Me detuvo como estoy ahora —dio un golpe y dijo—: ¡Déjeme aquí! Estoy repitiendo, para usted, lo mismo que hice entonces. Descendió en el mismo sitio en que usted se encuentra ahora, en el mismo borde y en la misma piedra de la esquina. Nada más puedo hacer por usted.

—Pero ¿hacia dónde se dirigió?

—No me fijé más en ella. Tan pronto como me pagó el viaje, me dediqué a contar el dinero y nada más. Luego miré adelante para ver si la calle estaba despejada y partí.

—Pero…, oiga…, no me deje aquí abandonada. ¡No se vaya!

Mas el coche se alejaba ya, y allí se quedó sola, con cuatro esquinas en derredor.

Miró a cada una de ellas. En la primera esquina, frente a ella, había un estanco, cerrado y a oscuras. En la segunda, una peluquería, cerrada también. En la tercera, una gasolinera con una pista de cemento cortaba la acera, alumbrada por un par de luces. En la cuarta un lavadero, sumido en tinieblas.

Cabía pensar que si había detenido allí el auto era porque se dirigía a uno de esos cuatro sitios. Era forzoso excluir la peluquería, y probablemente también la estación de servicio. El lugar más indicado era el estanco, porque verosímilmente, después de lo que había hecho, tendría necesidad de un cigarrillo. Pero en ningún caso tenía Bricky el don de la elección. Dado que la gasolinera era el único punto utilizable, allí se encaminó.

Preguntó al encargado:

—¿Ha estado aquí de servicio toda la noche?

—Sí, es mi noche de guardia.

—¿No vio a una muchacha que salía sola de un taxi, allí en aquella esquina, hará una hora, poco más o menos?

—Sí, la vi. Vi que entraba en el estanco.

—¿Vio adónde se dirigía después?

—No; después de eso no le presté más atención.

Bricky se volvió. La pista la había llevado un centímetro más adelante en su investigación: desde la esquina a la entrada de la peluquería.

Volvió al lugar donde había estado poco antes y miró en torno. Un débil resquicio de luz iluminaba la acera, cuatro o cinco puertas atrás en la misma manzana.

Algo abierto, por lo menos. Fue directamente a la luz. Quizá ella también había acudido allí. Aunque por pocos instantes, se sintió esperanzada de nuevo.

La hendidura por donde se filtraba la luz se iba ensanchando conforme se acortaba la distancia. Ya cerca, pudo leer sobre la vidriera la palabra Delicatessen.

¿Comida después de una muerte? El que hubiera entrado allí era casi tan improbable como que hubiera entrado en la peluquería. Sin embargo, entró porque no le quedaba otro recurso. Sentía que estaba perdiendo sus energías.

—Ando en busca de alguien. ¿No vino aquí una muchacha rubia, hace una hora, poco más o menos?

—¿A devolver unos cascos?

—No.

Nadie piensa en devolver botellas después de un crimen.

—No se me ocurre… —se excusó el dueño de la tienda.

El dependiente intervino:

—Creo saber a quién se refiere. ¿Recuerda? Aquella a quien tuve que decirle: «Señora, no arañe el pan con la uña para mostrarme de qué ancho quiere las rebanadas, si no se va a llevar todo el pan. Tal vez quiera comprarlo alguien después de usted». Por diez centavos de jamón y pan de cebada, nos ha dejado todo el pan así —y, como demostración, pasó la uña por la parte inferior del pan—. ¿Le parece bien? Así estuvo haciendo.

—Sí, pero tú haces lo mismo —amonestó el patrón.

—En mi caso es distinto; yo trabajo aquí.

El dueño, aunque vagamente, empezó a recordar.

—¡Ah, aquélla! ¡Sí…, estuvo aquí!

—¿Podría decirme cómo se llama?

—En cuanto a eso… Viene aquí con frecuencia. Vive unas cuantas puertas más allá.

Y, con aire displicente, indicó con el pulgar por encima de su hombro hacia una hilera de botellas, para ser más exacto.

La joven abandonó la tienda, diciendo apresuradamente:

—Voy allá y trataré de encontrarla.

—En la primera puerta —repitió el hombre.

Partió más veloz que al entrar. Aquello le había dado resultado; había avanzado un metro más esta vez.

Tras breve examen entró en la casa de apartamentos contigua.

Seis buzones en hilera, a la izquierda. Seis más a la derecha. ¿Cuál de ellos sería? Aun cuando ésta fuera la puerta contigua del Delicatessen —y el dueño había señalado descuidadamente hacia ese lado y no hacia otro—, ¿cuál de las puertas correspondería a aquella vaga descripción? ¿Cómo hacer para saberlo? No conocía su nombre ni su cara. La pista había terminado en ese imprevisto indicio de una loncha de jamón y unas rebanadas de pan. Un logro irrisorio al final de la busca del tesoro.

Miller, Carroll, Herzog, Ryant, vacante, Batlipaglia. Inclinábase para leer los nombres a cuatro centímetros de los buzones. Algunos, semidoblados, tenían que ser leídos al sesgo. Uno estaba casi fuera del todo; la «ia» de Batlipaglia se hallaba fuera del marco.

Se volvió al otro lado, leyendo esta vez a menor distancia: Newmark, Kirsch, López, Simms, Barlow, Sern.

Tenía que ser uno de éstos. Una probabilidad de acertar entre once. Diez probabilidades en contra. Once si se considera que esta podía no ser la casa. La «puerta contigua» es elástico; puede significar dos, tres, cualquier número de casas, más allá.

¿Llamaría a una, a cualquiera de ella? Probablemente, la recibirían con burlas o insultos. ¿Qué más daba? Por ese medio quizá… No, todo menos eso. Así se descubriría ella misma. Los pisos y las paredes tienen oídos.

El único medio de conseguir algo era el golpe súbito, sin ningún aviso.

Se acercó a la puerta interior, para ver si podría seguir más adelante, si bien ignoraba el nombre de la mujer que buscaba y el piso en que vivía.

El picaporte de la puerta era de bronce y estaba resplandeciente. Indudablemente era una casa celosamente cuidada, aunque de alquileres bajos. Se detuvo a tiempo, evitando hacer girar el picaporte y empujar la puerta. Era una miniatura delicada, poca cosa en realidad. El contacto de su mano, por leve que fuera, seguramente la habría empañado. Un rasguño tenue, la huella de un dedo, como de alguien que hubiera tocado harina o yeso, y hubiera dado vuelta al picaporte algún tiempo antes.

«Mi cliente del pan de cebada», recordó haber oído decir al dueño de la tienda. La cuchilla no lo corta a gusto suyo. Pone el

dedo y marca con la uña el grosor de las rebanadas.

Pan de cebada, un pan espolvoreado con harina muy pegajosa.

«Evidentemente pasó por esta puerta —se dijo a sí misma—. Está en algún piso de esta casa».

Las once probabilidades de entrar se habían reducido a diez.

«Entra, tonta, sube, recorre todas las puertas, ahora lo sabes —movió la cabeza de un lado a otro—. Golpea de pronto, sin prevenir; si no lo haces, vas a perderlo todo».

Un minúsculo trozo de papel en el piso. Para que se encontrara allí, en una entrada tan escrupulosamente limpia, era preciso que hubiera caído recientemente. Estaba bajo los buzones de la derecha, pero no bajo ninguno en particular.

Se inclinó a recogerlo y lo examinó cuidadosamente. Era tan menudo que quedaba oculto bajo las yemas de los dedos. Nada escrito en él. Su escaso volumen no permitía el uso de la pluma.

Sin embargo, todas las cosas pueden decirnos algo. Lo alisó con la uña y quedó desplegado. En la parte del doblez se notaba un fino punteado a máquina.

Visiblemente había sido arrancado de una carta, de la parte superior de un sobre abierto de prisa. En la violencia de este proceso, la microscópica sección, amputada, había caído al suelo.

¿Por qué esa precipitación? Para que hubiera sido abierta allí, la carta tenía que haber salido de uno de aquellos buzones. De uno de los de la mano derecha. Bien. ¿Y…? Para que procediera de uno de esos buzones, el buzón debió haber sido abierto previamente. Todos tenían la cerradura en la parte superior, es decir, que la tapa funcionaba de arriba abajo. Para abrirlos, solamente la llave del buzón se tocaría con los dedos. Para cerrarlos, en cambio, lo más natural, simple y rápido era empujar la tapa hacia arriba, utilizando las yemas de los dedos.

En el picaporte de la puerta había una tenue mancha blanca.

Escrutó más de cerca esta vez, a menor distancia aún que antes. Examinó cuidadosamente el cristal de cada una de las tapas y el borde de bronce que las rodeaba. El examen fue tan cercano, que su aliento empañó cada uno de los cristales, desvaneciéndose cuando pasaba al próximo. Newmark, Simms, López, Ki… Se detuvo bruscamente.

Allí aparecía otra vez la menuda marca blanca empañando el

borde del marco de bronce. Una mancha tan diminuta, que de no tener preparado el ánimo para descubrirla, los ojos ni siquiera la habrían visto. El nombre era Kirsch. Piso segundo, a la derecha.

Las seis probabilidades se habían reducido a una. Esta había dejado de ser una probabilidad para convertirse en una positiva certidumbre.

Las pequeñas cosas, las insignificantes que se encuentran siempre en torno de uno si se conoce el modo de utilizarlas. Las menudencias que pueden suponer la perdición si uno no se detiene a considerarlas, si uno no se defiende de ellas a tiempo. Y que le destruirán, pues sólo notará su presencia cuando ya sea demasiado tarde.

La marca que una uña deja sobre un pan de cebada para indicar de qué ancho se quieren las rebanadas. El cierre descuidado de la tapa de un buzón, dentro del cual habría un papelucho cualquiera. Una cuenta, un aviso quizá, algo desprovisto de importancia. La rápida apertura del sobre; ¿de qué otro modo puede abrirse una carta? Finalmente, la vuelta del picaporte de la puerta para entrar; ¿de qué otro modo se procede para entrar donde uno vive? Pequeñas cosas. ¿Y la suma total de ellas? Catástrofe. Identificación, interrogatorio, acusación por una cosa que se creyó enterrada a kilómetros de distancia, no vista por ojos vivientes.

La mujer avanzó decidida. No habría necesidad de una pesquisa en todos los departamentos de la casa. Bajo la presión de un resorte interno, que funciona sin el uso de la llave, la puerta se cerró sola violentamente después que hubo dado paso a Bricky.

Un hombre se asomó por el resquicio de una puerta en el lado izquierdo para averiguar la causa del ruido, mientras Bricky se disponía a subir la escalera. La joven le dirigió una mirada tranquilizadora, mientras proseguía su marcha presurosa.

—Disculpe por el ruido. Se me escapó de la mano.

El estado soñoliento del testigo restó lucidez a sus percepciones. Parpadeó, extrañado, y la puerta volvió a cerrarse. Ella, entre tanto, se encontraba ya en el primer piso, y seguía su veloz ascenso.

Unos cuantos pasos más y estaba delante de ella. Se le antojó un ataúd. La puerta por la que había pasado la muerte poco antes era semejante a todas las demás. Pero no lo era. Pulsaciones de muerte partían de ella, en ondas invisibles. Casi sentía cómo le llegaba a la

cara.

Su pie derecho se detuvo, a pocos centímetros de la base; el otro, en suspenso, atrás.

Se puso a escuchar. Nada por el momento; había llegado en un instante de silencio. Luego, súbitamente, el ruido de un plato colocado sobre la mesa. Pasos precipitados que se alejaban. Los mismos pasos que se acercaban otra vez. El ruido de otro plato deslizado. Esta vez el ruido de un plato puesto sobre otro, más probablemente de una taza colocada sobre un platillo. Nuevo alejamiento de pasos rápidos.

No pudo evitar un estremecimiento. La muerte había entrado en la casa para desayunar al alba.

Resonaron otra vez los pasos presurosos. Un envoltorio de papel crujió ruidosamente, al ser desenvuelto. El pan de cebada, cortado en rebanadas gruesas.

Pasos presurosos que se alejaban una vez más. Se diría un andar contento, jubiloso casi. Dejaría de serlo dentro de un instante. La muerte ignoraba que iba a tener un huésped inesperado.

Llamó a la puerta; de repente los pasos cesaron.

Llamó de nuevo, más insistentemente.

Los pasos se acercaron a la puerta.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

La voz dejaba traslucir que estaba algo asustada.

—Una señora que quiere verla.

—¿Una señora? ¿Qué señora?

—Si quiere abrir, lo verá —trató de quitar toda amenaza al tono en que pronunció estas palabras para vencer la última indecisión.

El picaporte giró vacilante, pero la puerta no se abrió.

—¿Eres tú, Ruth? ¡Habla!

—Permítame que le hable. Será cosa de un minuto.

«Fíate esta vez, y tu perdición es irremediable; fíate esta vez, y nunca volverás a fiarte de nada».

GIRÓ LA LLAVE EN LA CERRADURA; la puerta se entreabrió. Tendría unos veintiocho

años, aunque bien mirado pudiera tener veintiséis. Era rubia, de cabello corto y ondulado. Rubio natural, aunque quizá aclarado con lociones. Sus cejas de color castaño y sus pestañas oscuras lo dejaban adivinar. Su expresión era dura, aunque tal vez no fuese así. No era la dureza que viene del interior, sino más bien una capa, una corteza protectora. Debajo, fulgurante aún en los ojos y visible en las comisuras de los labios, se notaba como una confianza infantil que no osaba salir a la superficie, por la frecuencia con que había sido desairada. Había aprendido la lección, no una, sino muchas veces. Trataba ahora de ocultarse al mundo.

Las mejillas eran delgadas, y en cada una de ellas había un hoyuelo; llevaba quizá demasiado colorete, de suerte que tenía un aspecto casi febril. Vestía un traje barato de algodón con un dibujo a rayas, que caían diagonalmente a uno y otro lado, divididas por una línea central invisible.

Parecía algo asustada por la intrusión, aunque esperara ser tranquilizada.

Todo esto en un instantáneo golpe de vista y confirmado después de un examen más atento.

—Necesito hablar con usted.

La punta del pie se había introducido ya en la habitación, impidiendo que la puerta se cerrara.

—¿Quién es usted?

—Será mejor que me deje hablarle dentro, por su bien y por el mío. No me tenga aquí de pie.

Empujó con el cuerpo y entró. Una de ellas cerró la puerta, aunque ninguna de las dos habría sabido decir, después, quién lo hizo.

Era una pequeña sala de un modesto piso amueblado. Suficientemente limpia, pero todo barato en extremo. La mesa estaba servida y puestos sobre ella los comestibles traídos de la tienda, esperando ser compartidos. También había allí un paquete de cigarrillos sin abrir, que debió de comprar al mismo tiempo; un cenicero bien bruñido y hasta un sobrecillo de cerillas. Colocada sobre los bocadillos una servilleta de papel, para preservarlos del polvo hasta el momento de la comida.

Un espacio sin puerta, del cual venía luz, debía de conducir al dormitorio.

Vio todo esto, aunque no le importara mucho. La muerte tiene también su hogar; de algún lado sale para herir.

—Vuelvo a preguntarle quién es usted. No permito que ningún extraño entre aquí a estas horas de la noche. Su forma de proceder es inconcebible.

Bricky se explicó sin muchos circunloquios.

—Usted fue en un coche a la esquina de la calle Setenta y Madison, alrededor de la una. En esas cercanías hizo una visita a alguien. ¿Es cierto?

La expresión de la mujer contestó por ella.

Su rostro se puso pálido.

—El hombre a quien visitó está muerto. ¿Es cierto?

Los ojos de la interpelada se desorbitaron y en su rostro se pintó la angustia. Afligía verla.

—Usted le mató. ¿Es cierto?

—¡Oh, Dios mío! —gimió en tono helado.

Sus pupilas se ocultaron bajo los párpados, y durante unos segundos sólo vio el blanco de sus ojos. Sin ver, se apoyó en el ángulo de la mesa, gracias a lo cual pudo mantenerse de pie.

Pareció que iba a romper a llorar; pero las lágrimas, poco abundantes, no lograron abrirse camino y cubrieron apenas los ojos con una capa vidriosa. Cambiando de pensamiento, preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Es de la Policía?

—No le importa quién soy. Hablemos de usted. Usted es una criminal, ha asesinado a alguien esta noche.

La mujer se llevó las manos a la garganta en busca de alivio.

—Permítame que beba un sorbo de agua. Me siento muy… perfectamente, no queda otro remedio.

—Y prepare sus cosas mientras esté ahí —intimó Bricky, implacable.

La infeliz entró en la abertura iluminada, apoyándose en la pared para conservar el equilibrio.

Bricky continuó en su sitio, baja la vista. Escuchaba más bien que pensaba. Un vaso tintineó. Un instinto sutil, ayudado por una fina percepción, se lo previno. Presurosa, dio unos pasos y llegó junto a la mujer.

—¡No beba eso!

Y le propinó un revés en la cara. El vaso, que se aproximaba a

los labios entreabiertos, saltó y cayó al suelo. Grueso y barato, no se rompió, rebotó con fuerza y rodó por el suelo, salpicándolo y dejando tras sí un tenue surco de agua.

Sólo después de hecho aquello sus ojos se volvieron y pudo ver un frasco destapado sobre una repisa contigua a la pila. Era de cristal de color pardo, con un rótulo que decía: Lisol.

La mujer se aferraba con ambas manos al borde de la pila, como si fuera inestable y capaz de escapar a la sujeción.

—Así que ha tenido la bondad de confesarlo, ¿eh?

La torturada mujer calló. Sus manos, aferradas aún a la pila, temblaban leveˆ mente.

—No era necesario. Ya lo sabía. Adiviné su intento.

Continuó el silencio.

—Va usted a venir conmigo. Vamos a ir allá, al lugar de los hechos.

La mujer estalló en un gemido ahogado.

—No; usted no puede obligarme a eso. No sé quién es usted, pero no me obligará a eso. Antes la mataré. No quiero morir dos veces. Una fue bastante.

Su mano se extendió presta hacia una especie de estante colocado junto a la pila. Algo llameó en la luz, y un cuchillo de cocina, agudo y corto, apareció en la mano de la mujer, próximo a descargarse sobre Bricky.

No había forma de escapar al golpe, dado lo reducido y atestado del lugar. Bricky se arrojó sobre ella. Su mano asió por la muñeca el brazo homicida, y trató de sujetarlo. Los otros dos brazos se aferraron y arañaron recíprocamente, hasta quedar paralizados en la furiosa lucha.

La presunta criminal tenía el vigor de la desesperación, del suicidio; Bricky, la fuerza que da el instinto de conservación.

Llegaron a un equilibrio que, tarde o temprano, tendría que definirse. Poca acción de brazos, escasos movimientos, casi siempre al borde de la pila; ambas se inclinaron sobre ésta; luego, la inclinación fue hacia el otro lado. Los cabellos sueltos. Ni gritos ni amenazas. No era una lucha ordinaria entre dos mujeres con motivo de alguna pequeñez. Era una lucha a muerte entre dos seres humanos. Y la muerte suprime los sexos.

Forcejeando de esta forma avanzaban o retrocedían exasperadas.

En el silencio sólo se oía su respiración jadeante. El esfuerzo las había llevado al agotamiento: la una, casi impotente para alejar el cuchillo; la otra, sin fuerzas para dar el golpe.

Desde la habitación contigua llegó el rumor de una llave que giraba en la cerradura.

Súbitamente, por alguna causa inexplicable, los papeles se invirtieron.

La que esgrimía el arma trataba de arrojar el cuchillo, ocultarlo o deshacerse de él. Bricky, ajena a este cambio, le atenazaba la muñeca, impidiéndole todo movimiento. Los dedos se abrieron y el arma cayó al piso. Empujándola con el pie, la mujer la hizo desaparecer debajo de la pila. No había ya por qué seguir luchando. Ambas rivales se desprendieron, indecisas.

La dueña de la vivienda se arrojó a los pies de Bricky y se aferró a sus ropas, en una súplica angustiosa.

—¡No se lo diga a Harry! ¡Ah, por Dios, no se lo diga! ¡Tenga piedad de mí!

La puerta de la pieza contigua empezó a abrirse. Una voz animosa gritó:

—¿Estás ya de vuelta, Helen?

La mujer, arrodillada, continuó:

—No me importa lo que haga conmigo, pero no se lo diga a Harry. Por lo menos ahora. Le quiero tanto… Es lo único que tengo. Haré todo lo que me diga…, todo.

Bricky, inclinada, trataba de apartar las manos que le estrujaban el vestido.

—¿Vendrá allá conmigo? ¿Vendrá al instante, tal como yo le diga?

La otra asintió con el gesto, ávida de dilación.

La sombra del hombre se acercaba a la puerta. Debió de haberse entretenido para tomar un bocado del manjar dispuesto sobre la mesa.

—Perfectamente —concedió la joven—; seré condescendiente con usted si usted lo es conmigo.

La mujer postrada a sus pies sólo tuvo tiempo de agregar:

—Déjelo de mi cuenta. Yo le hablaré.

El hombre apareció, por fin.

A juicio de Bricky, era un joven cualquiera. Solos los ojos del

amor podían cambiarlo en lo que era para la otra mujer, y sólo esta mujer tenía para él esos ojos enamorados. Bricky, por tanto, no podía verlo del mismo modo que la otra mujer. Uno de tantos. A dólar la docena.

La mujer arrodillada a sus pies fingió no haberlo visto.

—El dobladillo —dijo— es demasiado largo por esta parte; ese es el inconveniente. Esto hace que la falda parezca desigual —se detuvo como si hasta entonces no hubiera visto al recién llegado—. ¡Oh, Harry! ¿Tú aquí? —exclamó alegre—. No te había oído entrar.

El hombre preguntó:

—¿Quién es? ¿Qué está haciendo aquí?

La mujer se incorporó, fue hacia él y le besó. El hombre dirigió a Bricky una mirada de estúpida extrañeza.

La mujer, dirigiéndose a Bricky:

—Mary, te presento a mi esposo.

—Mary Coleman —dijo Bricky, siguiendo el juego.

Se saludaron con aire reservado. El hombre se miró la chaqueta, los pantalones, y después dirigió los ojos hacia la cama; evidentemente estaba cansado. Tras un tenso triple silencio, giró sobre sus talones y se internó en la otra pieza.

—Por mi parte, voy a empezar a comer —dijo con tono inhospitalario.

Las mujeres le siguieron.

—Bien; será mejor que me vaya, puesto que tu marido ha vuelto.

—Espera un momento; iré contigo y me darás eso. Ya sabes, el patrón.

Él ya se había sentado, y había extendido la servilleta de papel sobre la pechera.

—¿A esta hora? —observó—. ¿Ropas a las tres de la madrugada?

—Estaré de vuelta en cinco minutos. Mary vive cerca: aquí, a la vuelta.

—¿Voy a tener que esperarte? —preguntó el hombre refunfuñando—. Estoy cansado.

—Tú sigue comiendo y luego te acuestas. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta. Ni siquiera me pondré el abrigo.

—Harás bien en llevarlo —rectificó Bricky—; refresca bastante a estas horas de la madrugada.

La mujer obedeció y fue en busca del abrigo. Ambas estaban un poco pálidas. Bricky se preguntaba si él lo advertiría. El hombre las acompañó hasta la puerta, masticando un trozo de bocadillo, el bocadillo que había costado tan caro.

Ella volvió a besarle.

—Ten cuidado, Harry, de no cerrar la puerta por dentro. No quiero tener que llamar y despertarte, en caso de que estés dormido cuando regrese.

—Vuelve tan pronto como puedas. No quiero que te ocurra algo.

Le besó por tercera vez.

—Pero, hija, ya me has besado —rezongó él.

—¿No puedo besarte cuantas veces quiera?

—Claro; si es tu gusto… —consintió el hombre.

Sus manos ya desataban el nudo de la corbata y la boca se dilataba en un bostezo, mientras ellas salían.

EN CUANTO LA PUERTA se hubo cerrado, la cautiva de Bricky rompió a llorar silenciosamente.

—Temí desmayarme antes de separarme de él. Está muy cansado; si no, ya lo habría descubierto por mis ojos. Le quiero mucho.

—¡Cálmese! —dijo Bricky bruscamente.

Bajaron la escalera, Bricky delante. Instantes después, caminaban en la solemne quietud de la calle.

Helen Kirsch se volvió para mirar la casa que abandonaba. Mordiéndose los labios, susurró:

—No he de volver más, ¿verdad? Ahí estaba toda mi felicidad. No era gran cosa, pero le tenía a él y me bastaba.

—Entonces, ¿por qué no trató de conservar esa felicidad mientras le pertenecía? —dijo Bricky fríamente—. Suprima esa cantinela. Yo he cumplido mi parte de lo pactado; veamos cómo cumple usted la suya.

Mientras, pensaba para sí: «La vida es como un columpio: cada vez que uno sube, otro desciende».

Se encontraban ya en la esquina.

—Conviene tomar un taxi —dijo Bricky—. Es el medio más rápido.

La figura a su lado se empequeñeció un poco.

«Espera que no encontremos ninguno —pensó Bricky—. Cualquier menudencia que nos retrase».

Por fin vio uno algo distante y le llamó; el taxi se acercó.

Bricky, con gesto de invitación, extendió la mano hacia su compañera, como esperando que el punto de destino saliera de sus labios.

—¿El sitio exacto…?

—No; con la esquina más próxima, basta.

—La esquina de la calle Setenta y Madison —dijo Helen Kirsch con voz quebrada.

Bricky, asintiendo para sí misma en muda confirmación, cerró tras sí la portezuela.

El taxi rodó hacia la parte alta de la ciudad. Los faroles de las calles desfilaban sin cesar a través de las ventanillas del automóvil.

Las manos de Helen Kirsch tapaban su boca en un gesto de desesperación.

—¿Quién enviará sus camisas a la lavandería? Nunca se acordará, nunca. Yo tuve que cuidarme siempre de eso.

Bricky no contestó.

Seguían devorando camino. Las luces aparecían y desaparecían.

—¿Qué hará sin mí los domingos? Era su día de descanso. Ahora tendrá que pasarlo solo.

—¿Por qué no guarda para sí los lloriqueos? —reprendió Bricky ásperamente, mientras miraba al lado opuesto.

Un semáforo los detuvo, y en la inmovilidad de la espera, el trepidar del motor semejaba la palpitación de un corazón.

Más manzanas. Más luces de alumbrado. Nueva York es una ciudad enorme, sobre todo cuando se la recorre en sentido longitudinal… hacia el fin de toda esperanza.

—¡Qué rápidos son ustedes, los policías! —murmuró Helen Kirsch—. Siempre lo oí decir así, pero nunca lo creí hasta ahora.

«Nosotros, la Policía —pensó Bricky tristemente—. Nuestra Policía es buena. Si la pobre supiera…».

Helen Kirsch reanudó su llanto.

—No puedo creerlo. Es imposible que esté…

—Está muerto —dijo inexorablemente Bricky—. Tan muerto como todos los que están en el cementerio.

—No fue mi intención —sollozaba, abatida—. Se lo aseguro… No fue mi propósito.

—¿Estuvo usted sola con él en la habitación?

En la penumbra asintió, pesarosa.

—¿Tenía usted un revólver en la mano?

El gesto afirmativo fue más tardío, pero se repitió de nuevo.

—¿Hizo usted fuego?

—El proyectil escapó sin que yo…

—Lo de siempre. Es extraño que siempre ocurra así con muchachas como usted. Siempre se escapan los proyectiles, y con una endiablada puntería. ¿Cayó él después que usted hizo fuego? ¡Contésteme! ¿Cayó?

—Sí —replicó la mujer, estremecida—. Cayó y me arrastró en su caída. Tardé un minuto en poder liberarme. Cuando logré desprenderme, me incorporé y salí corriendo.

—¿Quedó él inmóvil cuando hubo caído? ¿Se quedó quieto o corrió tras usted?

—No, no se levantó… No corrió en mi persecución.

—Usted hizo fuego, él cayó y quedó yerto. Todos sus lamentos nada cambiarán. Hermanita, tendrá que responder de una muerte.

Helen Kirsch chilló como un animal herido, como un cachorro pisado accidentalmente. En un gesto convulsivo, reclinó la cabeza atrás, debatiéndose entre las paredes del auto. Su mano se agitaba en actitud de espasmódica protesta.

—¡No pensé hacerlo, no! ¡Ah, Dios que me oye lo sabe! Yo no quería ir a esa reunión. La otra muchacha, con la que trabajo, me persuadió de que fuera. Pero yo no quería ir. Nunca había hecho una cosa así a espaldas de Harry. Luego, cuando estuve allí y vi que sólo éramos cuatro, precisamente dos parejas, no me gusto el aspecto de aquello y resolví marcharme. En esto, la otra pareja desapareció, sin saber yo dónde, y me quedé sola con él.

Bricky trató de consolarla, en la única forma que sabía.

—¿Por qué estar tan asustada entonces? —le dijo bruscamente —. Probablemente, nada desmentirá lo que diga. Está en sus manos la defensa perfecta. En casos como estos, siempre es la palabra de la mujer la que vale. Y en este caso, no hay más palabra que la suya.

Su cabeza no se irguió. Antes bien, pareció más abatida, en completa postración.

—No es eso…, no es eso. ¿Cómo podré volver a vivir con Harry? No querrá saber más de mí.

—Le perdonará el que haya ido a una reunión que usted creía inofensiva.

—Nunca perdonan, nunca perdonan… por eso.

Súbitamente, Bricky comprendió.

—¡Oh, usted hizo fuego sobre él! —dijo con voz ahogada.

—Disparé después.

El taxi disminuyó la marcha y se detuvo. Bricky pagó desde el asiento, y las dos se apearon. Reteniendo a Helen por la muñeca, dijo:

—Quedémonos aquí un rato hasta que el coche esté lejos.

Ambas se quedaron quietas. El automóvil partió dejando una estela azul en el aire de la noche. Al pasar junto a ellas, las ropas de las dos mujeres se arremolinaron un poco. Así permanecieron unos instantes en el borde de la acera.

—¿Qué va a hacer ahora conmigo? —inquirió la presunta criminal, con desesperación.

—Muéstreme el lugar donde ocultó el arma. Es lo primero que debo saber. Guíeme allá.

Helen Kirsch marchó calle adelante, hacia el este; Bricky a su lado, como una sombra.

Bricky pensaba: «Se desvió del camino para deshacerse del arma, primero por este lado, después dobló por la misma calle para volver a Madison, y ahí tomó el taxi. Simple recurso para despistar». Se abstuvo de comentario y continuó a su lado, silenciosa.

Ambas cruzaron la árida grandeza de Park Avenue, con sus amplios islotes para peatones en el centro, muerta para el mundo, sin apenas una luz en las ventanas a lo largo de las veinte manzanas o más que la mirada podía abarcar, lo cual no debe asombrar, pues, por lo general, los dormitorios están en el fondo de las casas. El barrio más lujoso del mundo.

Siguieron adelante. Llegaron a Lexington, más estrecha, pero más humana, más viviente, por lo menos. De allí continuaron hasta la Tercera, cruzaron la armazón de hierro del Elevado, y prosiguieron hasta la Segunda.

—¿Por qué tan lejos? —preguntó Bricky, por fin.

—Tomé un camino equivocado. Al principio no sabía dónde me encontraba. Estaba sumamente agitada cuando me vi en la calle.

«¡Claro! —se dijo Bricky—. Cualquiera lo estaría después de haber quitado la vida a alguien».

La joven Kirsch advirtió:

—Está en una de las callejuelas entre estos edificios. Hay ahí una hilera de cubos de basura a la espera de ser vaciados. El primero tiene una tapa, la levanté y escondí el arma debajo. Tal vez ya las hayan vaciado.

—Esto se deja generalmente para el amanecer —explicó Bricky.

—Creo que es aquél. Sí, allí está. ¿Lo ve? Hay unos seis en hilera.

—Permanezca a mi lado. No se aparte de mí mientras yo busco.

Las dos mujeres se encaminaron a los recipientes. Sólo se oía el susurro cauteloso de sus voces, interrumpido por el débil chocar de la tapa al ser removida.

—¿Lo encontró?

Hubo una pausa acusadora. Bricky se impacientó.

—¿No será una invención lo que me ha contado?

—Lo habrán sacado. Alguien habrá andado ahí.

—¿Está segura de que este es el sitio?

—Estaba en esta callejuela, y no en otra. Recuerdo haberla visto cuando doblé y vi la calle desde aquí. Esas persianas de allí, con todas las tablillas por las que se filtra la luz del interior. Era el primer recipiente desde aquí. Está lleno de residuos de carbón.

Bricky escuchaba silenciosa.

—Juro que le digo la verdad. ¿Por qué iba a desmentirme después de haberla traído aquí?

—Creo que me dice la verdad. No importa. No revuelva más en esa basura. Debería estar en la superficie. Algún trapero, venido después de usted, lo habrá cogido. También puede ser que alguien la haya visto y se la haya llevado.

Se alejaron del lugar y reaparecieron en la penumbra de la acera.

—¡Bah! Dejémoslo —dijo Bricky, calmada—. Vamos allá ahora.

La muchacha se detuvo, mirándola implorante.

—¿Debo ir yo también?

—Usted tiene que ir allí. Con esa condición salimos de su casa. Esto es lo principal, en vista de que no hallamos el revólver. ¡Al diablo con el revólver!

Reanudaron el camino de regreso. Dejaron la Tercera atrás. Súbitamente, Helen Kirsch volvió a detenerse. Agitábala tal temblor, que Bricky llegó a notarlo en la oscuridad.

—¡Deténgase! —comenzó a exclamar—. ¿Para qué se dirige ahí?

Sin decir palabra, la joven dio media vuelta y se internó en la vetusta entrada frente a la cual se había detenido. Por un momento, Bricky creyó que intentaba eludirla, que trataba de escapar. Extendió el brazo para procurar detenerla y volverla atrás. Pero lo dejó caer, y la exclamación que estaba por brotar de sus labios fue reprimida. Una curiosa sensación de espanto llegó a lo más recóndito de su ser.

En tono inseguro pudo balbucir:

—¿Qué está haciendo? ¿Burlándose de mí?

En la tenue luz del vestíbulo, de aquel túnel que conducía sabe Dios adónde, vio a la muchacha que la miraba como si no la comprendiera, como si ignorara el significado de su pregunta.

La joven no repitió la interrogación.

Helen Kirsch subió por la escalera del fondo. Bricky, pegada a sus talones. Le habría sido difícil decir cuál de las dos estaba ahora más asustada. El espanto la tenía como atenazada.

En mitad de la escalera, la muchacha volvió a detenerse.

—No puedo… ¿Por qué he de hacer esto?

Bricky le indicó que siguiera la ascensión, con un movimiento del índice.

—Siga subiendo adondequiera que vaya —dijo fríamente.

Sus sombras siguieron deslizándose junto a unas paredes negruzcas.

Por fin se encontraron frente a una puerta.

La esposa de Harry Kirsch la miró como si la considerara insalvable.

—¡Ábrala! —intimó Bricky, leyendo su destino en aquella antipatía.

Helen se aproximó y tocó el picaporte de la puerta como temerosa de una picadura. Le imprimió un rápido impulso, y retiró prèstamente la mano.

—¡Pese delante! —dijo Bricky.

El rostro de la mujer tenía la palidez de un condenado. Bricky recordó entonces algo que la otra había dicho poco antes en su departamento. Sí, aquello era como morir dos veces. Exactamente. Pero no moría sola. Algo en lo íntimo de Bricky estaba agonizando también desde varias horas atrás.

En el interior de la casa había luz. Ante todo, vieron un zaguán semejante a un estrecho calabozo; lo atravesaron; luego pasaron frente a una puerta abierta que daba a una habitación oscura, cuyas paredes de madera pintadas de blanco lucían débilmente. Algo que debía de ser una cocina; luego, ante otra, también abierta y oscura, y se encontraron por fin ante un salón iluminado, en el cual penetraron.

Era un piso inclasificable, alquilado tal vez por una noche, para la reunión, como lugar de cita. Alquilado con los muebles que tenía.

No había nadie en la habitación. Antes habría habido alguien, muchos quizá, alborotadores, dados al jolgorio. Vasos diseminados por todas partes; cuatro solamente sin usar, pero multiplicados cuatro, seis veces, con restos de bebidas en ellos… sobre una silla, un disco. Bricky observó el fragmento central en el que se leía: «*Pistol-Packin Mamma*»[2]. Molesta por lo malévolo de la coincidencia, lo arrojó a su sitio.

Helen Kirsch se detuvo y señaló a una habitación contigua que carecía de puerta. Estaba rígida, como incrustada en el suelo. Habría sido imposible hacerle dar un paso más. Bricky fue sola.

Se detuvo en el umbral mirando a uno y otro lado. No había nada más que ver, ni era necesario.

Tenía una ventana, pero la cortina estaba corrida hasta el fondo. Había allí dos vasos más, uno lleno todavía, como si hubiera sido servido a alguien que lo hubiera rehusado ante un suceso inesperado.

Allí estaba el cuerpo, tendido de costado, en un reposo desconcertante. Inerte, inmóvil.

Bricky, junto a él, se inclinó para mirarlo. Casi en seguida se apartó bruscamente, pasándose la mano por la cara, como para apartar una visión tétrica. Luego, incorporada, tanteó el cuerpo con el pie, aquí y allá, con una especie de curiosidad malsana.

Helen Kirsch se cubría la cara con las manos, en actitud de

insondable tragedia. Bricky se limitaba a mirarla.

Hubo unos instantes de silencio.

La otra mujer, sintiéndose observada, lentamente bajó las manos y la miró a su vez, con expresión interrogadora. El silencio continuó.

Entonces, lentamente, descubrió algo en la expresión de Bricky.

—¿Por qué me mira de esa manera? ¿Por qué me mira así? —preguntó.

—Venga conmigo. Quiero que vea algo.

Helen Kirsch, descorazonada, movía la cabeza.

Bricky la llevó a tirones, la mantuvo sujeta, obligándola a mirar en la habitación contigua.

Algo gruñía en un rincón. La extraña figura tendida mostraba ahora una reacción. En el momento en que la estaban mirando, se debatía para incorporarse con esa actitud grotesca propia del ebrio que ha estado mucho tiempo dormido.

—No está muerto —dijo Bricky—. Solamente borracho como una cuba. Aunque estuviera muerto, sería para mí el muerto equivocado. Ahí está el agujero que la bala que le disparó hizo en la pared.

El grito sofocado que profirió Helen Kirsch atrajo la vacilante atención del hombre. La escrutó con mirada húmeda, y pareció recordarla vagamente.

—¿Quién es tu amiga? —refunfuñó—. Tomemos otra copa tú, yo y ella.

Ambas le contemplaban asombradas hasta que estuvo de pie, como un oso sobre sus patas traseras. El cuadro cambió de aspecto súbitamente.

—Salgamos de aquí —dijo Bricky, brevemente—, antes que comience todo de nuevo.

HELEN KIRSCH SE HABRÍA ESTADO allí toda la noche. Actuaba como si algo la hubiera adormecido, privándola de toda libertad de acción. Bricky tuvo que obligarla, sacarla de allí a empujones. Manteniéndola delante de

ella, la hizo recorrer todas las habitaciones hasta el zaguán, y de allí la llevó a la escalera de salida.

Tras ella se oyó el ruido que produjo un golpe contra el piso, como un cuerpo que se desploma en el suelo.

Bricky, para más seguridad, cerró la puerta tras ellas.

—¡Vámonos pronto! —tuvo que decir a su trastornada compañera—. No se quede ahí parada.

Ambas bajaron corriendo la escalera, la una suspirando de alivio, la otra en torva decepción.

—¿Ama usted a ese hombre de allá, a George o Harry, o como quiera que se llame?

Helen Kirsch, incapaz de hablar, movió la cabeza. Sus ojos lucieron con la amenaza de más lágrimas.

—¿Qué está esperando entonces, tonta? —levantó el brazo haciendo señas a un auto que pasaba—. ¡Vuélvase allá! ¡Vuélvase allá pronto! —el auto hizo un viraje y se detuvo—. ¡A casa en seguida!

Y cerró la portezuela entre las dos. Un rostro pálido la miró desde el interior por un instante.

Bricky, después de indicar la dirección al chófer, le dijo:

—Ha tenido un desenlace feliz; no abuse de su suerte. Siga con su Harry y con lo que sea suyo. Y, sobre todo, después de lo ocurrido, tenga la boca bien cerrada, los ojos para verse a sí misma, y las manos lejos del gatillo de las armas de fuego.

15:25

REGRESABA DE SU VISITA al hospital, completamente chasqueado, las manos en los bolsillos, el sombrero sobre los ojos. Efectuaba ahora un recorrido por los bares de los alrededores. Eran fáciles de localizar, aun a distancias de dos o tres manzanas; destacábanse como banderas coloreadas en los mapas, por ser los únicos lugares aún abiertos e iluminados a esas horas. Su recorrido, en forma de zig-zag, abarcaba seis manzanas de norte a sur. A cada cruce de una avenida, doblaba tres manzanas hacia el norte y luego tres hacia el sur. Luego regresaba al punto de partida, hasta la próxima avenida, donde continuaba la investigación, teniendo los bares como único objetivo. Todos los bares estaban en las avenidas, ninguno en las calles que las enlazaban.

En algunos entró y permaneció un instante observando. En otros asomaba la cabeza, y esto le bastaba para saber que podía retirarse. En ninguno bebía. De incurrir en esa imprudencia habría perdido mucho tiempo, disminuyendo la agudeza de sus percepciones. Podía hacerlo así porque había ciertas cosas que encontrar, ciertos signos característicos, indicios denunciadores, especie de jeroglíficos parlanchines —llámeseles como quiera— que permitían abreviar la inspección.

Hízose este razonamiento: si ha venido a uno de estos lugares, estará solo, apartado. Una persona no entra en un bar, después de haber matado a alguien, en busca de compañía. El que ha hecho eso entra en un bar para aplacar los nervios. Después se retira,

concentrado en sí mismo, separado del resto de la concurrencia, tanto en presencia como en actitud.

Aquel era un indicio. El primero y más importante de todos.

Llegado a ese lugar, lo intuyó en seguida, aun desde el exterior, sin necesidad de entrar. Era quizá pequeño en extremo para servir de bar, sin peligro de omitir ningún detalle pertinente. Era un bar cerrado cuya parte frontal ocupaba la mitad de la anchura del establecimiento. El mostrador, en vez de desplegarse a lo largo de un costado, lo dividía matemáticamente en dos. La parte delantera, destinada a los consumidores, no era más amplia que la posterior, ocupada por el barman. Además, no tenía ninguno de los lugares destinados para reservados, por ser difíciles de vigilar desde la parte trasera. Quinn pudo escrutar hasta el mostrador, desde la vidriera de la calle, y he aquí lo que vio:

Había allí ocho personas, distribuidas en tres grupos independientes entre sí. Había que mirar de cerca para ver dónde comenzaba cada división. La distancia física era ajena a esto; todos formaban una hilera ininterrumpida. La posición de los hombros servía de referencia. Los límites de cada grupo estaban señalados por un hombro vuelto oblicuamente hacia el próximo grupo inmediato. Se diría que estaban encerrados entre paréntesis. En otros términos, las figuras exteriores de cada grupo no se encontraban de frente al mostrador, sino vueltas ligeramente hacia los otros integrantes del grupo. De este modo venían a formarse tres corrillos distintos distribuidos así:

El primero formado por tres personas, de las cuales la del centro estaba vuelta de espaldas; el segundo formado también por tres personas, de las cuales una daba la espalda, y finalmente, un tercer grupo formado por dos personas colocadas una frente a otra.

Ningún bebedor solitario. Estaba resuelto a seguir su camino cuando, súbitamente, al mirar de nuevo, le retuvo algo que llamó su atención. Sus miradas, fijas en el mostrador, cotejaron automáticamente el número de vasos con el número de personas, encontrando algo extraño, inverosímil.

Había nueve vasos y sólo ocho personas. Más vasos que bebedores.

Contó ambas cosas nuevamente para estar seguro. Era fácil con las personas; no lo era tanto con los vasos, pues a cada momento

andaban las manos entre ellos, impidiendo una visión clara.

Nuevamente volvió a contar nueve. Todos bebían cerveza en aquel instante, y no había más vasos que los que se emplean generalmente con ese fin.

No era un vaso rechazado. Estaba en uno de los extremos del mostrador, frente al espacio vacío que el consumidor hubiese debido ocupar.

Era aquello lo que él estaba buscando: el símbolo aislado, solitario, retraído. Sólo que no era una persona; era un inanimado vaso de cerveza.

Primer jeroglífico.

Entró en el bar.

Pasó junto a los grupos y se dirigió al extremo del local, punto de mira, donde estaba el elocuente espacio vacío. Había un amplio hueco entre el último bebedor y la pared. Se instaló, no directamente frente al vaso, sino cerca de él, a un lado.

Lo miró y extrajo una segunda conclusión, con sólo examinar aquel vaso.

Los jarros que se usan para beber cerveza están todos provistos de asa, son de forma octogonal, gruesos y con un fondo voluminoso, en provecho del barman. Las asas de todos los demás jarros estaban en línea, apuntaban a un lado, hacia el interior, dentro del local. Esta otra asa era todo lo contrario; señalaba hacia afuera, hacia la calle.

Segundo jeroglífico.

Pidió un jarro de medio litro para atraerse al barman y lubricar las preguntas que iba a dirigirle. La caza había recomenzado.

—¿De quién es ése? —preguntó al barman.

—De un joven que se fue abajo un momento.

Luego estaba en aquel lugar.

La cantidad de líquido en el vaso y el hecho de que nadie lo retirara ya le había indicado esto.

El tiempo apremiaba. Sin rodeos, formuló la segunda pregunta, prescindiendo de que a su informante le gustara o no.

—¿De qué color es su traje?

—Castaño —dijo reservadamente el dependiente; una mirada ambigua que le dirigió denotaba a las claras su disgusto.

Tercer jeroglífico. Todo de una vez, todo en un lugar, todo de un

vaso de cerveza. Bebiendo aislado en la multitud, zurdo, vestido con traje color castaño.

—¿Desde cuándo está aquí, recuerda?

El medio litro no justificaba tanto. Pasó algún tiempo antes de que llegara la respuesta. Llegó finalmente, tardía como la última de las cosas.

—Dos o tres horas, creo.

Hecha la deducción, el tiempo justo.

Cuarto jeroglífico.

—¿Estuvo tomando cerveza todo ese tiempo?

—¿Qué le ocurre, joven? ¿Vino a tomar el censo? —rezongó el barman, y se trasladó a donde podría obtener más provecho y menos preguntas.

No tuvo que preguntar más; tampoco lo habría hecho de todos modos. Una puerta se abrió, dando paso a un hombre invisible para Quinn; el dueño del vaso de cerveza regresaba.

Quinn no volvió la cabeza. Un largo espejo horizontal cubría la pared frente al mostrador. «Le veré por el reflejo», se dijo el joven, clavando los ojos en el espejo.

Por un momento, el cristal permaneció como estaba, y luego la imagen se reflejó en él. Una cara asomó detrás de Quinn, y cuando se puso a nivel de éste quedó inmóvil.

Un sombrero torturado y maltrecho echado hacia adelante, pero no lo suficiente para cubrirle la cara. Era el rostro de un hombre de unos cuarenta y cinco años, pero que parecía veinte más. ¿No habría envejecido aquella noche? Solamente el color de cabello, la línea del cuello y algún otro detalle más denotaban que su dueño era joven en años. Era flaco, macilento, de sienes blanquecinas cuando la luz se deslizaba bajo las alas de su sombrero.

Algo le ocurría. Quinn lo advirtió de una ojeada; era fácil de ver.

No permaneció acodado sobre el mostrador. Más bien se acurrucó contra la pared, casi deseoso de pegar a ella su costado derecho, como buscando refugio, a resguardo de la observación, donde el muro coincidía con la extremidad del mostrador. No era aquello la inercia de la borrachera, sino más bien la actitud furtiva de quien busca protección, expresada muy sutilmente, pero implícita en cada línea de su cuerpo. Aun cuando levantara la mano, como ahora, para beber, se inclinaba levemente a un lado,

hacia la pared. Esta predisposición respondía más bien a una actitud que a un verdadero movimiento físico, pero se volvía levemente hacia la pared como si tratara de esconderse.

«Ya le tengo —se dijo Quinn—. Y esta vez no se trata de un padre asustado a quien le nace un hijo».

Bebió una y otra vez, volvió a agazaparse contra la pared. Únicamente levantaba la mano izquierda; la derecha no se le vio ni una vez. La derecha era un secreto entre su cuerpo a la defensiva y la pared.

«El revólver», pensó Quinn.

¿Qué veía en la cerveza para contemplarla así? ¿El espectro de un muerto, quizá? ¿Era por esto por lo que no podía apartar de ella sus ojos, fijos y alucinados?

«Voy a probar cómo reacciona —decidió Quinn—. Sé ya cómo lo hará, pero en ello basaré el quinto jeroglífico».

Tomó su jarro de cerveza y dio unos pasos fingiendo curiosear una máquina de cigarrillos colocada junto al mostrador. De esta forma tenía a todos frente a él, en línea recta. Colocó el jarro casi en equilibrio sobre la parte superior del aparato, y luego, sin que nadie lo advirtiera, lo hizo saltar al aire.

LA CAÍDA DEL JARRO causó estrépito. No aterrador, simplemente ruidoso, alarmante. Ocho cabezas se volvieron simultáneamente; luego dejaron de mirar y volvieron a sus asuntos.

Pero el noveno… Sus omóplatos se contrajeron lentamente. Su cabeza se agachó repentinamente, como para evitar un golpe en la nuca. No se volvió a mirar; no habría podido. El estrépito actuó en él como una camisa de fuerza. Después, conforme se tranquilizaba, Quinn pudo observar una violenta agitación en los costados, sin duda por el esfuerzo de la respiración. Finalmente, cuando un momento después levantó la mano, sus contornos estaban confusos, aun para los ojos avizores de Quinn, a causa del temblor que la agitaba.

Reacción: positiva. Positivamente indicadora de culpabilidad. ¿Qué otra cosa sino la culpabilidad de un delito podía hacer

temblar a un hombre de aquella manera, acurrucarse sin ánimo para moverse, hasta quedar convertido en una informe masa temblorosa? Y, por otra parte, pensó Quinn, quizá hubiera dejado de observar más de un síntoma elocuente. Si aquella mano invisible, por ejemplo, había comenzado a asomar fuera del bolsillo que la ocultaba, armada de un revólver, era algo que sólo sabía la pared junto a la cual estaba. Quinn no lo había advertido. Cuando miró era tarde: estaba inmóvil.

Se dirigió nuevamente a su primitivo lugar. Al avanzar iba apartando con el pie los fragmentos del jarro roto.

Ahora se había establecido entre ellos una relación candente, y un delicado duelo de simulada ignorancia, reflejado por leves movimientos, se entabló subrepticiamente. El ala de su sombrero estaba baja, muy baja, pero los entornados ojos bajo ella no miraban —Quinn lo sabía— al mostrador, adonde parecían dirigidos, ni estaban especialmente interesados en la superficie impersonal del espejo. Era como si ambos tuvieran antenas invisibles, sintonizadas entre sí:

«Está presintiendo algo —se decía Quinn—. No por lo que he hecho; es mi inactividad, mi indiferencia hacia él, lo que le tiene intranquilo. Llevo demasiado tiempo quieto; le parezco demasiado rígido. Ya le tengo. Me tiene miedo».

Una invisible corriente eléctrica bullía del uno al otro, yendo y viniendo sin parar. Era un choque recíproco de tensión.

Bajó más el ala del sombrero con otro tirón ofensivo. Ningún otro gesto. Quinn, por su parte, miraba cada vez más abstraído al espejo, sin desviar los ojos un instante hacia la zona prohibida. Uno y otro respiraban con dificultad.

Y en torno a ellos, los otros, ajenos a esta pugna, bebían y charlaban, gritaban y a veces escupían. Parecían ambos una pintura de dos hombres en un bar, colocados en medio de una bulliciosa escena de vida realista, distintos de todos los demás. A distancia de tres o cuatro pasos el uno del otro, parecían seres inanimados, inclinados sobre el mostrador.

No hubo aviso ninguno. Súbitamente, el jarro próximo a Quinn quedó completamente solitario. Fue como una desaparición a lo Fausto, con la diferencia de que no hubo nube de humo; el joven volvió la cabeza hacia donde el otro había estado de pie hasta pocos

segundos antes, y después se volvió completamente en semicírculo hasta enfrentarse con la puerta.

El otro se deslizaba furtivamente hacia el exterior.

Quinn no había previsto una fuga tan abierta, tan desvergonzada. Si esperaba algo, era un retirada disimulada, una partida hábil, elaborada. Aquélla era una fuga abierta, antes de que se hubiera dado ninguna alarma contra el criminal. El jeroglífico de la culpabilidad impreso en su frente tenía esta inscripción: «Soy culpable; lo reconozco. ¿Por qué esperar, entonces, a que usted lo descubra? Huyo por mi propia decisión».

Ahogó un grito en la garganta y corrió en su persecución, extendiendo ansiosamente los brazos en un deseo frenético de alcanzarlo.

Como oyera refunfuñar algo al barman, echó mano al bolsillo y extrajo una moneda, que ni siquiera miró, y la arrojó en espiral por encima del hombro. Antes de que cayera sobre el mostrador, ya se encontraba fuera.

El otro corría ya por las calles en insensata fuga, o, por mejor decir, alocada. Nadie corre así a menos que sea presa de un pavor insano. Seguía corriendo con el brazo armado de un revólver ceñido a él, sepultado aún en el bolsillo. Esto le hacía perder levemente el equilibrio. La línea de su cuerpo en la carrera denotaba una ligera inclinación.

Casi a brincos dobló una esquina y desapareció. Quinn corrió veloz y logró avistarlo, manteniendo invariable la distancia. El fugitivo pasó a la parte oscura de la calle, las sombras le envolvieron y volvió a desaparecer. Quinn se desvió igualmente, sin cejar un ápice en su intento, y ahí lo tuvo otra vez.

Así estuvieron jugando al escondite en la penumbra, sin pausas, sin cuartel.

«Va a hacer fuego contra mí —pensaba Quinn—. Será mejor que tenga cuidado, porque va a disparar».

Pero se mantuvo firme. No por coraje precisamente, sino porque el ardor de la caza le hacía olvidar todos sus temores.

La sombra que iba delante dobló otra esquina. Quinn giró igualmente, sin perderla de vista. Esta vez la distancia entre ambos era menor; para correr no sólo hace falta tener buenas piernas, sino también llevar los brazos libres.

El perseguido comenzaba a perder la cabeza. Vuelta a otra esquina y desaparición. Cuando Quinn dobló la esquina, seguía invisible. Pero cuando el perseguidor desesperaba ya de dar con la presa, ésta misma se mostró a Quinn, movida por su propio miedo. Aturdidamente abandonó la puerta tras la cual se había refugiado y que le facilitaba un buen escondite, y la caza comenzó de nuevo. Esta vez en dirección opuesta a la seguida anteriormente.

A todo esto, nadie que los detuviera, nadie que los interrogara.

«¿Por qué no pide auxilio si es inocente? —razonaba Quinn—. ¿Por qué no grita?».

Huía ante él en un silencio angustioso, desesperado, sin decir una palabra, sin emitir un grito.

Ahora lo tenía cerca. Quinn era joven, tenía un propósito, podía correr toda la noche, atravesar toda la ciudad. La sombra que lo precedía estaba a la vista; ni esquinas ni puertas podrían salvarla; no habrían llegado a tiempo.

El martilleo de sus pisadas se hizo más difuso conforme se aminoraban, cesó luego del todo y el perseguido se reclinó junto a la pared, agobiado, falto de respiración. Buscó defensa en la pared. Quinn, en dos zancadas, le dio alcance, aunque con algún rodeo por temor al elocuente brazo oculto, y llegó junto a él desde un lado en vez de abordarlo cara a cara. Así, de cualquier lado que saltara, Quinn habría saltado tras él.

Pero no saltó, no podía hacerlo. Su voz era un susurro áspero, como de arena cernida en un cedazo.

—¿Qué es esto? ¿Qué quiere usted? No se me acerque.

También Quinn tenía la voz alterada, pero animada por una resolución que nada habría podido desviar, ni aun seis disparos consecutivos.

—Sí, me acerco. Voy a ponerme a su lado.

Se aproximó tanto que sus caras casi se rozaron y sus alientos se mezclaron. Ambos medrosos, aunque Quinn lo estaba menos. Su temor era el de ser tiroteado inesperadamente. El otro estaba como paralizado por el miedo. De las comisuras de sus labios entreabiertos fluía una especie de materia húmeda, en un hilo interminable. Luego se interrumpió de pronto, como si lo hubieran cortado con tijeras.

La mano izquierda se movió antes de que Quinn pudiera

atajarla. La izquierda, no la derecha. Si hubiera tenido un arma, habría sido demasiado tarde. Pero no la tenía.

—¿Es esto lo que desea? Tómela y déjeme en paz.

La oprimía contra Quinn.

—¡Llévesela, llévesela! Le prometo no…

La cartera cayó al pavimento. Quinn la apartó con el pie.

—¿Por qué corría?

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Por qué me persigue? ¿No le basta con mi angustia? Me asustan las tinieblas y me asustan las luces, me asusta la cama, me aterrorizan los ruidos. Me asusta hasta el aire que me rodea. ¡Apártese de mí…!

Lo profirió a gritos, por encima del hombre, a la noche inclemente.

—No se altere, hombre. ¿Por qué está tan asustado? ¿Es porque ha matado a alguien? Contésteme. ¿Es verdad que ha matado a alguien?

Su cabeza se hundió como si el cuello fuera un palillo que alguien hubiera partido por la mitad.

—Muchos… Veinte… No sé bien cuántos. He tratado de hacer la cuenta, pero nunca…

—¿Y esta noche? ¿También…?

Lloraba como una criatura. Quinn nunca había visto nada semejante.

—Déjeme ir… No me detenga aquí, no quiera que les haga frente. ¡Por el amor de Dios! Déjeme ir…

—¿Qué lleva ahí? ¿Un revólver?

Y con fuerza brutal le agarró el inerte brazo derecho. Sus dedos se hundieron profundamente hasta el centro del hueso, como…, como si no hubiera nada que pudiera detenerlos. El brazo entero saltó inanimado del bolsillo, más por el apretón que por propio estímulo. Un rollo de diarios empaquetados cayó de la manga vacía. La manga quedó colgando, plana como una tabla, hasta la altura del hombro.

—Sí, tenía un revólver —contestó en tono extrañamente infantil —. Me lo quitaron. Después que cumplió su misión. Y cuando lo devolví, debí de olvidarme de retirar la mano de él. Me falta desde entonces. Cada vez que la busco, no consigo encontrarla. La mano y el brazo, hasta aquí…

El golpe fue directamente al corazón de Quinn. Era joven y la reacción llegó rápida. Pero durante un minuto la rudeza del golpe le mantuvo paralizado.

—¡Lo siento mucho, amigo! —fue todo lo que pudo decir, volviendo compasivamente la cabeza a un lado—. ¿Cómo puedo disculparme?

—¡Déjeme ir! —dijo el otro con una especie de desconsuelo dócil, como un chiquillo que se enfrenta con fuerzas que no puede comprender o combatir.

—Esas muertes… —preguntó Quinn—. ¿Cómo fueron? ¿Cuándo…?

—En España, hace dos años. ¿O fue hace unos minutos apenas, allí, a la vuelta de esa esquina? No lo sé ya a ciencia cierta. ¡Las granadas vuelan sobre mí tan luminosas y atronadoras…!

Quinn recogió del pavimento el estrujado sombrero y lo limpió, tierna, compasivamente, con pesadumbre lenta. Una y otra vez, con la misma lentitud. La única manera con que podía demostrar su aflicción…

15:45

LA BREVE DOSIS DE EXCITACIÓN alivio de las angustias de Helen Kirsch le había traído desapareció, y la punzante sensación de su propio dilema se hizo sentir nuevamente, más penosa esta vez. La luz roja trasera del auto que llevaba a su hogar a la transgresora se esfumó por completo, y ella se encontró otra vez sola y a merced de sus propios medios. Con cuarenta, quizá cincuenta preciosos minutos perdidos y tan lejos de un resultado feliz como al principio.

Se encontraba ya en la calle Setenta la brillante calle Setenta de los dos tiros de revólver en una noche, inofensivo el uno y mortal el otro, de modo que para volver a la casa de Graves no tenía más que recorrer dicha calle en dirección este. Era allí donde debía encaminarse ahora. Tenía que comenzar toda la obra nuevamente; debía partir de algún lugar, y aquél era el punto lógico para iniciar una nueva expedición.

Tenía en su poder la segunda llave extraída de las ropas de Graves, lo que le aseguraba un acceso sin dificultades. No estaba segura de lo que podría encontrar al volver allí; sólo lo estaba de que corría un grave riesgo. Pero no podía hacer otra cosa, después de la forma en que se había evaporado aquel rastro prometedor. Sobre todo, se sentía arrastrada allí por la irresistible fascinación que la escena del crimen ejerce sobre el criminal. Por la forma en que era llevada hacia allí, se habría dicho que ella había sido la asesina.

Consciente de todo, necesitaba, quería ver si ya había sido

descubierto, si había signos de actividad policíaca, alguna luz o algún indicio revelador de que el secreto guardado allí ya no les pertenecía a ellos exclusivamente.

Por tanto, volvió atrás, lenta, cautelosamente, como alguien que no tuviera en cuenta las exigencias del tiempo, a través de Lexington, de Park Avenue. Cerca, cada vez más cerca. Desde el centro de la esquina Park-Madison podía ver ya la manzana distante, verla lo bastante bien como para distinguir que aún estaba desierta, que exteriormente, por lo menos, todo estaba tranquilo. Ningún automóvil detenido en las proximidades de la casa, ni vigilantes apostados frente a ella; ningún indicio de gente que entrara o saliera. Sobre todo, ninguna luz en las ventanas de la fachada. Y las ventanas iluminadas pueden ser vistas de lejos en la noche, particularmente en calles tan oscuras como aquella.

¿O sería una celada? ¿Alguna especie de trampa tendida contra alguien? ¡Oh! no tenía miedo de una trampa policíaca preparada por hombres. No podían saber que ella iba a volver en tal o cual momento o que no volvería ya. La otra clase de trampa, tendida por su verdadera enemiga, la ciudad, era lo que temía.

Había llegado ya a Madison. Miró cuidadosamente hacia la esquina de donde había partido. Había efectuado un círculo completo, y ahí estaba otra vez con las manos vacías. Ya no estaba el taxi que la había llevado a la casa de Helen Kirsch en una pesquisa estéril.

Uno de los pequeños camiones de aluminio, que habían entrado en servicio recientemente para el reparto de la leche, pasó junto a ella. Tan ágil y silencioso como los primitivos automóviles eléctricos. El reparto de leche. El alba estaba próxima.

Cruzó Madison y siguió andando.

Llegó más cerca.

Nunca olvidaría el aspecto de aquella casa. Comenzaba a obsesionarla. Seguiría viéndola, aunque pasara el tiempo y se encontrara lejos de allí. Aun cuando fuera derribada, su recuerdo se mantendría vivo. Volvería a su mente sin cesar, exactamente como esta noche.

Imaginaba como muy lejano aquel ir y venir frente a la casa, mientras él entraba para devolver el dinero. No podía ser la misma noche, ninguna noche es tan larga. Pero deseaba que pudiera volver

a entonces, que dejara de ser ahora. Pues, aun cuando fuera penoso lo que iba sucediendo, por mucho que le espantara la idea de que él fuera apresado, entonces ignoraba por lo menos lo que iba a acaecer, nada sabían de lo que estaba esperándolos dentro.

Exhaló un suspiro. Su aforismo predilecto acudió a su memoria. «¿De qué sirve el desear?».

Se preguntó dónde estaría él, que haría en aquellos momentos.

«Espero que tenga más suerte que la que he tenido yo», pensaba.

Esperaba igualmente que estuviera bien, que no se encontrara en dificultades. «Dificultades»… Eso estaba bien. ¿Qué dificultades peores que las que había encontrado ya, que las que ambos habían encontrado?

Estaba disgustada consigo misma.

Se detuvo. Se encontraba frente a la casa.

—¡Extraño —murmuró— que una casa donde ha ocurrido una muerte violenta no parezca diferente de las otras casas, cuando se la mira desde el exterior!

Es únicamente lo que uno sabe lo que establece la diferencia.

Se dirigió hacia la puerta. Toda duda quedó descartada antes de iniciar el primer movimiento. No sabía el porqué, ni tampoco el bien que resultaría de ello; pero ¿de qué podía servir caminar sin rumbo por la calle y contemplar boquiabierta la casa?

Se acercó valientemente. Nada de titubeos ni desvíos. Recta hacia la casa, escalinata arriba. El otro medio era más peligroso, más expuesto a despertar sospechas si era observada por algún curioso.

Las oscilantes hojas de cristal se cerraron tras ella, y el breve espacio del vestíbulo, más que nunca parecido a un ataúd colocado verticalmente, la vio otra vez entre sus muros. Súbitamente pareció evaporarse mucho de su coraje, ímpetu o lo que fuere.

La última vez había entrado con él; la asustaba más ir sola. ¿Y si hubiera alguien oculto…? No la Policía, sino alguien cuya presencia no pudiera ser sospechada desde fuera, alguien que no deseara luces o que su intrusión fuera conocida. Alguien que sería descubierto cuando fuera ya demasiado tarde.

Continuó avanzando. ¿Qué recurso quedaba? Retroceder no suponía solución alguna.

INTRODUJO LA LLAVE EN LA CERRADURA. Era la llave del muerto. Recordó el temblor de la mano de Quinn cuando la usó por primera vez. Ahora tenía que hacerlo con la suya, experimentar lo que era ese temblor. Su mano prácticamente saltaba en torno al ojo de la cerradura. ¡Y qué ruido! Aquello sonaba en sus oídos como un remover de latas. Tanto habría valido tocar la campanilla de la calle: tal era la forma en que telegrafiaba su llegada.

«¡Oh, lo mismo da! De todos modos, no hay nadie en la casa».

Con estos pensamientos, dio vuelta a la llave y entró.

Silencio.

Esta vez conocía algo mejor el camino debido a su visita anterior. Se iba directamente hasta alcanzar la escalera. Ante todo, cerró la puerta y avanzó cautamente. Sentía el titubeo inevitable que siempre produce el marchar en la oscuridad, aun cuando el sentido de la dirección sea bastante seguro.

De nuevo percibió aquel olor a tapices y ebanistería.

¡Cuánta quietud! ¿Cómo podía estar tan en calma una casa? ¿Y si fuera una estratagema con algún propósito traicionero…? Se dijo:

«Veamos si mi maleta está donde la dejé, junto a la pared. Esto será una especie de clave para saber si alguien estuvo aquí o no».

Recordaba en qué lado la había puesto, aun cuando no sabía a qué distancia precisa de la puerta. Se orientó hacia aquel lugar. Encontró la pared y se agachó para buscar la maleta. Recorrió la pared hasta el fin sin encontrar nada.

No, no era allí. Un poco más lejos, quizá. Se apartó un poco de la pared y renovó la búsqueda. Avanzó cuatro pasos y volvió a la pared probando desde allí. Debía de estar en aquel punto, poco más o menos. No podía estar más lejos. Ella debía de encontrarse ahora casi al pie de la escalera.

Extendió las palmas de las manos en busca de la pared, con la intención de palpar hasta el suelo, donde debía encontrarse la…

La pared había cambiado.

No tenía ya la frialdad y la lisura del yeso estucado; no era plana. Su mano dio con algo que cedía, pero sólo hasta cierto punto. Algo áspero y, sin embargo, suave, cerdoso, deshilachado.

¿Ropa, una chaqueta quizá? Una chaqueta, sí, pero con un cuerpo en su interior. Una chaqueta con una persona dentro.

Alguien estaba allí de pie, rígido contra la pared. Apretado a ella para no ser descubierto. Bricky se había detenido frente a esto, frente a él; y como alguien que explora a ciegas en un juego espectral, lo había palpado con las manos, oprimiéndolas contra él.

Al hacerlo percibió la fuerte respiración del otro. La de ella había cesado por completo.

Había alguien allí, frente a ella, alguien vivo, aunque inmóvil como un muerto, clavado al muro al verse descubierto.

Las tinieblas formaron en torno a ella un remolino violento semejante a una ola poderosa próxima a reventar y aplastarla bajo su peso. Era como estar en la marea; marea terrorífica de los sentidos. Empezó a retroceder, como huyendo del remolino, ahogada de insensibilidad.

Se escapó de sus labios un leve gemido, que quizá habría deseado retener.

—¡Socorro, Quinn…!

Un brazo le rodeó el talle, aunque no hubiera sabido decir si era para socorrerla o capturarla. El brazo impidió que cayera.

La voz de Quinn suplicó:

—¡Bricky! ¡No grites!… ¡Soy yo!

La joven volvió a avanzar y su cabeza cayó inerte sobre el hombro de él. Le fue imposible hablar durante largo rato.

—¡Dios mío! —agregó él—. No sabía que fueras tú. Me quedé paralizado aquí temiendo que…

Sólo después de unos segundos pudo decir:

—Si no me muero de ésta, nada me matará.

Teniéndola protegida con ambos brazos, Quinn la alejó de la pared en la oscuridad.

—Ven aquí y siéntate un rato en la escalera…

—No, ya me encuentro bien ahora. Vamos arriba; encenderemos la luz para ahuyentar esta horrenda oscuridad.

Se dirigieron arriba. Ahora que estaba a su lado, se sentía bien; no tenía miedo ya.

—Es extraño que los dos hayamos regresado aquí, casi juntos. Poca suerte, ¿eh? —preguntó Bricky.

—Todo mal. Volví para comenzar de nuevo.

—Lo mismo resolví yo.

No se interrogaron sobre sus experiencias. Inútil repetirlas si nada habían reportado. Además, no había tiempo, que era lo principal.

Cuando encendieron la luz, apenas si miraron el cadáver. Una mirada de soslayo a la forma negra con pechera blanca fue suficiente, siquiera para convencerlos de que aún estaba allí.

Bricky se decía: «¡Qué pronto se acostumbra uno a la presencia de la muerte en una habitación!. Por eso los que están con ellos toda la noche no se vuelven a mirarlos».

Hasta entonces no había podido comprender cómo lo soportaban.

Era el primero que había visto, y ya todo su temor se había desvanecido. Iba de un lado a otro de la habitación limitándose a desviarse un poco al llegar a aquel sitio, nada más.

Como alguien que trata de no pisar a un perro o un gato dormido.

Estaban desalentados, perdidos sin remisión. Se lo leían en los ojos cuando cambiaban una mirada, aunque se abstenían de decirlo, de admitirlo en voz alta.

En apoyo de esta actitud iban de un lado a otro sin cesar, como si buscaran algo, cuando bien sabían que no era así. Quinn se dirigió a la puerta del dormitorio, encendió la luz y miró en torno, como tratando desesperadamente de descubrir algo imposible de encontrar. Luego volvió, fue al cuarto de baño, encendió la luz e hizo lo mismo.

Tarea inútil. No había esperanza, y ambos lo sabían. Habían exprimido hasta la última gota los rastros de aquel aposento. Nada más que exprimir.

El desaliento de Bricky tomó una forma pasiva. Quedóse inmóvil. Se revelaba únicamente por los dedos, apoyados en el respaldo de una silla; tamborileaba con ellos como los dedos de una mecanógrafa en una máquina invisible.

Súbitamente se interrumpió el silencio. Desapareció, y no por causa de ellos.

—¿Qué es eso?

Su miedo era parecido a un chorro de agua helada que los inundara, como causado por la rotura de una tubería o de un caño

principal; como una marea arrolladora surgida violentamente desde abajo, en algún lugar oculto del cual no hubiera escape.

Eran como dos menudos seres —dos ratoncillos— atrapados en un sótano inundado, dando vueltas sin cesar, vivos aún, pero luchando estérilmente en la superficie del remolino antes de irse al fondo.

Su miedo era causado por el repicar de una campanilla. Un ligero, suavizado *ttting, t-t-t-ing*, interminable. En algún lugar cerca de ellos, oculto, invisible, pero relacionado con el lugar en que estaban.

Después del primer alfilerazo de sorpresa, quedaron inmóviles, buscándolo solamente con ojos espantados, ora en un lado, ora en otro, llegando tarde siempre. Era como el zumbido fugaz de una avispa en torno de sus cabezas mientras estaban quietos, tratando de identificarlo, de localizarlo, de aislarlo. Estaba en todas partes y en ninguna. *T-t-ting, t-t-t-ting*, suave aterciopelado, pero interminable.

—¿Qué es eso? ¿Una alarma contra ladrones? —susurró Bricky —. ¿Habremos tocado algo que no debíamos…?

—Viene de allí…, del dormitorio. Debe de ser un reloj despertador…

Se abalanzaron a la puerta como dos ratoncillos aterrorizados. Había sobre el ropero un pequeño reloj de mesa. Quinn lo tomó, lo agitó fuertemente, se lo llevó al oído.

T-t-t-ting, t-t-t-ting. No estaba más cerca que antes; se oía en todas partes, cual repique de duende.

Lo dejó en su sitio y corrió a la parte opuesta; ella le seguía también.

—Tal vez sea la campanilla de la puerta. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó, consternada.

Él bajó algunos peldaños, se detuvo en la escalera, escuchando.

—No; viene desde dos lugares a la vez. Desde allí abajo, pero también desde aquí, tras nosotros.

Bricky lo detuvo.

—Es inútil ir abajo; está oscuro y nunca lo encontrarías. Vuelve; lo buscaremos aquí…

Los ratoncillos asustados corrieron nuevamente al dormitorio.

—Probemos cerrando la puerta —dijo Bricky—. Tal vez nos diga

en qué habitación…

Cerró la puerta y escucharon. El tintineo siguió inalterable, continuo, indiferente al cierre.

—Está aquí mismo, en este dormitorio, con nosotros. Ahora podemos estar seguros. ¡Oh, si cesara unos instantes para darnos tiempo de recapacitar…!

Se había tendido de bruces bajo la cama e iba tanteando aquí y allá, como un animal.

—Aguarda un poco; aquí hay una caja. Junto a la pared, bajo la cama, pintada de blanco… Ahora la veo. Extensión telefónica. Pero… ¿dónde está el aparato?…

Se incorporó, saltó sobre la cabecera del lecho y lo apartó ligeramente de la pared. Bajó entonces el brazo, tanteando a la altura del colchón, y sacó el instrumento.

Estaba colgando ahí detrás, de modo que pudiera alcanzarlo desde la almohada sin necesidad de levantarse.

Era un aparato inclasificable.

Tenía una de esas campanillas amortiguadas, a fin de que no sonara con excesiva violencia. Debía de haber otro abajo; este de aquí era una extensión. Por eso el sonido llenaba toda la casa.

Seguía repicando aún, en sus manos, mientras hablaba.

—*T-t-t-ting, t-t-ting…*

Él la miró descorazonado.

—¿Qué debo hacer?

T-t-ting, t-i-t-ting… Era como un aguijón: no se detenía nunca.

—Alguien que no sabe lo ocurrido trata de hablar con él. ¡Y con qué obstinación!

Voy a arriesgarme a contestar.

Bricky, helada de pavor, le sujetó la muñeca.

—¡Cuidado! Van a saber que no es su voz. Nos expondremos a que llamen a la Policía.

—Tal vez logre salir del paso. Hablando en voz baja, confusamente, quizá no conozcan la diferencia. Fingiré que soy Graves, no tenemos otra posibilidad. Podemos averiguar algo, aunque sólo sea por una o dos palabras aisladas, que para el caso sirven de mucho. Colócate junto a mí. Reza con toda tu alma. Allá voy…

Levantó el dedo que había mantenido bajado el receptor, y

estableció contacto.

—¡Diga! —dijo, con un ronroneo indistinto, que ella oyó difícilmente: tan insignificante era el sonido.

A Bricky le latió el corazón con fuerza. H Sus cabezas juntas se pegaban por las orejas, escuchando aquella llamada en la noche.

—Querido —dijo una voz—. Soy Bárbara.

Bricky miró la fotografía del ropero. Bárbara, la joven del marco de plata.

«¡Dios mío! —pensó, consternada—. Se puede engañar a cualquiera, pero no a la amada de un hombre. Ella le conoce bien. Nunca podremos…».

Blancas por la tensión, las sienes de Quinn latían tan fuertemente que Bricky las sentía repercutir en las suyas.

—Steve, querido, ¿quieres ver si está mi polvera? No pude encontrarla cuando regresé, y la pérdida me preocupa. Mira a ver si la tienes ahí. Tal vez te la metiste en el bolsillo para guardármela.

—¿Tu polvera? —preguntó él, ronco—. Espera un momento.

Momentáneamente cubrió el transmisor con una mano, y le preguntó a ella:

—¿Qué debo hacer? ¿Qué debo decir?

Bricky se apartó de su lado bruscamente, corrió a la otra habitación. Volvió casi en seguida, llevando algo en la mano, que le mostró a él y que centelleó a la luz de la lamparilla.

—Dile que sí, y continúa en voz baja, bien baja. Va bien, por ahora. No es eso lo que realmente quería; no es por eso por lo que llamó. Si aciertas con las res; puestas, tal vez averigües algo.

Se oprimió otra vez contra él, el oído junto al auricular. Él levantó la mano que lo tapaba.

—Sí —murmuró—. Aquí la tengo.

—No podía dormir. Por eso te llamé. No era por la polvera.

Quinn la miró, como diciendo: «Tenías razón».

La voz aguardaba; le tocaba a él decir algo. El codo de Bricky le instó a contestar:

—Yo tampoco podía dormir.

—Si estuviéramos casados, todo sería mejor, ¿no es verdad? Entonces tú saltarías de la cama para sacarla del bolsillo y ponerla en el tocador de nuestro dormitorio.

Bricky bajó los ojos un instante, parpadeó. «Está proponiendo

matrimonio a un cadáver».

—Nunca nos separamos enojados como esta noche.

—Lo siento —murmuró él, entre dientes.

—Quizá si no hubiéramos ido allí, a esa sala de baile, Perroquet, no hubiera pasado nada.

—No —asintió sumisamente él.

—¿Quién es ella?

Quinn nada dijo esta vez.

La voz mostraba indulgencia hacia lo que debió de tomar por terquedad del hombre.

—¿Quién era, Steve? ¿Esa mujer alta, pelirroja, con vestido verde pálido?

—No lo sé —contestó él, porque era la única respuesta que podía dar, y por suerte, resultó apropiada.

—Eso me dijiste antes. Eso lúe lo que me hizo enfadar la primera vez. Si no la conoces, ¿por qué se atrevió a ponerse entre nosotros en la línea de la conga?

Nada contestó; no podía.

—Y luego, ¿por qué deslizó un papel en tu mano?

La voz interpretó el silencio como una negativa continuada.

—Yo lo vi. Lo vi con mis propios ojos.

Ambos escuchaban intensamente.

—Y después que volvimos a nuestra mesa, ¿por qué le hiciste una señal afirmativa con la cabeza? Sí, lo vi también. Lo vi en el espejito de mi polvera, cuando parecía que no estaba mirando. Como si le dijeras: «He leído su mensaje. Haré lo que me pide».

Hubo una pausa, destinada a darle oportunidad de decir algo; imposible hacerlo.

—Steve, he olvidado mi orgullo al hacer esta llamada. ¿No obtendré de ti otro tanto?

Aguardó la respuesta, que no llegó.

—He visto que, desde ese instante, tu modo de ser cambió. Parecía que no veías el momento de llevarme a casa y verte libre de mí. Lloré, Steve; lloré cuando me dejaste. Desde entonces estoy llorando; Steve, Steve, ¿me escuchas? ¿Estás ahí?

—Sí.

—Me pareces tan distante… ¿Es el teléfono o eres tú?

—Conexión deficiente, sin duda —repuso él, con la boca

semicerrada.

—Quisiera equivocarme, Steve, pero me das la impresión de estar oprimido, de que temes hablarme. Será absurdo que lo diga, pero tengo la impresión de que no estás solo. Las pausas más extrañas preceden a todo lo que me dices, como si junto a ti hubiera alguien que te indicara las respuestas.

—No —dijo él, suplicante.

—¿No puedes hablar más alto, Steve? Hablas en susurros, casi como si temieras despertar a alguien. Y si tú estás despierto, ¿quién más hay en la casa a quien temes despertar?

«El muerto» —dijo Bricky para sí, haciendo una mueca.

Quinn tapó la boca del aparato.

—Está empezando a sospechar. ¿Qué debo hacer?

Su compañera presintió que estaba por colgar el aparato, en franca desesperación, como único medio para salir del paso.

—No hagas eso. Tú mismo te descubrirías si haces eso.

Quinn optó por escuchar de nuevo.

—Steve, no me gusta la forma en que estás procediendo. ¿Qué está ocurriendo ahí? ¿Eres tú, Steve?

Nueva obstrucción del aparato.

—Se ha dado cuenta. Estoy perdido.

—Espera un poco; no pierdas la cabeza. Yo arreglo eso. Usemos un poco mi sistema.

Súbitamente habló en voz alta, en un tono alcoholizado, dirigido hacia la boca del teléfono.

—Vamos, querido. Estoy cansada de esperar. Quiero otra copa. ¿Hasta cuándo vas a estar hablando ahí?

Sintió como un estremecimiento desde el otro extremo, parecido a una explosión molecular. Aunque sin sonido ni sustancia en él, pudo sentir casi la conmoción llegándole a través del hilo: tan honda era su intensidad. Al punto la voz se retiró, no en distancia física, sino a impulso del pesar. Se retiró a una lejanía que nunca volvería a ser acortada.

Cuando resonó de nuevo no denotaba indignación. Nada había en ella. Ni siquiera la frialdad aguda, que es una forma invertida del furor. Únicamente la clásica, neutral cortesía.

La voz sólo dijo dos cosas más:

—¡Oh, lo siento, Steve!

Y después, en un suspiro angustioso:

—¡Perdóname; no lo sabía!

Un golpecito metálico, y silencio.

—Esa es una auténtica señora —dijo Bricky elogiosamente cuando colgó el teléfono a su vez—. Una señora de pies a cabeza.

Compungido, Quinn se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Ha sido algo cruel. Quisiera que no hubiéramos tenido que recurrir a ello. Quienquiera que sea, era su prometida, al fin y al cabo.

Luego, mirando curiosamente a Bricky:

—¿Cómo estuviste tan segura de que la treta resultaría?

—Yo también soy mujer —replicó, apenada—. Poco más o menos, todas sentimos lo mismo.

Ambos estuvieron pensando en ella un instante más, volviéndose a mirarla en la fotografía.

—Esta noche no duerme —murmuró Quinn—. Le hemos dado un disgusto atroz.

—Había de tenerlo, de un modo u otro.

Lo extraño de esto, sin embargo, es que de este modo sufrirá más que si hubiera sabido que está muerto. No me preguntes por qué.

No hablaron más de ella, y volvieron a sus apremiantes asuntos.

—Bien; sabemos ahora algo más que antes —dijo Quinn—. Hemos llenado otro claro del tiempo que nos falta. Fueron primero a la función del Winter Garden, Hellzapoppin, y después a ese lugar donde tuvieron la disputa, el Piro… ¿Cómo dijo que se llamaba?

—El Perroquet —se conocía al dedillo la vida nocturna de la ciudad que odiaba—. Sé dónde está; en la calle Cincuenta y Cuatro.

—Esto, sin embargo, no nos lleva al punto de su regreso a casa y a lo de después… Queda aún un espacio en blanco, desde el instante en que él la dejó en su casa hasta…

Bricky también pensaba en ello.

—Hay algo cierto en eso. Y algo grande. Lo más grande que hemos conseguido en toda la noche. Él debió de recibir una nota, tiene que haber una nota en algún lugar.

Se acercó más aún al retrato.

—No parece ser una muchacha capaz de inventar una cosa semejante, por celos o por lo que fuere. ¡Mírala un poco! Es

demasiado hermosa y demasiado segura de sí misma para preocuparse por futesas. Si dice que lo vio, es porque lo vio, puedes estar seguro. Hubo, pues, una nota. La cuestión es saber dónde está. ¡Si supiéramos lo que él hizo con ella…!

—Romperla en mil pedacitos, supongo.

—No, porque si hubiera hecho eso mientras estaba con ella, habría sido admitir que la había recibido, y él quería que ella lo ignorara, y una vez que la hubo llevado a su casa, no había ya motivo para romperla, nadie se la iba a reclamar más. Podía dejar las cosas como estaban. Lo más probable es que lo hiciera así. Lo que me gustaría saber es dónde la ocultó mientras estaba sentado con ella en el club. Debe de tenerla en algún lugar.

—Le hemos vuelto los bolsillos y no está en ninguno de ellos.

Golpeándose el labio inferior, pensativa, observó:

—Veamos el asunto en esta forma. Quinn, tú eres hombre y supongo que habrías hecho lo mismo en una situación parecida. Estás en un club nocturno junto a tu prometida, y un extraño te entrega una nota, que no deseas que ella vea. ¿Qué harías con ella, dónde la esconderías? Contesta pronto, sin tomarte mucho tiempo para pensarlo. Si lo piensas mucho, la respuesta será artificiosa.

—Haría con ella una bolita y la arrojaría.

—No. Estás en una línea de conga, en la cual no tienes oportunidad alguna de hacer eso. Si retiras la mano del talle de tu pareja, te expones a perder el compás y desorganizar la línea.

—Entonces, la dejaría caer en el piso, bajo mis pies, sin retirar la mano de su cintura; dejarla caer, nada más.

—No, de nuevo; de esa forma quedaría atrás, bajo la línea; y, cuando llegara a ese punto, tu prometida no tendría más que agacharse para recogerla. El hecho principal es que ella no le vio hacer ninguna de esas cosas, que ella le estaba observando de cerca y en la misma línea, lo cual le permitía verle bien. Él la tomó y la hizo desaparecer, sin hacer movimiento para arrojarla o ponerla en el bolsillo.

—En ese caso, la habría retenido doblada en la mano.

—Exactamente. Ahora viene lo que trato de conseguir al interrogarte. El baile termina y él la conduce a su mesa. Entonces es cuando él oculta la nota en algún sitio, tan pronto como se lo permite la mesa que hay entre los dos. Prueba ahora otra vez.

Ambos ya estáis sentados a la mesa, y ella empieza a plantearte el incidente, de modo que no puedes permanecer pasivo ni dejarlo correr… —aquí ella tendió una línea sobre él, por encima del cinturón—. Está todavía en tu mano desde la línea de la conga, y tienes que eliminarla pronto de la mano. No puedes emplear los bolsillos de arriba, ni la cartera ni la pitillera, porque ella vería todo eso, que está por encima del cinturón.

—Entonces la arrojaría bajo la mesa…

—No; una lectura no es suficiente, especialmente en una fila de conga, mientras tienes ocupados ambos pies. Tienes que leerla de nuevo, estudiarla y decidir lo que harás tan pronto como te veas solo. Él comenzó a mostrarse desasosegado desde entonces, ella acaba de decírtelo. En vista de que la nota le creaba un problema, tenía que tomar una decisión. Esos papelitos no se arrojan nunca después de ojearlos rápidamente. Era un asunto extraño. Lo conservó. Pero ¿dónde?

—¿Tal vez lo deshizo bajo el mantel?

Por un momento, Bricky se detuvo, sorprendida. Por último, dijo:

—No, no. Dudo que haya hecho eso. Significaría también dejarlo atrás cuando tuvieran que marcharse, se arriesgaría a que cayera en manos extrañas. Además, es difícil que hubiera podido hacerlo sin que ella notara las arrugas que inevitablemente se producirían en el mantel. Recuerda que él trata de tranquilizar a una mujer que está furiosa, que tiene motivos para estarlo, una mujer sentada frente a él; y las mujeres celosas tienen seis ojos y una docena de sentidos adicionales.

Él se esforzaba, pero sin obtener mayor resultado.

—¡Maldita sea…! No se me ocurre nada. Tal vez me sentaría sobre ella, mientras aún estuviera en la silla; pero en cuanto me levantara, las cosas se pondrían peor que antes.

—No importa, Quinn —dijo Bricky, moviendo la cabeza con desaliento—. La mujer que se case contigo tendrá un marido honrado. Ciertamente, no tienes el don de la intriga.

—¿Qué quieres? Nunca me fue entregada una nota por alguien, de noche, en un club nocturno, mientras me encontraba con otra persona —murmuró, excusándose.

—No me cuesta trabajo creerte —asintió ella, fríamente.

De nuevo volvieron junto al muerto. Bricky tenía la sensación de que toda la noche habían estado mirándolo, examinándolo.

—Prueba en ese bolsillo del reloj, o como se le llame, bajo el cinturón, en la parte delantera.

Inclinándose, el joven hundió el índice en el bolsillo y lo retiró.

—Vacío.

—¿Para qué sirven, entonces? —inquirió ella, despechada.

Y antes de obtener respuesta, agregó:

—Dejémoslo; no hay tiempo que perder en minucias de ropas masculinas.

Quinn continuaba en cuclillas, pasándose la mano por las rodillas.

—Quinn, quisiera que… ¿Puedes volverlo un instante? —preguntó, vacilante.

—Hemos hecho ya tantas cosas, registrado los bolsillos y lo demás, que una más no creo…

Quinn puso el cuerpo de bruces, tan delicadamente como le fue posible.

—¿Para qué lo quieres así? —preguntó Quinn, extrañado.

—Ni yo misma lo sé —repuso la joven, con tono inseguro.

El joven se incorporó. Miráronse absortos, indecisos, sin saber qué hacer.

—Es evidente que él no lo tiene. Tal vez lo guardó en algún otro sitio, cuando regresó. El escritorio… No lo hemos registrado aún.

—Eso nos llevaría toda la noche —dijo Bricky, observándolo inquieta—. Mira la cantidad de papeles. Hagamos esto. Tú echas una ojeada a los cajones, mientras yo lo haga por aquí rápidamente.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac… En el silencio de sus preocupaciones, en tareas separadas, sonaba más fuerte.

—¡Quinn! —exclamó ella, súbitamente.

Él acudió en dos saltos.

—¿Ya lo encontraste? ¿Tan pronto?

Bricky, sin embargo, se hallaba de espaldas al escritorio.

—No, Quinn; simplemente me estaba volviendo cuando algo me llamó la atención. Él está vestido irreprochablemente y, sin embargo, tiene un calcetín agujereado en el talón, exactamente encima del zapato. Esto no concuerda con su elegancia. En el pie izquierdo.

Quinn lo examinó rápidamente.

El zapato salió con un ligero tirón. El supuesto «agujero» había desaparecido con él.

—¡La nota! —dijo Quinn.

Ya estaba él alisando y tratando de leer el arrugado trozo de papel, cuando ella se inclinó sobre él. Ambos continuaron leyéndolo juntos.

Estaba escrita con lápiz, sobre algún apoyo improvisado, de superficie blanda e irregular: la clase de nota que puede escribirse donde no hay condiciones adecuadas.

«Señor Graves, ¿verdad?: quisiera hablar a solas con usted en su casa, una vez haya acompañado a la señorita a la suya. Y quiero que sea esta misma noche, no en otro momento cualquiera. Usted no me conoce, aunque yo me considere ya como un miembro de la familia. No quisiera verme desengañada y sentiría no encontrarle a usted allí».

Sin firma.

Mujer altiva, presuntuosa.

—Lo hizo, ¿ves? Lo hizo. Ella vino aquí.

Es la mujer de las cerillas… Teníamos razón. He olvidado cuál de los dos fue quien…

Por alguna razón, él se mostró menos convencido.

—El mero hecho de que él recibiera la nota y la escondiera en el zapato, no prueba que efectivamente ella haya estado aquí.

—Ha estado aquí, tenlo por cierto.

—¿En qué te fundas?

—Atiende: cualquiera que hubiese llegado a donde ella llegó habría recorrido el resto del camino; no lo dudes. Nuestra amiga no es una jovencita pudorosa. La mujer que escribe una nota amenazante, que se abre camino a través de una línea de conga y desliza la nota en la mano de un hombre distinguido como Stephen Graves sin siquiera conocerlo, y en las mismas narices de su prometida, arremeterá contra todo lo que le impida venir aquí y hacerle una visita, si se le ha metido en la cabeza hacerlo así. Escucha esto: «Y quiero que sea esta misma noche, no en otro momento cualquiera». Esa dama estuvo aquí. Puedes apostar todo lo que tengas.

Luego agregó:

—Y si la escritura no te dice nada, haz cuenta de que tienes los ojos cerrados, y sabrás por qué lo digo.

—No entiendo bien.

—Me refiero a la clase de aroma que el sobrecillo de cerillas despedía, y que percibí en el aire de la habitación cuando vinimos aquí por primera vez. La clase de mujer cuyo bolso tendría ese perfume. Ella estuvo aquí —afirmó de nuevo.

—Aun así, eso no significa que ella lo haya matado. Admitamos que haya estado aquí; pero después de haberse marchado, puede haber venido el sujeto que mordisqueaba el cigarro.

—Nada sé respecto a ése. Sólo sé que hay en esta nota abundancia de material delictivo, aun antes de que ella planteara la cuestión de la entrevista con él.

—Hay en ella algo así como una amenaza —admitió Quinn.

—¿Una amenaza? Toda la nota es amenazante, desde la primera palabra hasta la última. «Míster Graves, ¿verdad?». «No quisiera verme desengañada, y sentiría no encontrarle allí». ¿Qué otro nombre puede dársele a esto?

El joven la volvió a leer.

—Tiene cierto olor a chantaje, ¿no te parece?

—Sin duda que es un chantaje. Una amenaza casi siempre pretende sacar dinero, particularmente cuando está dirigida por una mujer a un hombre.

—«… aunque yo me considere ya como un miembro de la familia». ¿Qué querrá decir con esto? Él estaba comprometido con esa Bárbara. Da la impresión como si se tratara de alguien que mantuvo relación con él, y que cuando oyó hablar de su compromiso… Todo lo indica así menos una cosa…

—Sí, yo pensé también en eso cuando la leí. Todo menos una cosa, como tú dices. Usted no me conoce. ¿Cómo es posible tener problemas con una mujer a quien no se conoce? A menos que actuara por encargo de otra dama para intentar un acercamiento. En ese caso, sería… ¿cómo se llama eso?…, un intermediario. Tal vez una hermana o algo así.

Bricky desechó tales razones.

—¡No, nunca! Hay una cosa que sabrías si conocieras más a las mujeres. Nunca encontrarás una mujer que utilice a otra como intermediaria en asuntos del corazón. No me preguntes por qué,

pero así es. Un hombre quizá lo haría en negocios o cierta clase de trapisondas. Una mujer, en asuntos de esta clase, nunca. O haría ella sola todo lo que hubiera que hacer, o no haría nada.

—Entonces no hubo nada entre ellos dos. Sin embargo, ella tenía algo que ver con él.

—Y él lo sabía, o por lo menos tenía una sospecha. La forma en que actuó después de haber recibido la nota lo prueba. Encontró al autor de la nota en su propio terreno. ¿Comprendes lo que quiero decir? Bárbara estaba celosa de otra clase de nota, que tal vez creyera que era ésta. De una nota amistosa, demasiado amistosa, de alguien a quien ella conocía, que flirteaba con él a sus espaldas. Para calmarla le bastaba con mostrarle qué clase de nota era en realidad. Pero prefirió guardarla para sí mismo, a riesgo de que ella hiciera suposiciones equivocadas y de que hubieran de separarse enemistados. ¿Por qué no quiso mostrársela a ella? O, mejor aún: ¿por qué no se levantó de la mesa y se encaró con la otra mujer antes que abandonara la sala? «¿Qué significa esto? ¿Quién es usted? ¿Qué se propone?». —Bricky movió la cabeza—. Él tenía algo más que una leve sospecha de que existiera algo detrás que exigía ser tratado con guante blanco, y no sostendrás lo contrario; de que ella tenía por lo menos una carta de triunfo y quizá todas; de que había fuego en algún lado tras la cortina de humo. Él le siguió la corriente, a gusto de ella, sin violencias. ¿Y por qué lo hizo así? Nadie procede de ese modo. ¿Lo harías tú?

Después, descartando la idea, añadió:

—¡Oh, tú no importas! Tú eres ajeno a estas cuestiones. Lo olvidé desde el principio.

Quinn, que se preparaba para mostrarse agradecido, olvidó bien pronto su propósito.

—En otras palabras —prosiguió la joven—, aquella nota le impresionó de una manera o de otra. Aquello no era una fanfarronada inconsciente.

Notábase que se aprestaba a la lucha, como dispuesta a salir de nuevo.

—Esto no resuelve nada. Lo que importa es echarle mano a esa mujer. Estoy casi segura de que lo conseguiré. Salgo ahora mismo y voy a buscarla.

—Pero ¡si ni siquiera sabemos su nombre ni qué aspecto tiene,

ni dónde podrá estar!

—No podemos esperar que se nos envíen fotos para dar con ella. Yo creo que hemos llegado demasiado lejos ya, considerando lo ínfimo de los datos con que comenzamos. Ahora buscamos a una persona real, por lo menos; es algo real en vez de ser una quimera, un enigma, como era hasta ahora. Simplemente, un hálito de perfume, que ya se ha evaporado. Sabemos que estuvo en el Perroquet hacia medianoche; indudablemente, habrá sido vista allí. Esa Bárbara te dijo algo sobre ella. ¿Qué fue lo que dijo? Mujer alta, pelirroja, vestido verde pálido, número tres en la línea de la conga. No serían todas altas, pelirrojas, vestidas de verde pálido, las que estuvieron allí esta noche —y alzó los brazos, con ademán alentador, para impresionarle—. ¿Te parece poco lo que tenemos?

—El club estará cerrado a estas horas.

—Las personas que cuentan, las que realmente pueden ayudarnos, andarán todavía por allí. Mozos, empleadas, la mujer de los servicios… Encontraré su rastro allí, aunque tenga que examinar todos los cepillos de cabeza en busca de un cabello rojo caído.

—Te acompañaré —se encaminó a la puerta del dormitorio y encendió la luz. Luego pasó al cuarto de baño—. Espérame un instante; voy a beber un poco de agua antes de salir.

SIN ESPERAR, BRICKY se adelantó hacia la escalera, creyendo que él la seguiría. Viendo que tardaba, se detuvo y esperó, dos o tres escalones más abajo. Como se prolongara la tardanza, subió la escalera y volvió a la habitación, que aún estaba alumbrada.

Vio a Quinn inmóvil, más allá de la puerta del baño. Antes de entrar y reunirse con él, comprendió que había encontrado algo, algo importante, por la abstracción que denotaba su actitud.

—¿Qué es eso?

—Te llamé y no me oíste. He encontrado esto en la bañera. La cortina de la ducha debe habérmelo ocultado hasta ahora. Cuando estaba bebiendo, aparté inadvertidamente con el codo la cortina, echándola a un lado. Aquí estaba, en la parte seca de la bañera.

Era de un azul claro, y el joven lo extendía con ambas manos.

—Un cheque —dijo Bricky—. Un cheque personal de alguien. Deja que lo vea…

Estaba extendido a la orden de Stephen Graves por la suma de 12.500 dólares, endosado por Stephen Graves y firmado por Arthur Holmes. Llevaba impreso diagonalmente en grandes letras: Devuelto. Sin fondos.

Cambiaron una mirada de estupor, sosteniendo cada uno un extremo del cheque.

—¿Cómo puede estar en una bañera un documento como éste? —preguntó, asombrada, Bricky.

—Esto es lo que menos importa. Es fácil de comprender. Este cheque debía de estar en la caja fuerte, ahí arriba. El boquete que hice en la pared coincide en línea recta con el centro de la bañera. Cuando yo retiré la caja y la abrí, el cheque debió de deslizarse y caer planeando dentro del baño, sin que yo lo notara. Los pliegues de la cortina de la ducha me lo ocultaron hasta ahora. Pero esto no interesa. ¿Comprendes lo que esto significa?

—Ya lo creo que sí. Hay grandes probabilidades de que ese Holmes sea nuestro masticador de cigarros, ¿no te parece?

—¡Que si me parece! Ahí hay algo como para matar a… Doce mil quinientos… ¡Oh, oh!

—Puede ser que este Holmes haya venido aquí esta noche para verle, ya sea para pagarle o para pedirle que no le demandara hasta que él pudiese reunir dinero para pagarle en breve. Y, debido a que Graves no encontró el cheque cuando fue a buscarlo, Holmes pensó que el otro tramaba algo, y esto motivaría una querella, al fin de la cual Holmes le disparó. Luego, en cierto modo, yo sigo siendo responsable de su muerte…

—Olvida eso. Holmes no debió de matarle, aunque sospechara que retenía el cheque usado contra él. Holmes… —dijo, pensativa, llevando un dedo a la boca—. He oído o visto ese nombre en algún lugar, esta noche. Aguarda… ¿No había algunas tarjetas en su cartera? Creo que fue en una de ellas.

Se dirigió a la habitación contigua y volvió a arrodillarse en el suelo. Abrió la cartera y revisó las tarjetas que ya habían visto antes. Mirando a Quinn con gesto afirmativo, dijo:

—Ya me parecía a mí. Holmes es su agente de bolsa. Aquí está.

Quinn se acercó a ella, cheque en mano.

—Es raro. Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero ¿no es normal que los clientes den cheques a sus agentes, y no a la inversa?

—Podría haber una explicación. Tal vez Holmes malversó algunos valores que le fueron confiados y Graves le pidió una liquidación antes de lo que aquél esperaba. Ante eso, trató de ganar tiempo entregándole un cheque sin fondos. Cuando éste fue devuelto y Graves le amenazó con hacerlo arrestar…

—¿Tiene alguna dirección?

—No; solamente la firma, en un ángulo.

—¡Bien, corro a buscarlo! —dijo, apretándose el cinturón—. ¡Y tú, vete a la estación del autobús a esperarme allí!

Luego, como viera que ella no hacía ademán alguno de moverse:

—Estás de acuerdo conmigo en que fue Holmes, ¿eh? —preguntó.

—No —replicó Bricky, ante su sorpresa—. Si algo sigo creyendo, es que fue la dama de la conga.

Quinn agitó el cheque.

—Pero ¡cómo! ¿Después de haber encontrado esto?

—Hay varias cosillas que no tienen para ti valor alguno. Ante todo, si Holmes lo hizo, fue para asegurarse el cheque. ¿Cierto? Entonces nunca habría salido de aquí sin él. Una vez llegado al extremo de matarlo por esta causa, lo habría buscado hasta encontrarlo. Sabía que esto le acusaría cuando se encontrara. Como ocurre ahora.

—Puede haber estado buscándolo y no haber dado con él…

—¿Ves algún signo de búsqueda por toda la casa? ¿Muebles abiertos, cajones removidos…? Nada de eso. Otra cosa, además, me induce a pensar en esa mujer (supongo que te va a causar risa), y es: Graves llevaba el esmoquin cuando murió.

—¡Oh, oh, Bricky…! —protestó él.

—Sabía que no lo tomarías en serio, pero la impresión que tengo de él, sin que pueda explicármela, es que era de ese tipo de hombre que nunca reciben a una mujer sin la chaqueta puesta, aun cuando se trate de una chantajista. Y era ya bien tarde, y la había llevado toda la noche. Pienso que si hubiera sido Holmes, lo veríamos ahora sólo con el chaleco y hasta quizá en mangas de camisa. Pero ése es sólo el significado que el hecho tiene para mí; no pido que también

lo tenga para ti. No es más que una suposición. De todas maneras, creo que fue la mujer.

Tras breve pausa, Quinn se rió sin espontaneidad.

—Antes no teníamos nada. Ahora tenemos demasiado nuevamente.

—Lo que dije antes sigue siendo válido, especialmente ahora que tenemos menos tiempo. Uno de ellos sigue siendo el inocente; el otro, el culpable. No tenemos más remedio que atrapar al culpable en la primera salida. No podemos los dos ir en busca de uno solo; pues aunque las probabilidades son iguales por ambas partes, no debemos arriesgarnos. Si nos fallan, uno de ellos podría escapar entre tanto. Supón que, a fin de cuentas, Holmes fuera inocente. Mientras nos cerciorábamos, no habría ya tiempo para ir tras la mujer.

—Pero es él, y no otro. Todo lo que hay aquí te lo dice en forma incontestable.

—Tenemos aquí motivos suficientes para que Holmes lo haya matado —admitió Bricky—. Los hay de sobra, pero no estamos seguros de que él estuviera aquí esta noche. El cheque y lo demás, sólo son…, ¿cómo se llaman a eso?…

—Evidencias circunstanciales —refunfuñó Quinn.

La joven asintió.

—También es circunstancial lo de ella. Todo lo que nos rodea es circunstancial. Él recibió una nota de una mujer en un club nocturno. En ella le decía que vendría aquí. Y una mujer estuvo aquí. Pero esto no significa que fuera la misma mujer; pudieron ser dos distintas. Un tal Holmes le dio un cheque, que ha sido rechazado. Y un hombre ha estado aquí esta noche, disputando con él y mordiscando un cigarro. Pero también pueden haber sido dos hombres diferentes.

—Ahora los has convertido en cuatro.

—No, sólo dos: uno para ti y otro para mí. Yo voy tras ella, tú le buscas a él. Y aquí de nuevo a las seis menos cuarto, como dijimos antes.

Apagaron las luces y el cadáver quedó sumido en la oscuridad. Bajaron la escalera.

Esta vez se separaron sin besarse. La promesa de perseverancia, hecha una vez, no necesitaba ser renovada.

—Te veré luego, Quinn —murmuró la joven, de pie junto a él en la puerta de la calle.

Esperó unos momentos por no entorpecerle la salida. Cuando salió a su vez, Quinn había desaparecido. Como si nunca le hubiera visto. O como si nunca hubiera de verlo nuevamente.

Únicamente la ciudad estaba allí, como un monstruo lamiéndose perezosamente las fauces.

16:18

ESTA VEZ TENDRÍA QUE SER más fácil que la anterior, aunque abrigaba sus dudas al respecto. Tenía un nombre y una ocupación, y sólo tenía que localizarlos. La vez anterior sólo había contado con un botón y una característica —la particularidad de que su perseguido era zurdo—, y ni aun de esto estaba seguro. Cuando pensaba en el valor que hubo de desplegar en la última búsqueda… ¡bien, no era de extrañar que terminara en humo! Pero cuando veía el poco tiempo con que contaban ahora, presentía un final igualmente estéril.

Había tres del mismo nombre en la guía telefónica. Primero buscó la dirección. Uno estaba en la Diecinueve, otro en la Setenta y el tercero en una calle con un nombre que nunca había oído. Nadie contesta prontamente una llamada telefónica a hora tan avanzada de la noche.

Finalmente, se oyó el ruido metálico y luego una voz de mujer. Voz de sueño. Era la Diecinueve.

—¡Hola! —dijo, contrariada.

—Necesito hablar con Holmes, con Arthur Holmes.

—¿Hablar con él? —inquirió la voz, ásperamente—. Pues llega un poco tarde. Veinte minutos tarde.

La voz iba a cortar, a juzgar por el tenor de su respuesta. Corte brusco y definitivo.

—¿Puede decirme dónde puedo encontrarle? —habló con celeridad para que la mujer tuviese que oírle.

—Está en la Comisaría del distrito. Allí lo encontrará. ¿Qué es lo

que quiere?

Se había entregado. Había ido allí por propia voluntad. Quizá todo había terminado ya, tal vez todo había sido superfluo, y se habían torturado la mitad de la noche para nada…

Pero tenía que averiguarlo. ¿Y cómo averiguarlo? Quizá ni aquella mujer lo supiera. Se diría por su actitud, actitud de sirviente o de ama de llaves.

—El que yo busco es agente, ¿sabe? Agente de Bolsa…

—¡Oh, él! —quince años de reprimido descontento había en aquella voz. Una vida de latente rencor expresada con una sola sílaba. El receptor, aun en el extremo de la línea, debió de haberse ablandado al contacto con aquel calor y fundirse lentamente en una estalactita gomosa—. Ganas no le faltan. Es el sargento de guardia en la Décima Sección, próxima a la calle Veinte; y esto es lo que siempre será, lo único para lo que tiene suficiente inteligencia, y si quiere puede decirle que yo se lo he dicho. De paso, ya puestos a ello, dígale que se guarde esa lengua embustera en cada una de las cervecerías donde pone el pie, y todo para conseguir que le ofrezcan una maldita copa. Unas veces es el guardaespaldas del gobernador, otras está en el servicio secreto, ahora es agente de Bolsa. Me tiene enferma con sus llamadas de borracho a todas horas de la noche y…

Quinn colgó el auricular con un golpe impaciente.

Uno de ellos. No deseaba estar cerca de uno de ellos, ni siquiera como ahora por medio de tres kilómetros de alambre. No quería acercarse tanto a ninguno de ellos. Era para eso para lo que estaba haciendo lo que hacía, para mantenerse alejado de ellos.

TARDÓ UN MINUTO en reponerse. Pero había que proseguir. Habría preferido no hacerlo después de aquello, pero tenía que hacerlo.

La Sesenta.

Esta vez no hubo ninguna espera, a pesar de la hora. La persona que le atendió debía de estar allí, junto al aparato o esperando a algunos pasos de distancia.

Era una voz joven. Veinte años, quizá. Tal vez era su ingenuidad lo que daba esta impresión. Hay voces que nunca envejecen. Era

una voz dominada por la impaciencia, impaciencia pronta a degenerar en temor. Era incontenible; no admitía espera, tenía que desahogarse.

Esta llamada era suya, ella se la había apropiado. Como si en aquel momento particular sólo pudiera haber una llamada, como si esa llamada debiera ser la que él había hecho. Sólo lo escuchó a medias, lo bastante para convencerse de que era una voz masculina. Bastante, era suficiente.

No hubo la más leve interrupción en aquel torrente de palabras.

—¡Oh, Bixy! Creí que nunca ibas a llamar. ¿Por qué tardaste tanto, Bixy? Desde hace horas estoy aquí marchitándome; ya lo he empaquetado todo y aquí estoy esperando, sentada sobre mis cosas. Te he llamado dos o tres veces, pero las líneas deben de haber estado cruzadas, pues parecían no saber a quién me refería. ¿No es ridículo? Bixy, hace un rato que me siento inquieta, no puedo remediarlo —la voz trató de reír de sí misma, sin éxito—. Todas mis joyas y efectos…, ¿qué voy a hacer? Sólo se me ocurrió después. Ya le envié un telegrama, en cuanto nos separamos. Ya sé que me recomendaste que no lo hiciera, pero me parece la única cosa decente. Por tanto, tenemos que seguir adelante; hacerlo sin vacilar…

El alud se detuvo. La voz se dio cuenta. Quinn no podía decir cómo, no había pronunciado una palabra, pero súbitamente se dio cuenta.

—¿Estoy hablando con…?

La voz agonizaba. Tal vez no físicamente, sino por la emoción.

—Lamento el incidente. Yo quisiera… Pedí con Arthur Holmes.

La voz perdió su viveza. La voz muerta contestó:

—Está en Canadá, pescando. Partió el jueves de la semana pasada. Diríjase a…

—¿El jueves pasado? No importa ya.

—Corte, por favor. Estoy esperando una llamada.

La comunicación fue cortada.

El siguiente fue el de la calle desconocida para él.

La telefonista dijo finalmente:

—No contestan.

—Insista, por favor.

Continuó llamando.

Se detuvo finalmente. Creyó que ella había cortado la comunicación. El resultado tardó un minuto. La telefonista no había cortado; era que habían levantado el auricular. Al otro lado había contacto con el extremo de la línea, pero no respondía voz alguna. Si la telefonista hubiera cortado la comunicación, el aparato habría devuelto la moneda. ¿Escuchaba alguien sin hablar? ¿Alguien, un poco asustado?

Este solo indicio revelaba un comienzo prometedor. Nadie habló. Quinn esperó. Alguno tenía que ceder. Quinn fue el primero.

—¡Hola! —dijo suavemente.

Hubo un carraspeo en el otro extremo.

—¿Sí? —dijo una voz reticente.

Comenzaba bien, comenzaba como si fuera la verdadera pista. Temía forjarse esperanzas. ¡Había sufrido ya tantas decepciones!

Era una voz de hombre, muy baja y circunspecta.

Aun en aquel solo «¿Sí?» se mostraba cauta.

—¿Hablo con el señor Arthur Holmes?

Tenía que identificarlo, asegurarse primero de que era él; después, retenerlo allí, una vez hecho esto… Había, pues, que empezar con mucho tiento.

—¿Quién habla?

No había admitido que era Holmes; Quinn trató de salir del paso fingiendo que lo había hecho.

—Bien, señor Holmes; usted no me conoce.

El otro no cayó en la celada.

—¿Quién quiere hablar con el señor Holmes? —preguntó.

Quinn insistió.

—El nombre no le es conocido, señor Holmes.

Nuevo fingimiento de la voz.

—No he dicho que yo fuera el señor Holmes. He preguntado quién es usted. Si antes no me dice quién es, no le podré decir si puede hablar con él o no. Es muy probable que no pueda; particularmente a esta hora. De modo que no me haga perder más tiempo, a menos que vaya a decirme quién es o lo que quiere del señor Holmes.

Ese «¿qué quiere usted?» era lo que estaba esperando. Le proporcionaba la brecha que necesitaba.

—¡Muy bien! —dijo con fingida decepción—. Le diré ambas

cosas. Mi nombre es Quinn, el de un extraño. El señor Holmes no me conoce. Lo que yo quiero es… Quiero devolver un cheque que pertenece al señor Holmes.

—¿Cómo? —exclamó prestamente la voz—. ¿Qué es eso?

—He dicho que tengo un cheque que pertenece al señor Holmes. Pero antes quiero saber si hablo con él. ¿Es la casa del Arthur Holmes que está vinculado con la firma bancaria de Weatherby y Dodd?

—Sí —respondió la voz sin demora—. Sí, esta es.

—Bien, ¿quiere usted dejarme hablar con él?

La voz vaciló un instante. Se decidió, por fin.

—Con él habla —contestó quedamente.

Había ganado el primer tiempo; lo tenía bien atrapado. No había peligro de que en adelante se le escapara. Todo lo que tenía que hacer ahora era acercarlo más hacia sí.

Le repitió lo que ya le había dicho dos veces.

—Tengo un cheque que le pertenece —dejó que el aviso obrara por sí mismo.

La voz volvió a mostrarse cautelosa.

—No comprendo. Si dice usted que no me conoce, ¿cómo puede tener eso? —luego añadió, más rápidamente—: Temo que esté equivocado.

—Lo tengo ahora mismo en mis manos, señor Holmes.

La voz flaqueó nuevamente, desfalleció.

—Un momento —Quinn se tomó unos instantes para dar un mayor efecto artístico a sus palabras, como si lo mirara de cerca—. Stephen Graves —con esa leve entonación solemne que acompaña a la lectura en voz alta, en contraste con el discurso improvisado.

Representaba su papel; el efecto que deseaba producir era más de posesión inocente y accidental que de peligroso conocimiento. Había aún excesiva distancia entre ellos.

La voz se quebró como si se le hubiera anudado la garganta. Nada dijo, pero el esfuerzo que hizo para liberarse corrió de un extremo a otro del cable.

Quinn se decía: «Es culpable, bien culpable. Si se descubre así fuera de mi vista, cómo será…».

La voz recuperó su dominio.

—Absurdo. Ningún cheque mío está extendido a ese nombre.

Vea, amigo: yo no sé lo que se propone, pero le aconsejo que no…

Quinn mantuvo su tono invariable, indefinible.

—Si usted lo coteja con su talonario, verá que digo la verdad. El número en el ángulo de la derecha es el veinte. Es el cheque vigésimo de ese talonario. Está girado contra el Chase National Bank, con fecha veinticuatro de agosto. Es por la suma de doce mil qui…

Se oyó como si algo hubiera caído en el otro extremo. Un sonido hueco, como si el auricular hubiera caído de sus manos y tratara de recuperarlo.

«Lo tengo, lo tengo —pensaba Quinn—. Esta vez es seguro».

Podía esperar. Desde aquel momento no tenía más que improvisar, amoldar las respuestas a lo que aconsejaran las circunstancias.

—¿Y cómo es que…, cómo ha llegado ese cheque a su poder?

—Lo he encontrado —explicó el joven como simple información.

—¿Podría…? ¿Quiere decirme dónde?

El asunto le preocupaba. El hombre respiraba de prisa; parecía luego olvidarse de hacerlo durante algunos segundos y volvía finalmente a respirar rápida, nerviosamente; Quinn podía seguir con lucidez el proceso, como si en lugar del teléfono tuviera un estetoscopio junto al oído.

—Lo encontré en el asiento de un taxi; quizá el que lo ocupó antes que yo lo dejó caer al abrir la cartera.

«Dejémosle creer que fue Graves», dijo para sí.

—¿Quién estaba con usted cuando lo encontró?

—Nadie. Yo solo.

La voz ensayó el escepticismo a modo de prueba, en busca de la admisión que suponía levemente oculta.

—Vamos, no me diga eso. Siempre hay dos cabezas en asuntos como ese. ¡Vamos…! ¿Quién estaba con usted?

—Nadie; ya se lo he dicho. ¿No sabe que una persona puede estar sola a veces? Bien, yo lo estaba.

La voz ansiaba oír eso mismo, lo prefería así. Quinn habría podido asegurarlo.

—¿A quién se lo mostró después? ¿Con quién habló después de encontrarlo?

—Con nadie.

—¿Quién está con usted ahora?

—Nadie.

—¿Quién le sugirió la idea de llamarme a las cuatro y media para eso?

—Pensé que tal vez le interesaría recuperarlo —explicó Quinn, tranquilizador.

La voz consideró el asunto. No porque hubiera caído en la celada, sino para darla impresión de que estaba haciendo un profundo estudio del caso. Como si pudiera haber más de una respuesta a su sugerencia.

—Permítame preguntarle algo antes. Suponga…, esto es sólo hipotético…, suponga que no pienso rescatarlo, que no tiene valor alguno para mí. ¿Qué hará con él?

¿Lo tirará?

—No —repuso Quinn, indolente—. Probablemente lo guardaré y buscaré al destinatario, Stephen Graves. Trataré de encontrarlo.

Aquello acabó por desarmarlo, si lo anterior no lo había hecho ya. Quinn casi podía oír los potentes latidos de su corazón…

Hubo una interrupción; alguien se interpuso. La telefonista dijo:

—Sus cinco minutos pasaron. Deposite otra moneda, por favor.

Dirigido a Quinn. Este miró la moneda que tenía preparada en la palma de la mano para el caso de que la conversación no hubiera tenido el cariz favorable que presentaba ahora.

Calló durante unos segundos en espera de lo que sucedería.

La voz gritó salvajemente:

—¡Espere un minuto! No corte la comunicación de ninguna manera.

Quinn deslizó la ficha. Oyóse un clic y prosiguieron la conversación.

«¿Temeroso yo de perderlo? —pensó el joven—. Es él quien tiene miedo de perderme a mí».

La voz había experimentado un gran sobresalto; decidió abandonar aquel juego de ficciones:

—Y bien; yo… Me gustaría ver ese cheque que tiene —capituló —. No tiene valor alguno para nadie. Hubo una equivocación…

Quinn le descargó el golpe.

—Fue devuelto por el Banco —dijo sencillamente.

La voz se tragó aquello, tanto literal como metafóricamente.

—Permítame preguntarle algo. ¿Dijo que su nombre era Flynn?

—Quinn. Pero esto, realmente, no establece ninguna diferencia.

—Dígame algo referente a usted. ¿Quién es usted? ¿En qué se ocupa?

—No veo que eso tenga nada que ver con este asunto.

La voz probó de nuevo:

—¿Es usted casado? ¿Tiene familia que sostener?

Quinn se puso un poco en guardia, mientras consideraba la situación. «¿Por qué me pregunta eso? —se decía—. ¿Para calcular cuánto deberá pagarme para que le guarde el secreto? No…; debe de haber un propósito más siniestro tras esa pregunta. Para saber si buscarán… en caso de que me ocurra algo».

Sintió como si los cabellos de la nuca se le erizaran un poco.

—Soy soltero —dijo—; vivo solo.

—¿Ni siquiera tiene un compañero de habitación?

—Nadie. Estoy completamente solo.

La voz se endulzó un poco. Olfateó en la trampa, más cerca, en busca del cebo. Y el cebo principal, díjose Quinn, no era exclusivamente el cheque, era su vida.

—Pues bien, Quinn. Quisiera ver ese cheque… Tal vez pueda hacer algo por usted.

—Muy agradecido.

—¿Dónde está ahora?

Vaciló en decir la verdad exacta.

—Estoy en la calle Cincuenta y Nueve. ¿Conoce el Baltimore Lunchroom de esa calle? Yo estoy ahí, hablando desde ahí.

—Voy a decirle lo que haré. Deme un poco de tiempo para vestirme. Estaba en la cama cuando llamó, ¿sabe? Me visto y salgo en seguida. Usted vaya… A ver; aguarde… —la voz trataba de imaginar algo, pero algo más que la sola selección de un lugar para el encuentro de dos personas. Quinn, consciente del hecho, esperó —. Ya está. Usted diríjase a Columbus Circle, donde Broadway se separa de Central Park, formando una pequeña manzana triangular. Hay ahí un café de dos entradas, abierto toda la noche. Entre allí y… ¿Tiene usted dinero?

—No.

—Bien; entre de todos modos; no le molestarán. Diga que está esperando a alguien. Siéntese junto a la ventana, bien cerca de la

ventana, del lado de Broadway. Yo entraré en contacto con usted dentro de quince minutos.

«¿Por qué enviarme a otro lugar? —pensó Quinn—. ¿Por qué no viene al lugar en que estoy? Temerá que haya aquí una trampa; que yo tenga alguien al acecho fuera de su vista». También tomó nota de la expresión usada. No había dicho «Estaré con usted», sino «Entraré en contacto con usted». «Está tratando de envolverme bien, antes de estar cerca de mí. Procede hábilmente; pero por más hábil que sea, nada le salvará. Yo tengo el cheque y él necesita recuperarlo. Aun cuando haya de pasar toda la noche y correr tras de mí por todo Nueva York».

Quinn accedió sin hacer mayores comentarios ni despertar sospechas.

—Perfectamente —se limitó a decir.

—Quince minutos —dijo la voz.

La conversación cesó.

QUINN DEJÓ EL TELÉFONO. Se dirigió al lavabo, plantó un pie contra la pared y se descalzó. Luego sacó el cheque, lo cubrió con un trozo de papel para protegerlo, y lo extendió sobre la planta del zapato. Hecho esto se calzó y se puso en pie. Había seguido el ejemplo de Graves.

Abandonó el lavabo y en el camino hacia la calle se detuvo un momento junto a los cestos rectangulares de mimbre donde estaban colocados los cubiertos.

No había nadie más que él en el lugar, y el mozo ocupado detrás del mostrador, no lo miraba. Sustrajo uno de los cuchillos y subrepticiamente probó el filo con los dedos. Estaba romo; no era de mucha utilidad, pero algo había que llevar, aunque sólo fuera para su tranquilidad, más que para un uso efectivo. Lo envolvió en una servilleta de papel y lo sepultó en un bolsillo de la americana.

Caminó por el parque hasta Columbus Circle, y llegó allí tres minutos antes de lo convenido. Se sentó en una mesa junto a la ventana en el lado de Broadway, y esperó.

Podía verse ampliamente todo el lugar desde fuera. Por ejemplo, desde el lado oeste de Central Park, quien estuviera en la parte

oscura, bien desde la acera o desde un auto adosado a la acera, podría ver el interior hasta el fondo, a través de toda la parte iluminada. Quinn, que simulaba mirar a la zona opuesta, quedaba perfectamente visible.

El joven sabía esto, sabía por qué Holmes había elegido aquel lugar.

Una o dos veces miró hacia afuera. En una ocasión le pareció ver la forma oscura, confusa de un automóvil, que había estado detenido hasta que atrajo su atención, deslizarse lentamente en la penumbra. No era difícil que fuera algún coche que pasaba casualmente detenido por la luz roja al acercarse al Circle.

Los quince minutos llegaron a su término; luego dieciocho, luego veinte.

Comenzó a sentirse intranquilo. «Tal vez me he equivocado al juzgarle —pensó—; tal vez no quería sino tiempo para escapar. Puede ser que tenga más miedo de hablar conmigo que de no recuperar el cheque».

»Es él, no hay duda, es él; pero ahora he embarullado las cosas, y se me ha escapado». La frente comenzaba a empapársele de sudor, y, tan pronto se la enjugaba y la secaba, volvía a empaparse de nuevo.

Se oyó el timbre del teléfono junto al escritorio del cajero.

Miró hacia aquel lado y volvióse luego. Alguien tamborileó en los cristales. Miró en torno nuevamente y vio que el cajero le hacía señas.

Se aproximó, y el cajero dijo:

—Alguien dice que desea hablar con un hombre que está sentado junto a la ventana, del lado de Broadway. Le prevengo, sin embargo, que debe abstenerse de convenir llamadas aquí, en mi escritorio —añadió, y alargó el auricular, no obstante.

Era él.

—¡Hola! ¿Quinn?

—Sí. ¿Qué le ha ocurrido?

—Le estoy esperando en un lugar llamado Owen's. Estoy en el bar. Es en la Cincuenta y Uno.

—¿Qué se propone? Primero me dice aquí; luego… ¿Piensa tenerme yendo de un lugar a otro?

—Tiene razón, pero… Venga aquí donde estoy. Tome un taxi,

que yo le pagaré cuando llegue.

—¿Está seguro de que no se burla esta vez?

—No me burlo. Estoy ya en el lugar, esperándole.

—Bien; voy a ver si es cierto o no.

16:26

SE PASEABA ARRIBA Y ABAJO frente al Perroquet, golpeándose con un puño la palma de la otra mano. No le permitirían ya el acceso al lugar. El letrero sobre la puerta estaba apagado; los cubos de basura llenos en la calle. Todo vestigio de animación, extinguido. El club estaba muerto. Muerto, aunque no frío del todo, en marcha aún el proceso de devolver los fantasmas. De cuando en cuando una figura solitaria salía y se alejaba, alguien que se ganaba el sustento allí. Era aquella la hora de salida de los que trabajan en los clubs nocturnos, cuyos relojes marchan a la inversa de todos los demás.

Mientras se movía, vigilante, a la espera de cualquier información, consideraba su situación.

Allí dentro —se decía—, en este lugar frente al cual monto guardia, una mujer pelirroja, vestida de verde pálido, entregó una nota a Graves, hacia medianoche. Conozco el lugar y la nota. Bien, tengo eso. Veamos ahora. En primer lugar, para escribir esa nota necesito lápiz y papel. Estas son cosas que las mujeres de su clase no suelen llevar consigo; envían sus mensajes con los ojos y con las caderas. Tal vez tuviera lápiz y papel; si así hubiera sido, diré: mala suerte. Confiemos, sin embargo, en que no haya llevado consigo ni una cosa ni otra; tendría que pedirlo a alguien. Es poco probable que haya interrumpido a uno de los bailarines en la sala para decirle: «¿Puede prestarme papel y lápiz?». Igualmente es poco probable que se haya acercado a una pareja o grupo de una de las

mesas para lo mismo. ¿Quién queda? El camarero de su mesa, si se sentaba en alguna. El hombre del mostrador, si se sentaba ante él. La muchacha del guardarropa. La empleada del tocador.

Esto reduce las posibilidades a uno que trabaja ahí dentro.

Pese a las ropas de calle que usaban Bricky sabía identificarlos fácilmente, a medida que iban saliendo, uno a uno. Esa bella y acicalada mocita, por ejemplo, no podía ser otra que la encargada del guardarropa.

Se detuvo, de pronto, al sentir sobre la manga la mano de Bricky, y una expresión de positiva sorpresa se pintó en su rostro al ver que la mano que la detenía era femenina esta vez. Por un momento pareció algo asustada y asumió un aire culpable, como quien teme algo, hasta que la pregunta fue formulada.

—No; nada de eso ocurre en mi sección —dijo con voz infantil, aflautada—. Todos usan sus propios lápices, y eso es todo lo que yo sé.

Abrió el bolso y extrajo un puñado de tarjetas y trozos de papel con nombres escritos, direcciones, números telefónicos.

Uno de los papeles cayó y ella lo empujó con el pie.

—Déjelo ir —dijo—; tengo bastantes sin ese —puso aparte los otros—. Ninguna mujer me pidió un lápiz; en realidad, no tengo ninguno.

«Aquella bonita damisela, también lujosamente vestida, debe de ser la encargada del tocador», pensó.

—¿Qué clase de lápiz? —contestó a la pregunta con otra—. ¿Un lápiz para los ojos?

—No; uno corriente, el que usted usa para escribir.

—Ellas no van allí para escribir, monada. Número equivocado.

—Pero ¿nadie le pidió uno en toda la noche? —insistió Bricky.

—No; eso era lo único que nos faltaba. Me da una buena idea; creo que mañana me procuraré uno y lo tendré allí. Tal vez alguien lo necesite.

Salió un hombre esta vez.

Se detuvo y movió la cabeza.

—Nadie pidió un lápiz en mi extremo del mostrador. Pregúntele a Frank, el empleado del otro extremo.

Salió otro hombre.

—¿Es usted Frank?

Él se detuvo y sonrió, quemándola con la mirada.

—No; soy Jerry, pero no tengo nada que hacer. No haga caso del nombre.

Esta vez fue ella la que tuvo que retirarse, a diez o quince pasos, hasta que él partió y la costa estuvo libre.

Mientras tanto, alguien había atravesado la puerta y seguía su camino. Bricky tuvo que correr unos pasos para alcanzarlo.

—Sí, me llamo Frank.

—¿Recuerda si una muchacha le pidió prestado un lápiz esta noche? Era alta, de cabellos rojos, y llevaba puesto un vestido verde pálido. ¡Oh, ya hace rato, al comienzo de la noche! Trate de recordar.

—Sí —dijo, pensativo—; alguien que responde a esas señas me pidió un lápiz. Ahora recuerdo. Serían alrededor de las doce. Sí, alguien me pidió un lápiz.

—¿No sabe cómo se llama?

—No, eso no. Tengo entendido que trabaja en uno de los clubs de los alrededores.

—¿Conoce el nombre del club?

—Tampoco. Dije eso porque oí que alguien le decía: «¿Qué estás haciendo aquí? ¿Ya terminaste el trabajo en el otro club?».

—Pero ¿no sabe cómo…?

—No sé quién es, dónde trabaja ni nada referente a ella. Sólo sé que me pidió un lápiz y estuvo cerca de mí, escribiendo algo tras su brazo por un minuto; luego levantó la cabeza y me lo devolvió.

El hombre siguió allí un rato más. Todo cuanto podían decirse estaba dicho.

—Quisiera poder ayudarla.

—Yo también —dijo débilmente ella.

Él se volvió y se alejó. Bricky continuó allí mirando al suelo, desorientada.

¡Probablemente, no podría llegar más lejos! ¡Tan cerca y, sin embargo, tan lejos!

Se irguió nuevamente. El hombre rehacía su camino y se acercaba.

—Parece usted muy preocupada.

—Bastante —admitió ella ingenuamente.

—Esto quizá pueda ayudarla. Yo no sé si usted trabaja también

en un club nocturno o no, pero ellas tienen costumbres extrañas. Hay aquí una especie de bar teatral donde todas se reúnen después que los clubs cierran sus puertas. Las personas extrañas a la profesión suelen pensar que van allí con esos «galanes de camerino» a divertirse bebiendo champaña. Algunas de ellas lo hacen, pero la mayoría no. Es cosa de no creerlo. De diez veces, nueve corren hacia ese sitio como una tropa de chiquillas cuando se cierra la escuela. Allí están a sus anchas. Charlan por los codos, beben leche malteada y andan con el cabello suelto. Vaya allí y échele un vistazo. Puede que consiga lo que busca. Merece la pena probar.

«¿Merece la pena probar?». Bricky partió tan velozmente que dejó al hombre asombrado, contemplándola. Fue casi una carrera. Distaba un par de manzanas.

NO ESTABAN EXACTAMENTE ALINEADAS junto al mostrador, como el hombre había casi sugerido. Sin duda se debería a que ya era tarde y a que la mayoría de ellas se habían marchado. Una de ellas tenía un galgo ruso, que seguramente había traído para hacer un poco de ejercicio antes de acostarse. Formaban corro en torno al animal arrojándole migajas de sus platos y armando gran bullicio. Su dueña llevaba una especie de traje de calle, con chaqueta de polo echada sobre los hombros. Bajo ésta, un pijama; iba sin medias y con pantuflas. Ninguna de las tres integrantes del grupo tenía cabellos rojos.

Las tres levantaron la cabeza. Su atención se desvió del can, concentrándose súbitamente en Bricky.

—Creo que se refiere a Joanie —dijo una de ellas.

Luego, algo fatuamente, le preguntó:

—¿Se refiere a ella?

¿Cómo decirlo, si ella misma no lo sabía?

Al parecer, ninguna conocía su apellido.

—Yo únicamente la conozco por haberla visto aquí —dijo una.

—Yo también —corroboró otra.

—Esta noche no se la vio por aquí —apuntó la tercera—. ¿Por qué no se dirige a su hotel y pregunta? Está algo más abajo. Se llama el Concord, el Compton o algo parecido. Ignoro si aún

continúa allí; hasta hace dos noches estaba. La acompañé hasta la puerta para permitir que Stalin hiciera un poco de ejercicio.

Su atención se concentró nuevamente en Stalin; evidentemente lo consideraba más interesante.

El hotel tenía todas las apariencias de ser uno de esos lugares sombríos en los que se refugian tahúres, buscavidas nocturnos y otros sujetos de vida dudosa. No la asustó, sin embargo. Su experiencia en la sala de baile le había enseñado cómo tratar con ellos. Se encaminó a la recepción con la seguridad del que no espera ser rechazado. Un empleado de torvo aspecto, que hedía a alcohol y que debía de llevar el cuello de la camisa puesto durante más de una semana, se inclinó levemente para atenderla.

Bricky, acodándose cómodamente sobre el mostrador, profirió alegremente:

—¿Qué tal?

Él, abriendo la boca, mostró un espacio entre los dientes que indudablemente pretendía ser una sonrisa.

Bricky hizo girar el bolso por el extremo de la correa con la mano libre. Primero hacia un lado, luego hacia otro.

—¿Qué habitación ocupa mi amiga? —preguntó indiferente, mirando hacia el lóbrego vestíbulo—. Necesito verla un momento para decirle algo que me he olvidado. Ya sabe: Joanie. La que hoy llevaba vestido verde claro. La vi esta noche en el bar, pero… —profirió una risotada—. Esto no puede esperar; es demasiado bueno. Se va a *morir* de risa —y, con muestras de hilaridad, se inclinó palpándose la rodilla con una mano.

—¿Quién es esa? ¿Joan Bristol? —preguntó él con una mirada fatua, que era como una invitación a compartir la gracia, fuera cual fuere.

—Sí, sí, sí —dijo Bricky, dándolo por cierto. Sonriente le oprimió un costado, diciendo—: ¡Oiga, va a oír algo gracioso! —se inclinó en dirección al oído de él, como si fuera a hacerle una confidencia, y él acomodó la cabeza, inclinándose.

Repentinamente, con la típica volubilidad del papel de locuela que desempeñaba, cambió de idea.

—Espere un minuto; antes quiero contárselo a ella. Se lo contaré a usted cuando baje —se apartó un par de pasos del mostrador, no sin darle antes un cachecito bajo la mandíbula—. No se vaya de

aquí, Pop; no se vaya —luego, a modo de paréntesis, como si hubiera olvidado el asunto principal—: ¿Qué número me dijo usted que ocupaba?

El hombre cayó en la trampa. Había desempeñado bien su papel y había tenido éxito.

—Cuatro cero nueve, preciosa —dijo amablemente, arreglándose el lazo de la corbata raída, estimulado por la atmósfera que ella se ingenió en crear: una atmósfera de intimidad, de frivolidad voluble e inofensiva.

El empleado se dirigió hacia el decrépito conmutador cuya atención, evidentemente, era parte de sus tareas habituales.

—¡Oh, déjese de anuncios! —rezongó ella, agitando las manos —. Joanie no tiene que darse importancia conmigo. ¿A quién engaña? Sé bien que está dos semanas atrasada en el pago de la habitación.

Él asintió con risa melosa, y el intentado anuncio fue echado por la borda.

Se introdujo en el ascensor de la Cleveland-Administration con un exagerado vaivén de caderas. Conforme el techo de la planta baja iba descendiendo y se ocultó a su vista, desaparecía de su rostro la expresión de burda desenvoltura, como desplazada por un velo de sobriedad que cayera sobre sus facciones, devolviéndoles su gravedad primitiva.

Ella y el ascensorista negro subieron juntos los cuatro interminables pisos; el ascensor se detuvo por fin y la puerta se abrió dándole paso. Viendo que él parecía esperar su regreso, Bricky lo despidió con un gesto.

—Puede irse. Voy a quedarme un rato. La puerta del ascensor se cerró, y al desaparecer la menguada luz de este, el lugar volvió a quedar solitario y lóbrego.

DIO MEDIA VUELTA y avanzó por el pasillo débilmente iluminado, sobre una alfombra raída. A ambos lados puertas oscuras, inescrutables, cuya sola vista causaba desazón. Ninguna esperanza allí, ni en los que entraban o salían de 336 ellas. Otra hilera más de orificios en esa

gigantesca colmena que formaba la ciudad. Los seres humanos no debían entrar por semejantes puertas, ni permanecer detrás de ellas. Nunca entró allí la luz de la luna, de las estrellas, de nada natural. Eran peores que la tumba, porque la tumba es ausencia de conciencia. «Y Dios —se decía Bricky— ha ordenado la tumba para todos nosotros, pero no ha ordenado madrigueras como las de un hotel de tercera clase de Nueva York».

Se le antojó un pasillo muy largo, quizá porque sus pensamientos iban muy veloces. Forjaban cálidas visiones, mientras los pies la llevaban presurosos hacia el inminente desenlace que la esperaba a la vuelta del pasillo.

«¿Cómo voy a entrar ahí? —se decía, perpleja—. Y si entro, ¿cómo voy a saber si ella lo mató? Ellas no confiesan tales cosas. Si a veces toda la majestad del estado de Nueva York no puede arrancar esas palabras de sus labios, ¿cómo podré yo, sin ayuda alguna…? Y aun en el caso de que lo consiga, ¿cómo podré llevarla allí, a la calle Setenta, sin causar una profunda conmoción, sin pedir auxilio a la Policía, con lo cual haré más grave de lo que es la posición de Quinn, haciendo que nos detengan a los dos por sospechosos días y semanas sin fin?».

No lo sabía. No sabía ninguna de estas cosas. Sabía únicamente que iba adelante, que no podía retroceder. A medida que se acercaba sólo podía invocar al único auspicio amistoso que tenía en la ciudad.

—¡Oh, reloj de la Paramount que no puedo ver desde aquí! La noche va a expirar y el autobús está por partir. Permite que esta noche vuelva a casa.

Los números de las puertas desfilaban ante ella. Seis de este lado, siete del otro, y ocho detrás de este mismo lado. Y luego el final, el pasillo terminado en una puerta, la última de todas, en ángulo recto con éste. Cuatrocientos nueve: allí estaba, indiferente, impersonal. Y, sin embargo, tras ella se ocultaba su destino futuro, de forma invisible.

«De este simple madero —pensaba amargamente— depende que yo recupere mi dignidad humana o siga siendo una rata de sala de fiestas el resto de mi vida. ¿Por qué una puerta ha de tener tal poder sobre mí?».

Se miró el dorso de la mano, como si le preguntara. «¿Esa fuiste

tú? Pues no te faltó valor». La mano había golpeado; sin que ella se diera cuenta, sin esperar a que lo hiciera.

La puerta se abrió de par en par antes que tuviera tiempo de planear nada, de pensar lo que haría cuando estuviera abierta. Ambas mujeres se miraron de hito en hito, la desconocida y ella. Una cara tosca, maquillada, cerca de la suya, tan cerca que podía ver los poros como una malla fina. Ojos cautos, hostiles, tan cerca que podía ver sus vetas rojas en los ángulos.

El salón de la casa de Graves volvió a su memoria; con el recuerdo de su ascensión en las tinieblas con Quinn, e inconscientemente, advirtió que estaba aspirando otra vez el mismo perfume, sacando de ello conclusiones irrefutables.

Los ojos ya habían cambiado. La situación se definía rápidamente: la actitud hostil se había trocado en abierto desafío. Una voz ronca salió de una boca recia, contraída. Una voz que no admitía bromas de la menor especie.

—¿Qué mosca le ha picado? ¿Vino a pedir una taza de azúcar o ha llamado por error? ¿Desea algo en particular?

—Sí —dijo Bricky suavemente—. Quiero algo.

La mujer debió de haber aspirado una bocanada de humo antes de abrir la puerta y haberla retenido hasta entonces. Súbitamente, de las fosas nasales salieron dos columnas malévolas. Tenía la apariencia de Satán. Era una de esas personas de las cuales se desea huir. Su brazo, fuertemente arqueado, se disponía a cerrar la puerta en las narices de Bricky.

Bricky deseó volverse y alejarse, alejarse pronto. ¡Con cuánta ansia deseaba huir! Pero no se lo permitiría. Constábale que iba a entrar allí, aunque fuera a costa de su destrucción. La puerta tenía que seguir abierta.

Con el pie y el codo lo logró.

La boca de la mujer se volvió una cicatriz de amenaza.

—¡Quite eso de ahí! —gruñó.

—No nos conocemos personalmente —dijo Bricky con su tono más agrio de sala de baile—, pero tenemos un amigo en común, y esto hace que estemos en igualdad de condiciones.

La mujer alzó bruscamente la cabeza.

—Un momento… ¿Quién es usted? Nunca la he visto en mi vida. ¿De qué amigo habla?

—Hablo de Stephen Graves.

Una sombra de consternación veló momentáneamente la cara de la Bristol. «Pero —pensó Bricky— habría reaccionado de la misma forma si sólo hubiera ido a la calle Setenta con el fin de hacer víctima a Graves de un chantaje y si se hubiera retirado luego sin mayores contratiempos».

Hasta entonces, detrás de Joan Bristol, en una parte visible de la pared del fondo, había una sombra confusa, apenas discernible. No era de contornos bien marcados; más bien una sombra leve causada por la obstrucción del resplandor que venía de la pieza contigua. Ahora movíase sutilmente, corríase a un lado, desaparecía, como si lo que la hiciera cambiar de posición, se retirara, se ocultase.

Las pupilas de la mujer fulguraron brevemente en la misma dirección lateral; después se contrajeron inmediatamente, como si acabara de recibir alguna imperceptible señal dirigida a ella sola. En tono de encubierta amenaza, dijo:

—Suponga que entra por unos instantes y nos dice qué es lo que trae en el magín.

Abrió la puerta, pero no con gesto amable, hospitalario, sino en la actitud conminatoria de quien sugiere: «O entra por las buenas, o la hago entrar por la fuerza».

Por un momento más, Bricky fue libre aún; el pasillo se extendía carente de obstáculos a su espalda.

«Debo entrar —se dijo—. Espero que saldré con vida de aquí».

Entró. Pasó lentamente frente a la otra mujer y se encontró en una pieza de mal gusto, en una atmósfera cargada de humo de cigarrillos. Tras ella la puerta giró sobre sus goznes, rechinando con ominosa finalidad, como significando que quedaba bien cerrada. Una llave produjo ruidos: uno al girar en la cerradura, y otro al ser violentamente retirada.

«Me ha encerrado aquí con ella. Forzoso es quedarse y vencer; si no lo hago, no podré salir de nuevo».

LA BATALLA HABÍA EMPEZADO. Una batalla en la cual sus únicas armas eran su ingenio, su temple y la intuición femenina de que aún la bailarina

más humilde está dotada. Percibía que de allí en adelante cada mirada velada que dirigiera en torno, cada movimiento, por leve que fuese, debería ser tomado en cuenta, pues no le darían cuartel, no habría nuevas oportunidades.

La pieza estaba vacía, aparentemente. Una puerta que debía de conducir al cuarto de baño estaba ya firmemente cerrada cuando sus ojos la descubrieron, mas el picaporte acaba de detenerse sin cerrar la puerta por completo. Si ocurría que ella no sabía demasiado, la puerta seguiría así, y volvería a abrirse. Pero si resultaba que sabía demasiado… Ahí estaba la clave: encontrar exactamente qué era lo que podía saberse allí, y qué era saber demasiado. Esa puerta se lo diría. Tenía ya una regla para medir sus progresos.

Por lo demás, los cajones de un mísero escritorio se hallaban abiertos a distinto nivel, como si recientemente hubieran sido vaciados. En el suelo, a los pies de la cama, había una maleta de piel, repleta de prendas, como preparada para ser retirada. Cierto número de objetos se hallaban diseminados sobre el tocador, como si los moradores hubieran regresado desordenadamente y los hubieran arrojado sobre él. Había un bolso de mujer, un par de guantes y un pañuelo arrugado. El bolso dejaba ver su interior como si la mano agitada, que evidentemente había hurgado en él en busca de algo, hubiera tenido demasiada prisa para cerrarlo.

La Bristol permanecía a su lado, aplastando disimuladamente algo con el pie; pero un momento después, al volverse a mirar a Bricky, sostenía entre los dedos un cigarrillo consumido a medias. Bricky hizo como si no lo hubiera visto ya, consumiéndose en el borde de la mesa, sin dueño, hasta entonces. Un hombre suele dejar frecuentemente en el borde de una mesa q en cualquier otro lugar el cigarrillo que fuma. Una mujer, raramente.

El disimulo era inútil. Ese movimiento del picaporte de la puerta poco antes; aquella sombra movediza que vislumbró en la pared al entrar, bastaron para decirle cuanto necesitaba saber: «Somos tres ahora en este lugar».

Joanie Bristol apartó una silla y puso el respaldo contra la puerta cerrada. Seguidamente invitó:

—Sírvase tomar asiento.

Aun cuando Bricky hubiera querido sentarse en otro lugar, su

carcelera la obligaba a dar la espalda al cuarto de baño; pero por un espejo que tenía frente a ella, podría ver parte de la puerta que quedaba a sus espaldas.

Después de humedecerse los labios pintados, la Bristol preguntó:

—¿Cómo dijo que era su nombre?

—No lo dije, pero apúntelo como Carolina Miller.

La otra, aunque incrédula, no insistió.

—Conque conoce usted a un joven llamado Graves, ¿eh? Dígame qué le hace creer que yo lo conozco. ¿Le habló él de mí?

—No —contestó Bricky—; no me hizo mención de nadie.

—Entonces, ¿qué le hace creer que yo…?

Aquello hubiera sido una repetición y Bricky tenía prisa.

—Usted lo conoce, ¿no es así?

Joanie Bristol se mordió los labios, pensativa.

—Dígame… ¿Hace mucho que fue a verlo?

—No hace mucho.

—¿Cuánto?

Bricky dijo con estudiada negligencia:

—Vengo ahora mismo de allí.

La Bristol libraba una lucha consigo misma. Sus ojos vagaban por algún punto indeterminado, por encima de los hombros de Bricky, como en desesperada demanda de consejo. Prudente, Bricky se cuidaba de volver la cabeza y seguir las miradas con sus propios ojos. De todos modos, sólo había allí una puerta.

—¿Cómo lo encontró?

—Muerto —dijo Brick quedamente.

La Bristol no denotó verdadera sorpresa. Ciertamente, era sorpresa, pero una sorpresa malévola, vengativa, más que de auténtico sobresalto. En otras palabras, no era la noticia lo sorprendente, sino la fuente que la proporcionaba.

No contestó en seguida. Evidentemente, necesitaba conferenciar con la sombra vista poco antes en la pared. O ésta con ella. Un repentino chorro de agua de algún grifo tras la puerta cerrada, cortado bruscamente, fue la señal.

—Disculpe un segundo —dijo incorporándose—. Debo de haberme olvidado de cerrar el grifo ahí adentro.

Pasó junto a la silla de Bricky, estratégicamente colocada, y se introdujo en el cuarto de baño, cuidando de abrir la puerta lo

menos posible para evitar que pudiera verse el interior. La cerró tras un momento, a fin de que la visitante no viera nada si volvía la cabeza.

Ella misma brindó a Bricky la oportunidad de encontrar cualquier cosa, si es que la había. Tenía treinta segundos tan sólo. En ese breve lapso la pelirroja recibiría las instrucciones sobre cómo proceder. La ocasión no volvería a presentarse. Casi antes que la puerta se hubiese cerrado, Bricky estaba en pie. Sólo tenía tiempo para una cosa: el bolso abierto. Era el lugar obvio, el único accesible, dadas las limitaciones que el tiempo y el lugar le imponían.

No esperaba encontrar evidencias incontestables. Habría sido pedir demasiado. Pero algo, algo. Y allí no había nada. Lápiz de labios, polvera y otras cosas por el estilo. Crujido de papel por el tanteo de sus dedos en uno de los bolsillos laterales. Lo extrajo rápidamente, lo extendió y recorrió con los ojos. Nada aún. Una cuenta de hotel, no pagada, de 17,89 dólares por las habitaciones que ocupaban. Un hombre la habría dejado allí. ¿Qué valor podía tener? No tenía nada que ver con lo que estaba buscando.

Un instinto inexplicable le gritó: «Guárdala; puede tener algún valor». Se arrojó de nuevo en su asiento, hizo una breve manipulación en una de sus medias, y se quedó inmóvil.

Un instante después se abrió la puerta y la Bristol reapareció en la pieza, ya prevenida. Se colocó junto a Bricky, clavados los ojos en ella para impedir divagaciones.

—¿Por qué fue sola a la casa de Graves? ¿O iba acompañada de alguien?

Bricky le dirigió la mirada experta de quien ya ha pasado de los diecisiete años.

—Seguro. ¿No supondrá que llevo a mi abuelita en visitas de esa clase?

Su interlocutora pensó lo que ella había querido sugerir.

—¡Oh, en visitas de esas, claro!

—¡Claro!

—Y bien —la pelirroja se mordió los labios rojos—. ¿Alguien la habrá detenido en la puerta y le preguntaría cómo lo encontró? ¿Habría vigilantes, curiosos rondando frente a la casa, todos deseosos de averiguar cómo supo que estaba muerto?

Bricky contestaba a estas preguntas por puro instinto. Hasta que le eran formuladas, no tenía la menor noción de lo que iba a contestar. Era como caminar sobre una cuerda floja, sin pértiga de equilibrio ni red protectora debajo.

—No, no había nadie por los alrededores. Nadie lo sabía aún. ¿Cree que habría entrado? Creo que yo fui la primera que lo encontré, ¿sabe? Yo tengo una llave de la casa, que me dio él. Yo entré, y todas las luces estaban apagadas. Supuse que aún no habría regresado a casa, por lo que estuve esperando. Subí a su habitación, y allí lo encontré, tendido.

Joanie Bristol escuchaba el relato con febril interés.

—¿Qué hizo entonces? ¿Supongo que saldría corriendo, atrayendo con sus gritos a todo el vecindario?

La mujer equívoca que simulaba ser Bricky le lanzó otra de sus miradas ladinas.

—¿Por quién me ha tomado, preciosa?

Salí de allí, y muy rápidamente, pero sin alborotar. Apagué las luces, cerré la puerta tras de mí y dejé la casa tal como la encontré. Ni palabra a nadie, hermana.

¿Se cree que quiero andar mezclada en eso? ¡Sería lo único que me faltaba!

—¿Y cuánto hace que estuvo allí?

—Ahora mismo.

—Entonces, ¿es usted la única que lo sabe?

—Usted y yo.

El instinto le avisó que algo se movía a su espalda. Tal vez cierta agitación del aire o el crujido de alguna cosa.

—Así es. Todo lo que yo hago, lo hago sola.

—¿Vino usted sola hasta aquí?

El espejo del tocador, inclinado hacia ella, le mostró la parte más cercana a los goznes de la puerta a su espalda, girando lentamente hacia afuera. La superficie del espejo no era bastante amplia para mostrarle la puerta.

No tuvo tiempo para volver la cabeza.

Sólo tuvo tiempo para pensar: «La puerta se ha abierto detrás de mí. Hay alguien que… Esto prueba que ellos son los autores. Di en el blanco justo. Mi pista era la buena. La de Quinn, no».

Ese descubrimiento no le iba a reportar nada bueno. Así lo había

querido y lo iba a conseguir.

La Bristol le hizo otra pregunta, quizá más para tenerla desprevenida otro momento que porque necesitara la respuesta.

—¿Y por qué me relaciona a mí con eso? ¿A qué responde su visita aquí?

No tuvo necesidad de preocuparse por la respuesta.

Algo espeso, áspero, lleno de pequeñísimos nudos, le fue extendido desde atrás sobre la cara. Le pareció algo así como una toalla, aun cuando no se hallaba en condiciones de identificar exactamente qué era.

Se levantó prestamente y sintió que alguien la cogía fuertemente de un brazo por la muñeca. Joan Bristol se incorporó a la vez que ella y le aseguró el otro. Los dos fueron llevados atrás y atados fuertemente codo con codo con largas y delgadas tiras de lienzo, quizá toallas o fundas de almohada.

Por un momento no pudo respirar libremente, dada la fuerte presión del lienzo que le cubría toda la cara. La asaltó el horrible pensamiento de que iba a ser asfixiada, pero la tranquilizó algo pensar que no se habrían tomado el trabajo de maniatarla si ése hubiera sido su propósito. Gracias a esta reflexión evitó caer en un paroxismo de desesperación, capaz de provocar el desenlace que trataba de eludir, según ha ocurrido en muchos casos parecidos.

Una mano tosca, más pesada y ancha que la de la mujer, bajó levemente la toalla, dejando libres los ojos y las ventanas de la nariz. La parte restante de la cara fue atada con mayor vigor que antes, siendo tan violenta la presión en la parte posterior de la cabeza, que le pareció como si el cráneo fuera a quebrársele. Pero, por lo menos, podría enviar aire a los pulmones y conjurar los accesos de tos que empezaban a torturarla.

La Bristol permanecía frente a sus ojos, según pudo entrever, dirigiéndose a alguien que tenía a la espalda.

—¡Cuidado con la boca, Griff! A través de estas paredes se oye todo.

Una voz de hombre refunfuñó:

—¡Diablo de tacones altos! Se me están clavando en la espinilla.

La mujer se inclinó, quedando fuera de su vista, pues el grosor de la toalla impedía mirar hacia abajo; y Bricky sintió juntársele los tobillos con nuevas tiras delgadas empleadas diestramente, que la

redujeron a un estado de completa sujeción. Atada por ambos extremos, quedó convertida en un simple fardo.

Joan Bristol fue visible otra vez.

—Y ahora —preguntó—, ¿qué hacemos con ella?

La voz del hombre dijo:

—¿No te parece que debiéramos…?

No terminó la frase. Bricky comprendió el significado incompleto por la mirada torva de la mujer. Se le heló la sangre. Él había dicho eso tan calmosamente como si se tratara de bajar una cortina o apagar la luz.

La Bristol estaba medrosa, no por lo tocante a Bricky, sino por sí misma. Ella, mejor que nadie, debía saber quién era él, de lo que sería capaz.

—¡Aquí no, en la habitación con nosotros, Griff! Ellos saben que nosotros estamos en esta habitación. Esto en primer lugar.

—No; me has entendido mal —dijo él, con convicción—. Yo no pienso alborotar, ni nada parecido.

Dirigióse a la ventana, alzó el bastidor cuidadosamente, como uno de esos hombres expertos en el arreglo de la casa que sugieren alguna mejora. Una pieza de la instalación eléctrica que estaba embutida en una moldura quedó al descubierto. El hombre inclinó la cabeza y miró hacia abajo y afuera. Luego se volvió y habló tranquilamente a la mujer.

—Cuatro pisos deben ser suficientes —e hizo con la mano un gesto expresivo—. Nosotros tres estábamos bebiendo aquí, cuando se acercó a la ventana como si tratara de abrirla, aspiró un poco de aire, dio un salto… ¿Cuántas veces ocurre eso?

Bricky sintió como si el corazón fuera a saltársele del pecho.

—Sí, pero luego vienen las deducciones. Eso no nos conviene esta vez, Griff. Estaríamos varias horas sometidos a interrogatorio policiaco, y es posible que la cosa vaya demasiado lejos… Antes de que te des cuenta, otras cosas pueden salir a la luz.

Le dirigió una mirada que sólo debían ver los dos, pero en la pieza había tres que la comprendieron.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Dejarla aquí? —rezongó el hombre.

La Bristol se pasó distraídamente los dedos por el cabello.

—¡Mira en qué lío nos has metido! —gruñó ella, provocativa—. ¿Para qué diablos tuviste que…?

—¡Cállate! —dijo duramente Griff.

—Ella ya lo sabe. ¿Por qué crees que vino aquí?

—¿Por qué, entonces, no manejaste bien el asunto desde el primer momento? Así lo teníamos proyectado.

—No pude dominarlo; se rebeló por completo. Yo sólo fui hasta la puerta y te dejé entrar creyendo que lograrías amedrentarlo, hacerlo entrar en razón. Pero eso no significaba que llevaras las cosas a aquel extremo.

—¿Qué querías que hiciera, cuando quiso quitarme el arma? ¿Dejar que se echase encima? Ya viste lo que ocurrió. Tuve que matarlo en defensa propia. De todos modos, de nada sirve discutir por eso. Tú te encaprichaste, y ahí está el resultado. Este contratiempo es lo que ahora nos debe preocupar. Sigo creyendo que lo más cuerdo sería…

—No; te digo que no, Griff; eso sería lo más torpe, no lo más cuerdo. Déjala que cacaree después que nos hayamos ido. De todas maneras, no hay más que su testimonio en contra nuestra. Ella también estuvo allí, ¿no es eso? Ella pudo haberlo hecho lo mismo que nosotros. Salgamos de aquí cuanto antes…

Abrió de golpe la puerta del armario y miró a su interior.

—¿Qué te parece? La dejamos ahí dentro, bajo llave. Tiene al fondo la pared que da a la calle, de modo que no la oirán. Es excelente para nuestro plan. Habrán de transcurrir varios días antes que vengan a abrir esta puerta.

La llevaron allí entre los dos, con las piernas a rastras, y la arrojaron como un fardo de ropa.

—Convendría tenerla sujeta a algo —dijo él—; de lo contrario, podría arrojarse con todo su cuerpo contra la puerta para llamar la atención con el ruido que se produciría.

El hombre dispuso una tira de sábanas, con las que formó una resistente trenza; la pasó bajo los brazos de Bricky y la afirmó en uno de los ganchos de la ropa que estaban a su espalda. Así la dejaron erguida y con los pies apoyados en el piso, pero incapaz de hacer movimiento alguno dentro del armario.

La mujer preguntó:

—¿Te parece que podrá respirar aquí, en caso de que tardaran en…?

—No lo sé —repuso él, indiferente—. Ella lo verá y podrá

decírnoslo luego.

La dejaron encerrada. Tinieblas súbitas hicieron desaparecer todo. La llave fue retirada, la llave que seguramente arrojarían luego en cualquier parte. Todavía pudo oírlos a través de la puerta, por breves momentos, haciendo los últimos preparativos de la partida.

—¿Tienes el bolso?

—¿Qué hacemos con ese empleado de recepción? Tal vez la haya visto subir…

—Déjalo de mi cuenta. ¿Dónde está esa botella de whisky que compré esta tarde? Le ofreceré un buen trago como despedida. Tú te escabulles mientras le doy charla, y haces como si ella estuviera contigo, hablando y riendo en voz alta.

—¿Y en cuanto al negro del ascensor?

—Bajaremos por la escalera. ¡Tantas veces lo hemos hecho cansado de esperar que viniera! El timbre de llamada no funciona, ¿qué más? Él no ha oído llamar. ¡Vamos! ¿Estás dispuesta ya?

—¡Oh!, se me ha extraviado la cuenta del hotel. Tenemos que liquidarla antes de salir de aquí. Se me debe de haber caído al suelo…

—No te preocupes en buscarla, déjala. Nos hará una nueva mientras estamos en el escritorio.

Se cerró la puerta exterior y los dos partieron.

17:00

ENCAMINÁNDOSE EN UN TAXI AL TERCERO y último lugar de cita, Quinn creyó haber comprendido el móvil de toda aquella complicada maniobra. Holmes no quería caer en una trampa. Con el fin de evitarlo, había desplazado a Quinn del lugar en que se encontraba en un principio a un segundo lugar. En ese punto lo había observado sin ser visto. Pero al no tener allí tampoco la absoluta seguridad de que Quinn estuviera solo, aunque pareciera estarlo, había trasladado el encuentro a un tercer lugar. Esto le dio la oportunidad de ser el primero en el terreno y, por consiguiente, la certeza de que nadie había en las proximidades. Para estacionar cómplices Quinn habría tenido que hacerlo ante los ojos avizores de su presa.

Cubrió el trayecto en siete u ocho minutos, nada más. Aquel lugar, Owen's, tenía una gran semejanza con los bares de dos décadas atrás. Ocupaba la planta baja de la típica casa de piedras pardas de Manhattan, y se entraba a él bajando unos escalones. En la fachada había un letrero luminoso de neón, pero a esa hora ya había expirado el tiempo legal de cierre, y la fachada estaba a oscuras. La mayor parte de los clientes ya habían salido. Quinn bajó del taxi y entró en el local sin vacilación.

HABÍA UN HOMBRE sentado en una mesa, solo, frente a la calle. Sus

cabellos empezaban a encanecer en las sienes, pero sobre el resto de su cabeza seguían siendo oscuros. Llevaba gafas sin montura, lo cual le daba un aspecto reposado. Reposado en exceso para estar solo en una mesa a las cinco de la madrugada. Parecía más bien el tipo de hombre de hogar, inclinado sobre un diario bajo una lámpara.

Vestía de gris, con sombrero del mismo tono, que colgaba de una percha a un lado de la mesa. Oprimía con la mano un vaso de bebida, y un segundo vaso, sin dueño, hallábase en la parte opuesta de la mesa.

Al entrar Quinn, hizo un signo con el índice para que éste lo interpretara.

Quinn se dirigió hacia aquel sitio y le estuvo mirando; a su vez, el otro le observaba.

Hubo un curioso momento de expectación, durante el cual se examinaron mutuamente sin hablar, rayando en lo grotesco por la proximidad de ambos.

El hombre de la mesa habló primero.

—Supongo que usted es Quinn.

—Yo soy Quinn y usted es Holmes.

—¿Cuánto es el taxi?

—Sesenta centavos.

—Aquí los tiene —dejó caer las monedas del hueco de la mano, como si el cambio fuera algo fluido.

Quinn regresó poco después y se detuvo junto al borde de la mesa, en el mismo sitio que antes. Holmes le indicó una silla.

—¡Siéntese!

De nuevo volvieron a mirarse, el joven en sus tempranos veinte, el hombre en sus cuarenta y aun, quizá, cincuenta. Holmes, más viejo, era más experimentado, como se vio casi en seguida. Tenía más dominio de la situación, aun de aquella situación que debiera presentarse desventajosa para él. Ni siquiera la virtud, puesta en juego, puede suplir la falta de experiencia.

—Ahí hay una bebida para usted. Me anticipé a repetir para poder estar más tiempo aquí. Ya pasó la hora del cierre.

Quinn pensó, aunque sin conceder demasiada importancia al asunto: «¡Sería curioso que me hubiera echado alguna droga!».

Cosas de principios de siglo. No las tomó en serio.

Holmes pareció haber leído sus pensamientos.

—Tome la mía, si tiene aprensión. No la he tocado todavía.

Atrajo el vaso que estaba frente a Quinn, lo llevó a los labios y bebió ávidamente.

—Cuando guste —dijo, irónicamente.

Quinn miró receloso en torno, pensando: «Este no es lugar para intimidarlo. Me será difícil manejarlo aquí. No debiera haber dejado que eligiera este sitio».

Nuevamente Holmes pareció leer su pensamiento.

—¿Preferiría que estuviéramos en el automóvil?

—No sabía que tuviera uno. ¿Por qué no pasó a buscarme al primer lugar que me indicó en vez de obligarme a todas estas idas y venidas?

—Quería tener antes una impresión de usted. No sabía lo que podía ocurrirme.

«Tampoco lo sabe ahora», pensó Quinn, amargamente.

Holmes bebió hasta la última gota, se puso en pie, descolgó el sombrero y se lo ajustó con el cuidado y precisión de quien abandona un almuerzo de negocios al mediodía, en lugar de una cita en los comienzos del alba. Con el sombrero parecía menos reposado, sólo un punto menos; era en todo el digno, austero y escrupuloso hombre de negocios. Se encaminó a la puerta, llevando siempre en las manos las invisibles riendas de la situación.

Quinn dio unos pasos en pos de él, sin probar la bebida. Luego se volvió a mirarla.

«Puedo necesitarla para lo que va a venir… —pensó—; me siento algo deprimido».

Retornó a la mesa por un momento, apuró la bebida en dos o tres largos sorbos, y se reunió con Holmes. Casi en seguida se sintió reanimado, más capaz de manejar la situación que iba a abordar.

El automóvil estaba varias puertas más allá a la derecha del bar. Holmes, ya en pie junto a él, le estaba esperando.

—No fue mi intención hacer que se diera prisa —dijo, con gesto cortés, invitándole a entrar.

Quinn subió y le dejó iniciar la marcha. Luego preguntó, cauto:

—¿Adónde se dirige?

—Voy a dar unas vueltas por ahí. No podemos quedarnos a charlar junto al borde de la acera; en seguida se nos acercaría un

policía a meter las narices en el automóvil.

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó Quinn.

El otro dijo, suavemente:

—No lo sé… ¿Y usted?

—Se lo preguntaba yo —reafirmó Quinn.

Holmes contempló el asfalto por encima del volante y sonrió, como si en él descubriera algo divertido. No había nada divertido; era como todas las superficies asfaltadas.

El auto dobló hacia el oeste, pues la Cincuenta y Una se extiende en esa dirección. Ninguno dijo nada.

Quinn reflexionó: «Le dejaré que empiece. ¿Para qué se lo voy a facilitar? Él tiene que empezar, tarde o temprano. La función está a cargo de él; yo tengo conmigo, al parecer, su auto de prisión».

Cualesquiera fuesen los pensamientos que le asaltaban, Holmes no los dio a conocer; su cara no reflejaba nada.

Se orientó hacia el norte, a la Cincuenta y Seis. Así fueron rodando al azar, al este o al oeste, improvisadamente. Marcharon derechos hasta la Primera Avenida; luego, algo más al norte. Finalmente, Holmes pareció llegar a una decisión. Dio vuelta en una calle que hacía rampa bajo el East River Drive y se detuvo junto al borde del agua, donde no había parapeto protector alguno, en una especie de desembarcadero exactamente junto a la negrura del río.

Detuvo la marcha cuando las ruedas delanteras tocaban ya el bajo encintado de piedra que bordeaba el río.

Quinn se mantuvo en calma, diciendo para sí: «Dos pueden jugar al mismo juego».

HOLMES DETUVO EL MOTOR y apagó los faros.

Todos los detritus arrojados por la corriente se acumulaban allí. Los olían a cada momento, y a veces los oían, en una especie de cloqueo.

—Ha llegado bastante cerca de la orilla, ¿eh? —observó Quinn.

—Los neumáticos están atascados. Supongo que no está nervioso, ¿verdad?

—No lo estoy —afirmó Quinn, rotundamente—. ¿Por qué habría

de estarlo?

Holmes ladeó algo la cabeza.

—¿Por qué mira el reloj? —preguntó el joven.

—Quería ver cuánto tiempo ha pasado desde que me vio en Owen's.

—Unos veinte minutos; creo que ya debería estar todo terminado.

—Lo va a estar. ¿Tiene usted el cheque?… ¿Cuánto quiere por él?

«Algo va mal —pensó Quinn—. No me comporto como debiera. Mi posición es falsa. Me pregunto cómo ha hecho para imponérseme, en qué punto durante el trayecto…».

Por unos instantes se oprimió el puente de la nariz. Holmes, inclinado hacia adelante, desdoblaba algunos papeles junto a las luces del tablero.

—Aquí tiene doscientos dólares —dijo—. Ahora, el cheque.

Holmes se volvió y le miró.

—Doscientos cincuenta.

Quinn no contestó.

—¿Cuánto quiere?

El joven contestó lenta y tranquilamente. Era su turno:

—¿Por qué supone que lo daré por dinero?

Holmes se limitó a mirarlo.

—He aquí lo que yo quiero por él: una confesión escrita de que usted mató a Stephen Graves esta noche. Si no me la da, lo llevo a usted y al cheque a la Comisaría más próxima.

La mandíbula inferior trató de juntarse con la superior, y no habiéndolo conseguido quedó en suspenso.

—No, espere… —dijo repetidas veces—. No, espere…

—¿Estuvo esta noche allí, señor Holmes?

La mandíbula inferior logró adherirse, y ya no volvió a caer; permaneció tan apretada que a través de ellas no salió sonido alguno.

—Está muerto en su casa. Y usted es el hombre que lo mató. No va a suponer que encontré ese cheque patinando en torno a la ciudad en un taxi, ¿eh? ¿Dónde supone que lo encontré? En el mismo lugar en que descubrí el cuerpo de Stephen Graves rígido en su habitación.

—Usted miente. Usted está tratando de pillarme por algo que le es imposible saber.

—Yo estuve allí.

—¿Usted estuvo allí? Está mintiendo.

—Usted y él estuvieron sentados frente a frente en las dos sillas de cuero, en la habitación del segundo piso, el despacho, al fondo. Él se sirvió un trago, pero no le invitó a usted. Él fumó un cigarro, pero no le invitó a usted. Usted fumó un cigarro y lo redujo a hilachas. Hasta puedo decirle cómo vestía: llevaba puesto un traje de color castaño. Se ha puesto uno gris la segunda vez, para salir a encontrarme, pero antes vestía un traje de color castaño. En la bocamanga de la izquierda le falta medio botón. De nada sirve que eche la mano atrás. ¿Le parece que estoy mintiendo? ¿Cree ahora que yo estuve allí? ¿Cree que lo vi muerto… y que sé que usted lo mató?

Holmes no contestó; de nuevo volvió la cabeza.

—Es inútil que mire el reloj. El reloj no puede salvarle.

Holmes habló por fin:

—Sí, mi reloj puede salvarme. Es usted muy niño, muy niño. ¡Cielos, si casi siento pena por usted, hijo! No supuse que fuera tan joven cuando le oí por teléfono.

Quinn parpadeó.

—Siente usted una gran pesadez en los párpados, ¿no es cierto? Las luces del tablero tiene anillos en derredor, ¿no es así? Como burbujas de jabón, eso es.

—¿Qué es eso?

—Que ha hablado demasiado, joven. Su charla le lleva a la tumba. Si hubiera tenido la lengua quieta, yo habría creído realmente que encontró el cheque en un taxi. Entonces se habría quedado dormido aquí, en el auto, y a las dos horas se habría despertado junto al río, sin el cheque, pero sin sufrir daño. Tal vez con un billete de diez dólares en el bolsillo, para endulzar la experiencia. Le pesa mucho la cabeza, ¿verdad? Muy pesada para su cuello. Se le balancea de un lado a otro como si estuviera hecha de sólida roca.

Quinn hizo un esfuerzo y la mantuvo firme. Holmes rióse levemente, con aire protector.

—Si se hubiera limitado a su vaso de bebida, no le habría

ocurrido eso, ahora estaría bien. Pero fue desconfiado, aunque no lo bastante. Bebió usted en el vaso equivocado. El mío. Yo soy jugador de ajedrez; usted no lo es, evidentemente. Para jugar al ajedrez hay que saber anticiparse a la jugada del contrario.

Se detuvo y lo examinó un poco más.

—¿La corbata le aprieta demasiado? Es natural. Afloje el lazo. Abrase también el cuello de la camisa. Así. No alivia mucho, ¿eh? No puede evitar lo que va a ocurrirle. Va a quedarse dormido aquí, en el coche. Luego, de cabeza al río. Sin una sola señal. Antes le quitaré el cheque, no se preocupe. Ya lo encontraré, lo tiene en su poder. No habría venido a vendérmelo sin traerlo en algún lado. Lo ha ocultado en el zapato, probablemente. Es el sitio que los muchachos de su tipo juzgan ideal para esconder las cosas.

Quinn trató de arrancarse del asiento, esforzándose por romper la sujeción que lo tenía como atenazado, y cayó hacia adelante al querer cogerse del picaporte de la portezuela. Holmes lo ayudó a incorporarse, pasándole un brazo bajo el vientre y echándolo hacia atrás sobre su asiento, como si se tratase de un pesado envoltorio.

—¿Por qué se esfuerza en bajar? Aun cuando lograra salir, no podría estar de pie mucho rato. Rodaría por tierra al poco trecho.

Una de las piernas de Quinn se arqueó un par de veces, tratando de ganar altura.

Holmes hizo girar la palanca y bajó la ventanilla de ese lado.

—¿Tratando de romper el cristal con los pies? No le ha quedado fuerza para eso… —se volvió súbitamente y sujetó la mano vacilante del joven—. ¿Qué tiene ahí? ¿Un cuchillo de mesa? ¿Qué puede hacer con eso? Fíjese con qué facilidad se lo arranco. Está usted vencido por el sueño.

Le quitó el cuchillo y lo arrojó por la ventanilla del automóvil.

—¿Lo oyó caer en el agua? Todo es agua frente a nosotros, esa línea negra que ve.

Apoyó un brazo en un costado del coche, en actitud de paciente espera, sosteniendo pasivamente a Quinn. Algo parecido a un gemido fútil sonó confusamente en la garganta de éste.

—Ya no puede moverse más, ¿verdad? Exactamente; pásese ahora la mano por la cara, como si tratara de ahuyentarse los mosquitos. Es lo único que aún puede hacer. Dentro de unos instantes, ni siquiera eso. Se le cierran los ojos. Bajos…, bajos…,

bajos…

La mente de Quinn, entre brumas, razonaba: «He encontrado una cosa, sin embargo. Estaba en la pista segura, pero la encontré demasiado tarde». Luego, en voz alta, murmuró soñoliento, como si su cabeza cayera por última vez:

—No se librará tan fácilmente, señor. Bricky lo sabe también. Somos dos…, no uno solo…

17:20

INCLINÓ LA CABEZA, MANIATADA y desvalida en el lóbrego encierro. Ni que pensar en el autobús ahora. El pobre Quinn la estaría esperando en casa de Graves, haciendo compañía al muerto, hasta la llegada del día. Hasta que llegara alguien, diera la alarma y lo detuviera. Eso sería el final de todo. El pobre nunca sabría defenderse. Después de todo, esa Bristol y su compañero no habían dejado tras de sí nada que fuera ni la mitad de comprometedor como el boquete tras la caja de valores hecho por sus manos. Ella podría después acusarlos cuanto quisiera, en caso de sobrevivir, pero no serviría de nada. Ella no lo había visto entrar la primera vez; ni siquiera le había visto jamás antes de aquella noche. Sus palabras no tendrían valor alguno.

Los preciosos minutos seguían transcurriendo. Minutos que eran como gotas de sangre de su corazón. Serían ahora las cinco y treinta. Dentro de diez minutos lo más tarde, ella y Quinn debían estar en camino para la terminal de autobuses. Imposible ahora. Debió haber sabido que la ciudad haría de las suyas.

Siempre las había hecho. Dos jóvenes pueblerinos como ellos, ¿qué probabilidades de éxito podían tener contra tal adversario? Él tendría que remontar el río, rumbo a la silla eléctrica. Y ella, de nuevo al molino, como una mísera y encadenada bailarina, sin corazón, esperanzas ni deseos de volver a soñar.

Preciosos minutos idos, a los que nadie podría detener, que no volverían jamás.

Repentinamente, la otra puerta exterior se había abierto y

alguien entró en la habitación. Fugazmente cruzó por su mente una esperanza loca. ¡Ah, el fin dichoso, el desenlace cinematográfico, como en las novelas, como en las películas! Alguien que venía a rescatarla en el momento preciso.

¿Era que el tonto empleado del hotel venía a investigar, despertadas sus sospechas por su desaparición cuando se marcharon Griff y su compañera? ¿O quizá el mismo Quinn, atraído allí por algún milagroso sexto sentido…?

Sonó entonces una voz, con reprimida rabia, y la esperanza fugazmente acariciada se desvaneció. Era Griff, el cómplice de la Bristol. Los dos estaban de nuevo allí. Quizá para terminar con ella de una vez allí mismo.

—¿Por qué no lo pensaste antes, grandísima estúpida? ¿Qué te ocurre? ¿Te falta un tornillo en la cabeza?

—Se lo voy a preguntar ahora mismo —contestó la Bristol, en tono airado—. Lo hubiera hecho antes, pero tú saliste demasiado pronto de allí y lo impediste. Tiene que haber algo importante que la hizo venir aquí. Es evidente que no sacó mi nombre y dirección de la manga de un prestidigitador.

La puerta del armario se abrió, y una luz cegadora la envolvió, haciéndole cerrar los ojos por un momento. Tuvo noción de que era desprendida del gancho al que había sido sujetada. Fue arrastrada de nuevo, entre los dos. La toalla opresora fue bajada lo suficiente como para que pudiera hablar.

La Bristol, con el puño crispado y expresión amenazante, parecía dispuesta a golpearla a la menor rebeldía.

—¡Intenta dar un grito y verás!

Le habría sido imposible gritar, aunque lo hubiera querido. Lo único que podía hacer era jadear y revolverse exhausta contra el hombre que la sostenía.

Joan Bristol se llevó una mano a los cabellos, rehízo las ondas y dio a la cabeza una leve inclinación.

—Ahora, nada de titubeos. Quiero saber esto: ¿qué es lo que vio en la casa de Graves que la hizo pensar en mí? ¿Cómo sabe que yo lo conocía, y cómo supo dónde encontrarme?

Bricky, con voz apagada, pero segura, contestó:

—Usted dejó caer allí la cuenta del hotel. Yo la encontré en el suelo cerca de él.

El golpe, al descargarse, fue violento y sonoro como el estallido de un bolso de papel lleno de agua que fuera arrojado desde la ventana de un tercer piso; pero no fue la Bristol quien lo descargó, sobre Bricky, sino su compañero sobre ella. Esta se tambaleó cinco o seis pasos hacia atrás, horrorizada.

—¡Tú, siempre tú! —rechinó el hombre—. Debía esperar que hicieras algo por el estilo. Es como si hubieras dejado tu tarjeta de visita sobresaliendo del bolsillo de su chaleco. Debiera darte de palos para que aprendieras.

—Está mintiendo —chilló la Bristol, una de cuyas mejillas iba enrojeciendo progresivamente como por un eczema—. ¡Puedo jurar que la vi en el bolso después que llegamos aquí…!

—¿La sacaste para mostrársela a él? ¡Contéstame! ¿La sacaste, sí o no?

—Sí, la saqué… Yo… Era una parte del plan, para mostrarle cuánta necesidad tenía de dinero. Eso fue al principio, antes que él se enojara. Pero estoy segura de que la volví a meter en el bolso, Griff. Estoy segura de que la traje aquí.

Bricky movió la cabeza tanto como se lo permitió el brazo que la aferraba.

—Estaba en el suelo. Era por diecisiete dólares y ochenta y nueve centavos. Llevaba estampado el «Vencido» en tinta violeta. Tenía también el número de la habitación.

El hombre la sacudió despiadadamente.

—¿La ha traído con usted? ¿Qué hizo con ella? ¿Dónde está?

—La dejé donde se encontraba. Tuve miedo de tocar nada. Lo dejé todo tal como lo encontré.

La pelirroja se acercó de nuevo, sintiendo menos viva la picazón causada por el golpe.

—No le hagas caso; debe de haberla traído consigo. Regístrala, Griff, a ver si la tiene encima.

—Hazlo tú, que eres mujer. Tú sabrás dónde puede estar; yo la sostendré.

La mujer hizo con dedos ágiles un registro prolijo y rápido. No la encontró por sólo unos centímetros. Las piernas de Bricky estaban fuertemente atadas juntas por los pies; ella las mantuvo así, juntas. Estaba dentro de una de sus medias hacia el lado interior. La Bristol hurgó con un dedo en ellas, pero por el lado de fuera.

—No la tiene encima.

—Entonces tendremos que volver allá y recogerla. No podemos dejar esa cuenta allí; es una sentencia de muerte. Debería retorcerte el cuello por esto.

La amenaza se embotó en la recia epidermis de su compañera. Esta reflexionaba.

—No te impacientes, Griff; ya sé lo que vamos a hacer —dijo rápidamente—. Nos la llevamos con nosotros y allí la dejamos con él. Parecerá que ella fue la autora. Ya sabes… —inclinó la cabeza hacia Bricky con significado inequívoco—. Haz lo que querías hacer al principio, pero hazlo allí. Así les damos un caso doble para resolver. De ese modo nosotros nos libramos. Nada tiene que ver con nosotros.

Brillantes los ojos, él reflexionó breves instantes.

—Es nuestra única salida, Griff. Allanemos el camino eliminándola en el mismo punto donde ella lo comenzó.

El hombre comenzaba a asentir, cada vez más rápidamente, hasta que se decidió por la acción.

—Me parece bien. Arréglalo de modo que podamos evitar el mostrador de abajo. Pretextaremos que está ebria y que tú tienes que sostenerla. Yo entretendré al empleado como ya te he dicho. La acompañamos a su casa, eso es todo. Déjale las manos tal como están; deslígale las piernas para que pueda moverlas.

Tenía las piernas tan entumecidas por la presión, que al principio no podía usarlas, aun después de tenerlas libres.

Joan se quitó el abrigo y lo extendió sobre los hombros de Bricky para ocultar las ligaduras que le ceñían los brazos. Esto no resultaba todo lo grotesco que en otra época habría parecido, pues había llegado de Londres la moda de llevar los abrigos en esa forma, con los brazos fuera de las mangas.

—Quítale la toalla de la garganta —dijo Griff—. Servirá más adelante. ¡Toma! Es para que lo uses con ella.

Extrajo de atrás algo que entregó a la Bristol. Un artefacto negro y reluciente Probablemente, el que había usado contra Graves.

Rápidamente desapareció bajo los pliegues del abrigo, y la mano de la Bristol lo apretó fuertemente en la espalda de Bricky, como si le administrara una inyección en la espina dorsal con una aguja roma.

—Ahora espera aquí con ella. Me adelanto abajo para preparar el coche y deshacerme del empleado de recepción. Termino en diez minutos; el garaje está a dos manzanas de aquí. Mejor será que bajes por la escalera.

La puerta se cerró tras él y las dos mujeres quedaron solas.

NO HABLARON; NI UNA PALABRA se cruzó entre ellas. Permanecieron curiosamente rígidas, una detrás de la otra, con el abrigo tendido entre ambas, formando en medio una especie de pequeña tienda de campaña, bajo la cual estaba la mano de la Bristol.

Bricky pensaba: «¿Se atreverá a hacer fuego sobre mí si me echo bruscamente a un lado y trato de evitar el contacto con el cañón del revólver?».

Sin embargo, no hizo la tentativa, pero no porque tuviera miedo. La iban a llevar al sitio al que precisamente deseaba ella llevarlos: a la escena del crimen. Un acto que probablemente nunca habría podido realizar por sí sola, particularmente en el caso del hombre. ¿Por qué no esperar? Era el sitio al que más deseaba ir. A buen seguro, esta oportunidad difícilmente volvería…, pero ¿por qué no esperar y ver? Además, estaría Quinn…

La Bristol, desviándose un poco, habló por último:

—Ya es hora. Comience a caminar hacia la puerta. Por última vez le hago este aviso: si lanza el más pequeño grito en la escalera, cuando crucemos el vestíbulo o fuera, mientras nos encaminamos al coche, esto le entrará en la cabeza primero. No piense que estoy bromeando. No he gastado bromas en mi vida. He nacido sin sentido del humor.

Bricky nada contestó: «Probablemente así sería», reflexionó. Debe de ser como el infierno estar siempre así.

Salieron del aposento y atravesaron el solitario pasillo. Tras una de las puertas frente a las cuales acababan de pasar, sonó el tintineo desapacible de un reloj despertador, y de una mujer a la otra se transmitió un curioso choque, que fue casi como una corriente eléctrica que pasara a través del cañón del arma como a través de

un conductor.

Oyó a la Bristol exhalar un profundo suspiro. Sin que nadie se lo dijera, Bricky supo cuán cerca había estado aquel tintineo extraño y accidental de causar el disparo fatal.

Se volvieron hacia un lado al llegar a una bombilla roja indicadora de la salida, pasaron a través de una puerta a prueba de incendios, y descendieron por una escalera de urgencia. Sus últimos escalones se iluminaron imperceptiblemente con la luz del vestíbulo. Pudieron oír la voz de Griff, algo hueca y resonante, antes de llegar al fin de su descenso.

—¡Otra copa! No se asuste, vamos, que se ha hecho para beber.

—Espere un momento —murmuró rudamente la mujer, reteniéndola inmóvil al pie de la escalera.

El mostrador, de forma circular, era invisible desde allí, pero había que pasar frente a él para llegar a la puerta de la calle.

Alguien prorrumpió en una tos ahogada y la voz de Griff resonó de nuevo:

—Despacio, despacio. ¡No se va a beber toda la botella!

—¡Ahora! —susurró la Bristol empujándola con el arma, a modo de palanca con la que dirigir sus movimientos.

Allí se encontraba Griff, solo, acodado sobre el mostrador, expansivo y charlatán. Frente a él, el casillero de los huéspedes, impidiendo la vista desde atrás.

La extraña criatura cheposa de dos cabezas y cuatro piernas que eran las dos mujeres —las dos mujeres y un revólver— se deslizó rápidamente. Griff no volvió la cabeza, ni pareció haber advertido su presencia, pero elevó una mano a la espalda, señalando repetidas veces con ella en dirección a la puerta. Como si tuviera una especie de cómico rabito, cortado al ras.

Ya estaban en el coche cuando él se les reunió. Estaba estacionado a alguna distancia del hotel, y la Bristol la condujo allí presionando su espalda.

Él se sentó frente al volante y los tres partieron sin pronunciar palabra. La mujer había colocado el arma a un lado por el impedimento del respaldo del coche, y seguía apuntándole. Bricky, sentada dócilmente, no oponía resistencia. Ansiaba que llegaran allí sin dificultades, tanto como lo deseaban ellos o más.

LA NOCHE CAÍA EN PEDAZOS en torno a ellos, quebrada aquí y allá por la luz del amanecer ya próximo.

El trayecto fue recorrido rápidamente y sin tropiezos. Exactamente antes que dieran la vuelta final de la Sesenta, Joan Bristol previno al hombre en tono bajo, como si estuvieran solos en el coche:

—Mucho cuidado ahora. No te detengas si no estás bien seguro.

Dieron vuelta a la calle y Griff pasó de largo, como si la casa nada tuviera que ver con ellos, como si su destino estuviera a varios kilómetros de allí.

Conservaba bien su secreto. No había señales de vida, dentro ni fuera. Era exactamente como fue ayer por la mañana, a la misma hora, y otras y otras mañanas antes.

Al pasar frente a ella, las tres caras se volvieron como una sola.

«¿Había él regresado ya? ¿Estaría allí? ¡Oh cielos!… Ahora y solamente ahora empezaba a sentirse asustada».

Griff dobló algo más lejos; dio marcha atrás y se detuvo tres o cuatro puertas más allá de la casa. En seguida observaron brevemente desde el lugar en que se habían apostado.

Nada.

—Todavía está dispuesta para otro viaje, de ida y vuelta rápida —murmuró entre dientes—. ¡Abajo, vamos ya!

El corazón le latía apresuradamente cuando la bajaron del coche, prensada entre ellos, y avanzaron rápidamente bajo la mortaja gris que cubría la calle. Le hicieron subir la escalinata y caminar hacia la oscuridad del vestíbulo, con rápidas miradas aquí y allá para asegurarse de que no eran observados. No lo eran.

—¡Por fin! —Joan Bristol suspiró, aliviada.

—¿Dónde está la llave que llevaba ella consigo? ¡Date prisa!

La arrojaron dentro entre los dos, cerrando la puerta tras sí.

Habían desempeñado su papel hasta el final. Y en el final estaban, ahora que habían cerrado aquella puerta tras ella; cada segundo tendría su valor. Si él volvía cinco minutos después, llegaría cinco minutos demasiado tarde…, la encontraría allí como había encontrado a Graves. Aun cuando regresara ahora mismo, serviría de poco; quizá sólo significaría la muerte para los dos, en

vez de uno solo. Esta gente iba armada y él no.

Tal vez, tal vez ni siquiera volviera. Tal vez a él también le hubiera ocurrido algo parecido, aunque en algún otro sitio.

La oscuridad dentro de la casa era impenetrable, como siempre.

Joan Bristol previno a Griff con las mismas palabras con que ella había advertido a Quinn la primera vez que entraron aquí… años atrás, se le antojó.

—No enciendas las luces hasta que hayamos llegado arriba.

Pero ellos no habían sido dos asesinos deslizándose en la oscuridad. Sólo habían sido un par de muchachos que buscaban una nueva oportunidad de iniciar nuevos rumbos.

Griff encendió una cerilla, protegiendo la llama con las manos, que tomaron así un tono de rojo naranja. Con esto alumbró el camino. Bricky seguía pegada a sus talones, atados los codos bajo el abrigo y con el cañón del revólver apretado contra la espalda.

Atrás iba la Bristol. El silencio en torno era opresor y dijérase que, para Bricky al menos, estaba cargado de tan alta tensión, que el aire parecía lleno de electricidad estática, que a cada paso originaba pequeños choques sonoros.

¿Y si él estuviera esperando arriba con las luces encendidas? ¿Y si él los hubiera oído y saliera a recibirlos, diciendo: «Bricky, ¿eres tú?»? Esa sería su muerte. Y si él no estaba allí, significaba para ella igual destino. De los dos, prefería este último. De todos modos, ¿cuál era la diferencia? Ya era tarde; el autobús habría partido. La ciudad era el verdadero triunfador. Así ocurría siempre.

La entrada de la habitación del crimen apareció lúgubre y vacía a la luz mortecina de la cerilla. Griff la arrojó y por un momento desapareció todo. En seguida encendió las luces y allí la hicieron enfrentarse de nuevo con el muerto. En aquella soledad donde no la esperaba un Quinn para auxiliarla.

Griff dijo, impaciente:

—Bien; date prisa y recoge eso. Hagamos lo nuestro y salgamos de aquí sin demora.

Joan examinó el piso y se volvió amenazadora hacia Bricky.

—Y bien, ¿dónde está? No lo… ¿Dónde dice que lo vio?

Sostenía aún el revólver, aunque no lo tenía apoyado en la espalda de Bricky.

—Ahí, junto a él, dije que lo había visto —contestó Bricky con

un hilo de voz—. Y ustedes me creyeron —añadió luego.

—Entonces, no es cierto que… —chilló la otra mujer, volviéndose hacia su compañero—. ¿No ves? Ya te lo decía yo.

La mano abierta de Griff cayó sobre la cara de Bricky.

—¿Dónde lo pusiste?

La joven se tambaleó, pero logró reponerse, y sonrió débilmente.

—Ese es su problema.

La voz del hombre se calmó de pronto. La voz calmosa de la muerte. Siempre parecía calmarse cuando miraba las cosas desde ese punto de vista.

—Pásame eso —dijo a la pelirroja—. Y lo haré.

El arma volvió a sus manos.

—¡Apártate de ella! ¡Vete de aquí!

El hombre se le acercó, aparentemente con el propósito de disparar a quemarropa. Deseaba así la posibilidad de que fuera considerado como un suicidio.

Sólo le llevó un par de segundos avanzar; pero los pensamientos de ella parecían tardar horas.

Iba a morir. Tal vez fuera lo mejor. Era ya tarde para tomar el autobús…, el autobús que los llevaría a casa. El reloj decía…

17:45

ESTO FUE LO ÚLTIMO que vio. Cerró los ojos y esperó como el condenado frente al pelotón que ha de fusilarlo.

La detonación hizo que los abriera nuevamente. Le pareció el estruendo más fuerte que había oído jamás. Más fuerte que el estallido de un neumático a dos dedos de la cara. Le extrañó que no le causara más daño. Pensó si la muerte sería siempre así, con ese sentimiento de sordera y estupor.

Griff se tambaleaba pesadamente, a corta distancia de ella. ¿Era él o ella quien hacía eso? Tenía demasiados brazos, demasiadas piernas, quedaba aún mucho de él…

El revólver, humeante aún, vibraba en sus manos, apuntando hacia el techo. Otra mano había atenazado la suya por la muñeca y un brazo le rodeaba el cuello estrujándolo con un cerco potente, que le congestionaba y hacía casi irreconocible. Y tras esta, otra cara igualmente furibunda y roja, pero no hasta el punto de estar desfigurada.

«El chico de al lado luchando por ella. Luchando por ella… en la forma que debe hacerlo el chico de al lado».

Repentinamente, el desplome final. No más Griff, ni dobles piernas, brazos y cabezas frente a ella, pi nada. Sólo cuerpos que se debatían en el suelo.

La Bristol, desde la otra habitación, pasó velozmente junto a ella, blandiendo sobre su cabeza uno de los morillos de la chimenea.

Bricky tenía las manos atadas; le era imposible cogerla por el brazo, impedir que… Pero si el muchacho de al lado podía luchar contra un revólver solamente con sus manos, ella podría luchar contra un morillo aun sin manos. Tendió una pierna y la atravesó distraídamente entre las de Bristol, que avanzaba ciega de furia.

Joan Bristol cayó de bruces y el morillo, lanzado al aire, chocó contra algún punto de la pared.

Bricky se lanzó sobre ella antes que pudiera levantarse, y puso ambas rodillas sobre su cuerpo, impidiéndole todo movimiento. Cada vez que la Bristol trataba de liberarse y deshacerse de su peso, alzaba ligeramente una rodilla y la golpeaba con ella, con redoblada fuerza.

No tuvo tiempo de mirar a los hombres. Un brazo giraba poderosamente, descargando golpes en una cabeza, golpes que sonaban como mazazos. Dos, tres veces. Súbitamente, el grupo se dividió en dos. Uno de ellos se irguió tambaleante, el otro quedó tendido. El que se había incorporado tenía el arma.

—¡Estoy contigo en seguida, Bricky! —dijo una voz detrás de ella.

Pudo mirar entonces. Griff estaba en el suelo, de bruces. Se encogió ligeramente, llevóse una mano vacilante a la cabeza, pero continuó extendido como antes. Quinn, en pie junto a él, le observó un momento. Era él quien tenía el arma.

—No puedo mantenerla sujeta —gimió Bricky.

Quinn fue al escritorio de Graves, retiró un instrumento cortante, volvió junto a Bricky y cortó las ataduras que le ligaban los codos. Ambos estaban excesivamente agitados para hablar más de lo preciso.

Él recogió las mismas ligaduras que habían sujetado a Bricky, las anudó de nuevo y ató las manos de Joan Bristol a la espalda.

—¡Atalo a él también! —requirió ella.

—¡Cómo no! —replicó Quinn.

Y dirigiéndose al dormitorio, volvió con una sábana de la cama de Graves, la hizo tiras y se entregó a la obra.

—Los vi contigo, viniendo por la calle. Yo estaba al acecho en una de las ventanas del frente. Presentí, por la forma en que caminabas entre ellos, que te tenían puesto un revólver en la espalda…

—Fueron ellos, Quinn. Esta vez tenemos a los culpables.

—Ya me di cuenta de que no fue Holmes. ¡Dios y me libré de una buena…! —se acercó a los cautivos para examinar sus ligaduras —. Esto los mantendrá inmóviles algunos minutos por lo menos. No hay necesidad de amordazarlos; déjalos que griten, si quieren, y llamen la atención cuanto les plazca. En realidad, eso es cosa suya.

—Quinn, ¿de qué nos sirve a nosotros ahora? Ahí están, pero… ¿cuál es la diferencia? ¡Mira! —y señaló el reloj—. Las Seis y dos minutos.

—Intentémoslo, al menos. Si no salimos en éste, hay otros en el transcurso del día.

—Es inútil, Quinn. Ya lo hemos discutido. Nos faltará energía para tomar el de más tarde. La ciudad está despierta ahora.

—También lo están los policías. Es preciso irnos de aquí. ¡Vámonos, Bricky, un esfuerzo más!

La cogió de la mano y la llevó casi a rastras a la escalera.

—Recoge la maleta, abre la puerta y espérame allá. Voy a telefonear. Con sólo un minuto bastará.

Descolgó el auricular.

—¿Lista?

—Ella estaba fuera, en el vestíbulo, maleta en mano, preparada para la fuga.

—Estate preparada… ¡Ahí va!

Se estableció la comunicación. Él habló:

—¡Póngame con la Policía! —luego, dirigiéndose a la muchacha —: Ten la puerta bien abierta.

Bricky empujó la puerta con el brazo y mantuvo la salida expedita.

—¡Hola! ¿Con la Policía? Necesito denunciar un asesinato. En —dio el número de la casa— Este, calle Sesenta. Encontrará a Stephen Graves muerto en el segundo piso de su casa. En la misma habitación estarán las dos personas que lo mataron. Los encontrará maniatados, esperándolos a ustedes si no tardan mucho en llegar aquí. En el escritorio de la misma habitación también, encontrarán una carta certificada especial. Eso les explicará el motivo del crimen. ¡Ah! Y otra cosa… Encontrarán el arma homicida abajo, en el vestíbulo, bajo la alfombra de la puerta. ¿Eh, cómo? No, no es una broma. Quisiera que lo fuera. ¿Yo…? ¡Oh…! Un joven que

pasaba casualmente por allí.

Soltó el receptor sin preocuparse de colgarlo.

—¡Afuera! —ordenó a Bricky, y salió velozmente tras ella. Se detuvo un instante, se inclinó y ocultó el revólver bajo la alfombra y luego se lanzó a la calle bajando los peldaños de la escalinata de dos en dos.

—¡El auto de ellos! —gritó Bricky, dirigiéndose al coche—. Dejaron las llaves puestas.

Ambos ya en el coche, lo pusieron en marcha hacia la esquina próxima.

Apenas doblada la esquina, empezaron a oír la sirena de un coche-patrulla, invisible aún, que se aproximaba rápidamente por el lado opuesto.

—Han venido de prisa, ¿eh? —dijo Quinn—. Si hubiéramos salido a pie, ya nos habrían cogido.

DESCENDIERON POR MADISON, casi desierta a aquellas horas. En dos ocasiones, Quinn se saltó la luz roja, disminuyendo la marcha, pero sin detenerse.

—No llegaremos a tiempo, Quinn —murmuró la joven entre el clamor del viento.

—Por lo menos, probaremos.

El cielo se iba aclarando por oriente. Otro día, los albores de otro día en Nueva York.

—Míralo. Ni siquiera el alba es hermosa en esta ciudad.

«Has vencido —pensaba ella amargamente—. ¿Estás satisfecha? ¿Te causa gozo saber que nos has atrapado, que has destruido a dos pobres jóvenes como nosotros? Tu ventaja era indiscutible, ¿no es así? Como lo es siempre todo lo que tú tratas, pesada mole, compresora de huesos humanos. ¡Tú, ciudad miserable, tratando de aparecer bella en las horas del alba…, tú, Nueva York!».

Una lágrima se le deslizó por la sien, barrida hacia ese lado por el viento de la velocidad.

Quinn, apartando la mano del volante, oprimió la de ella tan fuertemente que casi llegó a lastimarla; en seguida la volvió al

volante para evitar que la vida les fuera arrebatada en un accidente.

—¡No llores, Bricky! —dijo él, mirando a lo largo de la avenida, y sintiendo un nudo en la garganta.

—No lloro —replicó ella, sofocada—. No quiero darle esa satisfacción. Deja que se vanaglorie todo lo que quiera; puedo soportarlo.

Las casas parecían engullirles. A cada manzana parecían ascender unos cuantos centímetros, aunque no era el aspecto de los tejados lo que las alteraba, sino la dificultad de divisar el horizonte. Desde ocho y diez pisos a quince, desde quince a veinte, desde veinte a treinta y más. Más altas, más altas cada vez, usurpando cielo, dejando menos y menos espacio visible hasta semejar, a veces, inmensas líneas de paredes agujereadas, erguidas sobre ellos. Azul brillante arriba. Y abajo, oscuridad, penumbra perpetua, laberintos de cemento de los cuales no había salida posible.

Dieron vuelta en la Cincuenta y Nueve, descendieron por la Séptima Avenida, rumbo hacia la Treinta. Broadway, a la derecha, iba aproximándose conforme avanzaban. Luego, repentinamente, próximo al fin de la Cuarenta, se les presentó al paso, formando la X, el doble triángulo que todo el mundo llama Times Square, pero que realmente está formado por dos calles distintas: Duffy arriba, Longrace debajo.

Es este el más famoso lugar asfaltado del mundo, y, sin embargo, tan común, tan poca cosa cuando uno se encuentra en él. El Palace y State Building, a la izquierda, el rascacielos del Times, en forma de cuña, directamente al frente, a la derecha, según la línea de los edificios cambia de dirección y deja un hueco, esa extraña torre cúbica, abruptamente erguida en la pálida y azulada luz matutina.

Ella se cogió a su brazo tan inesperadamente, con tal vigor, que el volante giró casi por completo y por poco fueron a chocar contra la estatua del padre Duffy. La rueda delantera de aquel lado subió un instante el bordillo de la acera y bajó bruscamente a la calzada al ser lanzado el coche en dirección opuesta. Más de media manzana le costó estabilizarse y recuperar el gobierno del automóvil.

Bricky, de rodillas en el asiento del coche, miraba hacia atrás, su mano aferrada aún al hombro de Quinn y profiriendo toda clase de

exclamaciones jubilosas que se llevaba el viento.

—¡Quinn, mira! ¡Oh, Quinn, mira! ¡El reloj de la Paramount señalaba las seis y cinco! El que había allá, en la habitación, debía de estar adelantado…

—Tal vez está atra… ¡Cuidado, vas a caerte!

Le dirigió besos y ademanes al reloj en extática gratitud.

—¡No, anda bien, anda bien! Es el único amigo que he tenido en esta ciudad. Sabía que no me abandonaría. Esto significa que aún es tiempo, que tenemos una oportunidad…

El monolito del Tunes se interpuso y ya no se le vio más. Nunca más lo volverían a ver. Con la barbilla apoyada en el borde del asiento, miró hacia el lugar por donde había desaparecido, en un adiós de gratitud que le humedecía los ojos.

—¡Siéntate, por favor! Voy a tomar una curva.

La maniobra fue hecha rápidamente, y el coche se deslizó como una centella por la Treinta y Cuatro. Y allí, en la segunda manzana, entre la Octava y la Novena, se encontraba frente a ellos, en marcha ya, el gran autobús de Glen Falls. Acababa justamente de abandonar la rampa terminal cuando ellos llegaron, y ahora empezaba a ganar velocidad hacia el oeste, en dirección al túnel del río, hacia Jersey… y hacia el pueblo de ambos.

Tan cerca y, sin embargo, fuera del alcance ya. Un minuto antes y habrían llegado a tiempo. Ella estuvo a punto de proferir un alarido, pero lo sofocó a tiempo. Ni Bricky le preguntó a Quinn qué habían de hacer, ni éste dijo nada. En vez de eso, se lanzó adelante y logró su objeto.

Resuelto a no ceder, imprimió velocidad a su vehículo, más pequeño y manejable, e inició la persecución. Fueron avanzando, acercándose hasta darle alcance. El gigantesco autobús disminuyó pomposamente la marcha al acercarse a la Décima, para tomar la curva próxima al túnel, y ellos diestramente se colocaron a su costado. Una luz roja amiga hizo lo demás, deteniendo al grande y al pequeño por igual, con irreprochable imparcialidad.

SE DETUVIERON AMBOS, el mastodonte gigantesco y el pequeño saltamontes.

Inmediatamente echaron pie a tierra antes que terminara la detención y golpearon implorantes en el cristal de la puerta accionada neumáticamente. Ella, sobre todo, agitaba sin cesar los brazos en un torrente de súplicas frenéticas.

—¡Abra, déjenos entrar! ¡Llévenos, seguimos el mismo camino que usted! ¡Déjenos entrar, no nos deje aquí detrás…! ¡Muéstrale el dinero, Quinn, pronto…!

El conductor movía la cabeza negativamente, jurando y gruñendo a través del cristal. La luz roja no cambiaba; tenía que permanecer impasible ante sus caras agonizantes. Cualquiera que tuviera corazón habría cedido. Y, evidentemente, algo parecido a eso debía tener en su pecho, aunque sólo fuera para hacer circular la sangre. Finalmente les lanzó otra mirada torva, miró en torno para ver si había testigos peligrosos, y refunfuñando tiró de la palanca: la puerta se abrió con un silbido.

—¿Por qué no subieron donde debían? —preguntó malhumorado—. ¿Se imaginan que esto es un tranvía que se detiene en todas las esquinas?

Prosiguió gruñendo cosas por el estilo de las que dicen los conductores cuando temen ser acusados de tener un corazón demasiado blando.

Bricky recorrió vacilante el pasillo, hacia un doble asiento vacante cerca del fondo. Un instante después, Quinn se sentaba a su lado, después de abandonar en la esquina el precioso vehículo prestado y con los billetes celosamente sujetos con las manos. Billetes para todo el trayecto, billetes que los llevaban al hogar.

El autobús reanudó la marcha.

Se encontraban ya en los prados de Jersey; el túnel había quedado atrás, y Nueva York también, antes que hubieran recuperado el aliento que les permitiera hablar.

—¿Crees, Quinn —preguntó Bricky en voz baja, para no ser oída por los viajeros próximos—, que saldremos bien de ésta? De lo que acabamos de hacer. Me pregunto si esos dos lograrán zafarse con sus declaraciones. Nosotros no estaremos allí para decir lo que sabemos.

—No tendremos necesidad. Habrá otros que la dirán; nunca podrán ocultar su culpabilidad.

—¿Otros? ¿Piensas que habrá testigos?

—No habrá testigos presenciales de la muerte. Eso nadie lo vio. Pero hay un miembro de su propia familia, en particular, cuyo testimonio será suficiente para convencer a los jueces.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay una carta de su hermano menor, Roger, en el escritorio de Graves, donde les he dicho que la buscaran. Aquel de quien te dije que estaba en algún colegio. Fue enviada por certificado especial y debió de haber llegado ayer, no sé a qué hora. Yo di con ella mientras estaba esperando que tú llegaras. En ella el muchacho le explica todo a su hermano mayor, a fin de que no se dejase embaucar por la Bristol si ésta trataba de sacarle algo por medios ilegales.

—Pero… ¿cómo sabía él?

—Estaba casado con ella.

Bricky se quedó boquiabierta.

—Esto explica aquello que nos extrañó tanto en la nota de ella: «Usted no me conoce, pero yo me considero ya casi como un miembro de la familia».

—Eso es. Una de esas bodas de estudiantes que se realizan en secreto. Sólo que no fue un enlace legal, sino simulado. Esa mujer tiene un marido por ahí, y para no correr el riesgo de que la condenaran por bigamia, recurrió a una ceremonia ficticia con él. Es la treta más sucia que he oído en mucho tiempo.

—¿Cómo pudo un muchacho así enredarse con semejante mujer?

—Ella trabajaba en una sala de baile cerca de la residencia, y él solía ir los sábados por la noche con sus compañeros; y así fue como la conoció. ¿Qué puede esperarse de él? Es un verdadero niño. Se enamoró de ella y le propuso matrimonio. Ella y ese actor de sainete, asociado a ella, vieron que se trataba de un miembro de una familia acomodada y que significaba dinero para los dos. Esto hacía que las cosas fuesen diferentes. Así, pues, prepararon la farsa y el muchacho no se dio cuenta de nada.

—Pero ese es un truco viejo, de allá por el novecientos.

—Sin embargo, les dio resultado. A veces las cosas viejas son las que tienen mayor éxito. Escucha esto. El compañero de ella solía hacer un número de comedia ligera, en el cual personificaba a un ladino juez de paz. Cuanto hizo, pues, fue representar el acto de

nuevo, a entera satisfacción del joven, que creyó realmente que estaba casado con ella. Griff se instaló en una casucha de las cercanías, y ella y el muchacho fueron allí con los testigos un sábado por la noche, y se realizó una ceremonia ficticia. Creo que la ginebra ayudó bastante.

—¿Y es posible que él no se diera cuenta del…?

—Durante dos meses, no, según su propia carta. Lo mantuvieron en secreto por acuerdo mutuo. El muchacho siguió adelante con sus estudios y ella continuó la comedia. Su compañero regresó aquí, a la ciudad, y se echó a descansar, naturalmente. Fueron para los dos un par de meses productivos.

—¡Qué de miserables hay en este mundo!

—Se estableció un acuerdo sobre la distribución del tiempo entre el muchacho y ella, y en los fines de semana, único tiempo en que él podía verla, le llegaban los fondos de la familia. Lo exprimieron hasta la última gota, dejándolo exangüe.

—¿Supongo que el cántaro iría demasiadas veces a la fuente?

—Algo parecido. Todo el dinero procedía de Stephen Graves. De modo que cuando las peticiones comenzaron a subir, a ser demasiado altas, dejó de enviarle fondos al muchacho.

—Ahí terminaría todo.

—Griff y su compañera no se fiaban el uno del otro. Cuando el dinero que tan fácilmente ganaban dejó bruscamente de llegar a sus manos, él supuso que ella trataba de engañarle y buscaba deshacerse de él. Fuera como fuese, hizo la última cosa que debía hacer: se encaminó a la universidad y anduvo investigando para descubrir lo que pasaba. Lo demás ya puedes suponértelo.

—Me lo imagino.

—El muchacho le vio rondar el camerino de la mujer, lo reconoció y acabó por caer en la cuenta del engaño de que había sido víctima. Supongo que los habría matado a los dos si hubiera logrado ponerles las manos encima; pero ellos se anticiparon a sus intenciones y desaparecieron.

—Apuesto a que lo hicieron.

—Sin embargo, aun después de aquello no quedaron satisfechos. El éxito debió de marearlos o algo parecido. Imaginaban que la situación podría reportarles así una buena suma, antes de que Roger tuviera tiempo de prevenir a su hermano y contarle lo que ocurría.

Al fin y al cabo, Graves tenía una hermana que acababa de ser presentada en sociedad, y estas cosas no hacen bien a nadie, aun cuando se trate de partes inocentes. Y es ahí donde encaja lo del crimen. La carta del muchacho se les anticipó en un par de horas; por consiguiente, Graves estaba preparado para enfrentarse con ellos cuando se le presentaron con la trama.

—Yo puedo completar el resto —dijo Bricky—. Les oí a ellos mismos relatarlo.

En lugar de ser fácilmente engañado y atemorizado, Graves invirtió los papeles en seguida. La mujer entró primero para tratar la negociación, dejando a su compinche esperando en las afueras de la casa. Graves le dijo que se fuera al diablo y que iba a emprender contra ella una acción judicial. La Bristol perdió la cabeza, corrió hacia la entrada y facilitó la entrada a su cómplice. Este amenazó a Graves con un revólver, pero Graves no se amilanó, y trató de arrebatarle el arma; eso le costó la vida.

—Y casi me costó la mía, y tú casi perdiste la tuya.

—¿Te refieres a cuando saltaste sobre él por detrás?

—No, a Holmes. Antes de eso.

—¡Cómo! ¿Qué ocurrió?

—Holmes no era culpable. Pero estaba tan asustado por aquel cheque, que cuando supo que Graves había sido asesinado y que él podría ser acusado de ello, se quedó espantado y casi se convirtió en aquello mismo de lo cual trataba tan tenazmente de no ser acusado, y yo en víctima.

—¿Intentó acaso…?

—Hizo más que intentar. Prácticamente ya tenía la cosa terminada. Puso algo en mi bebida, y ya se disponía a arrojarme al río. Creo que ya me había sacado del coche; no lo sé bien, porque apenas me daba cuenta de las cosas. Tu nombre me salvó. Se me ocurrió murmurar que tú también conocías el secreto y que no se salvaría con deshacerse de mí. Esto le hizo cambiar por completo. Duplicó su pavor, pero por lo menos detuvo sus propósitos. En vez de arrojarme al agua, pasó el siguiente cuarto de hora echándome agua fría al rostro y haciéndome caminar en torno al coche, a fin de que cesaran los efectos del narcótico. Luego me llevó a su casa en un momento y me hizo tomar una taza de café puro. Mientras el sopor que me dominaba se extinguía, empezamos a creernos

recíprocamente. No me preguntes el porqué. Creí entonces que él no era el criminal, y él a su vez creyó que yo no trataba de servirme del cheque para un chantaje. Me aseguró que no había intentado cometer una estafa con el cheque. Lo creí por diversas causas. Se había encontrado escaso de fondos y, para cubrirse, había entregado aquel documento a Graves. Después consiguió fondos suficientes para hacer efectivo el pagaré, antes de ir a ver a Graves anoche. Se encontró entonces con que Graves no podía encontrar el dichoso papelucho cuando fue a buscarlo. Se había caído de la caja fuerte, cuando yo puse las manos allí por vez primera. ¿Recuerdas? Esto le causó gran desasosiego, aun cuando tenía la convicción de que Graves era un caballero, incapaz de retener voluntariamente aquel documento para exigirle un rescate o cosa por el estilo. Graves se mostró frío con él, después de ocurrir tal incidente, pero no hubo disputa, ni enfado. Abandonó la casa con el convencimiento de que Graves no entablaría demanda y con la intención de volver de nuevo para ver si, con más tiempo, había sido encontrado el cheque. A esa hora Graves estaba esperando a la Bristol; la visita no anunciada de Holmes había tenido lugar antes de la de aquella. De todos modos, le dejé recuperar el cheque. Esto podría mezclarse en el proceso si llegaba a aparecer después, y en ese instante ya estaba yo seguro de que él no era el criminal. Extendió otro ante mis ojos y se lo envió por correo a Graves. Los herederos podrán cobrarlo.

Extrajo algo del bolsillo y se lo mostró a Bricky. Esta palideció un poco a la vista de tanto dinero; por un instante pensó…

—No te alarmes —dijo él, tranquilizador—. Esta vez es honrado. Holmes me lo dio. Insistió en que lo tomara después de oír nuestra historia, la tuya y la mía. Le hablé de nosotros y de lo mucho que deseábamos volver al pueblo. Me dijo que experimentaba hacia mí un sentimiento de camaradería, que ambos habíamos sido culpables de errores, en una misma noche, que pudieron acarrear serias consecuencias: a mí por forzar la caja de valores, y a él por su cheque falso, pero que ambos tuvimos una oportunidad de rehabilitarnos y que probablemente aprovecharíamos la lección. Él se sentía muy agradecido y aliviado por haber salido bien del embrollo, y en prueba de ello me hizo este regalo: doscientos dólares en efectivo. Agregó que nos servirían para comenzar una nueva vida en el hogar; finalmente dijo que, si ese era mi gusto,

podría devolverle esta suma poco a poco. Creo de veras que es suficiente para empezar de nuevo. Con doscientos dólares en nuestro pueblo se pueden hacer muchas cosas. Podríamos pagar la primera cuota de una casita que fuera nuestra y tú…

Ella no le oía. Tampoco escuchaba más. Su cabeza, caída sobre el hombro del joven, se mecía suavemente a impulsos del movimiento del autobús. Sus ojos se cerraron y una expresión de felicidad le iluminó el rostro. «Vamos a casa —pensó, soñolienta—: el chico de al lado y yo volvemos a casa».

18:15

REPARTO

QUINN WILLIAMS: Joven pueblerino afincado en Nueva York.

RUTH (BRICKY) COLEMAN: Empleada de un salón de baile.

STEPEHN GRAVES: Miembro de la alta sociedad.

HELEN KIRSCH: Joven neoyorquina.

ARTHUR HOLMES: Agente de bolsa.

JOAN BRISTOL: Empleada de un club nocturno.

GRIFF: Amigo de la anterior.

Colección *Círculo del crimen*

Nº	Título	Autor
1	Llamada para el muerto	John Le Carré
2	El tercer hombre	Graham Greene
3	Un policía anda suelto	Mickey Spillane
4	Nunca te cruces con un vampiro	Stuart Kaminsky
5	Los cuatro hombres justos	Edgar Wallace
6	La cara del asesino	Fredric Brown
7	Mundo oscuro	Robert Bloch
8	La piscina mortal (La piscina de los ahogados)	Ross MacDonald
9	Un crimen en Holanda	Georges Simenon
10	El plazo expira al amanecer	William Irish
11	El caso de la secretaria insistente	Erle Stanley Gardner
12	Trampa para Cenicienta	Sebastien Japrisot
13	Al final del arco iris	James M. Cain
14	Fantasmas	Ed McBain
15	El misterio de las cerillas	Ellery Queen
16	Por favor, pase el acusado	Rex Stout
17	Estado de sitio	Eric Ambler
18	Amor en Amsterdam	Nicolas Freeling
19	No des la espalda a la paloma	Juan Ibáñez
20	La lista de Adrian Messenger	Philip MacDonald
21	Rafferty, teniente de homicidios	Bill Ballinger
22	Un trago de veneno	Charlotte Armstrong
23	El hermoso barco de oro	Peter Chambers
24	El asesino está a bordo	Quentin Patrick
25	El detective negro	Ed Lacy
26	El misterio de la casa roja	A. A. Milne
27	La muerte y el lacayo bailarín	Ngaio Marsh
28	Súbita muerte de mi dama favorita	Stanton Forbes
29	Calle siniestra	Wade Miller
30	El hombre de Londres	Georges Simenon
31	El color del asesinato	Julian Symons
32	El octavo círculo	Stanley Ellin
33	Desde Rusia con amor	Ian Fleming
34	La banda de los musulmanes	Chester Himes
35	Un personaje imaginario	Doris Miles Disney
36	Asesino mío	Mickey Spillane
37	La sombra de Fu-Manchú	Sax Rohmer
38	La gran redada	William P. McGivern
39	La quinta mujer	María Fagyas
40	Jugando con la muerte	Ursula Curtiss
41	[illegible]	Frédéric Dard

42 El segundo más largo
Bill Ballinger
43 La llave escondida
George Harmon Coxe
44 Todo por la pasta
Ed McBain
45 Me casé con un muerto
William Irish
46 El caso de la coqueta indiferente
Jonathan Craig
47 La muerte va a la escuela
Quentin Patrick
48 [illegible]
[illegible]
49 El perro chino
Tobias Wells
50 El Santo contra el Tigre
Leslie Charteris
51 Los muertos no pueden Amar
Judson Philips
52 [illegible] fatal
Thomas B. Dewey
53 Semejante a un ángel
Margaret Millar
54 El hombre [illegible]
Philip MacDonald
55 Los muertos no hablan
James Hadley Chase
56 Secretos a balazos
Richard Sale
57 [illegible] de Bolonia
Charles Exbrayat
58 Tiempo de matar
Donald Westlake
59 [illegible]
[illegible]
60 Oculta a todas las miradas
Hugh Pentecost
61 La sonrisa de marfil
Ross MacDonald
62 El diente y la uña
Bill Ballinger
63 Seis hombres muertos
S. A. Steeman
64 Quisiera estar en tus zapatos
William Irish
65 La década prodigiosa
Ellery Queen
66 [illegible] de angustia
Bruno Fischer
67 El signo de los cuatro
Arthur Conan Doyle
68 [illegible]
Chester Himes
69 El reposo de Baco
Pierre Boileau
70 El tren de las 12,30
Freeman Wills Crofts
71 [illegible]
John Blackburn
72 [illegible] vuelve
[illegible]
73 [illegible]
Bruce Hamilton
74 El rapto de las Sabinas
Francisco García Pavón
75 El testimonio del acusado
Roderic Jeffries
76 La bestia se acerca
Margaret Millar
77 La cola del dragón
George Bagby
78 Las sonrisas de un hombre
Doris Miles Disney
79 El enigma de la banderilla azul
Stuart Palmer
80 [illegible] asesinato
Anthony Gilbert
81 Siete votos para morir
[illegible]
82 [illegible] a la princesa
Robert Bernard
83 La cara del hombre de Saturno
Harry Stephen Keeler
84 [illegible]
Fred Kassak
85 La gran noche
Stanley Ellin
86 [illegible], querida!
Peter Cheyney
87 El gran robo del tren
Michael Crichton
88 El momento de la verdad
Ed Lacy
89 [illegible] para el asesino
[illegible]

90 Vientos de medianoche
John Blackburn
91 Castillo de naipes
Stanley Ellin
92 Operación terror
The Gordons
93 La joya de siete estrellas
Bram Stoker
94 Ángel
Carter Brown
95 Asesinato en Cantón
Robert Van Gulik
96 El misterio del Big Bow
Israel Zangwill
97 Un arrendamiento de muerte
Ruth Rendell
98 Homicidio justificado
Whit Masterson
99 Aquella noche de lluvia
Hillary Waugh
100 Poco tiempo para vivir
James Hadley Chase
101 La banda de la rana
Edgar Wallace
102 Estudio en escarlata
Arthur Conan Doyle
103 ¡Cuidado con las curvas!
A. A. Fair
104 La pista del crimen
Wilkie Collins
105 La monja sin rostro
Antonia Fraser
106 El sillón del muerto
J. S. Fletcher
107 Costa Bárbara
Ross Macdonald
108 Extraña confesión
Antón Chejov
109 El secuestro de Litmore
Henry Wade
110 Raffles, ladrón por afición
E. W. Hornung
111 Operación colmillo
Peter O'Donnell
112 El vengador
Edgar Wallace
113 La aguja hueca
Maurice Leblanc
114 Muerte a cuenta
Margaret Yorke
115 La mañana encadenada
Alistair MacLean
116 Hielo
Ed McBain
117 Hielo
Ed McBain
118 Crimen y castigo I
Fiódor Dostoievski
119 Crimen y castigo II
Fiódor Dostoievski
120 Los archivos de Sherlock Holmes
Arthur Conan Doyle



WILLIAM IRISH, cuyo auténtico nombre era Cornell Woolrich, con el que firmó la mayoría de sus obras, nació en 1903 en Nueva York y falleció en 1968.

Empezó a escribir a los 23 años, a raíz de una infección en un pie que le mantuvo largo tiempo inmovilizado. Su carácter tímido e introvertido, dominado por su madre y carente de amigos, se refleja en su obra, en la que el lector participa del clima de terror y angustia que tan bien sabía crear. Entre sus obras más famosas se cuentan *Cita en negro, Times Square, La ventana, La noche tiene mil ojos, La novia vestía de negro*, etc., algunas de ellas llevadas al cine.

Notas

[1] Célebre joyería neoyorquina. *(N. del T.)* <<

[2] «La mamá de la pistola». *(N. del T.)* <<